

**María C. García**



**LAZOS DE  
HIELO (II)**

# **LAZOS DE HIELO (2ª PARTE)**

**María C. García**

1ª Edición: Octubre 2019

Texto © María C. García 2019

Todos los derechos reservados

La presente novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier posible semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

**A Óscar, por seguir aquí.**

## **LAZOS DE HIELO (II)**

## CAPÍTULO 1

Nadia no pudo evitar que los siguientes días fueran complicados. En realidad, se sentía desolada, pero después de lo que había ocurrido aquella noche con Marco se había prometido que no iba a volver a acercarse a él, ni a permitir que él se la acercara. Todo era demasiado complicado cuando estaba a su lado. Nunca sabía a qué atenerse, y la forma en que la había tratado aquella noche había terminado de arruinar las pocas esperanzas que había logrado reunir con su actitud fría y esquiva habitual. Ni siquiera iba a tener en cuenta lo que sentía por él, porque estaba claro que era un grave error creer que lo amaba. No tenía sentido amar a un hombre que lo único que hacía era confundirla y dañarla. Ella no se merecía eso. Se merecía a un hombre que la valorara, y si algo la había quedado claro del tiempo que había pasado a su lado era que él nunca iba a ser ese hombre, así que lo mejor era que se alejara de él todo lo posible hasta que, finalmente, lo olvidara. A Miriam no quiso darle demasiadas explicaciones porque sólo pensar en ello la dolía tanto que no quería entrar en detalles, así que simplemente le dijo que las cosas no habían funcionado entre ellos y estaba decidida a seguir con su vida y olvidarlo. Miriam no pareció demasiado convencida por sus palabras, pero no dijo nada. Por desgracia, parecía que la conocía más de lo que la hubiera gustado y supo al instante que no iba a ser tan fácil como decía superar a Marco, pero decidió no reprochárselo, y cambió de tema, lo que ella agradeció más de lo que podía transmitir con palabras. Eso era lo bueno de su mejor amiga: la conocía lo suficiente como para saber cuando la engañaba, pero también tenía claro cuando debía dejar un tema, y así lo hizo.

Aquella mañana se había quedado embelesada recordando por un momento la forma en que Marco solía acariciar su piel, como si adorara cada centímetro de su cuerpo, mientras se enrollaba un mechón de pelo en el dedo, cuando escuchó la llamada de su jefe en su teléfono.

—Dígame, señor Bassetti —Le contestó tratando de controlar el temblor de su voz. Habían pasado unos días, pero aún estaba demasiado afectada por su ruptura con Marco, y eso la molestaba bastante. Pensaba que para entonces ya lo tendría bastante superado, pero no era así, y empezaba a suponer un problema, hasta el punto de que no sabía si algún día sería capaz de olvidarlo... o pasaría el resto de su vida destrozada amándolo en silencio.

—Nadia, necesito la carpeta de Husser.

—Enseguida se la llevo, señor.

Nadia actuó con su eficacia habitual, a pesar de que últimamente no era capaz de pensar, sólo se movía de forma automática, sin sentir, sin pensar, excepto cuando su mente lo hacía sin su consentimiento, volviendo a recuerdos que una vez había considerado agradables, aunque en ese momento la repugnaran. Cogió la carpeta que su jefe había solicitado y acto seguido se puso de pie para entregársela.

—Aquí tiene, señor.

Alessandro la cogió y la miró preocupado.

—Muchas gracias... Oye, ¿te encuentras bien?

Nadia levantó la mirada para ver los ojos de su jefe clavados en ella. Por supuesto, no se encontraba bien, lo que mostraba con claridad su rostro demacrado. Tenía unas ojeras que ya no podía disimular sin maquillaje, apenas era capaz de comer, y dormía muy poco, así que estaba claro que la ocurría algo, pero aún así no dudó en contestar:

—Sí, claro, por supuesto ¿Por qué lo pregunta?

Alessandro fue a contestar, pero finalmente cerró la boca sin haber dicho nada, como si se arrepintiera de su primer impulso, y negó con la cabeza.

—No, por nada. Era simple curiosidad. Sigue con tu trabajo.

Y, entonces, volvió la mirada a sus documentos, haciéndola dudar si sabía más de lo que la estaba diciendo. En realidad, era posible que Marco le hubiera contado lo que había ocurrido entre ellos, pero prefería pensar que no era así, porque sería demasiado humillante ¿Acaso le había dicho que la había echado de su casa después de acostarse con ella a modo de despedida eterna? Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago. Lo último que deseaba era que su jefe le tuviera lástima, así que decidió concentrarse en su trabajo, al menos hasta que levantó la mirada y vio una sombra inmóvil a su lado. Por un momento, estuvo a punto de dar un salto por la sorpresa, hasta que fue capaz de fijar la vista y comprendió quien estaba a su lado. Y entonces todo su cuerpo se estremeció, sus músculos se tensaron y su rostro se volvió frío y distante, exactamente igual que el del hombre que la miraba, aunque en ese momento no parecía tan impasible como era habitual, sino que incluso parecía apenado.

—Buenos días, Nadia —Marco dio un par de pasos hacia ella al darse cuenta de que era consciente de su presencia, pero ella le cortó al instante, porque no estaba dispuesta a darle la oportunidad de volver a hacerla daño. Nunca más.

—Buenos días. El señor Bassetti está en su despacho. Enseguida le aviso de que ha venido, señor.

Marco la observó perplejo mientras cogía el teléfono e informaba a su jefe con total profesionalidad antes de dejar el auricular de nuevo sobre la mesa.

—Puede entrar cuando quiera, señor...

Marco frunció el ceño. De repente, ya no parecía tan triste como antes, sino más bien cabreado, pero por suerte, después de dar un paso hasta quedar frente a ella, dejó escapar un suspiro y pareció calmarse.

—Nadia, escúchame...

Y, en ese momento, todo el dolor, toda la rabia que había sentido Nadia aquellos días pareció formar un huracán en su interior que explotó frente a sus ojos sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

—No vuelva a llamarme así —Le advirtió con dureza—. Usted y yo no somos nada.

—Eso no es cierto, y lo sabes... —Marco trató de mostrarse comprensivo, aunque ese no era su fuerte, pero Nadia ignoró sus intenciones y se puso en pie frente a él.

—No, se equivoca, señor Bassetti —Le corrigió irritada—. Lo único que yo sé es que usted es el hermano de mi jefe y me está molestando, impidiendo que haga mi trabajo, por lo que le agradecería que se marchara.

Marco se quedó desconcertado un momento, antes de abrir la boca para hablar, pero una voz detrás de él lo interrumpió de repente, impidiendo que se expresara.

—Pasa cuando quieras, Marco. Te estaba esperando.

Nadia vio a su jefe y se quedó sin aliento, pensando que iba a reprenderla por la forma en que había hablado a su hermano, pero por suerte pudo ver la sonrisa que tenía en la cara, así que se relajó al fin y decidió no decir nada mientras ambos entraban en su oficina y cerraban la puerta tras de sí. Ella se sentó frente a su mesa de nuevo y continuó con sus tareas hasta que vio que la puerta se abría de nuevo. Entonces, Marco salió y pasó por su lado sin ni siquiera mirarla, desapareciendo de allí tan rápido como le fue posible, y ella sintió un poco de alivio al ver que, al fin, la había dejado en paz, aunque no pudo negar que también le molestaba que hubiera aceptado su rechazo con tanta rapidez, sin intentar disculparse siquiera después de lo mal que la

había tratado en su casa. En cualquier caso, tuvo que admitir que eso era lo mejor, y ayudó a que pudiera continuar con su trabajo durante el resto de la mañana.

## CAPÍTULO 2

Nadia había tratado de trabajar duro aquel día, no sólo porque le gustaba lo que hacía, sino porque era la única manera de mantener a Marco alejado de su mente, aunque sólo fuera durante un rato, sin embargo no podía hacerlo durante demasiado tiempo sin que se apoderase de nuevo de sus pensamientos ¿Qué quería decirle cuando se acercó a ella aquella mañana? ¿Se había arrepentido y, por lo tanto, no iba a volver a hablar con ella nunca más? ¿Había comprendido, al igual que ella, que lo suyo, fuera lo que fuera, no tenía ningún sentido, y había decidido centrar su atención en algo o alguien más placentero? ¿Había encontrado ya a otra mujer que pudiera complacerlo mucho mejor de lo que ella iba a ser capaz? Las dudas se agolpaban en su mente, a pesar de que sabía que no servía de nada pensar en todo aquello. Marco no era el hombre adecuado para ella. Tenía demasiados secretos, y a su lado nunca sabía a qué atenerse. De forma racional, no le cabía ninguna duda de que había hecho lo correcto al alejarse de él. Sin embargo, su corazón era otro tema diferente, y no aceptaba el hecho de que lo hubiera perdido para siempre con tanta facilidad, por desgracia. Y eso la llevaba a menudo a sumergirse en sus más oscuros pensamientos... al igual que en ese momento.

Alessandro salió de su oficina mientras ella seguía inmersa en sus reflexiones sobre su situación con Marco hasta el punto de ni siquiera darse cuenta de que era su hora de marcharse, y por lo tanto su voz la pilló por sorpresa cuando la informó de que se marchaba y podía irse cuando quisiera.

Nadia levantó la mirada de repente, sorprendida por su presencia, y asintió con la cabeza, tratando de evitar que se diera cuenta de lo distraída que estaba. Lo último que deseaba era que se percatara de que estaba pensando en su hermano. Eso sería muy incómodo, además de poco profesional.

—De acuerdo, señor Bassetti. Muchas gracias. Yo también me iré enseguida.

—Perfecto —Alessandro iba a irse, pero de repente decidió cambiar de opinión y se sentó frente a ella. Ella lo siguió con la mirada a pesar de que no comprendía lo que estaba ocurriendo

—Nadia, sé lo que piensas —La confesó al fin, mientras Nadia lo miraba perpleja, esperando que no estuviera a punto de hablar de lo que temía —Mira, quizá me estoy metiendo donde no me llaman, pero tenemos que hablar de esto. Sé lo que sientes por mi hermano...

Antes de darle oportunidad de continuar, Nadia negó con la cabeza, decidida a finalizar aquella conversación cuanto antes, dado que no consideraba que fuera apropiada y, lo que era peor, aunque su jefe no lo sabía no iba a servir de nada..

—No, señor... No sé qué está pensando, pero... yo jamás...

—No te esfuerces. Él ya me lo ha contado todo —Nadia se quedó alucinada al ver que Alessandro sonreía, aunque ella se sentía cada vez más aterrorizada —Y, si el único problema que tienes soy yo, quiero que sepas que yo no voy a ser un obstáculo. Me mantendré al margen de lo vuestro, te lo aseguro. Y el hecho de que yo sea tu jefe no va a afectarte en nada, pase lo que pase...

Por un instante, Nadia se quedó sin habla mientras asimilaba lo que estaba escuchando ¿Acaso Alessandro creía que el único problema que había entre ellos era él? Ojalá fuera así, pero la realidad estaba muy lejana a aquello. Marco era un hombre demasiado complicado, y por lo tanto era muy difícil estar con él, y si a eso añadía su carácter hermético, era imposible estar a su lado,

y eso suponía un gran problema para ella, pero no estaba segura de cómo iba a poder explicarle eso a su jefe... aunque por la forma en que la miraba expectante, esperando su respuesta, estaba claro que al final iba a tener que hacerlo. Por un instante, mirando los ojos tiernos y comprensivos de Alessandro, pensó que todo sería mucho más fácil si Marco fuera como él. Alessandro parecía un hombre sincero y fiel, abierto y amable, todo lo contrario que Marco, aunque fueran hermanos, y eso le llevó a pensar que seguramente Emma no había tenido los mismos problemas con él que ella con Marco, motivo por el que de repente la envidiaba... Sin embargo, pronto apartó aquellas ideas de su mente y retomó la conversación que les ocupaba.

—No... Señor Bassetti. Eso lo complicaría todo, estoy segura... No entiendo por qué su hermano le ha hablado de nosotros, pero...

—Ya, ya supongo que tú no lo entiendes, pero yo sí. Lo ha hecho porque le gustas, y mucho más de lo que él cree —Nadia se quedó sin respiración en ese momento, hasta el punto de que ni siquiera pudo asimilar aquellas palabras hasta después de un momento ¿De verdad Alessandro creía que Marco estaba interesado en ella? Aquello no tenía sentido. Estaba claro que no conocía en absoluto a su hermano... o había algo que se la escapaba —Así que deja de luchar de una vez contra lo que sientes. Sé que en una relación no hay garantías, pero si lo que sientes merece la pena, hay que arriesgarse. Esa es mi opinión, al menos...

Nadia observó un instante a Alessandro tratando de controlarse, pero después de lo que había escuchado cada vez era más complicado. Tenía tantas ganas de desahogarse, de explicar la frustración que sentía en su relación con Marco a alguien que de verdad pudiera entenderlo, que por un instante el filtro desapareció de su garganta, y las palabras surgieron por sí mismas, sin su consentimiento.

—Pero... Señor Bassetti... Yo...

—Alessandro, por favor —La cortó con una pequeña sonrisa —A partir de ahora, llámame Alessandro, o Ales...

Aquello sorprendió a Nadia tanto como si le hubiera dicho que iba a tirarse por la ventana, pero estaba tan concentrada en el tema de Marco, que se limitó a asentir con la cabeza antes de continuar.

—Vale, Ales... Mira... Sé que es muy extraño, pero él no me deja llegar hasta él, aunque tampoco quiere dejarme... A veces parece que no me toma en serio... Y ya no sé qué hacer...

Alessandro la observó de una forma extraña. Era como si comprendiera lo que le estaba explicando mucho mejor de lo que imaginaba, aunque era imposible que así fuera, pero aún así Nadia decidió escucharlo con atención, por si alguno de sus consejos pudiera serle útil, a pesar de que lo dudaba.

—Lo sé. Sé que a veces las relaciones pueden ser complicadas, pero deberías darle una oportunidad. Estoy seguro de que saldrá bien. Y, si no es así, al menos no pasarás toda tu vida dudando sobre qué hubiera ocurrido si lo hubieras intentado —Nadia no pudo evitar admitir que, por mucho que la molestara, en eso tenía razón, mientras veía como la sonrisa de Alessandro se ampliaba, consciente de su victoria —Sea como sea, te aseguro que yo no me inmiscuiré en lo vuestro. Así que si tu mayor temor es que vayas a perder tu empleo, te aseguro que no será así... ¿De acuerdo?

Nadia se mantuvo en silencio un instante. No podía negar que eso era tranquilizador, aunque no estaba segura de si lo suficiente como para arriesgarse a continuar su extraña relación con Marco, teniendo en cuenta que él no mostraba ningún interés o esfuerzo en mantener a Nadia a su lado, y la forma en que la había echado de su casa unas noches atrás le parecía imperdonable. Pero no podía negar que empezaba a apreciar a su jefe, y mucho, por lo que rechazar el acuerdo

que le proponía ni siquiera le parecía una opción en ese momento.

—De acuerdo —Admitió al fin, decidida a tranquilizar a su jefe por lo atento que estaba siendo.

—Genial... Entonces, ¿qué te parece si quedamos mañana los cuatro? Me refiero a yo con Emma y tú con Marco... Juntos... Quizá así te sea más fácil... ¿No te parece?

Nadia sintió entonces como todo el color desaparecía de su rostro. Estaba segura de que, aparte de la rojez de sus pómulos, toda su piel se había quedado pálida ¿Salir con su jefe y su novia para ver a Marco? Estaba claro que aquel hombre no pensaba lo que estaba diciendo... Era la situación más embarazosa que podía imaginar, pero cuando vio como la sonrisa de Alessandro se ampliaba mientras bajaba la cabeza, como si supiera exactamente lo que estaba pensando de nuevo, como si fuera consciente de que su propuesta era absurda y descabellada, sintió que no podía hacerle eso. Si algo tenía claro, era que su jefe sólo intentaba ayudar, y había sido tan encantador y agradable con ella que no creía que fuera capaz de negarle nada en ese momento, así que decidió que lo mejor era aceptar su propuesta. Al fin y al cabo, no iba a estar sola con Marco, estaba segura de que podría ignorarlo sin problemas, y sólo iba a ser un rato. Luego todo volvería a la normalidad, por triste que ésta fuera. Aquello no iba a cambiar nada.

—Sí, me parece buena idea. Creo que podré intentarlo —Aceptó luchando por ocultar sus nervios por volver a ver a Marco.

—Bien, entonces perfecto. Nos vemos mañana después del trabajo.

—Vale, Alessandro. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana —Y, con aquella escueta despedida, Alessandro se puso en pie de nuevo y se marchó con una sonrisa en los labios, como si no hubiera pasado nada, mientras ella se quedaba un momento mirando a la puerta por la que se había ido, confundida ante lo que acababa de ocurrir. Acababa de tener una charla a corazón abierto con su jefe sobre su relación, ahora inexistente, con su hermano, y además la había pedido que le llamara por su nombre de pila. Era tan extraño que, mientras volvía caminando a casa, aún no había podido digerirlo del todo. De hecho, estaba tan embelesada por todo lo que estaba ocurriendo que en aquella ocasión tardó un poco más en sentir que alguien la observaba de nuevo, pero después de unos minutos caminando no le cabía duda de ello. Miró alrededor, pero todo el mundo parecía caminar concentrados en sus propios problemas sin reparar en sus sospechas. La calle estaba repleta de gente, y en principio no veía nada extraño a su alrededor, por lo que apresuró su paso y, casi corriendo, entró al fin en su casa, cerró la puerta de un portazo y apoyó la espalda sobre ella, decidida a recuperar el aliento ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso los problemas con Marco la estaban afectando tanto que se estaba volviendo loca? ¿O de verdad alguien estaba observándola, tal como había sentido desde hacía demasiado tiempo? Y, de ser así, ¿Quién podía ser? O, lo que era más importante, ¿qué motivo podía tener para hacerlo?

### CAPÍTULO 3

En cuanto llegaron al restaurante, Nadia se dio cuenta de que aquella encerrona no iba a ser tan fácil de superar como la hubiera gustado. Marco se había mostrado amable con ella, incluso tuvo el detalle de acercarla la silla para que se sentara en un gesto caballeroso que la pilló por sorpresa, y no podía decir que la estuviera agobiando. De hecho, apenas la dirigió la palabra en toda la cena. Se concentró en su comida y en hacer un par de comentarios a su hermano, pero la forma en que la miraba la hacía daño. No podía describir su intención, pero mostraba tal vulnerabilidad, tal tristeza que apenas podía soportarlo. No comprendía nada. Si había algo que siempre había dado por sentado, era que la única que había salido herida de aquella relación había sido ella, pero la forma en que se comportó aquella noche la hizo dudar sobre este hecho.

—¿Te apetece más vino? —Preguntó cuando vio que su copa ya estaba casi vacía, aunque ella aún no se había percatado de ello. Su mirada era tan absorbente que por un instante Nadia sintió que le costaba respirar antes de asentir con la cabeza.

—Sí, gracias —Dijo mientras observaba como Marco se tomaba su tiempo para coger la botella y llenar su copa de nuevo, sin volver a fijar la mirada en sus ojos. Por mucho que la molestara admitirlo, eso no la gustó nada, aunque aún no estaba preparada para admitir el motivo.

—Bueno, Nadia... Llevas ya meses soportando a Ales como jefe... Creo que habría que darte una medalla —Comentó de repente Emma entre carcajadas, mientras Alessandro la miraba fingiendo reprobación, a pesar de que la sonrisa que había en sus labios le delataba —¿Cuál es tu secreto?

—No hay ningún secreto. El señor Bassetti... quiero decir, Alessandro —Se corrigió antes de que Ales lo hiciera —es un gran jefe. No tengo ninguna queja —Explicó con sinceridad, a pesar de que aún podía recordar la primera impresión que tuvo de él, tan soberbio y estricto, pero por desgracia, llegados a ese punto, estaba claro que se había equivocado.

—Bueno, me alegra saber que te trata bien... Porque conmigo no fue tan amable... al menos, no siempre...

Nadia no pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su rostro al escuchar aquellas palabras. Entonces, Emma había sido su secretaria antes que su novia... Y, en ese momento, supo que su relación no debía de haber sido tan sencilla como ella pensaba, aunque viendo la forma en que cogió su mano para besarla antes de volver a centrarse en su plato, nadie lo hubiera imaginado.

—Bueno, pues entonces he debido de tener suerte, supongo.

Nadia pinchó un nuevo bocado de su pato a la naranja, un plato que por el nombre parecía detestable pero que, al contrario de lo que había supuesto, estaba exquisito, y que sólo había pedido para ir en consonancia con el resto de la mesa, dado que todos lo habían pedido al unísono como segundo plato, y degustó el pedazo de carne con tranquilidad ante la atenta mirada de Marco, que no perdía detalle de ninguno de sus movimientos, a pesar de que ella empezaba a sentirse bastante incómoda por ello. Era como si deseara decir algo pero no se atreviera a hacerlo, algo que no parecía coherente con la seguridad de la que hacía gala en todo momento, incluso cuando la había echado de su casa sin darle explicaciones, por supuesto.

Por suerte, la cena terminó al fin, y Nadia dejó su servilleta sobre la mesa, decidida a salir corriendo de allí para poder huir lo más lejos posible de Marco cuanto antes. Por desgracia, sus sentimientos seguían estando a flor de piel a pesar del tiempo que había pasado desde que lo

dejaron, y estar a su lado no hacía más que atraer nuevos recuerdos a su mente, como la forma en que la acariciaba susurrándole al oído después de hacer el amor por la noche, antes de quedarse dormido a su lado, o el modo en que adoraba su cuerpo cuando la abrazaba decidido a llegar a lo más profundo de su interior... Y eso no ayudaba en absoluto a que se mantuviera firme en su decisión de alejarse de él para siempre, por lo que necesitaba escapar de allí cuanto antes.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Nadia levantó la mirada para ver a Marco de pie junto a ella, esperando a que se levantara para acompañarla a la puerta, y, si ella lo decidía así, también a su casa, pero por muy tentadora que esa propuesta pudiera sonar, Nadia no dudó un instante sobre qué debía contestar, y empezó a negar con la cabeza, cuando una voz tras ella la interrumpió sin su consentimiento.

—Claro... Está claro que es lo mejor, hermano. Ya sabes... Este barrio es muy peligroso, y no queremos que te pase nada... —Dijo Alessandro mirando directamente a Nadia con un evidente tono de broma, dado que se encontraban en uno de los barrios más ricos y lujosos de la ciudad, con una gran sonrisa dibujada en los labios. Sin embargo, Nadia no fue capaz de llevarle la contraria a su jefe. En el fondo, sabía que lo único que intentaba era ayudar a su hermano, y había sido tan bondadoso y atento con ella que no se sentía capaz de rechazar su ofrecimiento, por incómodo e inapropiado que fuera. Además, si había soportado toda la cena junto a Marco, estaba claro que podía aguantar estar en su coche unos minutos hasta llegar a su casa. Después se marcharía y no volvería a verlo jamás.

Marco se había quedado callado esperando su respuesta mientras la observaba con atención. Su rostro seguía tan afligido como lo había estado durante toda la cena, pero no dijo una palabra hasta que Nadia decidió contestar.

—Sí, tienes razón. De acuerdo —Respondió ella dirigiéndose a su jefe en lugar de a Marco, que era quien se había ofrecido. Sin embargo, ninguno de los dos pareció darle importancia a ese hecho. Alessandro asintió complacido sin perder la sonrisa, cogió a Emma de la mano y se dirigió hacia la puerta para marcharse, no sin antes dirigirles una escueta despedida a ambos y decirle algo en el oído a su hermano que ella no fue capaz de escuchar, aunque vio con claridad como Marco asentía como respuesta antes de tenderle la mano.

—Ven, vamos fuera.

Nadia no sabía qué hacer, pero supuso que rechazar su mano era desconsiderado después de lo bien que había ido la cena, así que decidió aceptarla, aunque sólo fuera para no montar una escena en aquel restaurante tan elegante, y de ese modo le siguió hasta la calle, donde un botones le dio a Marco las llaves del coche descapotable que había elegido para la ocasión, de modo que pudieran volver a casa. Marco abrió la puerta del copiloto y ella entró dentro, tratando de obviar todas las atenciones que la estaba brindando, y a las que, desde luego, no estaba acostumbrada.

—¿Te ha gustado la cena? —Preguntó Marco en cuanto se incorporaron a la carretera.

—Sí, mucho. Estaba deliciosa, gracias.

—Me alegro. No parecías muy segura cuando hemos pedido, pero al final parece que has comido con ganas.

Nadia asintió, tratando de dar la conversación por finalizada. En realidad, hablar de comida era lo último que deseaba. Lo único que quería era volver a su casa, lejos de Marco, donde se sentía a salvo, y en eso trató de concentrarse durante el silencio que hubo entre ellos el resto del camino. Marco pareció comprender que ella no tenía intención de mantener una charla banal, porque no tenía sentido hacerlo, y no volvió a decir nada hasta que llegaron a su casa.

Sin embargo, en cuanto paró el coche, se volvió hacia ella y frunció el ceño.

—Supongo que ya hemos llegado... —Comentó mientras se volvía para observarla. Ella asintió, aliviada, y se dio la vuelta para marcharse, cuando la voz de Marco interrumpió sus planes a su espalda —¿Ni siquiera piensas mirarme?

Nadia dejó escapar un sonoro suspiro y se volvió para observar aquellos ojos que llevaba tanto tiempo evitando, aunque transmitían tal tristeza que incluso la dolió el alma.

—¿Y de qué iba a servir que te mirara, Marco?

—Quizás de más de lo que crees...

—Yo no lo tengo tan claro.

Marco soltó un resoplido de frustración y se acarició la frente con los dedos antes de volver a fijar sus ojos en ella.

—Sabes igual que yo que tenemos que hablar...

—No es verdad. Yo creo que todo está bastante claro... Además, tengo prisa, debo volver a casa... —Nadia se dio la vuelta, decidida a huir de allí cuanto antes, sabiendo que si hablaba con Marco su determinación por continuar alejada de él iba a empezar a debilitarse, así que cogió el tirador de la puerta y trató de abrirla con desesperación antes de percatarse de que estaba cerrada con seguro y no iba a ser capaz —Abre la puerta, Marco. Quiero irme —Le ordenó con la mirada baja.

—No. Antes tenemos que hablar —Respondió él decidido. Nadia empezó a sentirse molesta por la forma en que Marco ignoraba su decisión, así que levantó la mirada hasta sus ojos y, con la voz temblorosa de rabia, repitió:

—Ya te he dicho que no tengo nada que hablar contigo. Quiero irme, así que abre la puerta de una vez. Esto no tiene gracia.

Pero, ¿qué se creía? ¿Que podía embaucarla para hablar con él igual que su hermano la había embaucado para que cenaran juntos? Aquel hombre no tenía límites. Era mucho peor de lo que imaginaba. Sin embargo, cuando escuchó aquellas palabras, para su sorpresa, la miró un instante con fijeza antes de asentir con la cabeza. Luego pulsó una tecla en la pantalla que había frente a él en el coche y escuchó como los seguros se abrieron al fin, dándole la libertad que tanto ansiaba. Sin dudar un instante, se dio la vuelta, decidida a desaparecer de allí, cuando la voz de Marco la detuvo al instante.

—Lo siento —Dijo sin más en un susurro aterrador que la dejó sin aliento. En ese momento, toda su convicción se evaporó por completo sin su consentimiento. Se dio la vuelta y lo miró a los ojos con fijeza, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. Marco pareció darse cuenta de que Nadia estaba desconcertada, así que aprovechando que por fin había conseguido su atención, decidió continuar su discurso, por complicado que éste fuera —Sé que la otra noche me pasé contigo. No debí haberte hablado así, y quiero que sepas que lo siento de verdad. No te merecías eso...

Nadia bajó la vista al suelo al escuchar aquellas palabras. Sin duda, habían removido algo en su interior, aunque dudaba que fueran suficiente para olvidar lo que había ocurrido y confiar en ese hombre de nuevo.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué me trataste así...? —Marco se encogió de hombros mientras miraba al frente, avergonzado por su comportamiento, sin saber cómo contestar a unas preguntas para las que no estaba preparado —Me hiciste mucho daño...

—Lo sé —Admitió Marco al fin, sin atreverse a coger su mano como deseaba —Sé que me porté como un cabrón. Y entiendo que no quieras darme otra oportunidad, pero me gustaría que lo hicieras.

—¿Por qué?

—Porque no quiero perderte... —Confesó perdiendo su compostura habitual —Y te he echado mucho de menos. Mucho más de lo que crees, Nadia. Quiero que volvamos juntos.

Nadia lo miró un instante, tratando de encontrar en sus ojos la sinceridad que necesitaba. En efecto, parecía hablar en serio, pero no sabía si eso era suficiente. La había hecho demasiado daño, y estaba cansada de sus cambios de humor sin explicaciones, y, sobre todo, de no saber a qué atenerse cuando estaba a su lado.

—No creo que sea buena idea...

—¿Por qué?

—Porque... no soy capaz de entenderte, Marco. Y créeme que lo intentado. Nunca me explicas lo que te pasa, no eres sincero conmigo, y en una relación eso es imprescindible... y, además... Ni siquiera sé a qué te refieres cuando me dices que quieres que volvamos.

—A que quiero que vuelvas conmigo. Quiero que seas mía y empecemos a salir juntos en serio. Nunca lo he hecho antes, pero supongo que podré hacerlo... Si es lo que tú deseas, claro.

Nadia sintió cómo sus labios se entreabrían por la sorpresa. Aquellas palabras eran como un sueño. Había deseado escuchar aquello tantas veces... Y siempre había acabado perdiendo la esperanza, pero ahora lo tenía allí, frente a ella, al alcance de su mano, y sólo tenía que cogerlo. El problema era que no estaba segura de que fuera suficiente, pese a todo.

—¿Y qué hay de la sinceridad, Marco?

Marco tragó saliva, como un reo que va a la horca sin remedio, y asintió con la cabeza, pero finalmente contestó:

—A partir de ahora seré sincero. No habrá más secretos entre nosotros. Te lo prometo.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio.

Tras escuchar aquella frase, Nadia no pudo evitar abalanzarse a los brazos de Marco mientras una gran sonrisa aparecía en sus hermosos labios gruesos, sintiendo la forma en que Marco la abrazaba con fuerza, como si tuviera miedo de que se escapara.

—Eso era todo lo que necesitaba para volver a confiar en ti. Gracias... —Dijo extasiada de felicidad antes de apartarse un poco para acariciar su rostro, decidida a disfrutar ese momento como si fuera el mejor de su vida.

—Lo sé... Sólo espero que no te arrepientas... —Escuchó murmurar a Marco contra su hombro mientras estrechaba entre sus brazos una vez más.

—¿Cómo has dicho? —Preguntó ella confundida.

—Nada... Olvídalo. No era nada...

Nadia estaba tan feliz que decidió hacerle caso, y ambos se fundieron en un dulce beso que apartó todos los temores de su mente al instante, permitiéndola así regocijarse en la alegría que la embargaba.

## CAPÍTULO 4

Nadia no podía negar que se sentía tan feliz, tan embargada por el éxtasis de haber conseguido algo que consideraba inalcanzable, que de repente todas sus dudas y sus miedos desaparecieron de su mente. Ni siquiera recordaba por qué había surgido el conflicto que la había llevado a alejarse de Marco, convencida de que nunca podría haber nada entre ellos, de modo que no pensó en preguntarle qué había ocurrido, como había pensado hacer, mientras se fundía en un abrazo tan fuerte que incluso la costaba respirar con el hombre al que, ya sin duda, amaba.

Marco era mucho mejor persona de lo que ella había imaginado, incluso de lo que él mismo pensaba. Era complicado, no podía negarlo, y en ocasiones algo más cerrado y frío y de lo que le hubiera gustado, pero en el fondo era bueno y amable, y eso era suficiente para arriesgarse a mantener una relación con él, por incierta que esta fuera. La había dado su palabra de que a partir de ese momento iba a ser sincero, y ella lo creía ciegamente, y habían empezado a salir en serio al fin, y eso era tan maravilloso que apenas podía creerlo. Con la ilusión de lo que había conseguido aquella noche olvidó todos los problemas pasados, y decidió que a partir de ese momento sólo iba a concentrarse en el futuro, que era lo único que importaba.

Después de apartarse al fin, Nadia vio cómo Marco la miraba inseguro. Estaba claro lo que deseaba, pero no tenía intención de presionarla después de todo lo que había ocurrido entre ellos, así que supuso que lo mejor era demostrarle que eso era también lo que ella anhelaba.

—¿Te apetece subir a casa?

Marco esbozó una sutil sonrisa cuando escuchó su pregunta antes de asentir con la cabeza con decisión.

—Por supuesto.

—Bien, entonces vamos.

Marco aparcó el coche en la calle, una costumbre que no era muy habitual en él, en el primer sitio que encontró, decidido a no pensar demasiado antes de seguirla hasta su casa, donde en cuanto Nadia cerró la puerta tras ella se abalanzó sobre sus labios, haciéndolo despertar al fin de su letargo, para demostrarle que, a pesar de todo lo que había ocurrido, nada había cambiado entre ellos. Ella seguía dispuesta a entregarse a él, y con mucha más convicción al saber que él de verdad estaba interesado en ella, y todo lo que había sentido aquellos días no había sido sólo un espejismo originado en su cabeza. Realmente había algo fuerte que los unía, aunque quizá era demasiado pronto para definir lo que era, y no iba a ser tan fácil separarlos como había pensado en un principio.

Marco dudó un instante cuando Nadia inició el beso, pero pronto se armó de valor para empezar a despojarla de su ropa antes de cogerla en brazos para conducirla a su habitación. Por suerte, no necesitó indicaciones, dado que estaba abierta y pudo verla con facilidad. En realidad, su casa era bastante pequeña. Sólo tenía un comedor diminuto, una ínfima cocina, una habitación y un humilde baño, pero para ella era más que suficiente, así que se sentía muy feliz de poder vivir allí, en su propia casa, por insignificante que pudiera parecer para otra gente. Era suya, y con eso la bastaba.

Marco dio un par de pasos más antes de dejarla caer de espaldas sobre la cama. Allí terminó de desnudarla y, bajándose el pantalón, se colocó sobre ella.

—Tenía ganas de ver tu habitación... y tu cama. No puedo esperar a hacerlo contigo aquí... —

Dijo mientras empezaba a besar su cuello hasta llegar a sus senos, momento en el que Nadia dejó escapar un profundo suspiro, mientras trataba de aclarar su mente. Había deseado tanto sentirle sobre ella una vez más, volver a notar cómo se hundía en su interior y que sus labios rodaran por su piel que, cuando al fin lo consiguió después de estar segura de que lo había perdido para siempre, la pareció un sueño.

—¿En serio? Creí que no te gustaría... —Confesó ella con la voz entrecortada. Marco levantó la vista y la clavó en sus ojos preocupados mientras fruncía el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque... Ya sabes... —Titubeó ella esperando que Marco no la obligara a decir lo obvio, aunque por la forma en que se quedó mirándola confundido estaba claro que no iba a tener suerte con aquello.

—Pues no, no lo sé ¿Qué has querido decir con eso? —Insistió él muy serio. Nadia se rindió al fin y se incorporó para sentarse mientras Marco la seguía con la mirada.

—Pues está claro... Tú tienes una casa imponente, elegante y refinada, y la mía es...

—Preciosa —Terminó Marco por ella, suponiendo que lo que iba a decir no le iba a gustar demasiado —Como tú. Es, simplemente, perfecta...

—¿Tú crees? —Dijo Nadia mirando alrededor. Lo único que podía ver era una estancia sin clase, de modo que las palabras de Marco la desconcertaron bastante.

—Claro... ¿Por qué no iba a creerlo? —Marco esbozó una pequeña sonrisa antes de mirarla extrañado —Además, ¿desde cuando eres tan insegura?

—No soy insegura, pero...

—No, nada de peros... —La interrumpió cortante —Deberías estar orgullosa de tu casa, Nadia. Es tuya, y la pagas con tu dinero, eso es lo que la hace especial, y eso es lo único importante... Las modas pasan, lo importante es que tú estés a gusto aquí, así que no tienes nada de lo que avergonzarte, al contrario, deberías estar muy orgullosa ¿No te parece?

Nadia quiso rebatir su afirmación, pero no fue capaz. En realidad, Marco tenía toda la razón. Para ser un hombre tan rico y poderoso, no parecía altivo o soberbio, otra de las cualidades que contribuían a que su amor por él aumentara sin remedio. Por un instante, incluso pensó que era demasiado perfecto para ser real, y eso la dio miedo ¿Acaso tenía algún defecto oculto que se la escapaba? Sin embargo, al ver cómo su hermosa sonrisa se ampliaba, no pudo evitar pensar que, fuera como fuera, en ese momento todo salvo su presencia allí a su lado carecía de importancia, así que asintió sin más, mostrando su acuerdo, y se tumbó de nuevo sin apartar la mirada de sus ojos, deseando que se acercase de nuevo a ella, lo que, por suerte, hizo al momento. Entonces, la penetró sin piedad de una sola embestida mientras la sujetaba enredando los dedos entre sus cabellos rojizos, y la besó en los labios mientras disfrutaba hundiéndose en su interior, hasta que el orgasmo les sorprendió a ambos, haciéndolos olvidar todo lo que había a su alrededor para concentrarse únicamente en ellos y en ese momento.

Marco derrumbó su cuerpo sobre Nadia en ese momento mientras trataba de recuperar el aliento, aferrándose a su cuerpo con más fuerza, cuando de repente Nadia escuchó cómo murmuraba:

—¿Puedo quedarme a pasar aquí la noche?

Nadia sonrió mientras le acariciaba el pelo, sintiendo cómo su aliento rompía contra su pecho cada vez que lo expulsaba.

—Por supuesto.

## CAPÍTULO 5

Aquella mañana Nadia se despertó con el brillo del alba en sus ojos. Unos destellos de luz la cegaron durante un instante, antes de que al fin fuera capaz de enfocar su mirada y fue entonces cuando lo vio allí. Estaba tumbado a su lado, junto a ella. Su brazo rodeaba su cintura desnuda y sus ojos estaban cerrados mientras respiraba plácidamente, disfrutando de los últimos instantes de su sueño. Por un momento, Nadia dudó de si de verdad quería levantarse de la cama aquella noche. Su hogar se había convertido de repente en un paraíso inigualable para ella, y no quería que nada cambiara. Sólo quería regocijarse en ese perfecto instante, grabarlo en su mente para que nunca pudiera olvidarlo. Sin embargo, un pequeño vistazo al despertador que había sobre su mesilla le hizo cambiar de idea: si quería llegar a tiempo al trabajo, tenía que levantarse ya. Empezaba a pensar que quizá su trabajo como secretaria de Alessandro estaba sobrevalorado y debía despedirse para pasar el resto de su vida allí tumbada en la cama con Marco, cuando vio que se movía, y una pequeña sonrisa acudía a sus labios. Abrió un ojo y la vio allí despierta, observando cómo dormía, y entonces su sonrisa se amplió un poco.

—¿Estabas mirándome? —Preguntó confundido mientras se incorporaba.

—Sí... —Respondió ella mientras se le acaloraban las mejillas antes de bajar la mirada — Parecías tan a gusto que no he querido despertarte...

—De acuerdo —Dijo antes de acercarse a Nadia para darle un dulce beso en los labios — Entonces, no pasa nada ¿Qué hora es?

—Las seis y media... —Contestó ella con seguridad.

—Bueno, entonces supongo que no tenemos tiempo para nada... Qué mala suerte... —El tono de Marco era de broma, pero había parte de sinceridad en sus palabras, y Nadia se percató al instante de ello.

—¿Por qué? ¿Es que habías pensado en algo?

—Es posible... —Marco avanzó hacia Nadia y la obligó a tumbarse de nuevo mientras la abrazaba —Hubiera estado bien tener un rato tranquilos antes de marcharnos, pero...

—Pero no hay tiempo, así que supongo que tendrás que esperar... —Le retó Nadia apartándole con la mano. Marco obedeció su orden y se alejó de su cuerpo mientras se carcajeaba y negaba con la cabeza.

—Esperar no es uno de mis fuertes...

—Pues es una lástima —Nadia se puso en pie, mostrando su cuerpo totalmente desnudo ante los ojos de Marco antes de encaminarse al baño. Él escuchó el sonido de la ducha y, al fin, decidió que se había acabado su paciencia. Caminó hacia la bañera y entró tras ella. Sin decir una sola palabra más, la acorraló contra la pared y, mientras el agua caía sobre sus cuerpos desnudos, empezó a besarla sin contemplaciones, escuchando sus jadeos de placer mientras lo hacía.

—Creí que no teníamos tiempo... —Se quejó Nadia mientras la cogía entre sus brazos y ella enrollaba las piernas en su cintura, sintiendo a continuación cómo la penetraba con fuerza. Sus labios se dirigieron a su cuello y se detuvieron justo debajo de su oído, para susurrarla con voz ronca:

—No pasa nada, sólo llegarás unos minutos tarde. Tienes mi palabra.

Marco sonrió al ver cómo Nadia asentía embaucada por el deseo mientras él empezaba su asalto implacable, embistiendo cada vez con más fuerza, hasta que finalmente consiguió liberarse

en su interior, provocando más placer en el cuerpo de Nadia del que ella pensó que fuera posible en el mundo, mientras luchaba por no desmayarse entre sus brazos.

Por suerte, Marco salió después del baño para permitir que Nadia se vistiera tranquila, aunque ella no deseaba que se alejara de ella en ningún momento. Sin embargo, tenía que admitir que, de no hacerlo, iba a terminar llegando muy tarde al trabajo, así que tuvo que aceptar la decisión de Marco, por mucho que la molestara.

Nadia sonrió al ver cómo Marco engullía una tostada hasta que tenía toda la boca llena, y empezó a masticar compulsivamente mientras bebía un sorbo de café. Ya estaba vestido, con su traje impecable y su perfecta corbata, que parecían recién planchados, y parecía feliz y a gusto a su lado, como siempre deseó que estuviera.

—¿Te trajiste un traje limpio anoche? —Preguntó Nadia confundida mientras cogía una tostada y empezaba a darle pequeños bocados sin molestarse en sentarse siquiera.

—No... Uno de mis hombres me lo ha traído hace un momento, mientras tú aún estabas en el baño...

—Vaya, qué práctico.

—Ya ves... —Marco sonrió y dio otro bocado a su segunda tostada mientras su sonrisa se ampliaba —Tengo que dar una imagen en la empresa, y llevar la misma ropa del día anterior no encaja demasiado con lo que intento transmitir en mi trabajo...

—Lo entiendo —Nadia tragó el último pedazo de tostada y bebió un par de sorbos de su café antes de mirar el reloj de su muñeca —Lo que me recuerda que ya llego tarde, y mi jefe me va a matar... Ya sabes cómo es Alessandro con la puntualidad... Así que creo que tenemos que marcharnos ya si no quiero que me despidan en cuanto llegue al trabajo.

Marco tomó el último pedazo de su tostada y asintió con la cabeza resignado.

—Sí, tienes razón. La verdad es que Ales es un pelmazo... —Comentó al fin observando cómo corría hacia la puerta para marcharse mientras él se ponía en pie muy despacio —No te preocupes, hablaré con él en cuanto lleguemos. Le diré que ha sido culpa mía... Estoy seguro de que lo entenderá...

—Claro... Estoy segura —Respondió ella con sarcasmo —Me parece que no conoces tan bien a tu hermano como crees, Marco. Eso no va a servir de nada, así que déjalo ya, tenemos que largarnos...

Entonces, tomó a Marco de la mano y lo arrastró por el portal y las escaleras hasta que salieron a la calle, escuchando tras ella sus sonoras carcajadas.

—Vale, vale, tranquila. Ya estamos fuera. Ahora, deja que coja las llaves y nos iremos ¿De acuerdo?

Nadia aún estaba nerviosa, pero viendo el gesto divertido de Marco no pudo evitar sonreír también, a pesar de que cada vez se sentía más preocupada. Alessandro iba a echarla aquella misma mañana si no se ponían en marcha en ese mismo momento, y Marco no parecía tomarse aquello demasiado en serio, aunque estaba en juego su trabajo.

—Vale, pero date prisa.

—Por supuesto.

Nadia observó en silencio como Marco abría el coche y se montaba dentro, mientras ella corría al asiento del copiloto para hacer lo mismo, decidida a marcharse de allí cuanto antes, pero en cuanto Marco puso el motor en marcha, la sonrisa desapareció de sus labios y sus cejas se enarcaron por un momento. Estaba claro que algo no iba bien, aunque ella no era capaz de saber lo que era. Esperó unos segundos a que Marco explicara lo que estaba ocurriendo, pero finalmente, viendo cómo apagaba el motor de nuevo sin dar explicaciones, decidió preguntar:

—¿Hay algún problema? —Insistió cuando no obtuvo respuesta a su primer interrogante. Marco negó un momento con la cabeza, sin habla, antes de levantar la mirada hacia ella. Entonces, su piel palideció mientras la observaba aterrado.

—Sal del coche —Ordenó decidido. Nadia iba a preguntar qué le ocurría, dado que hacía sólo un momento estaba carcajeándose y bromeando con ella, cuando escuchó un grito que la paralizó al instante —¡He dicho que salgas del coche, joder!

Entonces, abrió la puerta que había a su lado y la echó a empujones, mientras ella trataba de comprender lo que estaba ocurriendo. Él salió justo después y corrió a su lado. La cogió la mano y la apartó un poco mientras jadeaba asustado. En ese momento, se apoyó sobre la pared y cerró los ojos, tratando de recuperar el aliento, y Nadia lo observó en algún punto intermedio entre preocupada y perpleja, mientras trataba de averiguar lo que le pasaba.

—¿Qué ha sido eso, Marco? ¿Qué está pasando? —Marco no fue capaz de contestar a sus preguntas, así que negó con la cabeza, tratando de calmarla, aunque con su actitud esquiva y temerosa estaba consiguiendo justo lo contrario —Hablo en serio. Quiero que me expliques lo que está ocurriendo. Ahora mismo.

Marco levantó la mirada mientras respiraba con dificultad, y negó con la cabeza de nuevo, a pesar de que ya estaba más calmado.

—Nada, no te preocupes. Son cosas más... Sólo... creo que me he equivocado —Explicó entre jadeos agitados —El motor... Me parecía que sonaba raro, eso es todo. No te preocupes. Llamaré a mi chófer y te llevará al trabajo mientras yo llevo el coche al taller para que le echen un vistazo...

Marco sacó el móvil de su bolsillo mientras Nadia se preparaba para contestar que sus palabras no se correspondían con lo nervioso que estaba, cuando de repente un ruido ensordecedor les sorprendió a ambos tan rápido que ni siquiera pudieron entender que había habido una explosión justo frente a ellos, haciendo saltar los cristales de su alrededor por los aires, y golpeándolos a ambos con fuerza contra la pared que tenían al lado.

## CAPÍTULO 6

El ruido era ensordecedor. Y el dolor... el dolor era tan intenso que la había paralizado por completo, aunque ni siquiera era capaz de identificar de dónde provenía. Poco a poco empezó a recuperar la consciencia y fue capaz de levantar la cabeza y abrir los ojos, para confirmar que lo que estaba ocurriendo era real, a pesar de que no podía creer que así fuera.

Se llevó la mano a la cabeza y abrió la boca para soltar un quejido ahogado. Lo último que recordaba era estar hablando con Marco antes de que, de repente y sin previo aviso se desatara el infierno. Y, sin saber cómo, de repente todo se había quedado oscuro... hasta ese momento. El sonido empezó a ser ensordecedor, y ella levantó la mirada para ver el caos que la rodeaba, aunque ante sus ojos aparecía como si fuera a cámara lenta. Todo el mundo gritaba y corría, y pudo ver cómo Marco recobraba la consciencia casi a la vez que ella y, sin pensarlo siquiera, corría a su lado para cogerla de los hombros mientras gritaba algo que ella no era capaz de comprender aún. Nadia siguió mirando alrededor, concentrándose en el humo que los abrumaba, en el fuego que había a su lado, y en la forma en que las luces de los coches de policía destelleaban frente a sus ojos, dándole al lugar un toque aún más siniestro del que ya tenía. Y fue entonces cuando sintió que su mente empezaba a reaccionar al fin. El sonido empezó a disiparse, y las palabras de Marco empezaron a tener sentido, mientras ella se sujetaba la cabeza con fuerza.

—¿Estás bien? —Gritó Marco de nuevo —Maldita sea, Nadia. Por favor, dime que estás bien —Insistió una vez más, desesperado.

Nadia levantó al fin la mirada en ese momento y vio a Marco observándola con fijeza. Su rostro transmitía tal angustia que, por un momento, pensó que ni siquiera podía reconocerlo.

—Estoy bien... —Contestó con la única intención de tranquilizarlo, a pesar de que no estaba del todo segura de que fuera cierto. Marco dejó escapar un suspiro tembloroso al escucharla y se apoyó contra la pared que tenía tras él mientras continuaba sentado a su lado.

—Menos mal... —Susurró aún consternado. En ese momento, Nadia se dio cuenta de que estaba sangrando, y levantó la mano para observar su herida de cerca.

—Tienes una herida en la frente... —Comentó mientras Marco se volvía al fin para mirarla, como si no comprendiera lo que estaba diciendo. Luego levantó la mano y tocó el corte antes de mirar su mano ensangrentada, y negó con la cabeza.

—No es nada... Ahora mismo, me preocupas más tú —Tras decir aquello, y sin dar más explicaciones, Marco sacó su smartphone y marcó un número antes de dirigirlo a su oreja.

—No tienes que preocuparte por mí, yo estoy bien...

—Eso ya lo veremos.

En cuanto Marco escuchó el tono de espera, se percató al fin de que la policía y ambulancias ya estaban allí, e iban corriendo hacia ellos con una camilla, dado que hasta ese momento sólo se había concentrado en ella.

—Yo estoy bien. Atiéndanle a ella —Ordenó con sequedad mientras esperaba. Los enfermeros y un médico cogieron a Nadia y empezaron a hacerle todo tipo de pruebas, mientras Marco hablaba a su lado sin retirar la mirada de su cuerpo herido ni un solo instante —Sí ... Hemos tenido un problema ... Una bomba ... No, ha sido culpa mía. No he tenido cuidado ... Lo sé ... Luego te veo.

Desde el lugar donde se encontraba Nadia, apenas pudo escuchar la conversación de Marco,

con todo el mundo a su alrededor hablándola y haciéndola todo tipo de pruebas, y el ruido ensordecedor de las ambulancias y sirenas, hasta que finalmente la subieron a la camilla decididos a llevarla al hospital.

—No creo que esto sea necesario... —Se quejó ella tratando de levantarse para impedir que se la llevaran a pesar de que se sentía bien. Marco la sujetó sin embargo, impidiendo que se moviera.

—Tienes que ir, Nadia. Te has dado un golpe muy fuerte...

—Pero yo me siento perfectamente... —Rebatió ella.

—Eso da igual. Debes hacerte unas pruebas... Estás sangrando, y tenemos que asegurarnos de que todo va bien —Nadia abrió la boca, pero Marco la interrumpió antes de que fuera capaz de pronunciar palabra —Vas a ir, hablo en serio.

Nadia se preparó para discutir su orden, explicando que ella no era uno de sus lacayos y no tenía ningún derecho a hablarla así, cuando un fuerte dolor en la parte derecha de su cabeza la paralizó por completo durante un instante. De forma instintiva, llevó su mano al lugar de donde procedía, y, al apartar la mano, vio que estaba cubierta de sangre. Se quedó sin palabras y levantó la mirada hacia Marco, que acarició su mejilla con tal dulzura que por un momento pensó que estaba delirando.

—Venga, no te preocupes. Confía en mí. No pasa nada. Todo va a salir bien... ¿Me has oído? —Nadia lo miró como si no entendiera sus palabras un instante antes de que todo lo que había a su alrededor se desenfocara. Marco frunció el ceño al ver su rostro confundido y la sujetó por las mejillas con ambas manos —Tranquila, Nadia... ¿Estás bien?

Nadia quiso contestar que sí, que no ocurría nada, aunque sólo fuera para borrar el gesto de terror que había cruzado el rostro de Marco en ese momento, pero no fue capaz, y antes de darse cuenta, todo se desdibujó ante sus ojos, y el dolor dio paso a la oscuridad y a una calma que, a pesar de lo mal que se sentía, ella aceptó sin dudar un momento.

## CAPÍTULO 7

El dolor empezó a menguar lentamente, y el ruido que recordaba se convirtió en una extraña calma que, por desgracia, no la transmitía la paz que necesitaba. Unas voces empezaron a interrumpir el reposo que tanto anhelaba, aunque en el estado en que se encontraba, ni siquiera era capaz de ubicarlas ni, mucho menos, comprender lo que escuchaba.

—¿Crees que no lo sé? —Nadia tardó un rato en darse cuenta de que aquella voz era la de Marco. Aunque no era capaz de abrir los ojos por más que lo deseara, su voz era inconfundible — No hace falta que me digas nada. Sé que todo esto es culpa mía, joder... Pero, ¿qué quieres que haga?

—Sabes perfectamente lo que creo que deberías hacer... —Al parecer, su jefe también estaba allí, a pesar de que en su estado no conseguía comprender el motivo, a no ser que fuera para acompañar a su hermano.

—No. Ni lo menciones. Sabes de sobra que no puedo hacerlo... —En una inesperada lucidez, Nadia aguardó, esperando averiguar de qué estaban hablando, a pesar de que sentía que su mente no funcionaba con la normalidad habitual, pero finalmente perdió la esperanza. Aunque el dolor había desaparecido, se sentía demasiado cansada para moverse o incluso hablar, aunque se moría por preguntar qué estaba pasando —Sabes de sobra lo que siento. No puedo alejarme de ella.

—¿Ni aunque sea por su propio bien?

Nadia escuchó el silencio durante un instante antes de que Marco volviera a intervenir, con la voz más temblorosa que antes.

—No. Ni aún así. Sé que quizá no es lo correcto, sé que quizá parezco un puto egoísta de mierda, y es posible que lo sea, pero no puedo hacerlo.

El silencio se volvió a hacer entre ellos, y la voz de Alessandro se escuchó de nuevo, aunque mucho más lejana.

—Bueno... Sólo era una idea...

—Pues deja de una puta vez esas puñeteras ideas...

—Bien. Sólo quería ayudar... Pero como quieras...

La oscuridad la abrazó de nuevo y el sueño la llevó con ella una vez más sin su consentimiento durante un rato.

Poco a poco, volvió a escapar de las tinieblas de la noche para volver a la realidad, aunque resultaba mucho más complicado de lo que la hubiera gustado, y unas nuevas voces perturbaron su sosiego.

—No creo que este sea el momento más adecuado para sus preguntas... Como verá, tengo cosas más importantes de las que preocuparme ahora mismo...

—Lo sé... Pero esto es importante, señor Bassetti. Necesito sus respuestas cuanto antes para continuar con la investigación. Si no quiere contestar aquí, podemos salir fuera, y...

—No, está claro que no me está entendiendo. Ahora mismo su puta investigación me importa una mierda... ¿Comprende?

—Marco, cálmate... Yo me ocupo de esto —La voz de Alessandro sonó tranquila, a pesar de los gritos de su hermano —Disculpe, inspector Hernández, pero debe hacerse cargo de que ahora mismo mi hermano no está en condiciones de contestar a sus preguntas, por muy urgentes que estas sean. Lo lamento pero tendrá que esperar.

Por un momento, la única respuesta que Nadia pudo escuchar fue el silencio.

—Bien, como quieran, pero no dice nada en su favor que intente obstaculizar la investigación que estamos llevando para esclarecer quién ha sido el culpable de la agresión que ha sufrido su novia...

—¿Cómo dice? —La voz de Marco sonó cada vez más alejada, mientras empezaba a gritar — ¿Estás intentando hacerme responsable de lo que ha pasado, cabrón? ¡Lárgate de aquí ahora mismo, hijo de puta!

Las risas que se oyeron de fondo fueron siniestras.

—Como quieras, pero esto es obstrucción a la justicia...

—Váyase de aquí, inspector. Después de lo que ha pasado, mi hermano no se encuentra bien, por lo tanto no puede contestar a sus preguntas en este momento y, como usted mismo puede comprobar, la señorita López tampoco, así que es mejor que se marche porque su presencia aquí no está ayudando en nada...

Después de un pequeño silencio, Nadia volvió a oír la voz de ese hombre.

—De acuerdo. En ese caso, volveré en otro momento más adecuado.

—Buena idea.

Y, una vez más, se hizo el silencio mientras las sombras engullían la consciencia de Nadia de nuevo.

Cuando volvió a despertar, se sentía mucho mejor. Por suerte, en aquella ocasión sí pudo abrir los ojos para encontrarse a Marco sentado en una silla al lado de su cama, con la cara enterrada en sus manos. Intentó mover la mano, y en aquella ocasión, por suerte, ésta respondió a la orden de su cerebro al fin, así que la alargó hasta tocar el brazo de Marco, que al sentirla levantó la cabeza de repente y se acercó a ella.

—¿Cómo estás? —Preguntó con urgencia. Nadia miró alrededor, tratando de asimilar que estaba en el hospital mientras Marco la observaba aterrado, y asintió con la cabeza levemente.

—Bien... Me encuentro... bien... —Admitió Nadia antes de tragar saliva, intentando ignorar el hecho de que su boca estaba seca —¿Qué ha pasado?

—Nada... —Marco luchó por mantener su voz controlada, a pesar de que no fue fácil, decidido a tranquilizarla, mientras acariciaba con suavidad su pelo —El golpe en la cabeza fue un poco más fuerte de lo que pensábamos, eso es todo, y has estado unas horas inconsciente. Pensaban que quizá iban a tener que operarte, pero los médicos te han hecho pruebas y todo va bien, así que al final parece que no va a ser necesario —La sonrisa forzada que esbozó en ese momento, lejos de tranquilizarla, la puso aún más nerviosa, pero intentó controlarse, concentrándose en que, al menos, se sentía ella misma otra vez y ya era capaz de controlar su cuerpo.

—¿Seguro? ¿No me estás mintiendo?

—Por supuesto —Afirmó Marco con rotundidad —Sabes que te prometí que iba a ser siempre sincero...

—Es verdad... —Admitió Nadia —Entonces, de acuerdo —Por suerte, aquellas palabras sí la tranquilizaron bastante, así que cerró los ojos antes de fijarlos en Marco de nuevo. No recordaba haberlo visto así jamás. Estaba desaliñado, con el pelo oscuro despeinado y el traje arrugado, pero seguía siendo tan atractivo como siempre. Era increíble que un hombre pudiera llegar a ser tan guapo. Sin embargo, en cuanto cerró los ojos, los destellos de un fuego aparecieron ante ella de repente, y los recuerdos volvieron a su mente sin su consentimiento —El fuego...

—¿Cómo dices? —Preguntó mientras Nadia volvía a abrir los ojos.

—Una bomba... Estalló en tu coche...

—Sí, lo sé. Pero no pienses en eso ahora...

—¿Cómo que no? Alguien intentaba matarte, Marco... Han estado a punto de matarnos... — Nadia se sentía cada vez más asustada según su mente empezaba a comprender lo que había pasado mientras Marco la miraba impassible, lo que eso no hizo más que intranquilizarla más de lo que ya estaba —¿Quién ha podido hacer algo así? —Preguntó al fin, decidida a encontrar las respuestas que necesitaba.

—No lo sé. La policía está investigándolo. Estoy seguro de que pronto encontrarán al culpable, pero tú no tienes que pensar en eso ahora. Lo que tienes que hacer es recuperarte...

Nadia no pudo evitar que aquellas palabras trajeran a su mente nuevos recuerdos, recuerdos rodeados de dolor y oscuridad que no conseguía ubicar en su pasado.

—La policía... Ha estado aquí, ¿verdad?

—Claro...

Entonces recordó que Marco le había gritado al agente que se marchase y no había contestado sus preguntas, lo que la recordó otro pasaje perturbador de su memoria que parecía escondido en lo más profundo de su mente.

—¿Vas a dejarme? —Tenía aquellas palabras frescas en su mente, aunque no estaba segura de si pertenecían a la realidad o a uno de sus sueños, pero por un instante el terror se apoderó de todo su ser, mientras Marco seguía acariciando su pelo antes de acercarse más a ella.

—No, claro que no ¿Por qué iba a dejarte? Tú no has hecho nada malo... —Respondió con una pequeña sonrisa paciente en los labios —Mira, has recibido un golpe muy fuerte y estás confundida... No pienses más en nada. Ahora, tienes que descansar. Sólo así podrás recuperarte... ¿De acuerdo?

Nadia quiso decir que no, que no deseaba alejarse de él de nuevo, ni siquiera para dormir, pero su cuerpo no obedeció sus palabras, y poco a poco empezó a escaparse de la luz una vez más para sumergirse en un profundo sueño. Por suerte, justo antes de perder la consciencia, consiguió pronunciar las palabras que resonaban en su mente:

—Vale, pero no te vayas...

Y antes de volver a dormir, escuchó la voz de Marco, cada vez más lejana, contestar:

—Por supuesto. Estaré aquí hasta que despiertes. No tienes que preocuparte por eso.

## CAPÍTULO 8

Nadia despertó aquella mañana sintiéndose renovada. Ya era capaz de controlarse con mayor facilidad y no se sentía tan cansada, lo que era un gran alivio, al igual que empezar a abrir los ojos para ver a Marco a su lado en la cama, cogiendo su mano, mientras la observaba con tristeza. Esa era la primera imagen que atravesó su retina esa mañana y no hubiera podido elegir otra mejor. Sin que se diera cuenta, la había transmitido la calma que le faltaba, aunque su rostro no transmitiera la felicidad que le hubiera gustado. Sin decir una sola palabra, se quedó observando sus ojos mientras él también la observaba sin decir nada durante un tiempo que no fue capaz de determinar antes de decidirse a hablar al fin, aunque tenía la boca tan seca que fue un triunfo conseguir hacerlo.

—Hola —Consiguió articular al fin. Marco bajó la mirada al suelo antes de contestar.

—Hola ¿Te sientes bien? —Dijo con voz ronca. Ella asintió con la cabeza y fue entonces cuando vio que su ropa estaba arrugada, sucia y salpicada de sangre, y su rostro parecía aún más afectado que antes, y se preguntó si habría dormido algo. Poco a poco, empezó a incorporarse para poder sentarse en la mullida cama en la que se encontraba, decidida a no soltar la mano de Marco en ningún momento mientras lo hacía. Él intentó ayudarla, pero ella negó con la cabeza.

—No... Puedo yo sola... —Se quejó mientras luchaba para acomodarse. Se sentía tan débil que moverse era un problema, pero no quiso asustarse por ello. Al fin y al cabo, podía recordar la forma en que había salido despedida por la bomba que había estallado en el coche, haciéndola perder el conocimiento, y estaba claro que eso era un motivo más que comprensible para sentirse algo débil.

Marco se quedó observándola un instante en silencio hasta que ella volvió a levantar la mirada. Era como si esperara algo, pero no sabía el qué, y él tampoco dijo nada.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

—No, estoy bien... Mucho mejor, la verdad —Contestó con sinceridad.

—¿Necesitas algo? —La voz de Marco era tan áspera que apenas la reconocía, pero aún así asintió con la cabeza.

—Sí... La verdad es que tengo bastante hambre... ¿Podrías pedir que me trajeran la comida?

—Claro.

Marco tomó el smartphone que había en su mesilla, llamó a alguien, y les pidió que le trajeran algo de comer. Luego colgó y se quedó mirándola de nuevo.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Un par de días... No te preocupes ahora por eso...

Nadia abrió mucho los ojos, asustada, al escuchar sus palabras.

—¿Cómo que no? He faltado al trabajo... Me van a despedir...

Marco se acercó a ella, con la clara intención de tranquilizarla, y con su mano libre la acarició el pelo.

—No, claro que no. Ales ya está informado. Me he ocupado de ello. No vas a tener ningún problema.

Nadia asintió, un poco más tranquila.

—Vale, gracias.

Justo en ese momento, un enfermero abrió la puerta trayendo con él una bandeja repleta de

comida, y ella sintió que su estómago se movía impaciente. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar que quizá habían tardado demasiado poco en traérselo, ni que la bandeja estaba repleta de una comida exquisita. Su mente sólo podía pensar en devorar todo lo que veía en ese momento.

—Espero que le guste —Dijo el enfermero con una sonrisa antes de marcharse. Marco levantó la tapa y encontró pasta al dente con una salsa de queso que tenía muy buena pinta, otro plato con bacon y huevos fritos y el tercero con una sopa caliente que prometía estar exquisita. Sin pensarlo dos veces, tomó el vaso de zumo y dio un par de sorbos antes de empezar con el caldo, mientras Marco la observaba con fijeza. Hacia la mitad del plato, la puerta se abrió y su jefe avanzó hacia ellos, quedándose perplejo por la forma en que, aún comiendo, mantenían unidas sus manos, aunque no dijo nada al respecto.

—Buenos días, hermano. Veo que está mejor... —Dijo como saludo mientras Marco asentía observando cada uno de los movimientos de Nadia —Me alegro.

Nadia ni siquiera se molestó en contestar mientras empezaba con la pasta. No podía creerse lo bien que le sabía la comida después de tanto tiempo inconsciente en aquella cama.

—¿El médico ha dicho que ya puede comer? —Preguntó Ales frunciendo el ceño mientras veía que Nadia seguía engullendo como si fuera su último día en la tierra.

—Sí. Le he preguntado esta mañana a primera hora y me ha dicho que se ha recuperado bien, y que en cuanto despierte puede empezar a comer, si la apetece, claro. Y, como ves, parece que es así... —Dijo señalando la forma en que Nadia se relamía los labios sin hacer caso a sus palabras. Marco estuvo a punto de esbozar una sonrisa, pero en el último momento se arrepintió de ello.

—Está buenísimo. Creo que es la comida más rica que he probado en mi vida... —Sentenció Nadia sin dejar de comer en ningún momento, lo que provocó que Alessandro sonriera al fin, viendo que todo parecía volver a la normalidad.

—Entonces, ¿te encuentras mejor?

—Sí, muy bien... —Respondió Nadia a su jefe haciendo una pequeña pausa para limpiarse la boca con una servilleta. No podía creerse lo maleducada que estaba siendo. No era propio de ella perder sus modales así, pero tenía tanta hambre y sed que, por primera vez en su vida, sentía que aquello carecía de importancia —Ya me siento bien. Sólo un poco extraña...

—Es normal. Estarás desorientada, seguro que se te irá pasando con el tiempo... —Intervino Marco al fin, tratando de tranquilizarla. Sin embargo, la mirada que recibió de su hermano en ese momento fue clara. Tanto él como su hermano sabían que no podía tranquilizar a Nadia porque él mismo no se sentía tranquilo en absoluto, por más que intentara aparentar lo contrario. Alessandro miró a su hermano con fijeza antes de preguntar:

—Necesito hablar contigo ¿Puedes salir un momento?

Marco asintió resignado y se dirigió a Nadia.

—Volveré en un momento, ¿vale? Termina de comer tranquila.

Nadia asintió entre bocados.

—Vale... Pero no te vayas muy lejos...

—No. Estaré ahí fuera.

Nadia asintió dando su aprobación y volvió a concentrarse en su comida, y Marco siguió los pasos de su hermano, salieron fuera juntos y cerró la puerta. Sabía que le esperaba una conversación complicada, y no sabía cómo iba a afrontarla, pero aún así se armó de valor para hacerlo lo mejor posible, fuera como fuera.

## CAPÍTULO 9

En cuanto salieron, Marco miró a su hermano con gesto preocupado. Sabía lo que estaba pensando sin necesidad de que se lo dijera. En aquella ocasión, quienquiera que hubiera sido había estado muy cerca de conseguir su objetivo. Habían estado a punto de matarlo, y, lo que era peor, también a Nadia, aunque ella no tenía nada que ver en sus asuntos, y eso le había bloqueado, pero tenía que despertar cuanto antes si no quería que la próxima vez acertaran. Tenía que estar más alerta, como siempre, y concentrarse en lo que era importante. El único problema era que, desde que había conocido a Nadia, lo que era o no era importante no estaba tan claro como antes. Cada día sentía que ella era lo más importante que había en su vida, y a su lado era más feliz de lo que recordaba haber sido jamás, lo que actuaba como una especie de adicción, haciéndole olvidar todos los problemas que había a su alrededor, y eso para él podía llegar a ser muy peligroso, tal como habían comprobado pocos días antes.

—No está tan afectada como esperaba... —Comentó Alessandro frunciendo el ceño. Marco asintió con la cabeza.

—Lo sé... Es fuerte. Saldrá adelante, estoy seguro...

—Sí, pero eso no es lo importante, Marco —Marco miró a su hermano un instante esperando que no dijera lo que ambos estaban pensando —No entiendo cómo ha podido pasar algo así...

—Ya te lo dije. Ha sido culpa mía —Confesó Marco al fin, con la voz temblorosa, decidido a ser totalmente sincero con su hermano, tal como lo había sido siempre —Dejé el coche en la calle sin protección durante toda la noche... Fue una decisión precipitada... Últimamente no tengo la mente tan despejada como antes...

—Y los dos sabemos el motivo... —Marco volvió la vista hacia la puerta de la habitación donde Nadia comía tranquila, ajena a lo que Marco y Alessandro estaban hablando fuera —Marco, esto es peligroso, y tú no pareces el de siempre... Este error es de novato, y lo sabes...

—Sí. La verdad es que nos ha podido costar muy caro... Pero a partir de ahora tendré más cuidado, en serio —Marco observó a su hermano, que no parecía nada convencido con sus palabras, y negó con la cabeza —No me mires así ¿Qué quieres que haga?

—Que espables, Marco —Le reprendió su hermano. Por un momento, incluso parecía enfadado —Casi te matan, joder. Deberías tener más cuidado. Sabes que donde estás, hay que mantener los ojos muy abiertos, y no bajar la guardia nunca... Un solo fallo y puedes acabar muerto.

—Lo sé, joder ¿Crees que no lo sé? —Preguntó Marco irritado por los reproches de su hermano —Para ti es fácil decirlo. Yo no huyo en cuanto hay un problema...

—No, no te equivoques. Yo no he huido. Estoy aquí ¿No me ves? Simplemente, tomé una decisión y voy a llevarla a cabo... —Alessandro se quedó callado un instante mientras trataba de controlarse. Sabía que Marco no estaba enfadado con él, y si le decía aquellas palabras hirientes, era sólo porque se sentía acorralado —No intentes echarme a mí la culpa de tus errores, ¿me has oído? Porque no voy a tolerarlo...

Marco se pasó las manos por el pelo y dio unos pasos hacia la pared que había frente a ellos para tomar asiento en unas incómodas sillas de plástico. Luego ocultó el rostro entre las manos, y Alessandro se acercó a él para sentarse a su lado. Estaba claro que había sido demasiado duro con su hermano. Al fin y al cabo, él había sido muy comprensivo siempre, incluso cuando no lo

había merecido, así que respiró hondo para calmarse y le puso una mano en el hombro.

—Sé que quizá he sido un poco duro, pero...

—No. La verdad es que tienes toda la razón —Le cortó Marco apartando las manos de sus ojos pero sin alejar la mirada del suelo —Sé que me he equivocado, Ales. Pero aún no soy capaz de asimilarlo... Nadia podría haber muerto por mi culpa, y...

—Y nada —Le interrumpió Alessandro con voz suave —No ha pasado. Ella está aquí, está bien, eso es lo único que importa ahora. Lo que tienes que hacer es concentrarte en el futuro, en no permitir que vuelva a pasar algo así... Y, en realidad, no es tan complicado. Tú eres infalible. Sólo tienes que tomar las medidas adecuadas.

Marco levantó la mirada hacia su hermano, pero estaba tan triste que incluso era complicado reconocerlo.

—¿Y cómo hago eso?

—Es muy fácil. Tienes que mantenerte concentrado en todo momento, y eso significa que, si algo de distrae, tienes que apartarlo de tu camino...

Marco sabía lo que Alessandro quería decir con aquellas palabras sin necesidad de preguntar nada, así que antes de que tuviera oportunidad de volver a hablar, negó con la cabeza.

—No... Sé lo que quieres decir, pero no lo entiendes...

—No. Eres tú quien no lo entiendes, Marco ¿Es que quieres acabar muerto? —Preguntó Alessandro preocupado —Tienes que dejarla...

—Lo sé... Lo he sabido desde el mismo día que la conocí... Pero no puedo... ¿Entiendes? —Explicó desesperado —Ella no se merece esta vida, la pongo en peligro sólo hablando con ella, pero no puedo apartarla de mi lado, joder. Ni siquiera he podido confesarla la verdad aún, no la he explicado nada sobre mi vida... sobre la de todos nosotros, porque sé lo que pasará en cuanto se entere, y aún no estoy preparado...

Alessandro dejó escapar un suspiro antes de apoyar la cabeza sobre la pared. Por desgracia, comprendía a su hermano demasiado bien como para poder decirle lo que debía, dado que él mismo había pasado por una situación parecida con Emma, pero tampoco podía fingir que todo iba bien, porque después de lo que había ocurrido, aún temía por su vida.

—Entonces, tienes un problema, y muy grave...

—Exacto —Admitió Marco sin dudar.

—Pero, sea como sea, me tendrás aquí siempre que me necesites, no lo olvides ¿De acuerdo?

Marco miró a su hermano un instante antes de asentir con la cabeza. Aquellas palabras, después de todo lo que había ocurrido en el pasado, significaban mucho más de lo que imaginaba. Pero, por desgracia, no podía volver a hundir a su hermano en la miseria. Él había tomado una decisión y debía respetarla, por muy duro que fuera. Tenía que enfrentarse a aquello él solo, no había otro remedio.

—Gracias.

Alessandro miró al techo y asintió con la cabeza, antes de decidir que lo mejor en ese momento era cambiar de tema.

—Entonces, ¿no tienes idea de quién ha podido ser?

Marco hizo un gesto de negación.

—No, no tengo ni idea.

—No pasa nada. Lo averiguaremos.

Marco miró a su hermano con gratitud, empezando a sentir que sus nervios se calmaban, antes de asentir con la cabeza.

—Por supuesto —En ese momento, su mirada volvió a la puerta de la habitación en donde

estaba Nadia, y Alessandro supo que su conversación había terminado.

—Bien, ahora ve con ella. Necesita que estés a su lado. Ya tendrás tiempo de ocuparte luego de todo esto. Al menos aquí estáis a salvo.

Marco dirigió entonces su mirada hacia los guardaespaldas que custodiaban la puerta, que en ese momento se habían alejado un poco para darles intimidad y, más tranquilo, asintió con la cabeza, a pesar de que, al no estar seguro de a quién se enfrentaban, ambos sabían que no podían estar del todo a salvo en ninguna parte, pero no era el momento de pensar en aquello. Primero tenía que asimilar lo que había pasado y recuperarse del todo. Luego tendría tiempo de tomar las medidas oportunas al respecto.

—Sí, tienes razón. Nos vemos luego.

Ante la atenta mirada de Alessandro, Marco desapareció por la puerta, y su hermano se quedó un instante observando aquel lugar preocupado, esperando que Marco volviera a ser él mismo cuanto antes, pues de lo contrario su vida corría serio peligro, y, por desgracia, también la de la mujer que sin duda amaba, aunque aún no hubiera sido capaz de admitirlo ante Alessandro... o ante sí mismo.

## CAPÍTULO 10

Cuando Nadia traspasó el umbral de su casa aquella tarde, se sentía muy diferente, aunque no sabía exactamente por qué. Aquellos días habían pasado demasiadas cosas, y todavía no era capaz de asimilar ni siquiera la mitad de ellas, pero al menos tener a Marco a su lado ayudaba bastante, aunque en el fondo presentía que, una vez más, no estaba siendo del todo sincero sobre lo que estaba ocurriendo. Necesitaba saber qué pasaba, y no soportaba más secretos del hombre que amaba, pero debía aceptar que aquel no le parecía el mejor momento para sacar el tema. Aunque ya se sentía bien y el médico le había dado el alta, psicológicamente aún no creía estar del todo recuperada, y aquella conversación prometía ser lo suficientemente traumática como para que decidiera tomar la sabia decisión de aplazarla. Así que, por el momento, se concentró en recuperarse del todo antes de pensar en abordar temas tan complicados.

Nadia entró en su casa de la mano de Marco antes de sentarse en el sillón. Desde el accidente, Marco había sido tan paciente y atento con ella que empezaba a acostumbrarse, y mentiría si dijera que aquel trato no la gustaba. De hecho, se había acostumbrado tanto a tenerlo cerca aquellos días en todo momento que incluso temía el momento en que tuviera que alejarse de ella. Pese a todo lo que había ocurrido, no podía negar que se sentía segura a su lado. Y eso era algo muy necesario en ese momento de su vida.

—Ya hemos llegado ¿Necesitas algo? —Nadia se quedó observando al apuesto hombre que tenía frente a ella ofreciéndose a ayudarla en lo que necesitara y no pudo evitar dejar escapar un suspiro. Se sentía tan afortunada que apenas podía asimilarlo. Sin embargo, no podía evitar verlo extraño con aquellos vaqueros y la camiseta azul de manga corta que se había puesto aquella mañana. Le había costado un mundo convencerlo para que fuera a su casa a ducharse y cambiarse de ropa. Por alguna razón que no llegaba a comprender, era contrario a dejarla sola ni siquiera unos minutos... pero la visita de sus amigas parecía haberlo calmado lo suficiente como para ausentarse al fin, aunque en menos de una hora ya estuviera de vuelta a su lado.

—No, gracias. Ahora mismo estoy bien —Nadia se mordió el labio para no decir lo que deseaba de verdad. Por algún motivo, se sentía como una niña de nuevo, asustada ante la posibilidad de quedarse sola en su casa. Era extraño, porque nunca antes le había pasado algo parecido, pero estaba claro que aquella explosión inesperada había despertado un temor en ella que no era capaz de controlar, y lo único que deseaba pedir a Marco era que no se separase de su lado. Sin embargo, el poco orgullo que aún conservaba la impidió decir aquellas palabras en voz alta. No iba a pedirle que se quedara con ella, a pesar de lo mucho que lo deseaba. Iba a afrontar sus miedos como había hecho siempre en la vida, y no iba a volverse dependiente, pasara lo que pasara. Siempre había sido independiente, y estaba decidida a volver a serlo, aunque sintiera que le temblaban las piernas en cuanto pensaba en quedarse a solas en una estancia que siempre le había transmitido seguridad en el pasado.

Nadia se había quedado pensativa mirando al suelo sin darse cuenta de que Marco la miraba preocupado. Sin embargo, en cuanto escuchó sus pasos acercarse más a ella levantó la vista para encontrarse con Marco avanzando hacia ella para sentarse a su lado con naturalidad, como si fuera lo que había hecho toda su vida, y se sintió tan confundida que incluso se quedó sin habla.

—¿Qué estás haciendo? —Preguntó al fin. Marco la miró como si no comprendiese su pregunta y luego se encogió de hombros.

—Sentarme contigo en el sillón ¿No lo ves? —Preguntó Marco al fin —¿Dónde tienes el mando? ¿Te apetece ver la tele...?

—No mucho... —Nadia se sintió aliviada por un instante al escuchar aquellas palabras, pero aún así tenía que admitir que no comprendía nada y, si algo necesitaba en ese momento, eran respuestas —¿No te vas a marchar?

Marco dejó de buscar el mando en el mismo segundo que escuchó su pregunta y la miró confundido.

—¿Es que quieres que me vaya? —Su voz sonó firme, pero se sentía nervioso pensando que así era, y no estaba preparado para dejarla todavía. Antes de alejarse de su lado, necesitaba asegurarse de que estaba a salvo, y teniendo en cuenta que por mucho que había investigado aún no tenía idea de quién podía haber intentado asesinarlo de una forma tan ruin como inesperada, ni de qué motivo les podría haber llevado a ello, a pesar de que, por desgracia, las posibilidades eran casi infinitas, no pudo evitar mostrarse reacio a alejarse de Nadia todavía, ni aunque eso fuera lo que ella deseaba.

—No, claro que no. Eso es lo último que quiero en este momento, en realidad —Explicó al fin, tratando de mostrarse lo menos vulnerable posible. Sin embargo, por la forma en que Marco la miró en ese momento, estaba claro que había entendido mucho más de lo que la hubiera gustado de aquellas escuetas palabras.

—¿Tienes miedo? —Preguntó al fin, esperando que la respuesta que escuchara a continuación no fuera la que imaginaba.

—Un poco... Pero supongo que es normal. Seguro que se me pasará en nada... Creo que algo así te marca tanto si quieres como si no, es inevitable... ¿O acaso no lo tienes tú?

Marco quiso explicarle la verdad, pero no fue capaz de hacerlo. En realidad, él estaba más que acostumbrado a cosas así, aunque por suerte nunca habían estado tan cerca de conseguir su objetivo de arrebatarse la vida porque normalmente era mucho más cuidadoso. Lo único que sentía en ese momento era ira y, por supuesto, ganas de venganza, pero no miedo. Pero eso no podía decírselo a ella. Era demasiado pronto para eso, y si lo hacía la surgirían nuevas dudas que él no iba a poder aclarar... así que lo mejor era ser lo más evasivo posible, y esperar que ella lo aceptara.

—No... No exactamente. Sólo creo que a partir de ahora tenemos que tener más cuidado. Eso es todo.

Nadia lo miró con fijeza un instante. Era el momento. Sabía que tenía que preguntarle todo lo que necesitaba, y debía ser en ese mismo instante, por complicado que fuera. Estaba tan impaciente por saber lo que Marco escondía que no podía esperar ni un segundo más. Había sido consciente de que ocultaba algo desde el mismo día que lo conoció, aunque no tenía ni idea de qué era. Había algo en él, en su forma de actuar, en las conversaciones cifradas que mantenía con su hermano en ocasiones, o incluso en el propio hospital donde ella había permanecido inconsciente que la hacían dudar de si iba a acabar arrepintiéndose de haber querido saciar su curiosidad, pero no tenía más remedio. Fuera lo que fuera lo que debía averiguar, tenía que saberlo cuanto antes, aunque sólo fuera para asegurarse de si su vida con Marco tenía sentido... o sólo estaba viviendo un sueño que iba a terminar antes de lo que pensaba. Estaba a punto de verbalizar sus pensamientos en voz alta, cuando de repente sonó el timbre de la puerta.

—Ya voy yo. No te preocupes —Se ofreció Marco mientras ella lo seguía con la mirada. Contestó y pulsó el botón para abrir la puerta del portal —Son tus amigos. Han venido todas a verte.

Nadia no pudo evitar que una pequeña sonrisa apareciera en sus labios cuando las vio entrar

por la puerta. Todas la abrazaron con fuerza y empezaron a hablarle de sus insulsas vidas, que al parecer no habían cambiado demasiado durante aquellos días, mientras Marco se sentaba a su lado de nuevo, observándolas. Nadia se dio cuenta en ese momento de que aquella visita había trastocado sus planes de averiguar lo que Marco se guardaba, pero no pudo evitar pensar que aquello, en ese momento, carecía de importancia. En ese momento sólo quería disfrutar junto a sus amigas de nuevo, permitir que la recordaran lo que era llevar una vida normal, y olvidar las persecuciones y las bombas que la habían acechado durante la última época de su vida. Ya tendría tiempo después de hablar de todo aquello cuando hubiera superado sus temores y su vida se hubiera encauzado de nuevo.

## CAPÍTULO 11

El sábado Nadia se sentía inquieta. Había quedado para verse con sus amigas aquella noche y aún no tenía idea de qué iba a ponerse. La idea de salir a la calle de nuevo, de recuperar su vida perdida, la atraía más de lo que quería aceptar, pero por desgracia aún estaba asustada. Era como si pensara que en cuanto estuviera al aire libre cualquiera iba a poder acecharla en cada esquina... una idea que conscientemente ella misma reconocía como absurda, pero que en su mente aquellos días cobraba más importancia de la que debería. Sin embargo, aquella noche la decisión estaba tomada. No había ido a trabajar los últimos días debido al percance que había sufrido, por lo que se pasaba todo el día en casa con Marco, quien se había ofrecido a ayudarla hasta que se sintiera preparada. Había sido tan dulce que incluso había llegado a olvidar todas las dudas que poco antes la habían abrumado, y había decidido que lo único importante era que confiaba en él. Si de verdad lo amaba, debía creer ciegamente en su palabra, pues eso era para ella el amor, así que eso era lo que iba a hacer. Iba a recuperar su vida e iba a disfrutar de la compañía de Marco por encima de todo. Más tarde tendría tiempo de abordar los problemas del pasado. Lo importante en ese momento era sólo el presente y nada más, y con eso debía conformarse. Eso era lo único que tenía en mente cuando había aceptado quedar con sus amigas aquella noche, y eso era lo único en lo que iba a concentrarse en las últimas horas.

En realidad, el motivo de aquella cita era doble. Su intención era volver a encontrarse con sus amigas de siempre y recuperar su vida, pero también que conocieran al fin a Marco de forma oficial. Aunque lo habían visto por casa en los últimos días en un par de ocasiones, toda la conversación se había centrado en ella y en lo que la había ocurrido y apenas habían podido hablar con él, cosa que iban a arreglar en aquel momento.

Un par de golpecitos en la puerta interrumpieron de repente sus pensamientos.

—Nadia, ¿has terminado ya?

Nadia miró frente a ella y negó con la cabeza, como si no se diera cuenta de que a través de la puerta Marco no podía verla. Por suerte, ya se había maquillado y peinado, pero aún no había decidido qué ropa ponerse. Al fin y al cabo, ¿cuál es la ropa más adecuada para salir cuando tenías pánico a hacerlo? Era complicado de decir... y eso la preocupaba.

—No, aún no. Pero no voy a tardar, en serio.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Nadia vio a Marco entrar en la habitación y apretó los labios con fuerza. Aún no comprendía lo que le pasaba por la cabeza. Durante los días que había pasado allí, y que incluso había dormido a su lado en la cama, no la había tocado ni mirado como solía hacerlo antes, y eso la preocupaba ¿Acaso ya no le interesaba ella sexualmente? Sabía de sobra que se sentía bien físicamente, así que, ¿por qué no había mostrado interés en su cuerpo, cuando antes parecía no ser capaz de apartar sus manos de ella? Aquellas dudas se acumulaban en su mente, angustiándola aún más de lo que ya estaba.

—A ver, dime ¿Cuál es el problema? —Preguntó paciente con una pequeña sonrisa, mirando todos sus vestidos y vaqueros tirados sobre la cama. Nadia los observó también antes de volver sus ojos hacia Marco de nuevo.

—No sé... No se me ocurre nada que ponerme...

—Pero si tienes la casa llena de ropa... Venga, elige algo ya. Todo es precioso, y estoy seguro de que cualquier cosa te sentaría bien, así que no le des tanta importancia, en serio...

Nadia frunció el ceño mientras Marco empezaba a observar su ropa con detalle, tratando de buscar la forma de ayudarla, aunque era complicado, porque a él toda la ropa le parecía casi igual. Toda era hermosa, y a Nadia le quedaría bien incluso un saco de patatas.

Nadia, sin embargo, no pudo evitar sentirse frustrada una vez más. Estaba allí, en ropa interior, una muy sexy negra que había elegido especialmente para aquella ocasión, esperando que Marco despertara de su letargo sexual al verla, pero él había pasado por su lado sin hacerla el menor caso una vez más, y no podía negar pensar que aquello empezaba a constituir un problema.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó decidida.

Marco se dio la vuelta para mirarla, aún con la sonrisa en los labios.

—¿Es que no lo sabes? —Preguntó perplejo —Eres irresistible, preciosa. No te hace falta nada de esto para estar perfecta... Por eso.

Nadia miró al suelo, confundida. Por desgracia, aquellas palabras contradecían los actos de Marco, que ni siquiera la miraba ya si no era para cuidarla, y eso la planteaba un problema muy serio.

—¿Eso es lo que crees?

—Claro... —Admitió Marco volviendo a concentrarse en la ropa de nuevo.

—Pues yo no lo siento...

Al escuchar aquellas palabras, Marco se dio la vuelta y se quedó observándola preocupado antes de tomar asiento sobre la cama, sin preocuparse por si arrugaba la ropa que había debajo. Su sonrisa se evaporó al instante mientras buscaba la forma de mostrarse tan paciente como debía, al igual que había hecho durante todos aquellos días que había pasado junto a Nadia.

—¿Qué quieres decir con que no lo sientes?

Nadia dejó escapar un suspiro y se preparó para una de las conversaciones más incómodas y humillantes de su vida.

—Quiero decir... —Empezó antes de interrumpirse a sí misma, mientras Marco esperaba su explicación con una calma que ni él mismo podía creerse —Que... desde que pasó lo del... accidente... ni siquiera me has mirado...

—Yo creo que eso no es verdad —Disintió él al fin —Sé justa conmigo. Llevo varios días cuidándote, Nadia. Y no me he separado de ti ni un momento...

—Sí, lo sé. Has sido maravilloso, y estoy muy agradecida, no me entendas mal. Pero, la verdad es que, yo... ahora mismo... no me refería a eso...

—¿Y, entonces, a qué te referías...? —Marco parecía más confundido que en toda su vida, sobre todo cuando Nadia se sonrojó, tratando de evitar por todos los medios posibles detallar más su respuesta. Por suerte, Marco vio su expresión avergonzada y comprendió lo que quería decir al instante, y entonces una pequeña sonrisa pícaro acudió a sus labios de nuevo —Ah, vale... Ya lo entiendo... —Se puso en pie y se acercó a ella muy despacio, y con la yema de los dedos empezó a acariciar su brazo desnudo lentamente hasta llegar a su hombro. Nadia cerró los ojos y se permitió disfrutar de lo que tanto había anhelado, hasta que sintió el aliento de Marco en su oído —Te refieres a esto, ¿verdad? —Concluyó mientras continuaba acariciando su espalda. Nadia asintió aún con los ojos cerrados, y Marco amplió su sonrisa, a pesar de que ella no podía verla —Vale, lo entiendo. Pero no deberías preocuparte por eso... —Masculló de nuevo —En realidad, sólo estaba dándote un poco de espacio después de lo que había pasado... pero te aseguro que, en ese aspecto, estoy dispuesto a lo que desees, cuando y donde tú quieras... —Marco tomó entonces sus mejillas entre sus manos y la dio un largo beso que la dejó sin aliento, y entonces ella sintió que

volvía a la vida de nuevo. Cuando al fin se alejó, ella estaba tan impaciente que negó con la cabeza mientras lo sujetaba por los brazos, decidida a no permitir que se marchara.

—Espera. Has dicho cuando yo quiera.

—Lo sé... —Admitió Marco sin dudar.

—Pues lo quiero ahora...

—Perfecto. Será como tú quieras, pero te recuerdo que hemos quedado con tus amigas en media hora, y vamos a llegar tarde...

Nadia cerró los ojos con fuerza, frustrada al recordar la cita de aquella noche. Por un instante, su mente se había liberado y no recordaba nada aparte de las manos de Marco sobre su piel y sus labios sobre los de ella, pero no podía negar que Marco tenía razón. No debía hacer esperar a sus amigas. Tenían muchas ganas de conocer a Marco, y ella de que lo conocieran, así que supuso que tendrían que dejar aquel encuentro tan esperado para otro momento.

—Vale... Es verdad. Nos vamos —Admitió Nadia abriendo los ojos de nuevo para encontrarse con el gesto burlón de Marco frente a ella. Antes de darse cuenta, su brazo se levantó de repente y le atizó en la espalda con fuerza —No te rías... No te has librado de mí aún...

—Lo sé, lo sé... —Dijo él entre carcajadas, observando la forma en que ella lo perseguía para seguir castigándolo, a pesar de que sus sonoras carcajadas mostraban que no estaba tan enfadada como quería aparentar.

—Lo aplazaremos hasta esta noche, pero ni un minuto más, ¿me has entendido?

Marco permitió al fin que lo alcanzara, cogió su muñeca y la acorraló contra la puerta.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa... —Dijo serio de nuevo, mientras acariciaba su rostro antes de darla un beso más largo de lo que había imaginado. Cuando al fin se apartó, ambos jadeaban, y Marco no hizo ademán de apartarse de ella hasta que tuvo que empujarlo...

—Venga, tenemos que marcharnos. Voy a vestirme de una vez. Sal de aquí ahora mismo. Estaré fuera en un momento.

Marco levantó las manos y salió de la habitación para darle el espacio que necesitaba, y ella observó la ropa que había sobre la cama una vez más y, finalmente, tomó el vestido azul que había en un lateral y se lo puso al fin, preparada para afrontar aquella noche de fiesta. Por suerte, aquellos juegos con Marco habían aplacado sus nervios y volvía a sentirse ella misma. De repente la apetecía salir como siempre, sobre todo si era a su lado, y, por supuesto, con la firme promesa de que iba a tomarla en cuanto regresaran.

## CAPÍTULO 12

Cuando aquella noche Nadia se encontró con sus amigas, aún no podía creerse que aquello fuera a pasar de verdad, y, lo más curioso era que, por la cara que pusieron al verla llegar con Marco de la mano, ellas tampoco. En realidad, no era la primera vez que alguna de ellas se presentaba con un hombre, pero sí la primera vez que una de ellas iba en serio de verdad con él. Aunque Nadia aún no estaba segura de lo que podía sentir Marco, sí estaba convencida de que para ella él era el amor de su vida, y haría cualquier cosa por seguir a su lado, aunque pusiera en riesgo su propia cordura. Estaba tan loca por él que ni siquiera pensaba en alejarse de él pasara lo que pasara, y la posibilidad, que sabía que existía, de que él la dejara algún día la aterrizzaba por completo. Pero, por suerte, cada vez tenía mejores perspectivas. Marco había pasado varios días cuidándola después del accidente, y no había dudado en conocer a sus amigas cuando ella se lo había pedido, y eso la daba esperanzas de pensar que podían tener un futuro juntos. No era como conocer a sus padres, por supuesto, ni tampoco como pedirle matrimonio, pero era un paso más en la buena dirección. Al fin y al cabo, ya estaban saliendo en serio, algo que él mismo sugirió, y no había dudado en aceptar sus propuestas sin dudar, algo que poco antes ni siquiera hubiera imaginado. Al menos, estaba claro que los augurios eran buenos.

Cuando llegaron, sus amigas sonrieron alucinadas, algo que empezó a molestarla. Era cierto que Marco era muy guapo, sin duda mucho más de lo habitual, además de muy inteligente, y aquella noche con aquella camisa negra y sus vaqueros azules estaba más apuesto que nunca, pero la forma en que lo miraban perplejas como si babearan ante su presencia la avergonzaba un poco, así que mientras caminaban hacia el bar esperó que, al menos, cuando se sentaran dejaran de hacerlo. Por desgracia, no fue así. Después de sentarse en una pequeña mesa que la camarera de aquel bar había reservado especialmente para Marco, según sus propias palabras, y de que todas se quedaran aún más embobadas cuando vieron la forma en que Marco apartaba la silla para facilitar que Nadia se sentara, observaron a la pareja durante unos segundos con la boca abierta mientras Marco pedía su bebida. Por suerte, cuando tuvieron que pedir la suya, se vieron obligadas a quitar aquel gesto bochornoso de sus rostros al fin.

—Entonces... Eres abogado —Comentó Miriam después de un rato hablando de banalidades.

—Sí —Admitió Marco asintiendo con la cabeza.

—Debe de ser un trabajo interesante... —Intervino entonces Kira, que aún no podía creerse la suerte que había tenido Nadia de conocer a un hombre así —Aunque quizá un poco estresante, ¿no?

—Supongo que puede llegar a serlo —Admitió Marco encogiéndose de hombros —Depende de cómo te lo tomes. Yo no suelo estresarme demasiado...

En ese momento, Nadia levantó la mirada y vio sus ojos observándola en silencio.

—Es verdad. Marco es muy tranquilo. A veces, incluso parece de hielo... —Bromeó Nadia provocando las risas de todos, mientras Marco cogía su mano para darle un dulce beso. En ese momento, Miriam dejó escapar un suspiro antes de hablar al fin. Ella había sido la que menos había admirado al el novio de Nadia, pero tampoco podía negar que sentía cierta envidia, aunque en ningún caso era comparable con lo que se alegraba al haber encontrado al hombre de su vida, porque según iba transcurriendo la conversación, cada vez tenía más claro que así era.

—Entonces... Veo que las cosas entre vosotros van bastante bien...

Nadia miró a Marco, esperando su respuesta, dado que la de ella era más que obvia.

—Sí, mejor a cada momento.

—Debió de ser raro... ¿No? Siendo la secretaria de tu hermano y todo eso... —Lourdes fue la más entrometida, pero Nadia se sentía tan feliz que ni siquiera se percató de ello, y a Marco tampoco pareció molestarle demasiado.

—Bueno, para mí la verdad es que no. Pero creo que Nadia tuvo problemas para aceptarlo durante un tiempo... Pero, por suerte para mí, acabó cediendo...

Nadia le dio entonces un pequeño beso en los labios con una gran sonrisa, recordando esos lejanos tiempos del pasado en los que estaba decidida a huir de él por las repercusiones que eso pudiera tener para su trabajo, por muy atraída que se sintiera por el hombre que en ese momento tenía a su lado.

—Sí, totalmente... —Admitió ella ampliando su sonrisa.

—No me cabía duda de que acabaría haciéndolo. Sólo era cuestión de tiempo —Añadió Marco, petulante, antes de unir sus labios de nuevo.

Después de aquello, la noche se desarrolló con mucha más naturalidad, excepto que Marco se negó a bailar, aunque sí observó al detalle la forma en que Nadia bailaba con sus amigas mientras él las miraba desde la barra con una copa en la mano, hasta que Nadia se acercó a él y bailó pegada a su cuerpo, mientras él se lo permitía con una pequeña sonrisa, sabiendo exactamente lo que intentaba.

—Sé exactamente lo que pretendes, Nadia —susurró en su oído después de sentir cómo rozaba su cuerpo durante un rato con la excusa del baile —Y, si sigues así, te tomaré aquí mismo, en medio de la pista de baile...

Nadia levantó la mirada hacia sus ojos, sin perder ni un ápice de su compostura.

—Hazlo —Le retó decidida. Luego cogió su mano y siguió bailando mientras él la observaba con fijeza. En un instante tiró de ella para aproximarla hacia él y sus labios quedaron más cerca de lo que habían pensado. Estaba a punto de cumplir su amenaza, cuando las amigas de Nadia volvieron y, quejándose, se la llevaron una vez más de su lado para seguir bailando, y Marco se lo permitió entre carcajadas. Y, así Nadia pasó la noche divertida que necesitaba para superar al fin todos los problemas de los últimos días, y cuando volvió a su casa se sentía renovada por completo, tanto que ni siquiera dudó cuando la puerta se cerró tras ella y Marco se lanzó a sus labios.

—Espero que ahora cumplas tu palabra... Llevas toda la noche poniéndomela dura... Ahora tendrás que encargarte de arreglarlo... —La advirtió mientras su mano buceaba entre sus bragas por debajo de su falda. Nadia quiso responder, pero sentía tal placer que no se creyó capaz, hasta que al fin fue capaz de articular:

—Por supuesto... Lo estoy deseando...

Marco no esperó más y, en cuanto escuchó aquellas palabras, la cogió por la nuca y profundizó el beso antes de agarrar sus glúteos para cogerla en brazos antes de tumbarla sobre el suelo. Deseaba poseerla con tal fervor que ni siquiera creyó que fuera capaz de aguantar hasta llegar a su cama. En cuanto la tuvo frente a él, desabrochó la cremallera del vestido que tenía en el costado y la ayudó a deshacerse de él. No llevaba sujetador, así que agarró sus bragas y, con una pequeña sonrisa, las deshizo entre sus manos. Fue entonces cuando se decidió a bajarse la cremallera y penetrarla con más fuerza que nunca, llegando más profundo de lo que Nadia creía posible de un solo empujón, para acto seguido empezar a embestir con fuerza, sin esperar a que ella se acostumbrara, mientras la agarraba del pelo, obligándola a levantar la cabeza para darle pleno acceso a sus pechos. Luego besó su cuello, dejando rodar los labios hasta que llegó a su oído.

—¿Te gusta? —Preguntó en un murmullo antes de morder el lóbulo de su oreja. Nadia asintió antes de poder contestar, aún con los ojos cerrados.

—Sí.

—Me alegro, porque a mí también —Y, en ese momento, volvió a retomar sus fuertes acometidas, hasta que ambos terminaron exhaustos en un placer interminable que esperaban que fuera eterno.

## CAPÍTULO 13

Cuando Nadia fue capaz de recuperar el aliento aquella noche, levantó la mirada hacia Marco para ver su hermoso rostro ligeramente cubierto de sudor. La forma en que jadeaba provocaba que ella se moviera junto a su pecho, pero jamás había estado tan a gusto en toda su vida. Lo único que podía desear era que siempre estuvieran así, y que nunca nada los alejara el uno del otro.

—¿Qué tal? —Preguntó Marco cuando sintió que había recuperado el aliento. Nadia lo miró con una gran sonrisa antes de asentir con la cabeza.

—Muy bien ¿Y tú?

—Genial... —Aceptó Marco fijando la mirada en el techo mientras se apoyaba en sus manos detrás de la cabeza —Pero hoy ha sido un poco más fuerte que otras veces, y quería estar seguro de que te había gustado...

—Pues puedes estar tranquilo... Me ha encantado, como siempre... —Nadia quiso decirle que nunca nada podría molestarla si era con él, que lo deseaba demasiado como para resistirse a él en ningún aspecto, pero finalmente decidió no hacerlo. Al fin y al cabo, no estaba de más guardarse algo del poco orgullo que la quedaba cuando estaba en su presencia —Además, creo que me lo tengo merecido, después de como te he calentado en la discoteca... —Añadió sintiendo cómo sus mejillas se acaloraban, lo que intentó ocultar tapándose el rostro con las manos debido a la vergüenza que estaba sintiendo. Marco se carcajeó al oírla, pero Nadia no fue capaz de hacer lo mismo. Aún se ruborizaba al recordar la forma en que se había comportado en la discoteca. En realidad, no era muy propio de ella hacer algo así, pero Marco despertaba algo en ella que desconocía, y el hecho de haberse visto obligados a esperar para mantener relaciones sexuales durante días después del accidente no había ayudado demasiado.

—Estoy de acuerdo —Aceptó Marco sin dudar asintiendo con la cabeza. Luego se quedó un momento pensativo mientras la acariciaba el pelo, y Nadia disfrutó de aquel momento de silencio como lo hacía de cada segundo que estaba a su lado, decidida a embeberse en el olor de Marco, que en ese momento la envolvía como una cálida manta —¿Estás preparada para volver al trabajo? —Preguntó al fin, un poco más preocupado. Nadia perdió también la sonrisa antes de forzarse a contestar.

—Sí, claro... ¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé... Pareces mucho más tranquila que estos días, pero supongo que sería normal que lo que ocurrió te hubiera afectado... Si lo necesitas, puedo hablar con Ales. Podría darte un par de días libres más, y...

—No, por supuesto que no. No hagas eso —Le interrumpió Nadia, dispuesta a evitar que siguiera por ese camino. Apreciaba mucho a Alessandro, y sabía que Marco sólo quería ayudarla, pero lo último que deseaba era que Alessandro pudiera pensar que estaba intentando aprovecharse de la relación que mantenía con su hermano —Estoy bien, en serio. No te preocupes por eso.

—¿Seguro? —Marco la miró frunciendo el ceño, y ella decidió mantenerle la mirada por un momento —Nadie te culpabilizaría por necesitar unos días más. Lo que pasó fue muy fuerte...

—También lo fue para ti, supongo... —Respondió ella, observándolo con curiosidad. En realidad, era extraño. Desde que la bomba estalló, Marco se había preocupado mucho por ella, por saber si estaba bien, por averiguar si lo había superado, pero a él no parecía haberle afectado demasiado, y era un suceso demasiado traumático como para que fuera capaz de superarlo sin

más, por muy fuerte que fuera —¿O es que a ti no te ha afectado?

—Sí, un poco, supongo. La verdad es que no me lo esperaba, y estuvo mucho más cerca de lo que me hubiera gustado, pero para mí ya está en el pasado... Eres tú la que me preocupas en este momento...

—Pues no tienes porqué preocuparte —Nadia se forzó a sonreír, decidida a demostrar a Marco que no le estaba engañando —Yo también lo he superado.

Marco asintió y pareció creer sus palabras.

—Me alegro.

—De hecho, tengo ganas de volver a trabajar. Aunque estar a tu lado todo el día tiene sus alicientes...

Marco la miró mientras una pícaro sonrisa se dibujaba en sus perfectos labios.

—Sí, eso ya lo supongo...

Entonces, Nadia se apoyó en su pecho una vez más y se deleitó sintiendo como Marco la acariciaba el pelo mientras ella dibujaba figuras inexistentes sobre su piel. Estaba segura de que, a pesar de lo duro que había sido todo lo que había pasado aquellos días, iba a echar de menos esos momentos de calma junto a Marco. Sin embargo, en medio de aquel profundo silencio, los recuerdos de las dudas que la habían asediado aquellos días volvieron a su mente, y al sentirse mucho más serena, le pareció el momento más adecuado para preguntarle sobre ello.

—Eso me recuerda... —Nadia tomó aire para armarse de valor antes de hacer la pregunta que tenía en mente —¿Sabes ya algo de quién pudo haber puesto la bomba de tu coche?

Marco negó con la cabeza, muy serio, sin parar de deslizar sus dedos entre los hermosos cabellos sedosos de Nadia.

—No. Estoy investigando por mi cuenta, y la policía también, pero aún no he averiguado nada en concreto. Aunque seguiré indagando hasta que lo consiga, por supuesto.

—Eso espero —Nadia se mordió el labio, tratando de ignorar la alerta que había aparecido en su mente, advirtiéndole de que aquella respuesta no parecía del todo sincera, pero no fue fácil hacerlo —No es algo muy habitual, y supongo que, si no cogen al culpable, podrían volver a intentarlo de nuevo...

—Lo sé —Admitió Marco mostrándose más razonable de lo que Nadia esperaba —Pero no te preocupes. Sea quien sea, yo me ocuparé de que no vuelva a llegar tan lejos. Y antes de que te des cuenta, estará entre rejas. No tienes que pensar más en eso...

Nadia asintió, aunque aún no estaba del todo segura de que Marco hubiera sido del todo honesto. Sin embargo, fuera como fuera, sabía que tampoco la había engañado, y con eso podía conformarse, al menos por el momento. Al fin y al cabo, aún le quedaba mucho tiempo para poder averiguar lo que ocultaba, y, pasara lo que pasara, ya estaba decidida a hacerlo.

—Bien, en ese caso, dejaré de pensar en ello... por ahora...

—Buena idea —Marco la tomó de la barbilla, obligándola a levantar la cabeza para observar su hermoso rostro. Al fin había recuperado el color saludable de su piel y sus ojos volvían a brillar como antes, así que supuso que no tenía que preocuparse por ella, aunque iba a seguir protegiéndola, por supuesto. Pero ese no era el momento adecuado para sacar ese tema, así que decidió que lo haría en otro momento —En ese caso, ¿qué te parece si nos vamos a la cama?

Nadia observó sus ojos hambrientos, y no dudó un instante antes de asentir con la cabeza mientras la sonrisa volvía de nuevo a sus labios.

—Me parece perfecto.

## CAPÍTULO 14

Cuando Nadia abrió los ojos al fin a la mañana siguiente, aún no podía creer lo tranquila que se sentía. El miedo había abandonado su cuerpo al fin, y sabía exactamente cuál era el motivo. En realidad, no era nada complicado de suponer. Delante de sus ojos tenía la respuesta: Marco estaba allí, a su lado, respirando muy despacio en medio de un plácido sueño. No quería despertarlo aún, pero ella tenía que levantarse cuanto antes si quería llegar al trabajo, así que supuso que podía empezar a vestirse y dejar que disfrutara un poco más de su sueño. Sin embargo, antes de ser capaz de hacerlo, levantó la mano y acarició su mejilla con una pequeña sonrisa en los labios, deleitándose en la felicidad que sentía al haber pasado todas aquellas noches junto al hombre al que quería, aunque él aún no fuera consciente de ello. Y fue entonces cuando Marco abrió los ojos de repente, para encontrársela frente a él observando su rostro con fijeza. En cuanto la vio, ella apartó la mano de su rostro de repente como si quemara, y él no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Te he despertado? —Preguntó un poco preocupada.

—Eso parece... —Marco se movió un poco pero no apartó la mirada —Veo que tú ya estás despierta... ¿Qué hora es?

—La hora de levantarse, por desgracia... —Admitió Nadia más calmada.

—Vaya... Veo que hay que volver al trabajo... ¿Cómo te encuentras? —Marco parecía tranquilo a pesar de que con aquella pregunta su sonrisa desapareció de sus labios.

—Bien... Muy bien, en realidad. Sólo estoy un poco perezosa.

—¿Seguro? —Insistió Marco, queriendo asegurarse de que Nadia estaba preparada para volver a sus quehaceres diarios —Sabes que si no te sientes preparada, sólo tengo que hacer una llamada y no habrá ningún problema...

—No... No es necesario que hagas nada. En serio, me siento bien. De hecho, tengo ganas de recuperar mi rutina diaria...

Marco la observó un momento, decidido a asegurarse de que estaba siendo sincera, y finalmente asintió al percatarse de que era así. Nadia parecía tan feliz y relajada que, en principio, el gran susto que había recibido días antes parecía ya totalmente superado, por lo que pensó que no tendría ningún problema en ir a trabajar aquel día, siempre que tomara las precauciones adecuadas.

—Bien, entonces de acuerdo —Aceptó mientras acariciaba su rostro con la yema del dedo índice, deleitándose en la forma en que ella cerró los ojos al sentir su tacto —De todas formas, estoy seguro de que Ales será cuidadoso contigo... Y, si no es así, avísame para dejarle las cosas claras...

Nadia se carcajeó al escuchar aquellas palabras repletas de humor, antes de asentir con la cabeza.

—Lo haré, pero no creo que vaya a hacer falta...

Marco rió también antes de contestar.

—Eso espero.

Nadia dejó escapar un sonoro suspiro, empezando a hacerse a la idea de que tenía que empezar a prepararse, y luego se incorporó al fin.

—Bueno, creo que tenemos que empezar... Si no llegaré tarde...

Marco la observó levantarse desde la cama, aún tumbado, siguiendo con la mirada cada uno de sus movimientos con la cabeza apoyada en las manos.

—Bien. Yo te miraré desde aquí... —Marco observó el cuerpo desnudo de Nadia mientras ella cogía la ropa para ducharse, y cuando vio la mirada lasciva que la estaba dedicando, tomó una de sus camisetas y se la tiró a la cara, recibiendo una carcajada como respuesta.

—Pero, ¿qué haces? Estás loco... Además, tú también vas a llegar tarde... ¿O es que no piensas ir a trabajar hoy?

Marco apartó la camiseta de su rostro, y, aún entre risas, se decidió a contestar con tranquilidad.

—Sí, pero no tengo prisa... Hoy no tengo reuniones a primera hora, así que no pasa nada si llego un poco tarde... —Explicó encogiéndose de hombros.

Nadia negó con la cabeza antes de coger su ropa interior para poder marcharse.

—Nunca llegaré a entender cómo es posible que un tío tan vago como tú haya ganado todos los casos en los que ha trabajado...

—Pues porque soy muy bueno —Confirmó Marco mientras Nadia salía al fin de la habitación, dejándolo a solas allí.

Marco se quedó pensativo un momento, tratando de pensar la forma en que iba a abordar el tema que, sin más dilación, se veía obligado a afrontar con Nadia, aunque estaba seguro de que no iba a ser nada fácil convencerla. Sin embargo, era preciso que lo hiciera, y cuanto antes. Por desgracia, para cuando Nadia volvió a la habitación, ya vestida, perfumada y con el pelo mojado, aún no había encontrado la fórmula mágica para persuadirla, así que se puso de pie y fue en su busca, rodeando su cintura por la espalda para darle un tierno beso de buenos días.

—Bueno... Ya era hora. Echaba de menos este saludo... —Admitió Nadia, fijándose en la ancha espalda de Marco, que estaba tan musculada que, por un momento, incluso la apeteció lamerla. Estaba claro que nunca se cansaba de él, y por la forma en que las manos de Marco bajaron por su espalda en ese momento hasta alcanzar su trasero, parecía que el sentimiento era mutuo.

—Ya... La verdad es que has salido demasiado pronto de la cama. No me has dado tiempo de disfrutar de tu cuerpo ni un segundo...

Nadia se acercó a sus labios antes de saborearlos con ganas, profundizando mucho más el maravilloso beso que había recibido segundos antes.

—Lo sé, pero ahora mismo no tengo mucho tiempo — Sin embargo, esta noche seré toda tuya, ¿de acuerdo?

Marco asintió sin dudar.

—No puedo esperar a tenerte de nuevo...

Nadia mordió con suavidad su labio antes de responder.

—El sentimiento es mutuo, por si no te habías dado cuenta...

Marco amplió su sonrisa antes de apartarse de Nadia al fin, satisfecho.

—Bien, entonces los dos estaremos sufriendo durante todo el día, supongo que es justo...

Nadia se rió a carcajadas antes de mostrarse de acuerdo.

—Sí, supongo que lo es...

—Entonces, perfecto.

Nadia salió entonces para tomar una taza de café caliente todo lo rápido que pudo, cuando Marco, ya con la ropa interior puesta, ocultando parte de su maravilloso cuerpo, apareció de nuevo frente a ella. Su gesto era más grave que el de antes, pero ella estaba tan decidida a apresurarse para marcharse cuanto antes y llegar a tiempo al trabajo, que ni siquiera se dio cuenta.

—Tengo que hablar contigo de algo, Nadia —Confirmó después de sentarse en una de las duras sillas de madera que Nadia tenía en la cocina. Nadia levantó la mirada y negó con la cabeza.

—Vale, pero ahora no tengo tiempo... Esta noche podemos cenar y me dices lo que necesites...

—No, tiene que ser ahora —Insistió Marco sin variar su gesto preocupado —Pero no te preocupes, sólo será un momento.

Nadia se detuvo al instante al escuchar esas palabras, avanzó hacia Marco y lo miró a los ojos con fijeza.

—¿Qué ocurre? ¿Es que ha pasado algo?

Marco negó con la cabeza, tratando de evitar que se asustara. Al fin y al cabo, eso era lo último que necesitaba en ese momento.

—No, claro que no. No se trata de eso —Explicó Marco al fin —Verás... Después de lo que pasó el otro día... He decidido que no quiero arriesgarme a que corras ningún otro peligro. Supongo que lo comprendes...

Nadia relajó su gesto al escuchar aquel discurso, antes de incorporarse para ponerse en pie con una pequeña sonrisa.

—Sí, claro. Ya lo sé. Pero no voy a correr peligro, Marco. Sólo voy a trabajar... —Marco sujetó su mano, impidiendo que se alejase de él, y se puso en pie frente a ella.

—Lo sé. Pero no quiero arriesgarme a nada. No sé a qué nos enfrentamos, y por ahora no tenemos pistas fiables, así que he decidido que... lo mejor es ponerte un guardaespaldas.

Nadia se quedó un momento perpleja observando a Marco como si, de repente, no lo reconociera, antes de negar con la cabeza.

—No... No, claro que no. No pienso llevar guardaespaldas, Marco. Esto es absurdo... Lo del otro día fue un accidente, no me va a pasar nada...

—Eso no lo sabemos —Le interrumpió Marco decidido. Luego, relajó el gesto y cogió su mano con suavidad, tratando de convencerla de que su decisión era la más adecuada, a pesar de que era bastante complicado si no podía explicarle la situación real en la que se encontraban —Mira, no quiero que te asustes. Es muy probable que lo del otro día sólo fuera un hecho aislado, no lo niego, pero quiero estar seguro de que estás a salvo hasta que lo confirme, y no podré hacerlo si no llevas protección... ¿Entiendes?

Nadia sintió cómo su gesto alegre de desvanecía al momento, antes de negar con la cabeza de nuevo, esta vez con mayor convicción.

—No. No, Marco. No pienso hacerlo. Te lo digo en serio... No voy a tolerar que me impongas algo así... No me gusta, y no voy a aceptarlo...

Marco se quedó un momento inmóvil, a pesar de que ya se esperaba una reacción parecida. Estaba claro que conocía a Nadia mejor de lo que pensaba.

—Pero, ¿por qué no? No van a molestarte, y sólo serán unos días, te lo prometo... —Marco observó a Nadia un instante, comprobando que ella no parecía estar dispuesta a ceder, antes de añadir: —Te aseguro que no va a interferir en tu vida, y yo me quedaría mucho más tranquilo hasta que tengamos más datos de lo que ocurrió el otro día... A mí no me parece para tanto...

Nadia abrió la boca con la clara intención de rebatir a Marco de nuevo, explicando que lo que para él no parecía tener demasiada importancia, para ella era vital, porque sentía que coartaba su libertad, pero de repente recordó la angustia terrible que había sentido cuando se dio cuenta de que había sido víctima de un atentado con una bomba que había estado a punto de matarla, y decidió cerrar la boca de nuevo y permanecer en silencio. Lo cierto era que comprendía que

Marco necesitara asegurarse de que estaba a salvo, y ella misma no podía estar segura de que lo que había ocurrido no fuera a repetirse en breve, a pesar de que era poco probable que así fuera, de modo que, por la tranquilidad de Marco y la de ella misma, supuso que lo mejor era aceptar su sugerencia, al menos por el momento.

—¿Estás seguro de que sólo serán unos días? —Preguntó ella, aún molesta.

—Sí. Totalmente —Confirmó él con rotundidad. Ella respiró hondo y, finalmente, asintió con la cabeza.

—Vale... Entonces, si eso te hace sentir más tranquilo, acepto. Pero sólo durante unos días, va en serio.

—Perfecto.

Y, así, Nadia permitió que Marco se saliera con la suya en aquella ocasión, aunque ella tenía aún muchas dudas al respecto. Al menos, sólo serían unos días, el tiempo que durara la investigación, así que supuso que podría conseguirlo sin problema. Sólo tenía que hacerse a la idea poco a poco, y todo iría bien, estaba convencida de ello.

## CAPÍTULO 15

Aquella mañana, Nadia se dio cuenta de la falta que había hecho en aquella oficina. Todo estaba tan desordenado que apenas era capaz de encontrar los documentos que necesitaba, y había varios informes pendientes que, o bien no se habían realizado, o bien necesitaban una corrección a fondo. Era un auténtico desastre, de modo que, por suerte, no tuvo demasiado tiempo para pensar la extraña decisión que había tomado al aceptar llevar un guardaespaldas al trabajo. Parecía muy importante para Marco, y no podía negar que incluso ella misma se sentía más tranquila, pero eso no quitaba la tremenda sensación de sentirse observada en todo momento desde que había admitido llevarlo. Era extraño, porque incluso la sorprendió el hecho de que en ocasiones apenas era consciente de que un hombre la seguía a todas horas. Al contrario de unos días antes, cuando se había sentido perseguida y observada, aunque para ese momento ya estaba segura de que sólo había sido producto de su imaginación inquieta, aquella mañana ni siquiera se había percatado de que tenía un guardaespaldas. Debía estar cerca, pero ella no lo había visto en ningún momento, a excepción de cuando la había llevado al trabajo en un gran coche negro que, desde luego, no parecía demasiado discreto, y se había presentado como tal, pero estaba segura de que para cualquier persona que lo viera encajaba más con un chófer que con un escolta, así que no la preocupaba demasiado.

—¿Va todo bien? —Preguntó Alessandro cuando a media mañana salió de su oficina y la vio sumergida en papeles y documentos. Ella forzó una sonrisa y asintió con la cabeza. En realidad, todo estaba desordenado y descuidado, pero Alessandro había sido tan atento al darle aquellos días libres que tanto necesitaba que no fue capaz de decírselo a la cara.

—Sí... Todo muy bien. Sólo intento ponerme al día... —Explicó observando todos los papeles que tenía sobre su mesa.

—Sí, ya veo... —Alessandro negó con la cabeza antes de continuar —Creo que está claro que haces falta en la oficina... —Añadió en tono de broma con una pequeña sonrisa —La verdad es que le pedí ayuda a una de nuestras becarias estos días, y creí que había hecho un trabajo aceptable... hasta ahora...

Nadia observó a su jefe y no pudo evitar corresponder su hermosa sonrisa.

—Sí, bueno... No está mal... Aunque sin duda puede mejorarse... —Nadia miró a los papeles de nuevo y trató de suavizar su respuesta —Lo cierto es que yo también soy demasiado perfeccionista...

—Sí, y es algo que me encanta de ti, así que no cambies —Alessandro miró a Nadia con gesto preocupado un momento —¿Crees que tendrás todo arreglado después de comer? Me vendría bien tenerte disponible para esta tarde, ya sabes... para la reunión con Díaz y Ricard...

Nadia asintió con la cabeza. Sabía que aquella reunión era vital y no tenía intención de fallar a su jefe en aquella ocasión.

—Sí, creo que será posible. Tendré todo preparado para la tarde, en serio.

—Bien, me alegro —Alessandro asintió con la cabeza, satisfecho, antes de volver a su despacho, y Nadia volvió a fijar la vista en todos los papeles que tenía enfrente, esperando que, de alguna forma mágica, pudieran organizarse al momento, dado que de lo contrario temía acabar perdiendo la cordura en breve.

Por suerte, unas horas después había conseguido que todo estuviera organizado de nuevo.

Tuvo todo preparado y ordenado para la reunión de aquella tarde, acompañó a su jefe para darle las diapositivas que necesitaba y organizar la información que había en sus documentos y se sintió especialmente satisfecha cuando vio cómo el señor Díaz felicitaba a Alessandro por la eficiencia de su ayudante, bromeando al compararla con la ineficacia de la que tenía él, antes de insinuar que iba a robársela. Por descontado, aceptaron los beneficiosos negocios que Alessandro les propuso, y se estrecharon la mano, con la promesa de seguir trabajando juntos a menudo en el futuro.

Nadia volvió a su mesa tan feliz al haber retomado sus tareas y haber superado el trauma del accidente que apenas podía pensar en nada que no fuera la felicidad que sentía en ese momento, y después de finalizar el día y recibir también la felicitación de su propio jefe, su sensación de dichosa calma se intensificó, de modo que salió, decidida a encontrarse con Marco en el restaurante en el que iban a celebrar que todo había vuelto a la normalidad aquella noche.

Su respiración era agitada dentro del pasamontañas. Había cometido un grave error y no podía permitirse volver a hacerlo, así que había extremado las precauciones para que su plan fuera perfecto. Sin embargo, era consciente de que la batalla aún no estaba ganada. Tenía que cumplir su objetivo, y cuanto antes. De lo contrario, los Bassetti tendrían tiempo suficiente para bloquear sus actos. Se quedó mirando, escondido detrás de la esquina del edificio donde trabajaba y esperó paciente hasta que la vio salir, y supo que ese era el momento. A pesar del susto que debía de haberse llevado unos días antes, iba tan despreocupada como siempre, y había que aprovecharlo. No comprendía cómo aquella mujer ajena a su mundo era tan valiente, pero al menos podía utilizarlo en su provecho. Respiró hondo y se preparó para salir de su escondite, decidido a llegar hasta ella para llevársela. Sin embargo, justo cuando dio un paso al frente para cumplir su objetivo desde las tinieblas oscuras en las que se encontraba, algo inesperado sucedió, y sus movimientos se paralizaron. Un hombre corpulento vestido con un traje negro y corbata impecables se acercó a ella para caminar a su lado y después la abrió la puerta de un caro vehículo oscuro. Conocía a ese hombre. Era uno de los guardaespaldas de Marco Bassetti, así que se dio la vuelta y se escondió de nuevo tras la esquina mientras cerraba los ojos frustrado. Estaba claro que no iba a poder cumplir su propósito aquella noche. Ese hombre estaba bien entrenado, y no iba a ponérselo fácil si quería llevarse a aquella secretaria, de modo que cogió su smartphone del bolsillo, marcó y se lo llevó a la oreja, tratando de esperar con paciencia mientras escuchaba el tono de llamada. En cuanto el teléfono se descolgó, proporcionó la información que precisaba.

—El objetivo va protegido. No puedo cumplir las órdenes. El plan debe ser abortado.

Fue todo lo que dijo antes de colgar. Después, se quitó el pasamontañas y, sin más dilación, comenzó a caminar hacia el sitio contrario adonde estaba Nadia, decidido a alejarse de allí tan rápido como le fuera posible para proporcionar a su superior el informe completo.

## CAPÍTULO 16

Aquella noche, Nadia se sentía tan feliz que apenas podía creérselo. Al fin, todo el miedo había quedado en el pasado, y lo único en lo que era capaz de pensar en ese momento era en Marco, en lo apuesto que estaba allí, en aquel restaurante tan elegante, observándola como si fuera toda su vida, como ella siempre soñó que haría, aunque en el fondo no tenía ninguna esperanza de conseguirlo. Siempre había creído que para él ella sólo era un reto, que pasaría con ella una noche o dos y luego la dejaría, pero con cada segundo que pasaba a su lado empezaba a convencerse más de que se había equivocado, y mucho más de lo que esperaba. Marco era cada vez más cariñoso con ella, y parecía que le importaba de verdad, aunque era consciente de que no podía

estar del todo segura de ello hasta que se lo dijera él mismo, pero al menos su actitud hablaba por sí misma, y, por el momento, era suficiente para ella.

—¿En qué piensas? —Preguntó Nadia notando que Marco estaba muy callado después de tomar su segundo bocado de lomo con salsa de roquefort, que, por supuesto, estaba tan delicioso como esperaba.

—En nada... —Marco contestó sin apartar la mirada de Nadia en ningún momento, sin parpadear, y ella no pudo evitar la sonrisa cómplice que apareció en sus labios como respuesta. En realidad, sabía exactamente lo que pensaba, y además coincidía con lo que ella tenía en mente.

—¿Estás seguro? —Insistió Nadia ampliando su sonrisa —Porque yo no lo tengo tan claro... —Nadia lo observó con deseo y Marco no pudo evitar corresponder su sonrisa mientras veía la forma en que se mordía el labio.

—Bueno... En realidad... —Marco trató de ordenar sus pensamientos, a pesar de que la forma en que Nadia lo observaba anhelante no se lo puso tan fácil como le hubiera gustado —Estaba pensando que me gusta mucho ese vestido —Admitió al fin. Nadia no pudo evitar asentir, sabiendo exactamente a lo que se refería. En realidad, se había puesto un vestido precioso, pero quizá un poco más escotado de lo que solía considerar adecuado para el trabajo, y lo había hecho con toda su intención de provocar a Marco, lo que, al parecer, había conseguido. Era de un color rosa pálido, y se ajustaba a cada una de sus curvas, lo que era perfecto para conseguir su objetivo, por lo que había surtido efecto.

—¿De verdad te gusta? —Preguntó Nadia fingiendo inocencia antes de volver a probar otro bocado con calma —Pues me alegro... Es uno de mis vestidos favoritos...

Nadia sintió que se quedaba sin respiración cuando notó la mano de Marco subiendo por su pierna muy despacio. Sin embargo, cuando llegó a la parte más alta, la apartó al fin y sonrió con picardía, sabiendo exactamente lo que había hecho, algo que frustró por completo a Nadia. Luego se acercó un poco a su oído y susurró:

—Sí, ya lo imagino... Pero, en realidad, a mí lo que más me apetece es quitártelo.

Nadia levantó entonces la mirada y observó a Marco muy seria.

—Entonces, vámonos ya a mi casa...

Marco rió a carcajadas antes de negar con la cabeza muy calmado. Luego se apartó de ella otra vez y se concentró en su comida de nuevo.

—Eres increíble... Ni siquiera hemos terminado de cenar...

—Me da igual. Hay cosas que me apetece mucho más... —Murmuró Nadia con sinceridad. En ese momento, lo deseaba tanto que incluso hubiera sido capaz de lanzarse sobre él allí mismo, en medio de aquel distinguido restaurante en el que se encontraban.

—Ya, te entiendo —Admitió Marco a pesar de que, por la forma tranquila y paciente que se comportaba, nadie lo hubiera dicho nunca —Pero tenemos que cenar antes. No quiero que luego te desmayes en medio del orgasmo, preciosa... No sería muy agradable, ¿no te parece?

Nadia dejó escapar un suspiro de frustración antes de continuar con su comida. Por mucho que la molestara, sabía que Marco tenía razón, a pesar de que en ese momento la daba igual lo que pasara más tarde. Pero era lo más sensato, así que decidió continuar con su plácida cena mientras charlaban de cosas banales del trabajo, hasta que, finalmente, llegó el momento de volver a su casa.

Aquella noche, Marco la llevó a su apartamento sin ni siquiera preguntarle, pero no la importó en absoluto. En realidad, aquellos días lo había echado de menos. Era hermoso y perfecto y, aunque había cosas que ella consideraba innecesarias, era muy cómodo y tremendamente cautivador. Era igual que Marco: hermoso, perfecto, muy organizado y elegante.

Sin embargo, en cuanto entraron por la puerta, Marco la cogió en brazos y la llevó a la cama, sin permitir que observara aquel lugar que tanto había añorado, mientras la besaba los labios, para finalmente dejarla sobre la cama. Antes de darse cuenta, ambos se habían desnudado y Marco empezó a adorar su cuerpo, dejando que sus labios rodaran por cada parte de su piel, hasta que, finalmente, cogió sus manos y las sujetó sobre la cabeza.

—¿Me deseas? —Preguntó Marco a sólo un centímetro de sus labios, mientras ella luchaba por llegar hasta él sin conseguirlo, debido a que Marco la había dejado inmóvil bajo su cuerpo.

—Sabes que sí —Confesó ella sin dudar.

—¿Eres mía? —Preguntó mirando sus ojos con fijeza.

—Sí... —Admitió ella sin aliento.

—¿Lo serás siempre?

Nadia lo observó un instante confundida, antes de asentir levemente con la cabeza.

—Sí, lo seré siempre.

—Entonces, dímelo.

Nadia supo al instante que Marco necesitaba escuchar aquellas palabras de sus labios por algún motivo que se la escapaba, así que clavó sus ojos en los de él, y repitió:

—Soy tuya, Marco, y lo seré siempre...

Y, en ese momento, Marco la penetró con fuerza y ella dejó escapar un grito ahogado, antes de que su ritmo se acelerase, embistiéndola cada vez con más energía. Nadia se sentía como si fuera a desmayarse del placer que estaba sintiendo, mientras Marco mantenía sus brazos sujetos, dominándola con dureza. De una forma casi onírica, ella observaba cómo el hombre al que amaba la poseía por completo, en cuerpo y alma, hasta que ambos terminaron al fin sintiendo un placer inigualable. Entonces, Marco se apartó al fin de ella, liberando sus manos, y se tumbó a su lado, mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, ¿lo sabías? —Preguntó él sorprendiéndola.

—Tú también eres maravilloso... —Dijo ella con una dulce sonrisa.

—Espero que nunca te vayas de mi lado.

Nadia observó entonces a Marco y, antes de ser consciente de lo que hacía, se abrazó a su pecho mientras su cabeza descansaba sobre su piel.

—Nunca lo haré. Te lo prometo.

Y, con aquella firme promesa, ambos se quedaron dormidos aquella noche con sus cuerpos enredados en una lujosa cama de sábanas negras.

## CAPÍTULO 17

Aquella tarde, Nadia no podía esperar a terminar su horario laboral para ver a Marco, algo que se estaba volviendo mucho más habitual cada día que pasaba. A pesar de que tuvieron mucho trabajo, Nadia no podía evitar pensar en él a cada instante, recordar la forma en que sus labios rodaban por su piel, la forma en que sus manos la proporcionaban más placer del que nunca hubiera creído factible... ¿Acaso era posible que un hombre tan perfecto fuera real? En ocasiones incluso llegaba a dudar, pensando que aquello no era más que un sueño, pero en cuanto sentía su tacto sobre ella, confirmaba que era cierto, y lo único en lo que podía concentrarse era en disfrutar de su compañía al haber tenido tanta suerte de encontrarlo. Sin duda, era el hombre perfecto.

—Nadia, ¿puedes venir un momento? —Le pidió su jefe en cuanto cogió el teléfono. Ella se puso en pie y se acercó a su oficina sin dudar.

—¿Hay algún problema?

—No, claro que no. Sólo quería pedirte que me hicieras una copia de estos documentos y después los archivaras...

Nadia cogió las hojas que le tendía y asintió con la cabeza.

—Por supuesto ¿Necesitas algo más?

—Sí... Después ven aquí para que podamos preparar la reunión de la próxima semana. Ya sabes que Cleverand es una empresa muy potente, y también exigente, y debemos tener cuidado...

Nadia asintió de nuevo. Últimamente, Alessandro había empezado a darle más responsabilidad en el trabajo. Normalmente, asistía con él a las reuniones, sobre todo con sus clientes más importantes, y no podía negar que estaba aprendiendo mucho del negocio. Era algo de agradecer, y no sólo por lo que conllevaba para su vida profesional, sino también porque eso significaba que confiaba en ella, y esa confianza por parte de su jefe era algo que no tenía precio.

—Claro. Entonces, vendré después.

Nadia se fue a hacer sus tareas tal como la había ordenado, pero cuando volvió a la oficina, no pudo evitar mirar el reloj de su muñeca. Sólo le quedaba una hora para salir, y aquella noche, como todas desde que había conocido a Marco, tenía prisa. Sin embargo, su actitud fue totalmente profesional mientras estudiaban los movimientos y saldos de la empresa, lo que solía pedir y sus funciones principales, hasta que, poco después, Nadia volvió a mirar su reloj y vio que sólo quedaban cinco minutos para marcharse. Por un instante, se mordió el labio inferior, preocupada. No sabía como decirle a su jefe que agradecería que su trabajo no se alargara aquella tarde, cuando Alessandro tomó la palabra de nuevo, como si la hubiera leído la mente.

—No te preocupes. Sé que tienes planes, y es tu hora de salir. Yo terminaré todo esto y mañana seguimos juntos, ¿te parece?

Nadia asintió con una tímida sonrisa antes de salir para recoger su bolso y marcharse, mientras su mente se inundaba de preguntas ¿Qué habría querido decir Alessandro cuando afirmó que sabía que tenía planes? ¿Acaso Marco le hablaba de sus citas? En realidad, era posible. Al fin y al cabo, era su hermano, pero no sabía si eso la parecía correcto. No le gustaba demasiado que Alessandro fuera conocedor de su vida íntima, pero supuso que Marco no le decía nada de los detalles importantes, sólo lo más superficial, y eso no la preocupaba, así que, para cuando terminó de recoger su mesa y se preparó para marcharse, supuso que ya lo tenía superado.

Fue entonces cuando recibió un mensaje de Marco:

*Lo siento. No me ha dado tiempo de ir a recogerte. Tengo mucho lío en la oficina, pero el chófer te está esperando y te traerá hasta aquí. Luego saldremos juntos ¿De acuerdo?*

Nadia suspiró un poco decepcionada, pero aún así contestó al momento:

*Por supuesto. Voy enseguida.*

En realidad, comprendía que se hubiera podido liar en el trabajo. Su puesto era de gran responsabilidad y le conocía lo suficiente como para saber que él no delegaba sus obligaciones. Era demasiado perfeccionista para hacerlo. No podía enfadarse por eso. Al fin y al cabo, ella era la primera que sabía lo importante que era ser bueno en tu trabajo. Siempre la había gustado trabajar, y más en algo que la apasionaba, como en ese momento. Por la forma en que Marco hablaba de sus negocios, estaba claro que a él también le entusiasmaba el suyo, y ella se sentía muy orgullosa de que fuera tan competente, así que, por mucho que la molestara tener que esperar para verlo, no fue capaz de enfadarse ni un ápice.

En cuanto salió a la calle, vio que Paolo ya estaba esperándola junto al gran coche negro que había preparado para llevarla a ver a Marco.

—Buenas tardes, señorita ¿Ha tenido un buen día? —Preguntó con su excelente educación antes de abrirle la puerta para que entrara.

—Sí. Todo bien, gracias.

Entonces, Paolo asintió, cerró la puerta y se encaminó al asiento del conductor.

Antes de darse cuenta, el vehículo se puso en marcha y empezó a correr por la ciudad, llevándola cada vez más cerca del hombre al que amaba. Sin embargo, había algo que tenía en mente respecto a su chófer. Siempre era demasiado educado con ella, y eso la hacía sentir incómoda, así que decidió que, en lugar de permanecer todo el camino en un incómodo silencio, debía comunicar a Paolo la decisión que había tomado, y de paso incluso podría averiguar un poco más sobre los extraños secretos que Marco la ocultaba... y no tardó en darse cuenta de que ese parecía un buen momento para sacar el tema, así que decidió hacerlo.

—Oye, Paolo. Al parecer, Marco hoy está muy ocupado ¿Ha habido algún problema?

Paolo la observó con una mirada perspicaz por el espejo retrovisor, muy serio, como si de algún modo hubiera leído su pensamiento para averiguar sus intenciones, antes de negar con la cabeza.

—No, no lo creo, señorita. Es sólo que... El señor Bassetti está agobiado con tanto trabajo. Sólo eso.

Nadia asintió con la cabeza, a pesar de que estaba segura de que, al igual que Marco, Paolo también le estaba ocultando la verdad con aquella respuesta. De todos modos, le gustaba ese hombre de aspecto rudo y servicial. Parecía buena persona.

—Me alegro —Nadia respiró hondo antes de continuar —Pero no hace falta que me llames señorita siempre... Puedes llamarme Nadia. Ya nos conocemos desde hace bastante tiempo, ¿no te parece? —Preguntó con una gran sonrisa que, a pesar de lo difícil que le resultó, Paolo acabó por corresponder con rapidez.

—Como quiera. Aunque no sé si al señor Bassetti va a gustarle demasiado...

—Me da igual lo que piense. Yo me ocuparé de todo, no te preocupes.

—De acuerdo.

Nadia observó que, al fin, habían llegado a la empresa de Marco, a pesar de que, cada vez que iba, se maravillaba de lo grande que era, salió del coche y, tras despedirse de Paolo, decidió subir a la quinta planta, donde Marco la debía de estar esperando en su oficina. Sin embargo, según se acercaba, pudo escuchar que aún estaba hablando con alguien, lo que significaba que aún no había terminado. Estaba decidida a esperar paciente fuera hasta que finalizara su conversación, cuando se dio cuenta de que lo que escuchaba no tenía demasiado sentido, y no pudo evitar quedarse allí, en silencio, escondida tras la puerta, decidida a averiguar lo que Marco la ocultaba al fin, si tenía la oportunidad de hacerlo.

—No, no lo entiendes. Eso no es suficiente... —Dijo Marco enfadado. No podía escuchar ninguna respuesta, así que asumió que debía de estar hablando por teléfono con alguien — Necesito saberlo ya. Ese tío no puede escaparse esta vez, y lo sabes. No, es peligroso. Tenemos que ocuparnos de él cuanto antes ... Claro, lo tendré en cuenta ... Bien, llámame en cuanto sepas algo.

En ese momento, escuchó con claridad como colgaba el teléfono que había sobre su mesa y, de repente, se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración ¿Qué había sido aquello? Desde luego, no parecía la típica conversación que podía mantener con su cliente un abogado... ¿Lo habría malentendido? ¿Tenía Marco algún problema del que no quería hablar para no preocuparla demasiado? De ser así, ella hubiera preferido que se lo contara. No le gustaba sentir que se le escapaban cosas, pero debía tener paciencia. Si esperaba lo suficiente, estaba segura de que Marco acabaría sincerándose con ella. Ella le importaba de verdad, estaba segura de eso, y de ser así, nada más era relevante en ese momento. Lo único en lo que podía pensar era en continuar a su lado, por complicado que esto fuera. Siempre había sabido que Marco era un hombre difícil, pero eso no la había frenado antes, y no iba a hacerlo tampoco en ese instante, después de lo lejos que habían llegado.

En ese preciso momento, Marco salió de su despacho al fin, obligándola a abandonar aquellos oscuros pensamientos. Pareció sorprendido al verla allí, en silencio, pero pronto forzó una sonrisa y se acercó a ella para darle un dulce beso en la mejilla que, por desgracia, a ella le supo a poco.

—Hola, preciosa ¿Llevas mucho tiempo aquí? —Preguntó suspicaz. Nadia se forzó a corresponder su sonrisa antes de negar con la cabeza.

—No. En realidad, acabo de llegar ¿Has terminado?

—Sí... Ya estoy preparado para marcharnos cuando quieras... —Marco cerró entonces la puerta de su despacho y cogió su mano para acompañarla fuera —¿Y tú qué tal? ¿Has tenido un buen día en el trabajo?

—Sí, muy bueno. Como siempre... —Nadia se mordió el labio para no decir lo que en realidad deseaba, sabiendo que no era el momento —Alessandro me está ayudando mucho. Cada día aprendo más a su lado.

—Me alegro.

Nadia observó a Marco un instante. Por un momento, deseó poder atravesar su mente para averiguar lo que la ocultaba. Aquella conversación no auguraba nada bueno, y no podía negar que entonces, más que nunca, necesitaba saber la verdad, pero pronto decidió que no podía presionarlo, así que se esforzó para olvidar el tema, al menos por el momento. Además, seguramente estaba trabajando con la policía, intentando averiguar quién había puesto la bomba en su coche aquella noche... Pero la conversación no encajaba demasiado con eso, y además, de ser así, no había motivo para que se lo hubiera ocultado... Nada tenía sentido llegados a ese punto,

pero debía resignarse para poder disfrutar junto al hombre que amaba, así que decidió dejar el tema. Ya tendría tiempo de volver a ello más tarde. Aquella noche, lo único que quería era disfrutar a su lado.

—Bien, en ese caso ¿Dónde te apetece ir a cenar?

—No lo sé... —Respondió Nadia, aún ensimismada en sus pensamientos. Marco reflexionó un momento antes de intervenir de nuevo.

—En realidad, no tenemos porqué ir a ningún sitio... Podríamos llamar y que nos trajeran sushi para cenar en casa... ¿No te parece un buen plan?

Nadia sonrió al fin. Era como si la hubiera leído el pensamiento. En cuanto escuchó aquellas palabras después de todo el tiempo que había pasado alejada de Marco, y cuánto lo había echado de menos, supo que eso era exactamente lo que necesitaba, así que sonrió y asintió con la cabeza sin dudar un segundo.

—Sí, creo que es un gran plan. De hecho... Es perfecto.

## CAPÍTULO 18

Cuando Nadia abrió los ojos aquella mañana, no pudo evitar que una gran sonrisa apareciera en sus labios al sentir la piel de Marco debajo de ella. Lo cierto era que no se cansaba de él. No era capaz. Por mucho que estaba a su lado, siempre quería más, y no sólo de sexo, aunque no podía negar que el sexo también era el mejor que había tenido en toda su vida. De hecho, no era capaz de comprender por qué Marco seguía soltero, cuando en realidad era perfecto... y fue entonces cuando la conversación que había escuchado el día anterior a escondidas acudió a su mente, y su sonrisa desapareció al momento. No podía negar que, por mucho que la molestara, aquella conversación no era la propia entre un abogado y su cliente. De hecho, se hubiera atrevido a asegurar que no tenía nada que ver con la legalidad. No era muy usual que un abogado hablara de ocuparse de alguien peligroso, tal como había escuchado. Necesitaba hablar con él acerca de aquello cuanto antes, pero estaba segura de que no iba a decirle la verdad, por lo que, al menos por el momento, no tenía demasiado sentido hacerlo. Al contrario, lo mejor parecía ser esperar con calma a que él se sintiera preparado para hablar con ella de sus secretos... Esa era la decisión que había tomado unas semanas atrás, y aún seguía decidida a mantenerla. El problema era que Marco no parecía tener intención de sacar el tema, y eso no auguraba nada bueno ¿Y si no lo hacía jamás? ¿Sería capaz de permanecer a su lado a pesar de que, en realidad, no tenía idea de lo que ocultaba? Confiaba en él, por supuesto, pero, ¿acaso no merecía que también él confiase en ella del mismo modo? Las preguntas se arremolinaban en su mente hasta volver a colapsarla, así que decidió que lo mejor era dejar de pensar en aquello por el momento, y para conseguirlo se abrazó a Marco con más fuerza y cerró los ojos, hasta que, de repente, sintió su mano sobre su cabeza, así que se incorporó sorprendida y se lo encontró aún tumbado, con una mano detrás de la cabeza y una gran sonrisa en la cara.

—Buenos días, preciosa —Le saludó al fin, mientras ella sentía que todas sus dudas se desvanecían en un momento derritiéndose entre sus brazos.

—Buenos días ¿Ya estás despierto?

—Ya ves... Una mujer muy hermosa me ha despertado al restregarse desnuda contra mi cuerpo...

Nadia sonrió contra su piel mientras sentía las suaves caricias de Marco sobre su cabello.

—Qué descarada...

—Sí, no te lo niego, pero así es como a mí me gusta —Afirmó antes de darle un tierno beso en los labios —Por cierto, hoy tengo que irme de viaje por unos asuntos urgentes que debo arreglar, pero volveré mañana.

Nadia no pudo evitar sentirse incómoda ante aquella afirmación. Por un momento, no supo a qué tipo de negocios se refería Marco ¿Serían los legales, o los que no parecían serlo tanto? Sin embargo, no podía preguntarle eso, así que tuvo que conformarse con asentir con la cabeza antes de preguntar.

—¿Y cómo son esos asuntos? —Preguntó ella, con la esperanza de conseguir una respuesta sincera. Marco la miró con ternura y negó con la cabeza antes de ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Con hombres muy aburridos. No tienes de qué preocuparte, en serio.

Al escuchar aquella respuesta, Nadia recuperó su humor al momento.

—Eso espero, porque si hubiera alguna mujer involucrada me vería obligada a hablar con ella y dejarle las cosas claras... Y no sería agradable, te lo aseguro —Bromeó ella estrechándole con más fuerza entre sus brazos. Marco puso su mano en la barbilla de Nadia y la empujó un poco hacia arriba, obligándola a levantar la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ibas a decirle?

Nadia mantuvo la mirada fija en los ojos de Marco mientras contestaba muy seria:

—Que eres mío y sólo mío, y que ya nadie aparte de mí va a volver a tocarte nunca...

Nadia esperaba que Marco se sorprendiera por sus palabras, a pesar de que era consciente de que su conversación era medio en broma, pero al ver cómo su sonrisa se ampliaba mientras con su dedo índice dibujaba sus labios, se relajó al fin, más confiada.

—Me parece bien.

—¿En serio? —Preguntó Nadia confundida. En realidad, no estaba acostumbrada a que los hombres tolerasen con tanta facilidad sus celos, y aquello no hacía más que empeorar las cosas, pero Marco parecía muy tranquilo, lo que la transmitía confianza. Sin darse cuenta, eso la convenció de que era su alma gemela, y ambos podían entenderse sin hablar demasiado. No entendía cómo había podido tener tanta suerte de encontrarlo.

—Sí, claro —Admitió Marco encogiéndose de hombros —Te entiendo perfectamente —Añadió Marco, confirmando que sus sospechas eran ciertas.

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto —Marco la miró mientras su dedo índice rodaba de sus labios a sus ojos y luego a sus cejas, como si dibujara cada contorno con sus dedos —Yo también considero que eres mía, y no pienso permitir que ningún otro hombre se acerque demasiado a ti... Así que, entiendo lo que dices perfectamente. Y me alegro de que no haya malentendidos entre nosotros. Así, todo es más fácil...

Nadia sonrió orgullosa al darse cuenta de que, tal como esperaba, Marco sentía de la misma forma que ella, así que no tenía de qué preocuparse.

—Bueno... Me alegro, porque ahora mismo creo que el único hombre que se acerca a mí es Alessandro... Así que mientras no dudes de él, todo irá bien.

Marco no pudo evitar carcajearse a gusto cuando escuchó aquellas palabras, y Nadia no pudo evitar sentirse ofendida ¿Acaso no creía que su hermano pudiera fijarse en ella? Desde luego, su jefe era muy atractivo, pero ella tampoco estaba nada mal...

—Bueno, por mi hermano no hay que preocuparse... —Dijo sin más mientras Nadia fruncía el ceño, molesta.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no crees que yo pudiera gustarle?

Marco volvió a reír y Nadia se incorporó hasta quedarse sentada sobre la cama mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, cada vez más enfadada al asumir que sus sospechas eran ciertas.

—No, claro que no. Tú podrías gustarle a cualquiera... Eres increíble, Nadia, ya deberías saberlo. No me refería a eso...

Nadia se quedó un poco más tranquila al escuchar aquella respuesta, pero aún así necesitaba que aclarase su intención antes de calmarse del todo.

—Entonces, ¿a qué te referías? —Preguntó Nadia al fin, esperando que su respuesta no fuera ofensiva.

—Pues a que... Marco está loco por Emma, Nadia. Para él no existe ninguna otra mujer en ese aspecto, y nunca la habrá... Es el tío más enamorado que he visto en mi vida... Le ha pillado bien... Y, aunque no fuera así...

—¿Sí? —Preguntó Nadia al ver que Marco se detenía sin intención de terminar su explicación, por muy impaciente que ella estuviera. Entonces, él se incorporó también y perdió la sonrisa al instante antes de contestar:

—Pues que mi hermano nunca me haría algo así. Sabe lo que siento por ti... —Nadia lo miró un instante alucinada. Era la primera vez que confesaba algo tan íntimo, y eso la agradó más de lo que podía explicar. De hecho, incluso la pareció una prueba de que, paso a paso, Marco iba a ir abriéndose a ella. Sólo debía darle tiempo y acabaría contándole todo, estaba segura.

—Parece que os lleváis realmente bien...

—Sí, desde luego. Confío en él ciegamente. Y él en mí también. Nunca le dejaría tirado si me necesitara, y sé que él tampoco lo haría. Así que, como comprenderás, no puedo ponerme celoso por Ales... No tendría ningún sentido hacerlo...

Nadia lo observó un instante antes de levantar la mano para empezar a dibujar los contornos de su rostro con la yema del dedo índice, del mismo modo que había hecho él poco antes.

—Si quieres que te diga la verdad... En realidad, no tienes que ponerte celoso por nadie. Para mí no existe nadie más que tú en el mundo, ¿sabes?

Marco recuperó su sonrisa en cuanto escuchó aquellas palabras antes de tomarla por la cintura y, con un rápido movimiento, tenderla sobre la cama de nuevo. Allí, desnuda, mientras él la contemplaba al detalle, se sintió tan vulnerable como adorada, y la idea de que le encantaba hacer el amor con Marco en su cama acudió a su mente cuando, de algún modo, fue capaz de adivinar lo que él estaba pensando antes de que lo dijera en voz alta.

—Muy bien... Eso es lo que quiero.

Entonces, Marco se tumbó sobre ella muy despacio mientras acariciaba su rostro y sin apartar la mirada de sus ojos, se hundió en lo más profundo de sus entrañas con tal delicadeza que Nadia sintió que iba a desmayarse. Un gemido escapó de sus labios cuando sintió que la había penetrado por completo, y entonces empezó a moverse cada vez más rápido, embistiendo con más fuerza, hasta que ambos acabaron jadeando sin control. Sus manos castigaron sus pezones hasta que, finalmente, el placer les invadió, y el mundo se derrumbó a su alrededor, para que nada existiera más allá de aquella habitación donde se encontraban. En un último intentó de permanecer consciente, Nadia no pudo evitar pensar que se sentía insaciable por Marco, y lo único que podía desear en ese instante a pesar de todo lo que sabía que ocultaba era poder seguir a su lado durante el resto de su vida.

## CAPÍTULO 19

Aquella, tarde, al salir del trabajo, Nadia se sintió perdida por un instante. Estaba tan acostumbrada a estar con Marco que ni siquiera podía pensar en aguantar hasta el día siguiente sin verlo. Era extraña la forma en que se sentía unida a él a pesar de que no lo conocía desde hacía demasiado tiempo, pero era así, y no podía negar que estaba muy satisfecha por la forma en que su relación se había desarrollado hasta ese momento. Desde luego, si pudiera cambiaría algunas cosas, sobre todo los secretos que ya estaba segura de que Marco aún la ocultaba, pero de todos modos él valía la paciencia que estaba teniendo para esperar hasta que se sintiera preparado para contarle todo aquello que aún se guardaba, y teniendo en cuenta que cada vez parecía más abierto con ella, tenía muchas esperanzas de que pronto llegara ese momento.

Aquella tarde no era Paolo quien la esperaba en el gran todoterreno negro para llevarla con sus amigas. Había decidido aprovechar la ausencia de Marco para ponerse al día con ellas, dado que últimamente cada vez las veía menos en detrimento de su recién estrenada pareja, y no podía negar que, por muy feliz que fuera junto a Marco, también las echaba de menos, así que decidió que lo mejor era disfrutar la noche junto a su otra familia para no echar tanto de menos a Marco, y, a pesar de que incluso llegó a dudar que fuera posible conseguir algo parecido, después de un rato charlando con ellas como si no hubiera pasado el tiempo, se dio cuenta de que lo había conseguido.

Miriam se pasó media hora hablando de la forma en que un tío la había entrado la noche anterior con palabras oscenas. Ella, sin embargo, lejos de sentirse escandalizada, le había seguido el juego hasta que las palabras dejaron de ser el problema, y sus manos se acercaron a su cuerpo sin su consentimiento. La forma en que describió la terrible bofetada que le dio fue tan divertida que todas se reían a carcajadas mientras la escuchaban, a la vez que lentamente daban pequeños sorbos a su cerveza.

—En serio, fue un auténtico capullo. No sé cómo pude dejar que se acercara a mí... — Comentó Miriam de repente molesta —No sé por qué los hombres a veces se toman licencias que no les corresponden... Alguien debería ponerles en su sitio...

—Pues yo creo que tú lo hiciste bastante bien ayer... —Le interrumpió Kira, aún entre carcajadas —Estoy segura de que ha aprendido la lección... Al fin y al cabo, no es nada agradable que te zurren delante de todo el mundo, ¿no te parece?

—Eh, no exageres... Yo no le zurré —Corrigió Miriam fingiéndose ofendida con una pequeña sonrisa en los labios que mostraba que, en realidad, no era del todo cierto —Sólo le dejé las cosas claras. Estaba en mi derecho.

—En eso, estamos totalmente de acuerdo —Concluyó Nadia levantando su jarra para que todas brindasen, lo que hicieron al momento. Entonces, Miriam volvió la mirada hacia ella y la observó un instante con curiosidad.

—Pues sí, yo también lo creo... Y, hablando de eso... —Miriam se mordió el labio tratando de seguir serena, aunque estaba claro que no le estaba resultando demasiado sencillo —¿Tú qué tal? Porque apenas te vemos, y no nos has contado casi nada ¿Cómo te va la vida de casada?

Nadia la observó confundida un momento antes de negar con la cabeza.

—¿Qué dices? Yo no estoy casada...

—Todavía... Pero, al paso que vas, no creo que tardes demasiado tiempo —Intervino Lourdes

al fin, convencida de sus certeras palabras —Jo, no sé cómo has podido tener tanta suerte... Ese tío está como un tren, y además tiene dinero, es simpático e inteligente... Deberías estar gritándolo a los cuatro vientos...

—Y lo haría si fuera así, pero no lo es —Aclaró Nadia con paciencia —No vayáis tan rápido. En realidad, aún nos estamos conociendo...

Miriam la miró con una pícara sonrisa en los labios.

—Pero te gusta de verdad, ¿a que sí?

—¡Pues claro que le gusta! No había más que verla la otra noche... Y él parecía flipado con ella también... Sinceramente, yo esto lo veo hecho... —Kira dijo aquella frase y tomó un largo trago a su cerveza, mientras Nadia negaba con la cabeza de nuevo.

—Yo no lo veo tan claro... Está claro que él me encanta, pero necesitamos tiempo... Nadie se casa así de rápido... Sería una locura, ¿no os parece?

—Ya, un poco sí... —Admitió Miriam mirando con fiijeza las burbujas de su cerveza antes de dar otro sorbo —Pero sería tan romántico...

—Eso sólo pasa en las películas, así que dejad de decir tonterías de una vez... —Nadia recuperó su sonrisa tras pronunciar aquellas palabras y llamó al camarero. En realidad, no era que no deseara pasar el resto de su vida junto a Marco, pero hablar de matrimonio a esas alturas era de locos... Sólo a sus amigas borrachas se las podría haber ocurrido semejante insensatez, estaba segura de ello —Vamos a tomar la última ronda, yo invito, que luego tengo que volver a casa...

Nadia observó la forma en que todas asintieron, decididas a dejar aquel absurdo tema, pero Miriam se negó en rotundo.

—De eso nada. Tienes que quedarte un rato más, que te hemos echado mucho de menos.

Nadia sintió como la abrazaba y sonrió mientras protestaba, diciendo que ya era demasiado tarde y debía marcharse... Sin embargo, al final consiguieron su objetivo, y tres horas después se puso en pie para marcharse a su casa.

—¿Compartimos un taxi? —Preguntó Miriam cuando salieron al fin de aquel bar tan agradable, más bebidas de lo que les hubiera gustado.

—No... A mí han venido a recogerme ¿Te llamo mañana?

Miriam levantó la mirada y vio el coche negro que la esperaba, y su boca se abrió tanto por el asombro que acabó teniendo un gesto muy gracioso, sobre todo porque iba bastante borracha.

—Vaya... Creía que estaba trabajando fuera esta noche...

—Y lo está —Admitió Nadia mirando el vehículo molesta. No le gustaba nada que aquel hombre estuviera allí acechándola, pero no tenía más remedio que aceptarlo. Marco la había hecho prometer que iba a ir con su guardaespaldas, y, por mucho que eso la irritase, ella no tenía intención de faltar a su promesa.

—Entonces, ¿quién va a llevarte en ese coche? —Sus ojos se abrieron aún más cuando pareció llegar a una conclusión sin necesidad de que Nadia se lo explicara —¿Es que te ha puesto un chófer?

—No... Bueno... No, exactamente —Admitió Nadia mordiéndose el labio. Por suerte, no tuvo oportunidad de explicar mucho más, porque Kira se abrazó a Miriam con el rostro totalmente pálido, y no le dio oportunidad de seguir hablando.

—Vamos, tía. Necesito llegar a casa... Creo que voy a vomitar... O a desmayarme, no estoy muy segura... Pero sea lo que sea no me apetece hacerlo aquí, en medio de esta calle solitaria...

Miriam la miró mientras sonreía, y luego negó con la cabeza.

—Vale, vale... —Luego dirigió la mirada hacia Nadia y negó con la cabeza. Sin duda, era la que más sobria estaba —Pero te advierto de que esto no ha terminado. Mañana te llamo y me lo

explicas todo ¿Me has oído?

—Por supuesto.

Nadia observó como sus amigas se iban en busca de un taxi, y decidió que debía dirigirse hacia el enorme vehículo que la esperaba antes de entrar dentro. El hombre que la había recogido aquella noche se llamaba Ahmed, y, por desgracia, no era tan parlanchín como Paolo, así que pasó todo el viaje mirando por la ventana hasta que llegó a su casa. Entonces, se despidió y salió por la puerta antes de que el hombre tuviera oportunidad de reaccionar, decidida a alejarse de él lo antes posible, y fue entonces cuando lo vio. Estaba allí, detrás de la esquina, observándola en silencio. La calle se veía tenebrosa y desierta, y sus ojos brillaban en la oscuridad de la noche como dos candelas, aunque no era capaz de distinguir el color. Por un momento, pensó que era alguien que esperaba a alguno de sus vecinos, a pesar de que la hora era extraña. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no era así. Había algo en su forma de mirar que la inquietaba, y su atuendo, totalmente negro y con un pasamontañas oscuro, le dieron las pistas que necesitaba para percatarse de que debía salir corriendo. Antes de ser consciente de lo que ocurría, huyó hasta la puerta de su portal, que por suerte estaba solo a dos pasos del vehículo del que acababa de bajarse, y cerró con fuerza. No podía estar segura, pero creía que su guardaespaldas no se había dado cuenta de nada, lo que agradeció sin dudar, pues de lo contrario Marco iba a enterarse de lo sucedido y no quería preocuparlo, a pesar de que, para ese momento, quien estaba preocupada de verdad era ella, tanto que incluso le costó más que nunca dormirse aquella noche, recordando a cada segundo aquella visita inesperada, aunque, al final, lo acabó consiguiendo.

## CAPÍTULO 20

Al día siguiente, cuando Nadia salió del trabajo y vio que Paolo la estaba esperando, por primera vez empezó a no sentirse tan incómoda con la situación de que un hombre desconocido la llevara a todas partes. En realidad, después de haber tenido que enfrentarse el día anterior a un auténtico desconocido, las cosas ya no parecían tan complicadas. Al fin y al cabo, Paolo la caía bien, y habían hablado de vez en cuando, por lo que no podía considerarlo del todo un extraño, y eso parecía suficiente por el momento. Sin embargo, cuando entró en el gran vehículo negro que esperaba quieto en la acera, no pudo evitar dar un grito de alegría al ver allí a Marco, esperándola, con una gran sonrisa en el rostro, antes de lanzarse a sus brazos para abrazarla. Sólo hacía un par de días desde que no se veían, pero de verdad que lo había añorado.

—Bueno, me preocupaba que no me hubieras echado de menos, pero después de este recibimiento estoy más tranquilo... —Bromeó Marco estrechando a Nadia entre sus brazos con fuerza —Hola, preciosa —La saludó al fin, cuando fueron capaces de separarse. Nadia observó su rostro, tratando de memorizar cada una de sus facciones. En realidad, la noche anterior lo había intentado mientras trataba de serenarse para conciliar el sueño, y se había dado cuenta de que le faltaban algunos centímetros, así que estaba decidida a arreglarlo cuanto antes.

—Hola —Contestó ella en un suspiro, tratando de hacerse a la idea de que, aunque aún no era el momento de explicárselo a Marco, le costaba mucho más de lo que pudiera imaginar estar apartada de él demasiado tiempo —Sí, claro que te he echado de menos ¿Es que tú a mí no?

—Bueno... Quizá un poco, pero no demasiado... —Nadia observó la pícara sonrisa de Marco, y dudó si algún día sería capaz de saber cuándo hablaba en broma y cuándo en serio, sobre todo, porque en momentos como ese le hubiera sido de ayuda saberlo.

—Supongo que tendré que conformarme con eso... —Respondió Nadia resignada antes de que Marco asintiera.

—Supones bien...

Y, en ese momento, Marco se lanzó a sus labios y le dio un beso tan profundo que la dejó sin respiración, hasta el punto de que cuando se separaron al fin, ella sintió que iba a desmayarse. No fue hasta entonces, cuando el coche se puso en marcha sin preguntar adonde iban a llevarles, cuando Nadia reparó al fin en la presencia de Paolo, y sus mejillas se sonrojaron al tiempo en que levantaba la cabeza con intención de saludarlo.

—Buenas tardes, Nadia —La saludó al fin Paolo mientras mantenía la mirada fija en la carretera.

—Buenas tardes, Paolo.

Marco la miró de forma extraña, pero no dijo nada más hasta que volvieron a su casa. Se concentró en responder sus preguntas sobre adónde había ido y qué negocios estaba atendiendo, mientras él, como siempre, le contestaba con evasivas, algo que cada vez la molestaba más, hasta que entraron por la puerta de casa de Marco.

—Y, cambiando de tema... Veo que te llevas bien con Paolo —Comentó Marco con naturalidad mientras se sentaba en la mesa que ya había preparada para la cena. Tal como Nadia había sugerido cuando hablaron por teléfono aquella tarde, había pizza recién hecha, lo que la agradó bastante, a pesar de lo molesta que se sentía por los secretos de Marco. Aún seguía intentando hacerse a la idea de que al final él se acabaría sincerando con ella, que lo más

probable era que sólo se tratara de una fase, pero cada vez sus esperanzas eran menores, y eso no ayudaba a calmar sus nervios.

—Sí, la verdad es que me cae bien... ¿Por qué lo preguntas?

—Porque he visto que te tutea... —Explicó Marco mientras la seguía con la mirada hasta que se sentó frente a él en la gran mesa donde iban a cenar —Al parecer, os habéis hecho amigos en mi ausencia...

El tono de Marco tenía un punto de reproche que no la estaba gustando nada, sobre todo porque no tenía ningún motivo para reprochar nada, mientras ella, que sí lo tenía, estaba callada sin hacerlo.

—No exageres... Simplemente, parece un buen hombre... No es para tanto... —Le cortó ella, decidida a terminar con la conversación. No estaba segura de si Marco era un hombre celoso, pero si era así, hasta el momento no lo había notado demasiado, y esperaba que siguiera de la misma forma en el futuro, porque si había algo que no soportaba eran, precisamente, los celos.

Marco se quedó pensativo un instante, como si sopesara sus opciones, pero al final pareció recuperar la cordura y asintió con la cabeza.

—Sí, tienes razón. No le des demasiada importancia, sólo era curiosidad —Explicó al fin antes de tomar el primer bocado de su exquisita pizza de salmón, gambas y queso —Será mejor que cambiemos de tema ¿Qué tal estos días en el trabajo?

Nadia sonrió y se explayó entonces acerca de lo apasionante que la parecía el mundo de los negocios que había descubierto con Alessandro. Cada día estaba más feliz de trabajar allí, y sentía que empezar allí su carrera era lo más acertado que había hecho nunca, así que no podía más que dar gracias a la divina providencia por haber recibido aquel regalo. Lo cierto era que, aparte de disfrutar de su trabajo, había aprendido mucho en los últimos días, y Alessandro la había prometido que iba a seguir enseñándola si así lo deseaba, así que no podía quejarse de nada.

Después de la cena, Nadia se dirigió a su habitación, donde suponía que lo único que iban a hacer no era dormir, pero su smartphone les interrumpió a mitad del proceso. En cuanto lo cogió, Marco frunció el ceño.

*Supongo que estás ocupada teniendo múltiples orgasmos, pero te recuerdo que es el cumpleaños de Kira este sábado, y tenemos algo preparado... ¿Te apuntas?*

Nadia sonrió y contestó al instante. No estaba dispuesta a permitir que sus amigas creyeran que había desaparecido de sus vidas para siempre por haber encontrado al hombre de su vida. Ellas seguían siendo una parte importante de su mundo, y estaba decidida a demostrárselo.

*Por supuesto. Cuenta conmigo ;)*

Contestó antes de dejar el móvil sobre la mesita de noche. Era extraño, porque últimamente pasaba tanto tiempo en casa de Marco que ya casi le parecía la suya propia...

—¿Quién era? —Preguntó Marco mientras la observaba con fijeza. Nadia negó con la cabeza, tratando de quitar importancia a la situación. En realidad, era un poco tarde para recibir mensajes, pero él lo hacía a menudo, y nunca la explicaba el motivo, así que no tenía derecho a preguntar nada, y mucho menos a molestarse. Sin embargo, no la apetecía discutir en ese momento, y si no

contestaba lo más probable era que acabaran haciéndolo, así que supuso que lo mejor era decir la verdad y dejar el tema por aquella noche. Al fin y al cabo, le había echado mucho de menos, y lo que la apetecía era disfrutar de él, no pelearse.

—Miriam. Este sábado es el cumpleaños de Kira y quería asegurarse de que no me olvidaba... Eso es todo...

—Bien... Aunque es una hora un poco rara para recordártelo... —Nadia levantó la mirada en cuanto escuchó aquellas palabras. Ya no podía ignorarlo más. Había ido demasiado lejos. Ahora estaba segura de que aquello era un auténtico reproche, y no estaba dispuesta a consentir nada parecido de ningún hombre, y mucho menos de uno que se pasaba el día con mensajes secretos y llamadas en clave, sin explicarla en ningún momento lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada... No quiero decir nada... Sólo era un comentario... Venga, vente a la cama.

Nadia miró a Marco un instante tratando de decidir si debía o no hacerle caso. Por una parte, creía que lo mejor era que lo olvidase, pero estaba tan cansada de callarse lo que pensaba por el bien de su relación que, de algún modo, sintió que ya era hora de dejar de hacerlo.

—Pues me estoy cansando un poco de tus comentarios...

—No te entiendo... —Marco parecía perplejo, como si no comprendiera lo que pasaba, y eso no hizo más que enfadar aún más a Nadia.

—Entonces, creo que deberías empezar a entenderlo... —Nadia lo observó furiosa, mientras él trataba de comprender lo que pasaba. Fue a coger su mano, pero ella se apartó, impidiéndoselo.

—Vamos a ver... —Dijo Marco al fin, mientras se sujetaba el puente de la nariz, confundido —Nadia, no sé qué te pasa, así que te agradecería que me lo explicaras. Lo único que he hecho es interesarme por tu vida, y tú te estás comportando como si hubiera hecho algo horrible... Así que, si no te importa, ¿podrías explicarme cuál es el problema?

En ese momento, mientras Marco la observaba desconcertado, Nadia sintió que su ira empezaba a disminuir con rapidez. En realidad, Marco tenía razón. Él no había hecho nada más que preguntar, y ella se lo había tomado de una forma exagerada. El problema no era que Marco hubiera cuestionado quién la escribía a aquellas horas de la noche. El único problema era que cada vez se sentía más insegura a su lado. No sabía qué la estaba ocultando, y aquello, unido a lo nerviosa que había estado últimamente con la paranoia de que la seguían, algo que cada vez creía más real, sobre todo después de lo que había vivido la noche anterior, estaba empezando a afectarla seriamente. Con aquella idea en la mente, respiró hondo y decidió calmarse.

—Nada, no pasa nada. Supongo que... —Nadia trató de pensar en una excusa que ocultara la verdad, dado que no quería contarle lo que pensaba a Marco. Era demasiado pronto para abordar su intimidad, y no sabía cómo reaccionaría si le explicaba que creía que alguien la estaba siguiendo, algo que ni siquiera estaba segura de que fuera verdad, a pesar de todos los indicios que, cada vez más, apuntaban hacia ello, así que supuso que lo mejor era ignorar el tema y excusarse cuanto antes —Tienes razón. Supongo que he estado un poco estresada estos días con tanto trabajo, y no verte no ha ayudado demasiado... Olvida lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

Marco la observó un instante pensativo, antes de asentir con la cabeza.

—De acuerdo —Dijo antes de acercarse para abrazarla —Pero, ¿estás segura de que sólo ha sido eso? Porque, si tienes algún problema, puedes contarme cualquier cosa y te aseguro que te ayudaré... Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —Mintió Nadia una vez más, decidida a dejar aquella extraña discusión atrás. Luego se apartó un poco de Marco y le acarició la cara forzando una pequeña sonrisa —Venga, no pienses más en ello. Vamos a la cama.

Entonces, cogió su mano y le acercó hacia ella. A pesar de que Marco parecía un poco reticente a dejarlo pasar con tanta facilidad, en cuanto se tumbó sobre su cuerpo, pareció olvidarlo al fin, y, por suerte, mientras lo sentía en su interior, también lo consiguió ella.

## CAPÍTULO 21

En cuanto entró por la puerta aquella noche, Nadia supo que eso era precisamente lo que necesitaba. Una noche de diversión junto a sus amigas siempre había sido el remedio perfecto para olvidar sus problemas, y aquella noche no iba a ser diferente, estaba claro. Después de unas cuantas copas y bailar juntas las cuatro, tal como hacían siempre, las risas se sucedían de forma natural, y Nadia recordó lo feliz que se sentía junto a sus mejores amigas siempre. El único problema era que Kira, que cumplía un año más aquel día, no estaba tan contenta en ese aspecto, y en cuanto llegó a su límite de alcohol, sus palabras evocaban más tristeza que alegría por los viejos tiempos.

—Un año más vieja, pero no más sabia... —Dijo con un puchero mientras sus mejores amigas se reían a carcajadas —Eh, no os riáis, que esto es muy serio... Sois muy crueles...

—Déjate de tonterías —La regañó Miriam —Has cumplido veintiséis años, no es para tanto...

—Claro, para ti es fácil decirlo... Tú eres más joven...

—Sólo dos años... —La corrigió Miriam de nuevo —Me parece que estás exagerando...

—Sí, eso crees tú, pero a esta edad yo ya tenía planeado estar casada y con hijos, y mírame... Ni siquiera hay un hombre en mi vida...

—Ya lo habrá. Sólo tienes que tener paciencia —Nadia trató de calmarla, pero por la cara que puso después, estaba claro que no lo había conseguido.

—Para ti es fácil decirlo. Tú has encontrado al hombre perfecto...

Nadia negó con la cabeza, quizá porque no sabía qué decir. En realidad, sabía que Marco no era perfecto en absoluto, pero no podía explicárselo a sus amigas, algo extraño, porque entre ellas nunca había habido secretos. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que, en realidad, daba igual. Kira estaba muy borracha y por eso estaba tan deprimida. Su vida no iba nada mal, aunque aún no hubiera encontrado al amor de su vida. Aún era muy joven, y estaba segura de que tendría mucho tiempo para ello.

—No digas tonterías, no es perfecto. Además, eso no es lo importante...

—Entonces, ¿qué es lo importante? —Preguntó Miriam con curiosidad, mientras Kira se esforzaba para no vomitar, sintiendo cómo Lourdes la sujetaba un poco el pelo, por si acaso.

Nadia la miró a los ojos con seguridad y contestó sin dudar.

—Lo que sientes. Eso es lo único que importa en realidad, no lo perfecto que pueda parecerle a la gente. Eso es lo de menos.

Lourdes levantó la mirada de su amiga el tiempo justo para contestar:

—Estoy totalmente de acuerdo.

Miriam asintió, mostrando su coincidencia con la opinión general mientras dedicaba una mirada extraña a Nadia, justo cuando Kira sintió que una arcada la destrozaba por dentro. Por suerte, fue capaz de aguantarse el vómito, pero eso alertó a Lourdes lo suficiente para ponerse en pie, llevando a su amiga con ella.

—Está fatal. Voy a llevarla a casa, ¿vale?

—Sí, buena idea. Ya hemos celebrado suficiente, y mañana tendrá una gran resaca para recordarlo... —Respondió Miriam antes de ver como sus amigas se marchaban al fin del bar en el que habían pasado la noche. Luego, miró a Nadia de nuevo.

—¿Estás segura? —Preguntó al fin, dejando a Nadia perpleja.

—¿Sobre qué? —Quiso saber, confundida.

—Sobre lo que has dicho antes... lo de que lo único que importa son tus sentimientos...

Nadia asintió decidida con una sonrisa, sin saber qué intención tenía Miriam con sus palabras.

—Claro... ¿Por qué lo preguntas?

—Pues porque ese tío —Dijo acercándose a ella para hablarla al oído, mientras señalaba a un hombre que había en la barra observándola sin apartar la mirada de ella ni un momento con toda la discreción que fue capaz —me ha preguntado si podría presentaros... Y no sabía qué hacer. Quizá no debería habértelo dicho, pero...

Nadia sonrió al fin, comprendiendo lo que pasaba. Se dio la vuelta en su taburete para darle la espalda y se encogió de hombros, muy tranquila.

—No te preocupes. Me parece bien que me lo hayas dicho, pero la verdad es que no me interesa —Confirmó mientras su mejor amiga se retorció un mechón de pelo con el dedo.

—Ya lo suponía... Pero el tío ha insistido mucho, y...

—Vale, no pasa nada. Creo que es hora de irse ¿No te parece? —Preguntó Nadia poniéndose en pie, mientras miraba el reloj de su muñeca —Ya son las cuatro de la mañana, y...

En ese momento, notó una presencia extraña a su lado, mucho más cerca de ella de lo que esperaba, y se dio la vuelta al momento. El hombre que antes la había señalado su mejor amiga estaba de repente frente a ella con una copa en la mano y una gran sonrisa en los labios.

—Hola, preciosa —La saludó con naturalidad —He visto que te habías terminado la copa, así que he pensado que podía invitarte a otra, ¿te apetece?

—No, gracias. Ya es muy tarde y tengo que irme, pero quizá en otra ocasión... —Contestó con la única intención de marcharse. Sin embargo, el hombre pareció no comprender bien su mensaje, y aquello propició que se acercara más a ella y la cogiera por la cintura.

—Perfecto. Entonces, ¿me das tu teléfono? —Susurró en su oído. Nadia se quedó un momento paralizada, sin saber cómo reaccionar, cuando de repente vio a Marco junto a la puerta observándola en silencio. Al momento, apartó el brazo de aquel hombre y una sonrisa se dibujó en sus labios mientras avanzaba hacia él hasta darle un fuerte abrazo que, por suerte, fue correspondido.

—¿Quién era ese? —Preguntó cuando al fin se apartaron.

—Nadie, sólo un pesado ¿Qué haces aquí?

Marco sonrió también, lo que calmó los nervios de Nadia, que creía que iba a pensar algo que no era cuando la vio con aquel extraño.

—He venido a recogerte... A no ser que quieras quedarte un poco más... Paolo estaba cansado y le he mandado a dormir... ¿Qué te parece?

Nadia lo miró un momento antes de que su sonrisa se ampliase.

—Me parece perfecto... —Fue entonces cuando recordó que Miriam aún estaba allí con ella, así que abrazó a Marco y apoyó la cabeza en su pecho mientras la señalaba —Pero, ¿te importa que llevemos a Miriam antes? No quiero dejarla aquí sola...

Marco sonrió también antes de asentir.

—Por supuesto.

Y, así, Nadia y Marco llevaron a Miriam a su casa en un hermoso descapotable rojo, mientras Nadia se daba cuenta de que había estado muy equivocada. Marco no sólo era guapo, inteligente, encantador y muy dulce... sino que además no era celoso, y, por lo tanto, a pesar de todos los secretos que la ocultaba, sin duda eso lo convertía en el hombre perfecto.

## CAPÍTULO 22

Aquella noche, tendida sobre el pecho de Marco después de tener el mejor orgasmo que recordaba en toda su vida, Nadia se sentía como si estuviera en el paraíso. En efecto, era perfecto. Era el mejor hombre que había visto jamás, y en ese momento no podía comprender cómo había podido dudarlo alguna vez. Su respiración se había aunado a la de él, y ambas eran relajadas, mientras sentía cómo Marco acariciaba su brazo con suavidad, haciéndole cosquillas, hasta que por un instante pensó que podría vivir allí a su lado, ambos tumbados sin moverse, durante el resto de su vida, y aún así sería feliz... hasta que su voz interrumpió sus reflexiones de repente.

—¿En qué estás pensando?

Nadia ocultó su rostro en el pecho de Marco, tratando de pensar una excusa para no contestar a su pregunta, dado que sus mejillas se acaloraban sólo de pensar en tener que confesarlo. Sin embargo, al final se dio cuenta de que debía decir la verdad. Si esperaba que él fuera sincero con ella, no podía más que responderle de la misma forma...

—En que eres... perfecto.

Nadia levantó la mirada y vio sus ojos castaños brillantes fijos en ella. Su rostro tenía un gesto extraño, intermedio entre alegre y asombrado. Nunca lo había visto antes, y aunque no sabría explicar por qué, eso la gustó.

—Ojalá fuera así, preciosa. Pero eso no es cierto... —Contestó él con paciencia antes de desviar su mirada hacia el techo, dándole la oportunidad de esconderse en su pecho de nuevo — Aunque me gusta que tú me veas así...

—Es posible que tú no te des cuenta, pero es la verdad. No sé cómo he tenido tanta suerte de encontrarte... —Nadia se abrazó con más fuerza a su cintura después de decir aquellas palabras, y se deleitó al sentir cómo Marco la estrechaba también entre sus brazos con recelo.

—Yo tampoco sé cómo he tenido tanta suerte de encontrarte a ti... —Murmuró en un tono tan bajo que apenas fue audible. Nadia sonrió sin levantar la mirada, consciente de que aquello significaba que no estaba demasiado acostumbrado a decir cosas así, y eso la hacía sentirse más especial que en toda su vida —Eres lo mejor que tengo en la vida.

Al escuchar aquello, Nadia no pudo evitar mirarlo de nuevo, y su gesto estaba tan serio que emanaba sinceridad. Por un instante, pensó que aquel era el momento indicado. Al fin, iba a contarle toda la verdad sobre él, iba a explicarle todo aquello que hasta ese momento la había ocultado, así que se quedó allí, paralizada, observándolo en silencio, manteniendo la mirada, convencida de que ya no iba a haber más secretos entre ellos, pero cuando después de unos segundos él apartó la vista y la fijó una vez más en el techo, se dio cuenta de que, una vez más, se había equivocado. No iba a revelar sus misterios aquella madrugada, no iba a explicarle sus incógnitas aquella noche, y, de nuevo, no tenía más remedio que aceptarlo, si no quería terminar en una discusión que, desde luego, era lo último que deseaba. Sin embargo, cada vez se sentía más impaciente. Aún no había sido capaz de asimilar todas las conversaciones extrañas que había escuchado de sus labios o, incluso, de los de su hermano o Emma, y cada vez estaba más ansiosa, a pesar de saber que no podía presionarlo al respecto.

—Gracias.

Marco observó a Nadia un instante antes de acariciar su mejilla de nuevo, pero cuando Nadia volvió a ver su rostro su gesto había cambiado por completo. En ese momento parecía hambriento

de ella, y eso despertó también su deseo.

—Además, eres la mujer más preciosa que he visto jamás ¿Lo sabías? —Preguntó mientras con la yema del dedo índice acariciaba sus labios antes de continuar hacia abajo, hasta llegar a sus pechos, que tomó con energía en su mano —Eres hermosa e inteligente, pero tu cuerpo es, simplemente, insuperable, ¿sabes? Y me encanta que siempre esté a mi disposición cuando me apetezca... —Nadia dejó escapar un jadeo ahogado mientras cerraba los ojos. Quería decir que a ella también le gustaba estar a su disposición en cualquier momento, sobre todo porque en cuanto la tocaba se encendía al segundo, al igual que había ocurrido en ese instante, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Estaba tan deseosa de él que ni siquiera era capaz de organizar las palabras en su mente para poder construir una frase lógica. Marco pareció darse cuenta, así que sonrió y se acercó a su oído —Y creo que a ti también te gusta, ¿me equivoco? —Nadia asintió sin dudar, y Marco amplió su sonrisa antes de permitir que su mano bajara aún más por su cuerpo hasta llegar a su sexo, que lo recibió con la humedad que esperaba —Ya lo suponía... Y tu cuerpo me lo ha confirmado una vez más... Me gusta...

Entonces, Marco se movió de repente, sentándose con rapidez mientras colocaba a Nadia sobre él. Despedazó su ropa interior entre sus manos y la quitó el pequeño camisón que aquella noche había elegido para dormir, algo que a Marco no le agradaba demasiado, mientras la colocaba en la posición perfecta para lo que había pensado.

—No me gusta que lleves nada cuando duermes conmigo. Me gusta verte desnuda... Así que espero que a partir de ahora no vuelvas a hacerlo ¿Me has entendido? —Masculló en su oído con voz autoritaria. Nadia asintió, y Marco la sujetó por la nuca con fuerza —Entonces, dílo.

—Lo he entendido. No volveré a llevar nada cuando esté contigo en la cama.

—Bien, así me gusta —Marco abrazó su cintura mientras sus labios lamían sus pechos hasta succionar sus pezones, y cuando Nadia pensó que iba a estallar por el placer que estaba sintiendo, se apartó de repente para susurrar en su oído: —Empieza a moverte. Quiero que hoy seas tú quien lleve la iniciativa... —Entonces, se quedó un instante callado antes de añadir: —Tengo ganas de ver como te mueves delante de mí cabalgándome... Se me pone dura sólo de pensarlo...

Al escuchar aquello, Nadia no dudó y, tras introducir todo su miembro en su interior, empezó a moverse de forma lenta al principio, mientras Marco volvía a concentrarse en sus pechos, observando cómo paraba de vez en cuando para admirarla. Allí, agitándose ante él totalmente desnuda y con su largo cabello suelto, parecía una diosa poseyendo al hombre que deseaba, y eso era tan atrayente que Marco tuvo que tener cuidado para no terminar antes de tiempo. Sin embargo, tras un rato deleitándose con la hermosa visión que tenía ante sus ojos, ambos estallaron en mil pedazos en un mar de placer que les dejó exhaustos.

Entonces, el mundo se paró de repente y ambos volvieron a tumbarse en la cama, desnudos y sudorosos, jadeando al unísono, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa satisfecha. Nadia se abrazó a su cuerpo en ese momento y quiso decir algo, pero no fue capaz, así que se quedó allí, quieta, disfrutando de la proximidad de su piel desnuda, hasta que, tras sentir los labios de Marco durante un segundo en su coronilla, se acabó durmiendo.

## CAPÍTULO 23

Cuando llegó su hora de salir aquella tarde, Nadia se sentía tan impaciente por estar con Marco como nunca hubiera imaginado. En los últimos días, notaba que de alguna forma se habían unido mucho más que antes, y poco a poco, creía estar acercándose a Marco más que nunca. Aún podía recordar las hermosas palabras que la había dedicado en un murmullo la noche anterior, justo antes de tomarla de la forma salvaje que ella siempre deseaba. Era como un sueño hecho realidad... excepto por el pequeño detalle de que aún había secretos ocultos entre ellos. No podía negar que cada vez se impacientaba más por saber lo que ocurría, pero debía luchar por ser paciente para que todo saliera bien. En ese momento, aparte de su trabajo, su relación con Marco era lo más importante de su vida, y por ese motivo debía esforzarse para conseguir que todo fuera bien entre ellos.

Paolo la estaba esperando en cuanto salió del gran edificio donde trabajaba, y ella entró en el vehículo con una gran sonrisa, antes de saludar a Paolo con alegría.

—Buenos días, Nadia.

Nadia asintió antes de decidirse a preguntar:

—¿Qué tal ha ido el día? ¿Habéis tenido mucho trabajo? —Preguntó al fin, con la clara idea de averiguar algo más sobre los extraños negocios de Marco. Sin embargo, por el gesto que vio en el rostro de Paolo, supo al instante que su plan no iba a surtir efecto. Paolo era demasiado listo como para caer en una trampa como aquella, por desgracia.

—No, no mucho. Más o menos como siempre... ¿A ti todo te ha ido bien?

—Sí, por supuesto. Alessandro es un gran jefe... Me gusta mucho trabajar con él.

Nadia decidió que, aunque no pudiera averiguar nada de los secretos de Marco, aquellos que Paolo seguramente conocía en su totalidad, al menos podía intimar un poco con su guardaespaldas, puesto que, a pesar de su aspecto duro e implacable, cada día le caía mejor.

—Me alegro. También es un gran hombre.

Aquellas palabras despertaron una gran curiosidad en Nadia, dado que prometían que sabía mucho más de Marco y su hermano de lo que nunca había pensado, y decidió que lo mejor era indagar mientras pudiera.

—Entonces, ¿les conoces desde hace mucho tiempo? —Preguntó Nadia tratando de que pareciera una pregunta casual.

—Sí, toda la vida.

—Vaya... Qué interesante —En efecto, mucho más de lo que había imaginado —Entonces, fuisteis amigos desde que érais pequeños.

—Bueno, nos criamos juntos, sí —Nadia se envalentonó al confirmar que, sin duda, Paolo sabía mucho más de lo que había imaginado, así que estaba decidida a seguir curioseando, cuando el vehículo se detuvo de repente y Paolo levantó la mirada hacia ella para empezar a hablar, impidiéndoselo —Ya hemos llegado. El señor Bassetti está dentro esperándola.

Nadia quiso continuar, pero se dio cuenta de que había perdido la batalla. Miró hacia fuera por la ventanilla y vio el hermoso restaurante italiano, donde al parecer iba a cenar aquella noche, y asintió con la cabeza.

—Claro. Muchas gracias, Paolo —Dijo antes de escuchar la despedida del chófer, que parecía mucho más tranquilo al darse cuenta de que su interrogatorio había terminado.

Nadia permitió que el metre la acompañara a la mesa donde Marco estaba esperándola con el móvil pegado a la oreja, pero cuando llegó adonde estaba y supo que podía escucharlo, se despidió rápidamente y forzó una sonrisa mientras la saludaba, evitando que pudiera oír nada de la conversación que había mantenido.

—Hola ¿Llevas mucho tiempo esperando? —Preguntó Nadia mientras tomaba asiento.

—No, no mucho. Iba a mirar la carta... ¿Qué tal tu día en el trabajo? —Marco estaba tratando de mostrar naturalidad, pero no lo estaba consiguiendo. Algo le preocupaba. No estaba tan calmado como siempre, y eso puso en alerta a Nadia, a pesar de que sabía que no iba a explicarle el motivo que la había llevado a ello.

—Bien, muy bien ¿Tú qué tal estás?

—Como siempre... todo controlado... —Marco amplió aún más su sonrisa, y aunque lo hizo lo bastante bien como para poder engañar a otra gente, a Nadia ya no podía engañarla. Lo conocía lo suficiente para saber que algo le preocupaba, y no estaba dispuesta a ignorarlo como en otras ocasiones. Por desgracia, ya se había cansado de hacerlo.

—¿Estás seguro? Porque pareces nervioso...

Marco la interrumpió antes de que pudiera seguir con sus reflexiones.

—¿Nervioso? No digas tonterías. Yo no sé lo que es eso... —Y, entonces, cogió la carta y empezó a mirar para elegir su comida de aquel día sin darla opción a continuar con la conversación, así que ella hizo lo mismo, hasta que el camarero volvió y tomó su pedido para volver por donde había venido.

—Bueno, ¿qué tal ha ido todo hoy, preciosa?

—Bien... Muy bien, en realidad. Hemos deslumbrado a nuestros clientes con la presentación de hoy, y Alessandro está muy contento con mis avances... La verdad es que ha sido un buen día, desde luego.

Marco asintió, pero Nadia podía ver a través de sus ojos. No estaba prestando demasiada atención a sus palabras, y eso era muy extraño. Normalmente la escuchaba como si le fuera la vida en ello por insignificante que fuera lo que le explicaba. Sin embargo, sabía que, por mucho que la molestara, si le preguntaba al respecto no iba a responder la verdad, así que decidió ignorarlo hasta que el camarero trajo su comida y ambos empezaron a comer en silencio.

—¿En qué piensas? —Preguntó Nadia cuando ya iban por la mitad de sus platos.

—En nada...

—Pues, para no pensar en nada, estás muy callado... —Por un instante, Nadia pensó en decirle que si de verdad tenía intención de mantener una relación debía empezar a confiar en ella, pero no tuvo valor para hacerlo, a pesar de que empezaba a enfadarse en serio.

—¿Tú crees? No me había dado cuenta...

En ese preciso instante, el móvil de Marco se iluminó encima de la mesa, y él frunció el ceño.

—¿Quién es? —Preguntó esperanzada al pensar que, al menos, iba a contestar a su pregunta. Sin embargo, cuando vio cómo Marco negaba con la cabeza, se dio cuenta de que se había equivocado también en eso.

—Nadie... No te preocupes, sólo será un momento. Vuelvo enseguida.

Y, con aquellas escuetas palabras, Marco aceptó la llamada, se levantó y desapareció de su lado por un momento. Nadia estuvo tan inquieta en su ausencia que ni siquiera fue capaz de probar bocado. Al menos, Marco no tardó mucho en volver después de que el camarero trajera su comida, aunque el gesto que mostraba cuando regresó al fin no auguraba nada bueno.

—Perdona, pero me ha surgido algo en el trabajo, y tengo que marcharme...

—¿Cómo dices? —Nadia quiso mostrarse paciente y comprensiva, tal como había hecho

durante las últimas semanas, a pesar de que era lo último que le apetecía, pero algo dentro de ella estalló y se dio cuenta de que ya no podía hacerlo más. Aquello ya era demasiado. No sólo la ocultaba cosas, sino que iba a dejarla plantada en un restaurante de lujo en el que se sentía fuera de lugar sin darle ninguna explicación... Eso era inaceptable y, de repente, las palabras surgieron solas de sus labios sin su consentimiento —Espero que estés bromeando... ¿Vas a dejarme aquí sola cenando en este restaurante?

Marco sacó su cartera con calma mientras asentía con la cabeza, como si aquello fuera lo más habitual.

—Sí. Te aseguro que no tengo otra opción. Si no fuera así, me quedaría, pero...

—No, nada de peros —Le interrumpió una o dos notas más alto de lo que esperaba, mientras negaba con la cabeza, observando como dejaba un fajo de billetes sobre la mesa —Esta vez no. Esto es demasiado, Marco. No puedes hacerme esto...

—Ya te he dicho que no tengo elección. Luego te llamo y hablamos, ¿vale?

—No —Nadia se mostró tajante al fin, y, por un instante, creyó que eso era lo que debía haber hecho desde el principio. Marco y ella estaban manteniendo una relación, y él mismo había sido quien lo había decidido así, de modo que no podía tratarla como si fuera una más, tal como estaba haciendo en ese momento. Debía empezar a abrirse a ella, a confiar en la mujer que había elegido, y de lo contrario todos sus esfuerzos iban a ser en vano, porque ambos tenían que entregarse en aquella relación si de verdad querían que funcionara, no sólo ella —Nada de eso.

Marco se quedó un instante perplejo ante sus palabras antes de recuperar su compostura habitual.

—Nadia, hablo en serio. Tengo que marcharme. Luego me paso por tu casa... ¿eh?

Y, con aquellas palabras, se guardó su smartphone en el bolsillo y, con su tranquilidad habitual, se dirigió hacia la puerta para escapar de allí, como si la conversación hubiera terminado, pero Nadia no estaba dispuesta a aceptar aquello. Estaba claro que no tenía sentido mantener una relación así, y, por desgracia, ya había rebasado su límite de paciencia aquel día, así que fue tras él, y cuando lo alcanzó ya en la puerta, lo sujetó del brazo para impedir que se marchara. Él la observó desconcertado.

—¿Qué ocurre?

—Lo que ocurre es que... esto se acabó —Sentenció Nadia furiosa —No voy a tolerar más secretos. O me dices lo que está pasando ahora mismo o lo nuestro se habrá terminado en cuanto salgas por esa puerta.

Nadia se quedó de pie, quieta, esforzándose para mantenerse firme a pesar de que, después de lo que acababa de decir, sentía que le temblaban las piernas. Por supuesto, no quería terminar con Marco, pero de algún modo sentía que no podía continuar con aquella relación si él no se abría al fin a ella, y la forma en que la había hablado aquellos días, confesándola lo mucho que le importaba, le había dado esperanzas suficientes para creer que aquel ultimátum no planeado podía surtir efecto. Por un instante, mientras le mantenía la mirada, trató de convencerse de que iba a ser así, de que todo iba a salir bien, y no iba a perderlo, pero cuando vio al fin como cerraba los ojos resignado antes de negar con la cabeza, supo al momento que había perdido la batalla, y sus ojos observaron perplejos cuando empezó a decir las palabras que tanto había temido desde que lo había conocido meses antes:

—Bien, haz lo que quieras. Es tu decisión, pero yo tengo que irme. Adiós, Nadia.

Nadia vio cómo Marco se iba mientras unas lágrimas calientes empezaban a rodar por sus mejillas, pero antes de que pudiera asimilar todo lo que había pasado, se secó la cara, obligándose a ignorar la forma en que el resto de comensales la observaban, volvió a la mesa para coger su

bolso, y, sin molestarse en entrar en la limusina donde sabía que Paolo la estaba esperando, comenzó a caminar despacio para volver a su casa.

## CAPÍTULO 24

A pesar de que aquella noche apenas había cenado, Nadia no fue capaz de probar bocado cuando llegó a su casa. Se sentía destruida por dentro. Ni siquiera había podido asimilar del todo lo que había ocurrido con Marco. Sabía que habían roto, eso lo tenía claro, y también sabía que se había portado con ella de una forma tan fría que casi parecía que, de repente, se había vuelto de hielo, y no era capaz de comprender el motivo. Aquella llamada había transformado su comportamiento, y no estaba dispuesto a explicar por qué. En ese instante tuvo todo claro al fin: todo lo que había esperado, todo lo que había deseado, era mentira. Marco nunca había tenido intención de sincerarse con ella. Todo había sido producto de su imaginación. A él ella no le importaba más que cualquier otra conquista. No tenía sentido que siguiera luchando para conseguir algo que nunca iba a poder alcanzar. Aquella noche, más que nunca, la había quedado claro que él no tenía intención de mantener una relación de futuro con ella. De otro modo, no se hubiera marchado cuando ella le dijo que si se iba habrían acabado. Lo único que le pedía era una explicación, y él no estaba dispuesto a dársela. No cabía duda de que su relación estaba terminada antes de empezar, aunque ella no se hubiera dado cuenta hasta ese momento. Todo había sido una ilusión que había tenido lugar sólo en su mente. Marco no sentía nada por ella, a pesar de que ella se había enamorado de él por completo. Nada tenía sentido, y debía dejar atrás el pasado, por complicado que fuera. Con esa idea en la cabeza, se tumbó sobre el sillón y, tras reflexionar un rato, se acabó quedando dormida.

Despertó de repente con el sonido de unos fuertes golpes que no era capaz de identificar. Aunque tardó un momento en ubicarse y darse cuenta de lo que ocurría, finalmente fue capaz de entender que esos golpes provenían de la puerta, y por aturdida que se sintiera sabía exactamente quien los profería sin necesidad de abrir la puerta. Sin embargo, aún así se encaminó hacia allí y, tras dudar un instante si debía enfrentarse al hombre que amaba y que, desde luego, no estaba siendo justo con ella, abrió de repente, dispuesta a afrontar su decisión con valentía. Sin embargo, lo que vio frente a sus ojos en ese momento no se correspondía con lo que esperaba. Marco parecía más furioso que nunca en su vida, aunque no tenía motivos para ello. Jadeaba como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico y tenía la corbata y los botones de la camisa desabrochados, lo que la sorprendió bastante, pero lo que más la impactó fue lo que dijo en el momento en que la puerta se abrió y dejó de interponerse entre ellos:

—¿De qué cojones vas, Nadia?

Ella se quedó un instante confundida, mirándolo mientras sopesaba la posibilidad de abofetearlo, pero finalmente decidió mantenerse firme y, encogiéndose de hombros, lo miró indiferente, a pesar de que su mirada cansada contaba otra historia sobre sus sentimientos.

—¿A qué te refieres?

—¿De verdad no lo sabes? —Nadia se quedó mirándolo, ofreciéndole el silencio como única respuesta, mientras esperaba a que se explicara, y Marco se enfureció aún más si eso era posible antes de continuar hablando —Llevo una puta hora llamándote para saber si estabas bien, pero al parecer, después de dejarme sin motivo, ni siquiera tienes intención de dignarte a cogerme el teléfono.

A pesar de la tensión y la tristeza que la embargaba, Nadia no pudo evitar la sonrisa irónica que apareció en sus labios al escuchar las palabras de Marco. Aquello no tenía ningún sentido ¿Es

que pensaba que le debía algo después de romper? Estaba claro que estaba más loco de lo que nunca hubiera imaginado.

—No tenía el teléfono cerca, así que no lo he oído. Pero, de todos modos, no tienes ningún derecho a exigir nada, Marco. Te recuerdo que hemos terminado. Tú lo has querido así...

—Nada de eso. Eso es lo que tú has querido. Yo no he tenido ni voz ni voto en la decisión, Nadia, y lo sabes igual que yo...

—No estoy de acuerdo —Nadia lo miró tratando de fingir indiferencia, y decidió que se debía una felicitación por lo bien que lo estaba consiguiendo a pesar de tener el corazón roto bajo aquel manto de frialdad —Te dije que si te ibas y me dejabas tirada por una llamada sin ni siquiera darme una explicación habíamos terminado, y tú lo hiciste de todas formas. A mí me parece que eso te da la oportunidad de decidir, y está claro que lo has hecho.

—Me parece que olvidas que no tienes derecho a exigirme nada...

—Y yo creo que estás equivocado. Como tu novia, debería tener derecho al menos a que me des una explicación de lo que está pasando, pero no lo haces. Nunca me explicas nada de lo que ocurre, nunca me dices lo que piensas, no me cuentas ninguno de tus secretos, y ya estoy cansada. Esto no es una relación, Marco. Y eso es lo que yo necesito. Una relación de verdad, sincera. Si tú no estás dispuesto a dármela, será mejor que te vayas...

Marco se quedó un momento en silencio, tratando de asimilar todo lo que había escuchado, pero finalmente negó con la cabeza.

—No pienso marcharme.

—Pues tienes que hacerlo. No podemos continuar una conversación que, al igual que nuestra supuesta relación, no va a ninguna parte. No quiero volver a verte, así que lo único que puedes hacer es irte... o contarme de una vez qué es lo que me estás ocultando. No tienes otra opción, así que elige.

Por un momento, Marco pareció estar sopesando sus opciones, pero finalmente, su actitud volvió a su frialdad de siempre, y Nadia supo que había perdido la batalla antes de empezarla. Marco no tenía intención de ser sincero, nunca la había tenido, y por lo tanto su relación estaba condenada. No había nada que pudiera hacer para remediarlo, salvo aceptarlo y seguir con su vida, aunque, por desgracia, no estuviera segura de que pudiera hacerlo.

—No voy a ceder a tus chantajes, Nadia. No me conoces en absoluto si crees que esto te va a funcionar... Además, no he venido hasta aquí para hablar de nosotros... Ya has dejado claro que no quieres seguir conmigo, y te aseguro que lo acepto.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —Preguntó Nadia, confusa. Desde que lo había visto al otro lado de la puerta, había dado por hecho que su presencia allí tenía como único motivo intentar arreglar lo que había pasado entre ellos, pero una vez más, se había equivocado por completo. A Marco ella no le importaba en absoluto, ni siquiera para eso.

—He venido porque Paolo me ha dicho que te has largado sola por la noche. Joder, Nadia, creía que te había dejado claro que debías llevar protección. No sé cómo has podido ser tan imprudente. Podría haberte pasado algo...

La voz de Marco seguía destilando furia a cada palabra, pero en ese momento también notó la preocupación que le había llevado a ir a verla aquella noche. Eso la demostraba que, en realidad, ella sí le importaba, de alguna forma que no era capaz de comprender, aunque, por desgracia, no era suficiente. Aun habiéndolo dejado, quería seguir poniéndola protección, a pesar de que era absurdo.

—Marco, lo que dices no tiene lógica ¿Quieres que siga aceptando a tu guardaespaldas aunque ni siquiera estemos juntos...?

—Exacto —Nadia se quedó mirándolo perpleja antes de negar con la cabeza, tratando de comprender la insensatez que escuchaba.

—Pues no pienso hacerlo. No tiene ningún sentido...

—Para mí sí lo tiene, y eso es lo importante...

—No, si yo no lo encuentro —Nadia bajó la mirada, comprendiendo que aquella discusión no tenía lógica, y luego apartó la vista de Marco, decidida a poner punto y final a lo que fuera que estaba ocurriendo —Y, ahora, te agradecería que te fueras. Todo ha quedado claro entre nosotros. No quiero volver a verte, así que vete.

En ese momento, la forma en que Marco la observó denotó cierto dolor, aunque Nadia no podía estar del todo segura de si sólo ella era capaz de verlo porque así lo deseaba, como había visto amor o el futuro que siempre había soñado reflejado en sus ojos en el pasado. Sin embargo, cuando Marco se dio la vuelta y se pasó los dedos por el pelo resoplando por la frustración de las palabras que Nadia tan duramente le había dedicado, empezó a pensar que quizá no era sólo parte de su imaginación. Quizá, de verdad a él le importaba Nadia a algún nivel, aunque no fuera suficiente para ella. En el instante en que la dio la espalda allí, en el rellano de su portal, supo que tenía la oportunidad perfecta para cerrar la puerta y deshacerse de él para siempre, pero no fue capaz. De algún modo, sabía que necesitaba un final civilizado para lo que había habido entre ellos, fuera lo que fuera. Marco se volvió entonces a mirarla y respiró hondo mirando al techo, como si tratara de calmarse, antes de volver a hablar.

—Vale. De acuerdo. Tú ganas. Me iré —Admitió al fin, vencido —Te aseguro que no volverás a verme jamás, pero antes necesito que me prometas que seguirás dejando que Paolo te acompañe en todo momento.

Nadia frunció el ceño, enfadada, antes de negar con la cabeza.

—No... ¿Estás loco? No pienso hacer eso... Ya te he dicho que, si ya no estamos juntos, no voy a dejar que tu guardaespaldas me proteja. Además, no lo necesito... Estás paranoico...

—Es posible que tú no lo necesites, pero lo necesito yo —La voz de Marco sonaba tan suave de repente, tan desesperada, que Nadia sintió que algo se rompía en su interior. Aún así, se negaba a aceptar algo así. Iba en contra de todos sus principios, y no estaba dispuesta a darle ese poder a alguien que ya ni siquiera estaba en su vida. No tenía ningún sentido, y no pensaba aceptarlo de ninguna manera.

—Me da igual lo que necesites, igual que a ti te importa muy poco lo que necesito yo. No pienso aceptar tu propuesta. Es una locura. Tú y yo hemos terminado, Marco. Tienes que aceptarlo y comprender que ya no soy tu responsabilidad. Cuanto antes lo entiendas, mejor...

—Por favor... —Suplicó Marco al fin, tratando de serenarse del todo, a pesar de que los nervios y el miedo que sentía a la rotunda negativa de Nadia le habían paralizado por completo — Es lo único que te pido. No volveré a acercarme a ti si no quieres, no volverás a saber nada de mí jamás, pero necesito saber que estás bien, y esta es la única forma... —Nadia lo observó confundida, mientras él seguía tratando de convencerla —Te lo estoy pidiendo por favor, Nadia. Y no es algo que suela hacer, créeme.

De algún modo, por la forma en que la miraba, la caída de sus hombros y su actitud desesperada, supo al instante que no la estaba engañando, pero aún así no podía ceder en aquello ¿Cómo iba a aceptar que Marco la protegiera si ya ni siquiera eran pareja? Además, no necesitaba protección. Sólo era la secretaria de un magnate ¿Desde cuándo las secretarías necesitaban guardaespaldas? Nada tenía sentido. Ella no estaba en peligro... Y fue entonces cuando recordó aquella extraña sombra que la había seguido ya en varias ocasiones. Aunque en realidad aún no estaba segura de si era real o sólo una de sus paranoias, podía recordar con facilidad el miedo

que había sentido al sentirse acosada, y fue en ese mismo instante cuando decidió que, quizá, y sólo quizá, la idea de Marco no era tan absurda como en un principio había pensado.

—Vale, de acuerdo —Admitió al fin, pensando en su propia seguridad más que en las necesidades del hombre que la observaba con fijeza —Aceptaré a Paolo, por el momento. Pero eso no cambia nada entre nosotros. Tú y yo ya no somos nada, así que, si eso es todo lo que tienes que decir, ahora quiero que te vayas.

Marco la observó con gesto destruido. Por un instante, Nadia creyó que, en efecto, iba a marcharse, pero poco después dio un paso hacia ella y alargó la mano para alcanzarla, aunque no tuvo ocasión de hacerlo porque ella dio un paso atrás, impidiéndoselo.

—¿Estás segura? —Preguntó Marco, quedándose paralizado al ver que ella no quería que la tocara —Nadia, piénsalo un poco. Esto no tiene porqué acabar así... ¿Por qué estás haciendo esto?

Nadia lo observó mientras sus ojos empezaban a brillar por las lágrimas acumuladas. Sin embargo, no estaba dispuesta a llorar, a pesar del dolor que estaba sintiendo. Tenía muy claro lo que debía hacer, y, después de muchos meses engañándose, había decidido hacer lo correcto. Ya no había vuelta atrás. Tenía que afrontar la verdad, y esa era la única forma, así que lo miró directamente a los ojos y respondió con voz firme:

—Porque es lo mejor. Lo nuestro no tiene sentido. Nunca lo ha tenido, aunque no he querido darme cuenta hasta ahora. Tú nunca me has tomado en serio...

—Eso no es verdad...

—Claro que sí. No confías en mí. Nunca me has dejado conocerte del todo, y sigue habiendo demasiados secretos entre nosotros como para que podamos mantener una relación sana. He luchado mucho por nosotros, pero sola no puedo. Y tú no pones nada de tu parte, así que, si no piensas explicarme quién te ha llamado, si no estás dispuesto a entregarte a mí por completo, si no vas a contarme lo que llevas meses ocultando, lo mejor es que te vayas ahora mismo y terminemos de una vez con esto.

Marco observó a Nadia con los ojos más grandes que había visto nunca. Por un momento, pareció reflexionar a fondo sobre lo que había escuchado, e incluso abrió la boca para decir algo unos segundos después, pero antes de ser capaz de articular las palabras que Nadia esperaba, sus labios se silenciaron, cerró los ojos y negó con la cabeza. Para cuando volvió a abrirlos, su mirada era tan fría como el hielo una vez más, algo que recordaba de su pasado.

—Bien, de acuerdo —Aceptó al fin asintiendo con la cabeza una vez —Si es lo que quieres, me iré y no volverás a verme. Gracias por todo y... Adiós, Nadia.

Y, con esa escueta despedida, Marco se dio la vuelta y desapareció de su vista y de su vida al fin como una exhalación, dejándola sola al fin, pero mucho más confundida de lo que estaba antes de su extraña visita, antes de cerrar la puerta de su casa y de un pasado que ya sólo la provocaba dolor para siempre.

## CAPÍTULO 25

Lamentablemente, la ruptura con Marco no fue tan fácil como esperaba. Nadia se levantaba cada mañana como si fuera un robot, y hacía su trabajo de forma automática, como si su cuerpo y su mente estuvieran desconectados. Dejar a Marco había sido lo más difícil que había hecho en su vida, pero tenía claro que había hecho lo correcto. Sin embargo, eso no disminuía el dolor que sentía por dentro. Era como un gran vacío que le impedía disfrutar de su propia vida, comer o incluso pensar. Apenas era capaz de asimilar lo que Alessandro la explicaba aquellos días, pero por suerte su jefe estaba teniendo con ella más paciencia de la que esperaba, lo que agradecía sinceramente, a pesar de que aquello era una prueba irrefutable de que sabía más de su vida privada con su hermano de lo que a ella le hubiera gustado.

Cuando salió del trabajo aquella tarde, se subió en la limusina oscura que esperaba frente a la puerta y vio a Paolo esperándola. Él parecía tranquilo, despreocupado, y por un momento le envidió. Estaba claro que él no se había enamorado de la persona equivocada, como había hecho ella. Seguro que era mucho más inteligente que ella en ese aspecto.

—¿A tu casa, como siempre, Nadia? —Preguntó Paolo mientras conducía con la mirada fija en la carretera. Nadia estaba a punto de responder de forma positiva, cuando recordó que, después de días negándose, Miriam la había obligado a salir aquella tarde para tomar algo con ella, y no había aceptado un no por respuesta. Aunque era lo último que la apetecía, supuso que no tenía elección, y además, sólo iba a ser un momento, así que decidió que lo mejor era hacerla caso.

—No, hoy vamos a Sito's... ¿Sabes? El bar del centro...

—Sí, claro. Ahora mismo te llevo.

Nadia asintió y se apoyó en la puerta cruzando los brazos sobre el pecho en silencio hasta que llegaron al lugar acordado. Fue entonces cuando decidió que lo mejor era empezar a alejarse también de Paolo, y tenía la excusa perfecta para hacerlo. Si quería superar lo que había ocurrido con Marco, no podía permitir que Paolo la acompañara en todo momento. Eso no hacía más que recordarla el dolor que sentía por su ausencia, así que tenía que ponerle remedio cuanto antes.

—Gracias, Paolo. Por cierto, no hace falta que me esperes. Luego me iré con mi amiga, así que puedes marcharte. No voy a estar sola, así que no habrá problema.

Nadia esperaba que Paolo se lo pusiera fácil, pero por la forma en que frunció el ceño en cuanto escuchó aquellas palabras, supo al instante que no iba a ser así.

—No pasa nada. Puedo esperar, no hay problema...

—No... No quiero entretenerme, en serio. Puedes irte ya...

Paolo levantó la mirada y negó con la cabeza. Al parecer, aquella discusión no iba a ser tan fácil como a Nadia le hubiera gustado, lo que quedó claro cuando Paolo se dio la vuelta para mirarla a la cara mientras respondía de nuevo.

—No puedo, hablo en serio. Tengo órdenes estrictas de acompañarte vayas donde vayas, así que estaré aquí cuando salgas ¿De acuerdo?

Nadia no estaba de acuerdo, por supuesto, pero aún así asintió con la cabeza y salió del coche, un poco molesta por tanta insistencia. Era como si de repente se sintiera apresada, como si ya no tuviera libertad al tener que permitir que Paolo la siguiera allá donde fuera, y estaba empezando a cansarse de eso. Sin embargo, le caía demasiado bien como para mandarle a paseo, que es lo que hubiera hecho con cualquier otro que la hubiera puesto en esa misma situación. Ya no sabía cómo

explicarle que necesitaba cierta independencia para volver a recuperar su vida, y además sentía que a nadie le importaba lo que ella pensara al respecto, ni a Paolo ni, desde luego, a Marco.

Aún estaba pensando en eso cuando llegó a la puerta del bar en el que habían quedado y Miriam levantó la mano para saludarla con una gran sonrisa. Por extraño que pudiera parecer, la estaba esperando en la puerta en lugar de sentarse en una mesa dentro. Cuando llegó donde estaba, la abrazó con fuerza, la cogió de la mano y la arrastró para que entrara, lo que ella aceptó resignada.

—Así que ese tío es su guardaespaldas... —Comentó Miriam después de preguntarle de quién era el coche de donde la había visto salir aquella noche —Nadia, no deberías aceptarlo. Eso no es sano...

—Lo sé —Admitió Nadia con tristeza —Pero no me ha dado opción... Al parecer, le da igual que rompa con él pero necesita saber que estoy a salvo...

—Eso no tiene sentido ¿Por qué no ibas a estarlo? Eres secretaria... —Miriam dio voz a los pensamientos que ella llevaba ya tiempo tratando de comprender, antes de negar con la cabeza — En serio, estaba muy equivocada. Está claro que ese tío no es perfecto... Claro, tenía que tener algún fallo, y ahora lo tengo claro...: Está loco. Por eso, siendo guapo y rico, aún sigue soltero...

Nadia no pudo evitar reír al escuchar aquellas disparatadas palabras, antes de negar con la cabeza.

—No, la verdad es que no creo que esté loco. Es sólo que... Bueno, quiero decir que... no sé lo que le pasa... Pero le conozco lo suficiente como para saber que no está loco. De eso sí que estoy segura... —Confesó tratando de mostrarse razonable. Marco era extraño y misterioso, y albergaba demasiados secretos, pero si de algo podía estar segura era de que estaba cuerdo.

—Bueno, me da igual. Lo importante es que si ese tío sigue acechándote, no vas a normalizar tu vida... Necesitas alejarte de él y de todo lo que te recuerde a él, si no vas a seguir sufriendo... —Nadia no tuvo otro remedio más que asentir, sabiendo que su mejor amiga tenía toda la razón, aunque no tenía ni idea de cómo conseguir que Paolo y Marco aceptasen su decisión. Al fin y al cabo, ella admitió su protección, pero sólo durante un tiempo, y creía que ya había sido suficiente... —Tienes que salir ahora mismo y decirle que se vaya...

—No merece la pena. No lo va a hacer —Explicó convencida —Me ha dicho que tiene órdenes estrictas de ir conmigo a todas partes... Y no parece dispuesto a poner en peligro su trabajo...

—Pues entonces vete por tu cuenta y que no te vea... Podemos escabullirnos, no será tan complicado...

Nadia negó con la cabeza de nuevo, recordando la forma en que Marco se había presentado en su casa furioso la última vez que había hecho eso.

—No... No pasa nada. Puedo acostumbrarme.

—Pero es que no tienes porqué hacerlo —Miriam la miró enfadada —Ese hombre ya no significa nada en tu vida, no tiene ningún derecho sobre ti, y me da la impresión de que no lo sabe, así que vas a tener que demostrárselo...

Nadia dudó un momento antes de decidir que era posible que su mejor amiga tuviera razón, a pesar de que no se sentía con fuerzas para enfrentarse a Paolo y, por lo tanto, después a Marco en ese momento.

—Es posible, pero no será esta noche...

Miriam asintió al momento, mostrándose de acuerdo.

—Sí, es verdad. Tienes razón. Hemos quedado para divertirnos, y lo único que hacemos es hablar de tu ex... Me he vuelto un muermo...

—No, no es culpa tuya. Es sólo que... Estoy un poco cansada, creo que lo mejor es que me vaya a dormir...

—No, de eso nada —Ordenó su mejor amiga mientras la cogía de la mano —Aún no hemos bailado, y creo que es mejor que lo hagamos cuanto antes. Así recordarás lo que es pasarlo bien y empezarás a olvidar el pasado. Porque hazte a la idea, Nadia, ese hombre ya sólo forma parte de tu pasado, y el pasado hay que dejarlo atrás, así que vamos...

Nadia decidió que quizá Miriam tuviera razón, a pesar de lo triste y cansada que estaba. En realidad, ella nunca había permitido que nada la paralizase, y mientras empezaba a bailar y a reír por la forma en que Miriam hacía el payaso, decidió que ya había sido suficiente. Tenía que seguir adelante, y eso era exactamente lo que iba a hacer a partir de ese momento. Si Marco no la merecía, otro lo haría. Se había equivocado, pero eso no podía significar el fin del mundo. Sólo era un pequeño receso.

## CAPÍTULO 26

Unos días después, Nadia empezó a sentir que, al fin, empezaba a superar el pasado. El hecho de no haber visto a Marco desde que habían roto la había ayudado bastante, al igual que el hecho de poder al fin centrarse en su trabajo. Era extraña la forma en que perder al hombre que amaba la había hecho olvidar durante unos días cuánto la gustaba su empleo. Por suerte, tenía un jefe mucho más comprensivo de lo que nunca hubiera imaginado, lo que la hacía sentirse agradecida, y, una vez más, la recordaba lo equivocada que había estado con la primera impresión que había tenido de Alessandro cuando lo conoció meses atrás. En ese momento, pensó que, siendo su primer trabajo, lo más probable era que ni siquiera consiguiera aguantar un mes allí, pero, en cambio, ya llevaba varios y, al parecer, cada vez se sentía más a gusto en aquella empresa. Y, lo mejor de todo, era lo feliz que la hacía todo lo que estaba aprendiendo. Antes había pensado que la iba a venir muy bien para cuando consiguiera un puesto mejor en otra compañía, pero últimamente lo único en lo que podía pensar era en continuar allí para siempre, aunque, si todo iba bien, esperaba acabar promocionando con el tiempo.

Aún estaba pensando en aquello cuando vio como el señor Renald, el dueño de Coprisa, una de las empresas más cotizadas de Madrid, se acercaba a ella con una gran sonrisa. No era ninguna sorpresa, puesto que tenía una reunión con Alessandro en pocos minutos, excepto por el pequeño detalle de que había llegado antes de lo que esperaba, y, por lo tanto, no tenía todo tan preparado como la hubiera gustado, y, además, porque aquel hombre solía tener la mala costumbre de intentar ligar con ella en el trabajo, algo que siempre la ponía en un compromiso que, hasta el momento, había conseguido evitar, no sin dificultad, pero el hecho de que cada vez pareciera más insistente no auguraba nada bueno. Sin embargo, siendo uno de los mejores socios de Alessandro, no tenía más remedio que esquivarle como pudiera para seguir con sus tareas. Ni siquiera se había planteado decirle a Alessandro que no deseaba acudir a aquella reunión, dado que le encantaba aprender, y a su lado lo hacía a cada momento, pero por la forma en que la estaba mirando cuando entró y se puso frente a su mesa, empezó a sentirse tan incómoda que incluso llegó a pensar que quizá debiera hacerlo. Y fue entonces cuando el señor Renald decidió saludarla, sacándola de sus pensamientos.

—Buenos días, señor Renald. El señor Bassetti estará preparado en un momento. Voy a avisarle de que ha llegado —Nadia cogió el teléfono sin darle opción a contestar, y avisó a Alessandro de su presencia antes de colgar, forzando una sonrisa hacia aquel hombre que, por algún motivo, cada vez le provocaba menos simpatía —Me ha dicho que saldrá enseguida. Puede sentarse a esperarlo, si lo desea.

—Por supuesto. No me imagino en mejor compañía... —Dijo mientras se sentaba frente a ella, a pesar de que tenía butacas más cómodas a dos pasos, donde podía esperar cómodamente. Nadia asintió con la misma sonrisa de antes y continuó con su trabajo. Por suerte, ya tenía casi todo preparado. Sólo le quedaba coger las diapositivas y hacer un par de fotocopias, y por suerte Alessandro acababa de confirmarle que saldría en pocos minutos, dado que siempre se adelantaba cuando tenía una reunión importante, como era el caso. Era algo que ella también había aprendido de él: en los negocios, era importante adelantarse a los hechos por los posibles complicaciones o inconvenientes que pudieran surgir, algo que, en ese momento, estaba comprobando en primera persona, y no por motivos profesionales precisamente. El señor Renald se quedó observando en

silencio cómo hacía las fotocopias que necesitaba, dejando que su mirada fuera a lugares poco apropiados de su cuerpo, mientras ella trataba de ignorar su inadecuado comportamiento, antes de decidirse a hablar de nuevo:

—Bueno, Nadia. Sé que te lo he preguntado varias veces y siempre estás muy ocupada, pero por la empresa se rumorea que ahora mismo acabas de romper tu última relación, y he pensado que quizá era el momento idóneo para que me des una oportunidad —Nadia levantó la mirada de sus documentos y esbozó una pequeña sonrisa que no llegó a rozar sus ojos, mientras pensaba en una respuesta educada para rechazar la proposición que acababa de escuchar. En efecto, ese hombre no conocía límites, y lo peor de todo era que, de alguna forma que no llegaba a comprender, se había enterado de que lo había dejado con Marco ¿Quién de aquella empresa conocía su vida sentimental? Y, lo que era peor, ¿quién estaba informándole sobre ella? Sólo se la ocurría que fuera Alessandro, pero no parecía muy propio de él hablar de la vida privada de su secretaria con uno de sus mejores socios, así que lo descartó enseguida.

—Como ya le he dicho en otras ocasiones, señor Renald, me siento muy halagada, pero la verdad es que aunque ahora mismo estoy soltera, sigo estando demasiado ocupada, y además no me parecería adecuado, dada su relación con nuestra empresa... Así que, si no le importa, creo que me verá obligada a declinar su invitación, y espero que así podamos concentrarnos en los negocios por completo.

Con aquellas palabras, Nadia volvió a sus papeles, perdiendo la sonrisa al instante, al empezar a sentirse molesta por la actitud obstinada de aquel hombre, que de algún modo, parecía que la miraba como si fuera de su propiedad. No era la primera vez que se mostraba testarudo ante su negativa, pero aquel día había algo extraño en él, una confianza diferente que estaba empezando a ponerla nerviosa y no la gustaba en absoluto.

—No pasa nada, estoy seguro de que cambiarás de opinión... —Murmuró al fin antes de sacar su teléfono del bolsillo y empezar a escribir en él.

—No le comprendo...

—No te preocupes, pronto lo harás. Sólo tienes que tener paciencia...

Nadia iba a preguntar a qué se refería cuando Alessandro salió de repente de su oficina y saludó al señor Renald con una sonrisa, mientras ella luchaba para mantener sus nervios bajo control. Alessandro la miró extrañado al ver que ella tenía la mirada perdida y no se ponía en pie, y frunció el ceño.

—Nadia, ¿tienes todo preparado? Nos vamos ya...

Y esas fueron las palabras que la hicieron despertar al fin. Se puso en pie, carraspeó y, por algún motivo que no llegaba a comprender se alisó el vestido, decidida a pensar que había malinterpretado las palabras del señor Renald como una especie de amenaza cuando él sólo estaba intentando darle conversación para hacer la espera más amena. Sonrió al fin, en aquella ocasión con ganas, y asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor Bassetti —Aceptó cogiendo las diapositivas y la documentación pertinente antes de ponerse en pie y asentir con la cabeza —Sígueme, por favor.

Alessandro la miró con curiosidad, percatándose de su extraña actitud, pero finalmente, viendo que no tenían tiempo de mantener una charla en ese momento, y suponiendo que su nerviosismo tenía algo que ver con su hermano, a pesar de que ya parecía empezar a superarlo, decidió que lo mejor era dejar la conversación para después y concentrarse en lo importante, que en ese momento eran los negocios. Por suerte, sabía que para él los negocios siempre habían sido lo primero, y estaba convencido de que había enseñado bien a su empleada para que ella también lo comprendiera, así que supo al momento que su profesionalidad no iba a resentirse por sus

problemas personales, de modo que asintió e hizo un gesto con la mano al señor Renald para que siguiera a Nadia. Ambos empezaron a caminar tras ella al momento, y Alessandro empezó una conversación banal con su socio sin percatarse de que aquel hombre mantenía la mirada fija en la espalda de la mujer que los guiaba frente a ellos como si fuera su presa.

## CAPÍTULO 27

Aquella mañana ocurrió algo curioso. A pesar de que Alessandro y Nadia se habían trabajado la propuesta que iban a ofrecer al señor Renald a fondo, el hombre no parecía demasiado convencido respecto a sus argumentos. No hacía más que mostrarse dubitativo y tratar de sacar fallos al programa que le habían explicado, a pesar de que no tenía ninguno, y eso empezaba a desesperar a Alessandro, aunque era lo suficientemente profesional como para conseguir que no se le notara. Además, en ocasiones dedicaba unas miradas muy poco apropiadas a Nadia, quien se alegró de que, al menos, Alessandro estuviera tan involucrado en el proyecto que no se diera cuenta, pero que a la vez la hacían sentirse cada vez más incómoda, aunque no se atreviera a decir nada. Para cuando terminaron, Nadia se sentía incluso sofocada, y Alessandro estaba tan confundido que no sabía cómo actuar, pero aún así le tendió la mano al señor Renald después de resumirle los puntos más importantes de su propuesta, y se volvió para recoger los papeles, lo que le impidió ver que, cuando fue el turno de estrecharle la mano a su secretaria, su socio la miró a los ojos con fijeza mientras la besaba el dorso de la mano, en lugar de estrechársela de la forma que esperaba. Aquello la molestó tanto que a punto estuvo incluso de apartar la mano para impedir su gesto, pero finalmente decidió no montar una escena. Al fin y al cabo, ya habían terminado la reunión, y, con suerte, no iba a verlo en unos días, como mínimo. Por un instante, recordó la forma en que Marco había insistido para quedar con ella. Era curioso, porque también había sido terco respecto a su negativa, pero ella nunca se había sentido intimidada por el hermano de su jefe, como empezaba a ocurrir en ese momento con su cliente. En realidad, era lógico. Marco siempre había respetado su decisión, aunque dejara claro que no la compartía, y lo único que había hecho era asegurarse del motivo por el que se negaba a verlo fuera del trabajo, sabiendo por su forma de reaccionar a su proximidad que a ella le gustaba. Sin embargo, aquel hombre no se parecía en nada a Marco, por desgracia. Aparte de comportarse de una forma poco profesional con ella, llegando casi a faltarla el respeto con sus insinuaciones y su intimidante forma de actuar, parecía no tener intención de aceptar su rechazo, a pesar de que en aquella ocasión no se debía a motivos laborales. Simplemente, ese hombre no le gustaba. No quería salir con él, ni mucho menos, y estaba segura de que, por la forma en que se estaba comportando, él debía saberlo, pero no parecía importarle demasiado. Su arrogancia, unida a su obstinación, empezaba a importunarla de verdad, a pesar de que no tenía ni idea de qué podía hacer al respecto. Por un momento, pensó que debía llamar a Miriam, dado que conocía lo suficiente a su mejor amiga como para saber que ella sabría qué hacer en una situación como aquella, pero no tenía tiempo, así que se iba a ver obligada a dejarlo para otro momento.

Cuando al fin llegaron a su mesa y tomó asiento, empezó a sentir que podía respirar de nuevo, aunque estaba segura de que, hasta que no viera al señor Renald salir por la puerta, no estaría tranquila del todo, pero ver cómo estrechaba la mano de Alessandro empezó al menos a calmar sus nervios poco a poco, aunque las palabras que dijo a continuación casi la paralizaron por completo.

—Muchas gracias por todo, señor Bassetti.

—A usted por venir. Espero que se lo piense en serio y sigamos trabajando juntos. Llevamos muchos años y sentiríamos mucho que nuestros negocios cesaran de forma tan repentina... —Le presionó tratando de conseguir una respuesta clara sobre el motivo que le había llevado a dudar

de su propuesta, a pesar de que estaba seguro de que era perfecta, tanto que no creía que nadie hubiera podido superarla. Sin embargo, el señor Renald no estaba dispuesto a mostrar sus cartas... todavía.

—Lo entiendo, pero tengo que pensarlo. Hay muchos factores a considerar, y quiero estar seguro de que tomo la decisión correcta.

Al escuchar aquello, Nadia levantó la mirada, suponiendo que los factores a los que se refería no eran estrictamente laborales, y empezó a sentir que sus músculos se paralizaban cuando vio cómo la miraba, confirmando sus temidas sospechas. Sin embargo, Alessandro no pareció darse cuenta de sus segundas intenciones, así que asintió con la cabeza y se mostró paciente, esperando que, en efecto, tomara la decisión correcta cuando hubiera reflexionado sobre ello.

—Bien. Espero su respuesta entonces.

—Por supuesto.

Alessandro miró entonces hacia Nadia y le hizo un gesto sutil para que se pusiera en pie.

—Acompaña al señor Renald a la puerta, por favor, Nadia. Estoy seguro de que pronto tendremos noticias tuyas... —Bromeó a modo de despedida, mostrándose confiado, mientras el señor Renald asentía con la cabeza, mostrando una amplia sonrisa que, sin embargo, a Nadia le pareció incluso tétrica.

—Eso espero —Contestó siguiendo a Nadia con la mirada mientras se acercaba hacia él. Alessandro articuló una rápida despedida y volvió a su despacho, dejándolos a los dos a solas de nuevo, y fue entonces cuando la mirada del señor Renald se volvió oscura de repente, mientras ella luchaba para que su voz sonara firme.

—Sígueme, por favor.

—Por supuesto.

Nadia se encaminó hacia la puerta que había al final del pasillo para obedecer las órdenes de su jefe, asegurándose de mantener una distancia prudencial con el hombre que la acompañaba, y cuando llegó a su objetivo, empezó a sentirse segura de nuevo. Sin embargo, lo que ocurrió a continuación la desestabilizó por completo. Justo cuando ella iba a despedirse de aquel hombre, de repente sintió que la abrazaba por la cintura y se acercaba a su cuello. Luego sintió su aliento húmedo y cálido en el oído cuando murmuró:

—Supongo que sabes que depende de ti, ¿no?

Antes de darse cuenta, sus ojos se elevaron hasta alcanzar su rostro malicioso, y, en un acto reflejo, dio un paso atrás y se apartó de él, mientras su mente trataba de asimilar lo que estaba ocurriendo. En efecto, aquel hombre se estaba pasando de la raya, pero no tenía ni idea de cómo debía proceder en una situación así, así que lo observó perpleja antes de titubear:

—No le entiendo, señor Renald ¿Podría explicarme a qué se refiere?

El hombre amplió su sonrisa antes de dar un paso hacia ella, ignorando el hecho de que ella retrocedía para evitar su cercanía hasta que, finalmente, su espalda se encontró con la pared que había tras ella.

—Me refiero... —Empezó antes de permitir que sus dedos tomaran uno de sus mechones cobrizos para deleitarse con su tacto. Luego dejó caer la mano de nuevo, lo que ella agradeció, aunque no tanto como si se apartara un poco de ella para darle algo de espacio. Sus cuerpos estaban a punto de tocarse, y eso no le gustaba nada —A que eres tú quien tiene el poder de conseguir que nuestro negocio salga adelante... De hecho, eres el único motivo por el que estoy dudando sobre un proyecto tan provechoso... ¿Entiendes?

—Pues la verdad es que... no demasiado...

El hombre se mostró condescendiente al negar con la cabeza.

—Pues entonces, supongo que debería explicártelo: —En ese momento, la acorraló por completo, poniendo las manos a ambos lados de su cabeza, y clavó la mirada en sus ojos con descaro —Mira, si hay algo que deberías saber de mí es que siempre consigo todo lo que deseo. Y, ahora mismo, te deseo a ti ¿Ahora lo comprendes? —Nadia empezaba a entender lo que insinuaba, pero aún así negó con la cabeza, decidida a creer que se equivocaba, que aquello que estaba imaginando no podía ser cierto, y pronto le daría una explicación que calmaría sus nervios —Bien, pues te lo voy a dejar claro: quiero que salgamos juntos esta noche. Quiero que lo pasemos bien... Eso es todo.

—Pero... Eso no tiene sentido... —Murmuró Nadia asustada —Usted y yo trabajamos juntos, señor Renald. No deberíamos mantener relaciones personales...

—¿Y qué te crees? ¿Que quiero casarme contigo? —Preguntó con tono ofensivo —No te hagas ilusiones. Sólo quiero pasar contigo una noche. Eso es todo. Como comprenderás, eso no va a influir en los negocios... Habrá terminado antes de empezar, y por lo tanto no va a ser un problema. Sin embargo, si te niegas yo rechazaré vuestro proyecto, y eso sí podría ser un problema para ti, y para la empresa de Alessandro, por supuesto. De hecho, si me rechazas me encargaré personalmente de culparte a ti por ello, me quejaré de ti a tu jefe, y especificaré que eres tú y sólo tú el motivo por el que no quiero hacer negocios con esta empresa... Y, entonces, ¿qué crees que ocurrirá? Lo más probable será que pierdas tu empleo, y con estas referencias nadie vuelva a contratarte nunca... ¿Vas a arriesgarte a eso por negarte a algo que ambos sabemos que deseas...? No lo creo...

Nadia se quedó inmóvil un instante, pensando en la manera de contestar a aquello. Por una parte, sabía que era probable que tuviera razón, pero eso no era motivo suficiente como para venderse de esa manera. Además, ¿qué le había hecho pensar que ella deseaba pasar la noche con él? Estaba claro por la forma en que lo miraba insegura y coaccionada que no quería salir con él, mucho menos pasar una noche en su cama. Aquello no tenía ningún sentido. En realidad, no dudó un solo instante de que, llegados a ese punto, prefería perder su empleo y aceptar el hecho de que nadie la volviera a ofrecer trabajo en la ciudad que estar junto a aquel hombre un solo segundo más, así que lo miró furiosa decidida a explicarle que su respuesta seguía siendo no y, además iba a interponer una queja sobre él, independientemente de cuál fuera el efecto, cuando de repente vio como una sombra se aproximaba hacia ellos. Apenas fue capaz de comprender lo que estaba ocurriendo antes de percatarse de que, aunque no comprendía cómo había sido posible, Marco estaba allí de repente, y, sin mediar palabra, había empezado a golpear al señor Renald hasta que éste acabó ensangrentado sobre el suelo.

## CAPÍTULO 28

Nadia se quedó inmóvil y en silencio durante un tiempo que no fue capaz de cuantificar, aún pegada a la pared, observando la forma en que Marco golpeaba al señor Renald hasta que acabó sin conocimiento en el suelo. Viendo aquella escena sangrienta, trató de reaccionar para parar aquello de alguna forma, pero, después de todo lo que había sucedido, y que aún no había tenido tiempo de asimilar, no era capaz de moverse siquiera. Por suerte, los golpes alertaron a Alessandro, que salió de su oficina con la intención de preguntar qué estaba ocurriendo, y cuando vio a su hermano en el suelo sobre el señor Renald corrió a sujetarle, mientras el antiguo socio de Alessandro yacía desmayado en el suelo. Sin embargo, Marco no se lo puso nada fácil. Seguía intentando soltarse para continuar apaleando al tipo que poco antes había osado acosarla de una forma vil y enfermiza, mientras Alessandro lo sujetaba con fuerza.

—Marco, joder, para ya ¿Qué coño ha pasado? —Preguntó mientras veía cómo su hermano jadeaba, quieto al fin, como si ya pudiera controlarse de nuevo. Sin embargo, no recibió ninguna respuesta por su parte. Entonces, sus ojos se tornaron a los de Nadia, que seguía quieta contra la pared, con los ojos como platos y la cara desencajada —Tío, en serio. Vas a tener que explicarme qué coño ha pasado para que te pongas así con mi cliente...

—¿Tu cliente? —Preguntó Marco al fin, apartándolo de él con un empujón —Deberías preguntarle a tu querido cliente qué ha hecho... Él podrá explicártelo mejor que nadie... ¿No crees?

—Te lo estoy preguntando a ti —Aclaró Alessandro mirándolo con fijeza. En ese momento, el señor Renald se movió al fin en el suelo y empezó a abrir los ojos con dificultad, y Alessandro decidió que debía manejar bien aquella situación si no quería que acabara estallándole en la cara, así que cogió su móvil del bolsillo y pulsó un botón —Cristina, ¿podrías decir a dos de nuestros vigilantes de seguridad que vengan cuanto antes? ... Sí, es urgente ... Gracias —Y, entonces colgó. Un par de minutos más tarde dos hombres vestidos de uniforme entraron y Alessandro les señaló al señor Renald, aún tirado en el suelo, aunque cada vez más consciente, al menos —Necesito que os ocupéis de él. Aseguraos de que está bien, ¿de acuerdo? —Entonces, dirigió la mirada hacia su hermano —Ven, necesito hablar contigo en privado... —Y, en ese momento, cogió a su hermano por el brazo y lo dirigió hacia su despacho, aunque Marco volvió a soltarse enseguida sin ningún esfuerzo, acompañándolo sin rechistar, a pesar de que aún parecía bastante enfadado —Nadia, ven tú también —Gritó sin molestarse en mirarla, y, en ese momento, Nadia sintió que recuperaba el control sobre sí misma y sus piernas empezaron a caminar hacia el despacho de su jefe, aunque no estaba segura de lo que la iba a esperar cuando llegara. En cuanto traspasó la puerta, sintió que volvía a respirar de nuevo. Alessandro la pidió que cerrara la puerta tras ella, y ella obedeció de forma automática, sin apenas darse cuenta de lo que estaba haciendo —Bien, y ahora, ¿quién me va a explicar lo que está pasando? —Preguntó Alessandro al fin con una voz que dejaba claro que ya había agotado toda su paciencia por aquel día. Nadia bajó la mirada, pero no era capaz de pronunciar palabra, mientras los ojos de Alessandro se movían entre ella y su hermano, esperando a que alguien comenzara a hablar —No tengo todo el día, así que espero que sea cuanto antes, porque esto es algo muy serio... En ese momento, Marco levantó la vista hacia su hermano al fin y frunció el ceño.

—¿Quieres saber lo que ha pasado? Bien, yo te lo explicaré en un momento —Marco cogió

aire, como si tratara de controlarse para no volver a patear al antiguo socio de Alessandro, y comenzó a hablar, observándolo con fijeza, mientras Nadia cerraba los ojos, avegonzada, deseando que, antes de que Marco empezara a hablar, se la tragara la tierra —Ese hijo de puta al que tú llamas socio estaba intentando chantajear a Nadia para follársela cuando he llegado. Lo he oído todo. Estaba intentando obligarla, ¿entiendes? Incluso ha sido capaz de amenazarla con que iba a perder su empleo y nadie más iba a volver a contratarla por sus quejas... ¿Qué te parece, hermano?

Alessandro volvió la mirada hacia Nadia, atónito ante lo que acababa de escuchar. No es que tuviera al señor Renald por el hombre más honesto del mundo, pero aquello sobrepasaba todos los límites que jamás había imaginado.

—¿Es eso cierto? —Preguntó a Nadia, que aún no era capaz de pronunciar palabra.

—¿Es que dudas de mi palabra? —Preguntó Marco, perplejo, y entonces Alessandro volvió la mirada hacia su hermano, y negó con la cabeza.

—No, claro que no. Es sólo que... Quería oírlo de ella —Alessandro dio un par de pasos atrás y se sentó en su mesa de nuevo —Vale, ahora lo entiendo todo. No te preocupes, me encargaré de esto.

—Eso espero... —Advirtió en tono amenazante Marco, mientras luchaba por mantener su respiración controlada de nuevo —Ese tío es basura, joder. No deberías tener cerca a mierda como esa...

—Lo sé —Alessandro se mantuvo calmado mientras miraba a su hermano con curiosidad. A pesar de que él y Nadia habían roto, estaba claro que no lo había superado, y aquella escena era buena prueba de ello. Sin embargo, no podía negar que el señor Renald se había propasado aquel día, e iba a tomar medidas, por supuesto —No te preocupes, sé cómo debo actuar. Ahora, dime ¿Para qué habías venido?

Marco cerró los ojos, y consiguió controlar sus jadeos al fin, pero antes de contestar a la pregunta de su hermano, miró hacia atrás, viendo a Nadia allí parada escuchándolos, y negó con la cabeza.

—Eso ahora no importa... Mejor lo hablamos luego, ¿vale?

—Por supuesto —A pesar de que Nadia aún estaba desconcertada por lo ocurrido, no pudo evitar percatarse una vez más de que aquella respuesta no era normal, y sólo la recordó los secretos que aun la ocultaba, tanto Marco como su propio jefe, y que habían sido el motivo de su ruptura, algo que la dolió profundamente, y de forma especial en ese momento. A pesar de que la había defendido en un momento terrible de su vida, no podía ignorar el hecho de que Marco no confiaba en ella en absoluto, y lo que escondía era, al parecer, más importante para él que estar con ella, algo que no encajaba demasiado con la forma en que había estallado violentamente contra el señor Renald tras haberla coaccionado... Todo era demasiado confuso, y ella no estaba en condiciones de entender nada en ese momento, dado que aún estaba demasiado confusa por todo lo que había pasado —En ese caso, ahora es mejor que te vayas... Luego quedamos.

Marco asintió y se dio la vuelta para marcharse mientras ambos lo seguían con la mirada. Avanzó con paso firme hasta el lugar donde el señor Renald aún trataba de recuperar el aliento mientras dos vigilantes de seguridad le levantaban, y cuando llegó a su lado, se detuvo para susurrar:

—No vuelvas a acercarte a ella o te juro que te mato.

Y, con aquellas palabras, desapareció de allí dejándoles a todos boquiabiertos.

Nadia se quedó perpleja ante aquel extraño comportamiento. De hecho, nunca había visto a Marco, ni a ningún hombre que conociera, tan agresivo, y jamás hubiera tenido a Marco por un

hombre tan violento. Desde luego, lo ocultaba muy bien en su vida diaria, lo que no era de extrañar, porque si algo sabía de él era que parecía un experto ocultando secretos. Sin embargo, cuando su mirada se desvió hacia la de Alessandro, éste estaba sonriendo mientras negaba con la cabeza, algo que la demostraba, a su vez, que no era para él una sorpresa ver a Marco tan furioso. Luego concentró al fin su atención en ella.

—¿Puedes cerrar la puerta, Nadia?

Nadia asintió, a pesar de que aún estaba un poco intimidada. Por un instante, creyó que Alessandro iba a despedirla, aunque no sabía el motivo con exactitud, pero decidió que lo mejor era escucharlo antes de sacar sus propias conclusiones. Al fin y al cabo, si algo tenía claro era que en ese momento su cerebro no funcionaba de forma correcta, y por lo tanto no era posible que llegara a conclusiones certeras. Después de cerrar la puerta, Alessandro señaló la silla que había frente a él, y ella tomó asiento en silencio.

—Bien... Me gustaría que me explicaras qué ha pasado.

Nadia carraspeó, tratando de ordenar sus ideas, antes de conseguir que las palabras surgieran al fin de su garganta.

—Creo que su hermano, el señor Bassetti, ya lo ha hecho...

Alessandro amplió su sonrisa al escuchar esas palabras, mientras la observaba con curiosidad.

—Así que... Hemos vuelto al usted, por lo que veo...

Nadia asintió, mirando a su jefe con cautela.

—Sí... Si va usted a despedirme, prefiero que sea así, si no es molestia...

Alessandro frunció entonces el ceño y se puso en pie antes de avanzar para apoyarse un poco sobre su mesa.

—¿Por qué piensas eso? —Preguntó Alessandro, de repente confundido —Si lo que ha dicho mi hermano es cierto, tú no has hecho nada malo ¿Por qué iba a despedirte?

Nadia levantó la mirada y la clavó sobre los ojos azules de su jefe. Por un instante, sintió que con su mirada la transmitía tanta calma que, incluso hablar, fue más sencillo de lo que esperaba.

—Pues... La verdad es que no lo sé —Admitió al fin, tapándose la cara con las manos —Ha habido un alboroto en la empresa, y soy yo quien lo ha causado...

—No estoy de acuerdo —Nadia apartó las manos de su rostro y vio a Alessandro negando con la cabeza —Yo creo, y estoy casi seguro de que estoy en lo cierto, que ha sido el señor Renald quien lo ha causado, así que evidentemente es con él con quien voy a tomar medidas al respecto, no contigo...

Nadia observó a su jefe confusa un momento antes de ser capaz de hablar de nuevo ¿De verdad Alessandro estaba diciendo aquellas palabras? ¿O acaso era un sueño? El señor Renald era un cliente importante de la empresa, y con él ganaban mucho dinero... No tenía sentido que fueran a defenderla a ella, una simple secretaria, frente a un hombre tan importante.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho venir para hablar a solas conmigo?

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien... —Explicó Alessandro con calma antes de sentarse de nuevo en su mesa —Y de paso explicarte que, si algo así vuelve a pasar, no debes callarte. Tienes que contármelo, ¿me has oído? Esa no es la política de nuestra empresa... —Nadia asintió, aceptando su orden al instante, mientras pensaba que aquel hombre que tenía frente a ella era mucho mejor de lo que nunca hubiera podido pensar, y por un instante, la idea de que, en realidad, daba igual lo que él y su hermano ocultaran, porque eran mucho más honrados de lo que ella consideraba posible, empezó a cobrar vida en su mente, lo que la llevó a pensar si, en realidad, romper con Marco había sido tan buena idea como en un principio había pensado.

—De acuerdo.

—Bien, sólo quería dejarlo claro. Ahora, vuelve a tu trabajo. Y no te preocupes por nada, yo me ocuparé del señor Renald.

—Por supuesto.

Nadia salió del despacho de Alessandro sintiéndose mucho más tranquila, y, tal como la había ordenado su jefe, volvió a su mesa para continuar con sus tareas, mientras él avanzaba hacia el señor Renald, que al fin parecía consciente de nuevo.

—Espero que se sienta mejor, señor Renald —Le dijo con voz amable, mientras Nadia se volvía un poco para observar lo que estaba ocurriendo. El señor Renald asintió, pero frunció el ceño.

—Sí, claro. Pero le aseguro que esto no va a quedar aquí —Le amenazó furioso, mientras Nadia sentía que su miedo la devoraba por dentro —No sé quién se han creído que son, pero lo que ha pasado va a tener consecuencias, Pienso denunciarlos a todos, y también a su empresa...

—No lo creo —Le cortó Alessandro con una tranquila sonrisa. Entonces, levantó la mirada hacia una esquina que había en el techo —¿Ve eso? —Preguntó con calma —Es una cámara de seguridad, y junto a esa otra —Continuó señalando el otro extremo de la sala —han grabado todo lo que ha ocurrido aquí hace un momento... —El señor Renald frunció aún más el ceño, pero no parecía demasiado convencido, lo que provocó que Alessandro ampliara su sonrisa —Sé lo que estará pensando... Que las cámaras no suelen grabar sonidos, sólo imágenes, pero no es el caso de mi empresa. Aquí se graba todo, señor Renald, así que, si yo fuera usted, no diría nada de lo que ha pasado aquí hoy y me iría por esa puerta. De lo contrario, tendré que facilitar esas grabaciones a la policía, y tengo la impresión de que usted tiene más que perder que nosotros... ¿No le parece?

El señor Renald se quedó en silencio un instante, tratando de buscar una forma de contestar, pero no había tardado en darse cuenta de que Alessandro tenía razón, y por lo tanto no podía hacer nada al respecto cuando agachó al fin la cabeza.

—Bien, me alegra darme cuenta de que lo entiende. Ahora, le agradeceré que se vaya y no vuelva por aquí jamás. Nuestro contrato queda rescindido desde este momento —Alessandro miró a uno de los vigilantes que aún les acompañaban y señaló la puerta con la cabeza —Javier, ¿te importaría acompañar al señor a la puerta?

El vigilante asintió y cogió al señor Renald del brazo para echarle sin miramientos, mientras Alessandro volvía a su oficina y, antes de traspasar la puerta, dedicaba una pequeña sonrisa a Nadia, que se la correspondió sin pensar, para finalmente volver a concentrarse en sus obligaciones de nuevo.

## CAPÍTULO 29

Cuando Nadia se marchó de su trabajo aquella tarde bajo su paraguas tenía claro adonde se dirigía, así que sin dudar un momento se encaminó hacia allí, ignorando a su guardaespaldas mientras trataba de organizar sus ideas para decir lo que necesitaba, aunque ni siquiera ella misma tenía muy claro lo que era. Gracias a Alessandro, se sentía mucho más tranquila y el resto del día había transcurrido con la normalidad que necesitaba, pero aún tenía un asunto pendiente, y no estaba dispuesta a esperar más para hacerse cargo de ello.

En realidad, no podía negar que en el fondo, le apetecía ver a Marco de todas maneras. Lo cierto era que lo había echado de menos mucho más de lo que quería admitir, y aquel incidente, a pesar de ser muy desagradable, la había dado la excusa perfecta para hacerlo. Sin embargo, aunque su primera intención era agradecerle lo sucedido, no estaba segura de lo que iba a añadir después. En realidad, sabía lo que quería hacer, a pesar de que, quizá, no era demasiado sensato hacerlo.

Marco ocultaba algo, estaba claro, y Alessandro también, pero después de comprobar, una vez más y de forma decisiva, que eran hombres justos y honestos, empezó a pensar si de verdad aquello que ocultaban era para ella tan imprescindible, hasta el punto de que si no se lo explicaba valiera la ruptura de su relación con Marco, un hombre al que, sin duda, amaba. A cada paso que daba, su mente se iba aclarando y la decisión era cada vez más obvia: debía volver con él, no por lo bien que se había portado aquel día con ella, ni por la forma en que la había defendido a pesar de que ya ni siquiera estaban juntos, sino porque lo había echado mucho de menos y, sobre todo, porque lo quería con toda su alma.

Sin embargo, cuando llegó a su trabajo y se dio cuenta de que no había avisado de que iba a visitarlo, empezó a pensar que quizá no era tan buena idea. Al fin y al cabo, podía estar con algún caso importante, o incluso haberse ido a casa... Sin embargo, ya estaba hecho, así que subió en el ascensor y llegó hasta su despacho, donde encontró a Margarita sentada en su mesa habitual. En cuanto se percató de su presencia, la secretaria levantó la vista de los papeles que estaba inspeccionando y la dedicó una grata sonrisa, como si la reconociera.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla? —Preguntó con su eficacia habitual. Sin pensarlo demasiado, Nadia asintió con la cabeza.

—Sí, eso espero. Venía a ver al señor Bassetti, ¿está en su oficina? —Por un momento, Nadia se dio cuenta de que estaba tan nerviosa que incluso deseó que no estuviera, imaginando que aquella visita había sido un grave error.

—Sí, señora. Pero ahora mismo no puede verla, está reunido.

—Bien... Entonces, esperaré, si es posible...

—Por supuesto —Admitió sin pensar —Puede sentarse allí, en una de esas sillas.

—Muchas gracias.

Nadia tomó asiento en una de las sillas que Margarita la había señalado, y asegurándose de que podía ver la puerta de Marco con facilidad, dejó el paraguas en el paragüero. Después se quedó un momento allí, esperando paciente a que la reunión que estaba manteniendo terminara. Pasaron los minutos, y cuando llevaba ya media hora, empezó a pensar que había cometido un error. Debía haber avisado de que iba a visitar a Marco, incluso era posible que él no quisiera verla y hubiera puesto esa excusa a través de su secretaria... Su mente iba a toda velocidad

pensando en todas las posibilidades existentes, pero nada era suficiente para marcharse, porque necesitaba hablar con Marco urgentemente. Tenía que aclararse, y no podía hacerlo sola. Necesitaba saber su opinión al respecto. Al fin y al cabo, lo había dejado y de una forma un poco injusta, según su punto de vista en ese momento... Volvió a mirar el reloj de su muñeca y pudo comprobar que ya habían pasado tres cuartos de hora, así que estaba preparada para ponerse en pie al fin y volver otro día después de haberlo llamado a pesar de su impaciencia, cuando la puerta se abrió de repente, y una escena inesperada apareció ante sus ojos, dejándola boquiabierta.

Nadia trató de parpadear, pero no fue capaz. Marco estaba allí, de pie, sonriendo junto a la puerta, pero no estaba solo. Había una mujer rubia con unas piernas tan largas que parecían interminables a su lado, y le tenía cogido del brazo mientras susurraba algo en su oído. Estaba claro que aquello no parecía una reunión de negocios, y por un momento empezó a pensar que había sido demasiado ingenua. Marco no sentía nada por ella. De hecho, parecía que había superado su ruptura con mucha más facilidad que ella, que aún no podía olvidarlo. Y eso sólo podía significar una cosa: aquella visita había sido un grave error. Estaba a punto de esconderse hasta que pudiera escapar de aquella incómoda situación, cuando vio como Marco levantaba la mirada y la veía allí, observándolo. Lejos de lo que hubiera imaginado, no apartó a aquella mujer de su lado, aunque sí perdió la sonrisa al momento al darse cuenta de su presencia.

—Nadia, ¿qué estás haciendo aquí? —Preguntó sorprendido, mientras la mujer que lo acompañaba volvía la cabeza para mirarla. Después de un rápido vistazo de arriba a abajo, su rostro complaciente cambió y pareció que sentía asco.

—Nada, yo... —Nadia hizo lo posible por mantener su dignidad, avanzando hacia Marco rápidamente, mientras ignoraba la presencia de aquella mujer a su lado, que cada vez la recordaba más a una modelo que creía haber visto en algún catálogo... —Sólo había venido a hablar contigo... Perdona por no llamar... No sabía que estabas ocupado...

—No pasa nada. En realidad, ya había terminado —Volvió su mirada fría como el hielo hacia su invitada y se despidió de ella con calma —Luego te llamo, ¿de acuerdo?

—Eso espero... Porque el trato no está cerrado... —Dijo la mujer con voz zalamera, haciendo que Nadia dudase de si su conversación era de negocios o por placer... Aunque, si tuviera que elegir, apostaría por lo segundo basándose en las miradas que se dedicaban, desde luego, lo que la hizo sentir aún más inoportuna de lo que la hubiera gustado.

—Lo sé. Lo arreglaremos más tarde.

—Perfecto.

La mujer le dio un dulce beso en la mejilla algo más largo de lo habitual y luego miró a Nadia con antipatía, antes de decidirse a salir al fin por la puerta. Entonces, Marco se encaminó a su asiento y la miró con curiosidad, como si no hubiera pasado nada.

—Pasa, por favor. Toma asiento —La invitó al fin. Nadia dudó un instante, intentando apartar de su mente la idea de que Marco acababa de acostarse con la hermosa mujer que acababa de salir de su despacho antes de verla a ella, pero finalmente obedeció. Cerró la puerta tras ella, y se sentó frente a él —Tú dirás.

—He venido porque... —Nadia se mordió el labio, tratando de buscar la forma de decir lo que necesitaba en ese momento, pero pronto suspiró, dándose cuenta de que no iba a ser capaz. Si algo la había quedado claro después de aquel encuentro, era que Marco no la echaba de menos. Seguramente ya ni siquiera pensaba en ella. Lo que había ocurrido en el trabajo había sido un acto caballeroso que probablemente hubiera hecho por cualquiera. No tenía sentido que hablara con él al respecto, excepto para agradecerle el detalle, así que decidió que eso era lo que iba a hacer a

continuación, y luego iba a marcharse lo más rápido que pudiera.

—Sólo quería agradecerte lo que has hecho por mí antes... —Explicó al fin —La forma en que me has defendido ha sido increíble, en serio...

Marco relajó el gesto al darse cuenta de que el motivo de la presencia de Nadia allí no era laboral, sino personal, se estiró en su silla y apoyó la cabeza sobre sus manos, observándola con fijeza.

—Ah, sólo era eso. No era necesario que vinieras hasta aquí para agradecer nada, Nadia. Lo hubiera hecho por cualquiera —Dijo con tal arrogancia que Nadia deseó desaparecer de forma espontánea, a pesar de que sabía que eso no era posible.

—Lo sé, pero aún así, después de todo lo que ha pasado entre nosotros, has sido muy noble... me has ayudado mucho, y quería agradecértelo ¿De acuerdo?

Marco se acomodó en su asiento antes de responder con naturalidad.

—De acuerdo.

Después se quedó mirándola, como si de ese modo la demostrara que su conversación había terminado y lo mejor era que se marchara, pero aunque Nadia sabía que eso era lo más apropiado en ese momento, por algún motivo no fue capaz de moverse, y se quedó pegada al asiento. Miró alrededor, observando cada detalle de la oficina de Marco, como si fuera la primera vez que la veía, y aunque sabía que no era así, no podía negar que parecía muy distinta de otras ocasiones, quizá por la situación en la que se encontraba. Y luego suspiró de nuevo.

—Es muy guapa... —Dijo al fin.

—¿Quién? —Preguntó Marco, confundido.

—La mujer que acaba de salir de tu oficina —Concluyó —Se os ve muy bien juntos. Me alegro mucho por ti.

Marco miró a Nadia mientras una sonrisa empezaba a dibujarse en sus labios. Estaba claro que, a pesar de que ella había intentado evitarlo por todos los medios, se había dado cuenta de que, en el fondo, estaba celosa, y eso pareció satisfacerle más de lo que la hubiera gustado.

—¿Para eso has venido? ¿Para hablar de la mujer con la que estaba reunido? —Preguntó al fin petulante —¿Por qué no eres sincera y me dices lo que quieres de verdad?

—No te entiendo... —Nadia lo observó confundida, y él amplió su sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—Da igual —Marco clavó sus ojos castaños en los de ella —Sí, la verdad es que Inma está buenísima, en eso estoy de acuerdo contigo... ¿Querías algo más?

Nadia no pudo evitar que, en ese momento, sus celos se apoderaran de todo su cuerpo al instante. Marco no sólo había empezado a salir con otras mujeres, superando su ruptura como si no hubiera sido nada, porque quizá para él era de verdad algo insignificante, sino que además estaba decidido a restregárselo sin miramientos, y antes de que ella pudiera pensar lo que hacía, su lengua se desató sin su consentimiento.

—No, nada más. Sólo había venido a darte las gracias, y ya lo he hecho —Dijo antes de ponerse en pie, observando la forma en que él imitaba sus movimientos —Pero ya veo que somos muy diferentes en algunas cosas... porque tú no has perdido el tiempo.

La sonrisa de Marco desapareció de sus labios al instante al escuchar aquellas palabras.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Nada, será mejor que me vaya...

Nadia se encaminó hacia la puerta, sabiendo que había cometido un error al decir aquellas palabras, demostrando el dolor que Marco la había causado, pero por desgracia ya era tarde para arrepentirse, sólo podía huir, aunque antes de llegar a alcanzar la puerta del despacho, sintió que

Marco la apresaba por el brazo, impidiendo que se marchara.

—No, quiero que te expliques. Ahora.

—Suéltame. No voy a decir nada más. Tú lo has entendido perfectamente... Ahora, déjame...

—No... —Marco la obligó a darse la vuelta para mirarla furioso, y ella sintió deseos que salir corriendo de aquel despacho, pero no lo hizo. Sólo observó su rostro desencajado mientras decía: —Yo alucino contigo, en serio —Entonces la observó con fijeza, como si intentara estudiar su rostro, antes de continuar —¿Quién te crees que eres para venir aquí y montarme una escena de celos? ¡Tú me dejaste! Me diste un puto ultimátum y, cuando no reaccioné como querías, me mandaste a la mierda y no me diste ninguna opción... ¿Qué quieres que haga, eh? ¿Que me quede llorando por los rincones? Eso no es lo mío, Nadia...

—Sí, ya lo veo —Nadia lo observó mientras los ojos se la llenaban de lágrimas, convencida al fin de que no debería haber ido a ver a Marco aquel día, antes de añadir: —Lo tuyo es irte con otra al día siguiente como si no hubiera pasado nada... Ahora lo veo claro. Nunca he significado nada para ti, y nunca voy a hacerlo. Tomé la decisión acertada al alejarme de ti... Así que lo mejor es que no volvamos a vernos.

Nadia vio la forma en que el rostro de Marco volvía a tornarse frío como el hielo una vez más antes de que asintiera con la cabeza, y acto seguido liberó su brazo.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero, en ese caso, no sé qué coño estás haciendo aquí, así que lárgate y no vuelvas...

Aquellas palabras atravesaron el corazón de Nadia como si hubiera sido una flecha, así que, antes de empezar a sollozar, se dio la vuelta y empezó a correr tan rápido como pudo, decidida a olvidar a Marco pasara lo que pasara, por muy difícil que fuera. Sólo de ese modo podría superar el dolor que la hacía sentir cada vez que lo veía, porque si algo le había quedado claro aquel día era que aquel hombre no tenía sentimientos.

## CAPÍTULO 30

Nadia se sentía tan destrozada que apenas sintió la lluvia caer sobre su cuerpo en cuanto salió a la calle hasta que, unos minutos después, mientras caminaba, notó que estaba calada hasta los huesos. Las crueles palabras de Marco se repetían en su mente sin cesar, y unas lágrimas calientes empezaron a resbalar por sus mejillas sin su consentimiento. Sin duda, se había equivocado con Marco. Se había equivocado en todo, por desgracia. Se había enamorado de un hombre cruel, arrogante y despiadado que sólo iba a hacerla sufrir, y probablemente ese había sido el peor error de su vida, pero por suerte tenía arreglo. A partir de ese momento, iba a olvidarlo, fuera como fuera, y no iba a permitir que volviera a engañarla. Estaba dispuesta a todo para superar una relación que a ella la había marcado, aunque a él parecía no haberle afectado en absoluto. Era extraño, porque en algunas ocasiones podría haber jurado que ella le importaba. Un buen ejemplo fue la escena en la que la había defendido en su trabajo, incluso después de haber roto, pero al parecer lo hizo por educación, no porque ella le interesara de verdad, hacía un momento se lo había dejado muy claro. Eso demostraba que, al parecer, ella sólo veía en Marco lo que en realidad deseaba ver, no la realidad. En su desesperación, debía haber empezado a tener alucinaciones para albergar esperanzas de conseguir a un hombre que, sin duda, era inalcanzable, sólo porque lo amaba. Aquello era tan absurdo que la daba ganas de ponerse a llorar de nuevo, pero ya que al fin había conseguido dominar su llanto, no estaba dispuesta a empezar otra vez bajo ningún concepto. Aquel día había tocado fondo, estaba segura, pero en el fondo sabía que, por mucho que la hiriera, había sido necesario. No podía seguir haciéndose ilusiones con algo imposible. Eso no era sano. Tenía que superarlo al fin. Tenía que dejar el pasado en el pasado y olvidar una relación que sólo la hería y no tenía ningún futuro. Todos sus esfuerzos habían sido en vano, y debía aceptarlo de una vez por todas, por mucho que ésto la doliera. Era necesario.

Nadia se pasó todo el camino de vuelta a su casa empapada, reflexionando sobre todos los errores que había cometido desde que había conocido a Marco, antes de llegar a la inminente conclusión de que debía olvidarlo, pero para cuando llegó a su casa, ya había tomado la decisión, y sabía que no había vuelta atrás. Desde que había decidido darle una oportunidad, lo único que había hecho era sufrir. En el fondo, era consciente de que no confiaba en él, y eso era imprescindible en una pareja, y cuando intentaba conocerlo un poco mejor para poder superar sus miedos, él la apartaba de su lado, impidiéndoselo. Aquel bucle era infinito y no estaba dispuesta a continuarlo. No había otra opción: debía superar su pasado y empezar una vida lejos de Marco. Y así lo tenía resuelto cuando llegó al portal de su casa con la mirada fija en la acera húmeda que había bajo sus pies y, de repente, notó una presencia conocida. Levantó la vista al fin y vio frente a ella a Marco sentado sobre el escalón de su portal. Sus ropas estaban mojadas, igual que las de ella, y de algún modo parecía demasiado grande para aquel escalón tan pequeño. Sus ojos se clavaron en los de ella y, de repente, toda su determinación se evaporó al instante. Después de la forma en que la había hablado, no entendía que estuviera allí esperándola... De alguna forma, sentía que no tenía derecho, así que se limpió las mejillas y, con la poca dignidad que aún la quedaba, avanzó con paso firme hasta llegar a su lado.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó enfadada, apartando su mirada al fin, mientras él se ponía en pie. Sus ojos recorrieron los alrededores, buscando a su chófer, pero no vio nada.

—¿Tú qué crees, Nadia? —Nadia lo observó irritada, y él decidió suavizar el tono de su voz

—Te estaba esperando...

—Pues no hacía falta.

—Yo creo que sí... —Marco la miró un instante preocupado, y Nadia se sintió morir al instante. Creía que había tocado fondo, pero al parecer no tenía idea de lo que la esperaba. Marco estaba allí porque sentía lástima por ella, y eso era lo peor que podía imaginar: sentía lástima por ella el hombre que amaba, al que no debía amar, y del que tenía que alejarse cuanto antes —Paolo me ha dicho que te has ido sola... y... No me ha gustado cómo ha terminado nuestra conversación de antes...

—¿Por qué? ¿Sólo porque me has echado a la calle? —Preguntó Nadia con sarcasmo —No te preocupes... Ya lo he superado. Puedes largarte.

Marco la miró con tristeza. Estaba claro que no se creía nada de lo que estaba diciendo. De alguna forma, su rostro la delataba, al igual que la forma en la que temblaban sus labios. Y, por más que se esforzaba, no era capaz de evitarlo.

—Venga, Nadia, déjalo ya... Sabes igual que yo que tenemos que hablar... —Dijo Marco esperando que ella le escuchara —Además te has olvidado el paraguas... —Añadió tendiéndoselo con una pequeña sonrisa, esperando que eso suavizase la tensión que había entre ellos. Sin embargo, viendo la mirada furiosa que Nadia le dedicó en ese momento antes de arrebatárselo de la mano, supo que no iba a ser tan sencillo.

—Gracias, pero ya no me hace falta.

Nadia decidió que esas iban a ser sus últimas palabras. Estaba convencida de que ya no les quedaba nada más de lo que hablar, y cada segundo que pasaba junto a Marco era como visitar el infierno, así que decidió que lo mejor era huir de allí cuanto antes, pero Marco, que se dio cuenta de sus intenciones, dio un paso hacia ella, con la clara intención de seguirla a su casa.

—No se te ocurra tocarme.

—No iba a hacerlo —Admitió Marco muy serio —Sólo iba a entrar para que hablemos...

—Yo no tengo nada que hablar contigo. Creo que las cosas entre nosotros están más claras que nunca. No tenemos nada más que decir... Lo nuestro, sea lo que sea, no tiene ningún sentido... Así que te agradecería que te fueras —Explicó pasando por su lado sin mirarlo siquiera, dejándolo atrás en el proceso, cuando de repente, sus palabras la detuvieron en seco:

—Sé lo que estás pensando, pero te equivocas. No me he acostado con ella —Confesó al fin, decidido a superar aquel terrible orgullo que le había llevado a alejar a la mujer que deseaba cuando ella misma había ido a buscarlo al fin. Por suerte, aquellas palabras consiguieron captar su atención. Nadia se quedó inmóvil un momento antes de darse la vuelta para mirarlo. Por algún motivo, creyó que estaba de broma. Era imposible que estuviera hablando en serio después de lo que la había dicho en su oficina... pero una sola mirada a sus ojos la demostraron que estaba siendo sincero.

—No me mientas... —Nadia quiso pronunciar aquella frase como una amenaza, pero por desgracia sonó demasiado suave.

—No te estoy mintiendo —Repitió Marco decidido, dando un par de pasos para alcanzarla, antes de detenerse frente a ella —Sólo es una cliente del bufete... No te niego que hubo algo entre nosotros en el pasado, pero nada serio, y no he vuelto a estar con ella desde hace años... Te lo prometo.

Nadia lo observó confundida antes de ser capaz de contestar a sus inesperadas palabras.

—Entonces, ¿por qué me has dado a entender antes lo contrario?

—No lo sé... —Marco se encogió de hombros sin apartar la mirada de sus ojos brillantes — En realidad, tú lo has dado por hecho, y te he visto tan celosa que... no he podido controlarme...

Nadia lo observó un momento antes de darse cuenta de que, en realidad, no podía seguir negando la evidencia: en efecto, aún tenían cosas de las que hablar, aunque no creía que sirviera de nada. Ella no podía confiar en él si no dejaba de mentirla y ocultar secretos, y él continuaba siendo demasiado orgulloso para mostrar sus sentimientos. Aquello parecía un cóctel explosivo que no auguraba nada bueno, pero debía afrontarlo de todos modos, aunque sólo fuera para poner un fin justo a una relación tan desigual como la que ambos habían mantenido durante todo ese tiempo.

—Entiendo...

—Bien. Ahora, ¿me vas a escuchar?

Nadia dudó un momento, pero finalmente se vio obligada a asentir con la cabeza. Tenían que acabar con todo aquel malentendido, con el caos que poco a poco se había formado entre ellos. Tenían que aclarar las cosas para poder alejarse para siempre con la conciencia tranquila, y eso sólo podrían conseguirlo si mantenían una conversación madura y sincera, así que no pensó demasiado antes de murmurar:

—Vale, te escucharé. Pero sólo será un momento.

## CAPÍTULO 31

Nadia observó a Marco impaciente, a pesar de que no estaba segura de lo que esperaba. Era como si, de repente, aquel hombre fuera un desconocido. Por más que lo intentaba, no comprendía su comportamiento, y hasta ese momento él tampoco había estado dispuesto a explicárselo, así que aquella conversación prometía ser un fracaso antes de empezar, pero si algo tenía seguro era que al menos debía intentarlo. Se debía a sí misma y, sobre todo, a sus sentimientos terminar con aquella relación de una forma civilizada, y eso era precisamente lo que iba a hacer, por muy complicado que la resultara.

—Bueno, estoy esperando. Dime lo que necesites —Le apremió al fin, al darse cuenta de que no se decidía a hablar.

Marco la observó muy serio durante unos segundos, con tal fijeza que Nadia incluso empezó a sentir que se acaloraba, pero se esforzó en disimularlo hasta que Marco empezó a hablar.

—Bien, verás. En realidad, quiero decirte muchas cosas, pero antes... Me gustaría saber por qué te has puesto celosa antes en mi despacho.

Marco la observó con fijeza mientras ambos escuchaban el eco de la lluvia repiqueteando en el suelo. En realidad, necesitaba averiguar aquello para poder confesar lo que tanto le estaba costando admitir, ante ella y ante sí mismo. Desde que lo había dejado, había asumido que ella no sentía nada por él, y que lo suyo había terminado a pesar de sus sentimientos, lo que le había llevado a mostrarse orgulloso y arrogante sintiéndose rechazado por primera vez en su vida, pero después de reflexionar en su despacho, había comprendido que su actitud había sido, cuando menos, reprobable, que ella no se merecía aquel trato, y que lo mejor era aclarar las cosas con ella... Sin embargo, teniéndola allí, frente a él, totalmente mojada y observándolo con tranquilidad cuando él sólo quería arrancar su ropa y hundirse en su interior mientras bebía el agua de lluvia que aún resbalaba por su piel, las cosas no eran tan fáciles como le hubiera gustado. Aquello escapaba a su comprensión. No sabía como tratarla, no sabía como sobrellevar lo que sentía por ella, y mucho menos era capaz de explicárselo o, al menos, confesárselo, pero si quería conseguir que volviera a su lado, tenía que hacerlo, y para ello necesitaba averiguar si tenía alguna posibilidad antes de hacer el ridículo más espantoso de su vida... de nuevo.

—¿Por qué quieres saberlo? —Preguntó Nadia, confundida.

—No sé... Llámalo curiosidad, si quieres, pero responde a la pregunta, Nadia.

Nadia bajó la mirada al suelo y se secó la cara con la mano. Por un momento, pensó que debía mentirle. Lo mejor era ocultar lo que sentía, porque no sería capaz de sentirse traicionada o rechazada de nuevo, pero si quería sinceridad por parte de Marco, debía responder de la misma manera, así que, antes de arrepentirse, dejó que las palabras brotaran de lo más profundo de sus entrañas.

—Supongo que... porque aún no te he olvidado —Confesó apenada, antes de añadir: —Pero no te preocupes, tú tenías razón. Después de dejarte no tengo derecho a acercarme a ti o ponerme celosa, así que no volverá a ocurrir, tienes mi palabra...

Marco sintió que todo su cuerpo se relajaba al escucharla, aunque no lo demostró demasiado. Aquello significaba que tenía una oportunidad, por pequeña que fuera, y sólo debía luchar para que funcionara. Por desgracia, aquella no era la lucha a la que estaba acostumbrado, pero del mismo modo debía afrontarla sin miedo.

—¿Y si te dijera que a mí me ha gustado verte así? —Marco intentó organizar sus ideas para no volver a equivocarse, pero estaba claro que no controlaba la situación. Sabía bien adónde quería llegar, pero no sabía cómo iba a hacerlo —Si tengo que ser sincero, no me molesta que te pongas celosa, aunque no lo esperaba, me encanta estar cerca de ti, y te aseguro que no he estado con nadie desde que me dejaste, así que no tienes que preocuparte por eso...

Nadia lo observó confusa un instante.

—¿Por qué?

—¿Es que aún lo dudas? —Marco se quedó atónito por un momento. Era imposible que esa mujer no se hubiera dado cuenta de lo que sentía por ella. Nunca había perdido los papeles así por nadie, nunca se había descontrolado de esa manera, salvo en los momentos más difíciles de su vida, y con ella no era capaz de dominarse ni en los momentos más sencillos. Nunca había deseado así a nadie, nunca había sentido nada por ninguna mujer más allá del sexo... hasta que la conoció a ella. No poder tocar su piel húmeda en ese momento era como un dolor permanente. Era imposible que no se hubiera percatado aún de lo que sentía por ella, pero ella permanecía atónita observándolo en silencio, como si no se hubiera percatado de nada —Nadia, yo tampoco he podido olvidarte... Creí que estaba claro...

—Pues no es así... Para mí no lo estaba —Explicó ella tratando de hacerse a la idea de que lo que escuchaba era cierto. Era como un sueño que aquel hombre le estuviera diciendo aquello. Era lo más romántico que la habían dicho en su vida, aunque no lo pareciera, y más viniendo de un hombre como Marco, al que siempre había considerado inalcanzable —No es fácil cuando nunca expresas lo que sientes, Marco. Nunca sé a qué atenerme cuando estoy a tu lado... Y siempre me ocultas cosas...

—Sí, vale. Sé que mi carácter es complicado... Y admito que tengo algunos secretos que aún no puedo desvelarte, pero nunca te he mentado, te lo prometo —Marco dio un paso hacia ella pero no se atrevió a tocarla —Ahora, contéstame una cosa: ¿Por qué estamos separados si ambos nos echamos de menos? No le veo el sentido...

—Porque no sé si puedo confiar en ti —Confesó Nadia al fin, sin apartar la mirada de sus ojos —Y tengo miedo de que me hagas daño.

Aquellas palabras afectaron a Marco más de lo que le hubiera gustado. No pudo evitar pensar que aquello era un problema, pero mucho menos trascendente de lo que esperaba. Al fin y al cabo, el miedo era algo aceptable en una relación... y eso no podía impedir que volvieran.

—¿Y por eso sigues huyendo de mí? ¿Esa es tu solución cuando tienes miedo? —Preguntó incrédulo.

Nadia lo observó molesta antes de preguntar:

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que siga con un hombre que va acabar hiriéndome?

Marco trató de controlarse, pero aquellas palabras lo encendieron de nuevo.

—No, no mientas, joder. Sabes que eso no es cierto. Yo no te herido, Nadia, y tampoco tengo intención de hacerlo. No seas injusta. Eres tú quien me dejaste de repente con un puto ultimátum y en el momento fui incapaz de comprender el motivo... Pero ahora lo veo claro: lo único que pasa es que estás asustada... Y lo entiendo, pero tienes que superarlo, porque de lo contrario lo nuestro no va a funcionar... Y te aseguro que estar separados es tan difícil para ti como lo es para mí...

—Yo no lo creo —Sentenció Nadia convencida.

—¿Por qué no? Los dos estamos juntos en esto...

—¿Porque yo te quiero! —Gritó al fin, tratando de conseguir que comprendiese la gravedad de la situación. De algún modo, supuso que la conversación había llegado demasiado lejos y debía terminar, y la mejor forma que se la ocurría de conseguir que Marco saliera corriendo aquella

tarde fue confesándole al fin sus sentimientos.

Los ojos de Marco se abrieron tanto por la sorpresa que apenas fue capaz de reaccionar, tal como Nadia esperaba. Lo que no imaginaba fue la forma en que después los cerró, como si no supiera que decir, mientras permanecía unos segundos en silencio, dejando que el sonido de la lluvia los embargara, mientras se pasaba los dedos por el pelo húmedo. Luego abrió los ojos de nuevo, pero su mirada transmitía algo diferente a lo que había visto antes. Dio otro paso hacia ella y cogió sus mejillas con las manos, mientras ella luchaba para que las lágrimas que se acumulaban en sus ojos no se derramaran.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí... —Nadia asintió con la cabeza —Me he enamorado de ti. Así que no juegues más conmigo, ¿vale?

Y, en ese momento, Marco sintió que algo se apoderaba de su cuerpo y sus labios se lanzaron a los de ella antes de que él pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo. Al contrario de lo que hubiera imaginado, ella se entregó a él por completo en ese beso, lo que le demostró que, por suerte, no sólo Nadia no parecía tener intención de huir de él, sino que además lo amaba, algo que no esperaba en absoluto, y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que debía confesar sus sentimientos al fin, aunque le costara lo indecible, aunque no supiera como hacerlo. Debía pronunciar las palabras que podía sentir en los labios por primera vez en su vida, y debía hacerlo cuanto antes para no perder a aquella hermosa mujer, pero no sabía si sería capaz de hacerlo.

Después de saborear sus labios con esmero, Marco consiguió al fin separarse de ella.

—No estoy jugando contigo, Nadia. Nunca lo he hecho —Le aseguró al fin.

—¿Y cómo sé que eso es verdad? —Nadia miró a Marco a los ojos mientras él esbozaba una pequeña sonrisa, antes de darse cuenta de que ese era el momento que tanto había esperado.

—Porque yo también te quiero.

## CAPÍTULO 32

Nadia miró los ojos castaños de Marco durante un tiempo que se la hizo eterno mientras trataba de asimilar lo que acababa de escuchar. Aquello no era posible. Era como si el mundo hubiera desaparecido de repente y sólo pudiera ver su mirada, y el silencio les hubiera embargado hasta aniquilar cada sonido que se escuchaba. No podía creer lo que acababa de oír. Mientras observaba el rostro serio de Marco observándola expectante, de repente pensó que estaba soñando, o había tenido una alucinación. Aquello era aún mejor de lo que nunca hubiera imaginado. Marco la amaba, aunque aún no podía creerse que fuera cierto.

—¿Cómo has dicho? —Preguntó atónita. Marco esbozó una pequeña sonrisa, como si comprendiera su perplejidad, antes de ponerle un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja.

—He dicho que te quiero —Repitió una vez más, sujetándola aún entre sus brazos mientras mantenía la mirada clavada en sus ojos. Nadia parpadeó al fin, y trató de hacerse a la idea, pero no era tan fácil como le hubiera gustado. Aquel hombre inalcanzable, aquel que estaba segura de que iba a terminar haciéndola daño, había confesado sus sentimientos al fin, y no podía creerse que fuera cierto. Todo era tan irreal que apenas podía asimilar lo que estaba ocurriendo. Marco pareció darse cuenta de su resistencia a confiar en sus sentimientos, y la miró extrañado un momento —¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

Nadia observó a Marco un instante, tratando de reflexionar acerca de esa pregunta. En el fondo, debía aceptar que lo creía. Creía en su palabra, por supuesto. Y también lo amaba. El problema no era ese y estaba tan desconcertada que en ese momento tampoco sabía exactamente cuál era. Quizá pensaba que no merecía a Marco, quizá pensaba que había sido injusta con él al dejarlo, asumiendo que no era capaz de ser sincero con ella. En ese momento la había demostrado que no la engañaba. Había confesado lo que sentía por ella, y al parecer era mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. No sólo le importaba ella, sino que la quería de verdad.

—No... No es que me cueste es que... —Nadia trató de organizar sus ideas antes de continuar —Es que empiezo a arrepentirme de haber roto contigo...

—Me alegro —Concluyó Marco ampliando su sonrisa mientras la estrechaba con más fuerza entre sus brazos —Deberías arrepentirte muy en serio de tu error...

—Eh... No te pases —Se quejó Nadia al fin, empezando a reír mientras veía cómo Marco se carcajeaba, antes de darle un pequeño golpe en el brazo —Aún puedo mandarte a la mierda...

—No lo creo... —Dijo quedándose serio de nuevo. Nadia no pudo evitar negar con la cabeza en cuanto escuchó sus palabras, mostrándose de acuerdo. Si debía ser sincera, lo último que la apetecía en ese momento era alejarse de él. Al contrario, sólo deseaba tenerlo más cerca.

—No sé...

—Yo creo que sí lo sabes, Nadia —Confirmó Marco mientras la acariciaba el pelo húmedo de nuevo —Y creo que, después de lo que hemos hablado, todo está arreglado, ¿no es así?

Nadia observó a Marco un instante, y, por primera vez, pudo ver el miedo a través de sus ojos. Tenía miedo de perderla. Sin duda, era un experto en ocultar sus sentimientos pero, por suerte, cada vez era más fácil para ella ver a través del muro que había construido a su alrededor para que no pudiera conocerlo. Cada vez se sentía más cerca de él, y eso era algo muy alentador. Y la forma en que la miraba, esperando escuchar las palabras que calmaran su inquietud en ese momento, la comunicaban mucho más de lo que su voz podría nunca. La revelaban que no sólo la

quería, sino que también tenía tanto miedo a perderla como ella a él, y eso era mucho más tranquilizador de lo que nunca hubiera imaginado. Al fin, su relación empezaba a asentarse de verdad, y eso era algo por lo que merecía la pena luchar.

—Sí, está todo arreglado —Admitió al fin, aunque aún recordaba que había secretos entre ellos que había que aclarar, pero era consciente de que ese no era el momento. En ese instante, lo único que deseaba era disfrutar del momento y de la compañía de Marco, dado que sabía que quedaría grabado en su mente durante el resto de su vida.

Marco amplió su sonrisa una vez más y asintió tras escucharla.

—Perfecto... —Y, entonces, pareció leer su mente, aprovechando la forma en que la estaba acariciando el pelo para continuar por su espalda hasta terminar en su trasero. Nadia dejó escapar un jadeo, en parte por la sorpresa, y en parte por la excitación de que, una vez más, la tocara, levantó las piernas y se abrazó con ellas a su cintura para permitir que la llevara en brazos a su casa sumidos en un profundo beso. No podía explicarle cuánto había deseado sentir sus manos sobre ella desde que lo habían dejado, pero estaba segura de que, de alguna forma, podía sentir su anhelo.

Marco caminó hasta que entraron en su hogar y la acorraló contra la pared para continuar su asalto, deleitándose al sentir su propia pasión en cada movimiento de su lengua, en cada caricia de sus dedos. Sin pensarlo demasiado, Nadia se abandonó a Marco, permitiendo que la hiciera olvidar todas las dudas que la habían apartado de él, para hacerla sentir completa de nuevo.

Marco saboreó al fin la lluvia en su piel cuando sus labios rodaron por el cuello de Nadia, y luego la ayudó a tumbarse sobre el suelo, después de despojarla de sus finas ropas mojadas. Sus ojos permanecieron fijos en los de Marco mientras empezaba a disfrutar de su cuerpo, mientras su placer iba creciendo en su interior, hasta que estuvo a punto de estallar al sentir que los labios de Marco bajaban hasta su sexo. Un grito ahogado escapó entonces de sus labios, mientras Marco saboreaba su interior, hasta que Nadia pensó que iba a estallar al fin, y en ese preciso momento, se detuvo, observándola con una sonrisa.

—No, Marco... No pares...

Marco amplió su gesto alegre antes de asentir con la cabeza.

—Claro que no... Sólo quería escuchar cómo me lo pedías...

Nadia se sintió escandalizada por su atrevimiento al obligarla a suplicar, pero no fue capaz de enfadarse demasiado, porque justo en ese momento Marco volvió a la carga, y su cuerpo reaccionó al instante, precipitándose al fin hasta el infinito, mientras su cuerpo se tensaba por completo. Entonces, la paz se apoderó de todo su ser, y cuando creía que iba a desmayarse, un nuevo deleite la despertó de su letargo de nuevo. El peso del cuerpo de Marco sobre ella era tan agradable que no pudo evitar volver a abrir los ojos al sentirlo, a pesar del cansancio. Su mano se movió de repente y empezó a trepar por su musculoso brazo hasta alcanzar su perfecta espalda, mientras Marco la miraba con fijeza para empezar a penetrarla muy despacio, con tanta delicadeza que parecía que tenía miedo de que se rompiera.

—Dios... Cómo lo he echado de menos... —Dijo dejando que su rostro descansara sobre su hombro húmedo por el sudor mezclado con la lluvia que la había calado poco antes. Y entonces llegó a lo más profundo de su interior, mientras ella sentía cómo se deslizaba el pelo oscuro y mojado de Marco entre sus dedos. Quiso decir que ella también lo había añorado. De hecho, sentir a Marco en sus entrañas en ese momento era perfecto, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Lo único que deseaba era disfrutar de aquel instante, y no quería estropearlo con palabras. Las palabras eran imperfectas, como el mundo en el que se encontraban, pero sus cuerpos unidos lo convertían en algo hermoso y perfecto que había que atesorar, y eso era justo lo

que estaba haciendo. Marco empezó a acelerar el ritmo de sus embestidas hasta que finalmente llegó a ser frenético y se vació en su interior, mirándola directamente a la cara, embelesado con su belleza, mientras ella se sorprendía con un nuevo orgasmo inesperado, y entonces el mundo se paró al fin, y lo único que fue relevante fue su presencia.

## CAPÍTULO 33

Aquella mañana, Nadia se despertó más feliz que nunca. Al fin, todo en su vida parecía empezar a encaminarse por el lugar adecuado, y si algo la había quedado claro aquellos días, era que Marco era su destino. No podía volver a alejarse de él porque, simplemente, no podía vivir sin él, y por increíble que pudiera parecer él parecía sentir lo mismo.

Cuando Marco se despertó unos minutos después, ella seguía observando su hermoso rostro. Era tan perfecto que no podía creer que fuera real, y aún seguía dándole vueltas a todo lo que habían hablado el día anterior antes de un sexo tan apasionado que la dejó sin sentido, cuando Marco abrió los ojos y la sorprendió con la mirada clavada en él. En cuanto se dio cuenta de que estaba viendo cómo dormía, una pequeña sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—¿Es que ayer no te dejé suficientemente satisfecha? —Bromeó con voz ronca, mientras alargaba la mano para rodear su cintura con fuerza. Nadia sonrió también, disfrutando una vez más de su tacto, hasta que sintió que empezaba a hacerla cosquillas y entonces empezó a revolverse, tratando de zafarse de su abrazo. Después, Marco se detuvo y la abrazó con fuerza, colocando su espalda contra su pecho, y la olió el pelo —Buenos días, preciosa. Espero que hayas descansado.

—La verdad es que he dormido muy bien, gracias —Admitió Nadia con sinceridad mientras acariciaba sus brazos —De hecho, creo que he dormido mejor que en toda mi vida.

—Yo también. Ha debido de ser por la compañía...

—Sí, yo también lo creo.

Nadia se dio la vuelta entre los brazos de Marco y se acercó para obsequiarlo con un pequeño beso en los labios que pronto se tornó mucho más profundo y largo de lo que había pensado, pero a pesar de todo no pensó en interrumpirlo ni por un momento.

—Si sigues así, creo que ninguno de los dos va a llegar al trabajo... —Comentó Marco sin perder la sonrisa. Nadia, en cambio, perdió la suya al momento ¿Trabajo? ¿Qué había pasado con su trabajo? De algún modo, lo había olvidado por completo. Ni siquiera se había acordado de poner el despertador la noche anterior con todo lo que había ocurrido, y no sabía la hora que era. Sus ojos se abrieron más de lo habitual debido al pánico y su cuerpo se quedó tenso.

—Mierda... Por primera vez en mi vida, me había olvidado del trabajo ¿Qué hora es?

Marco se dio la vuelta y miró la mesilla, pero al no ver ningún reloj allí, alargó la mano y cogió su smartphone, que estaba en el bolsillo de los pantalones que tenía tirados en el suelo, con tanta calma que Nadia creyó que iba a desmayarse.

—Tranquila, aún son las siete y media...

—¿Las siete y media? Debería estar ya en la ducha... Maldita sea, no me va a dar tiempo a llegar, y ya sabes cómo es tu hermano...

Marco vio cómo Nadia se levantaba de un salto y empezó a reírse mientras la observaba correr de un lado a otro desde la cama. Luego, se puso en pie y la acompañó hasta la cocina, siguiendo con la mirada cada uno de sus movimientos. No pudo evitar volver a reír una vez más cuando vio cómo trataba de ponerse la falda con una tostada untada en la boca, y a punto estuvo de caerse al suelo.

—Así que... por lo que veo puedo ir olvidándome del sexo esta mañana. Qué decepción... —Se quejó molesto sin perder la sonrisa en ningún momento.

—Marco, deja de burlarte de mí. Esto va muy en serio... —Le reprendió ella antes de ver

cómo volvía a carcajearse una vez más, aunque de una forma más contenida en aquella ocasión. Estaba claro que estaba disfrutando del espectáculo —Tu hermano me va a despedir... Hoy voy a llegar tarde...

—No lo creo. Yo hablaré con él. No tienes que preocuparte por eso...

—No, de eso nada —Rebatió Nadia convencida —Tú no vas a intervenir en mi trabajo. Esto es cosa mía... —Marco se encogió de hombros mientras cogía una tostada y se untaba un poco de mantequilla —Te lo digo en serio.

—Vale, como quieras —Aceptó sin rechistar —Voy a llamar a Paolo...

—No me da tiempo, Marco. No te preocupes, pediré un taxi, o...

—Eso no es negociable. Además, llegará en dos minutos. Ya lo verás.

En efecto, Paolo llamó al portero tres minutos después, así que Nadia no pudo evitar tener que resignarse a ir de nuevo con el chófer de Marco, a pesar de que seguía sin hacerle mucha gracia. Nunca iba a comprender aquella obsesión protectora de Marco, pero en ese momento tampoco tenía tiempo para preguntarle al respecto, así que le dio un dulce beso en la mejilla y, con una breve despedida, salió corriendo.

Aun poniendo todo su empeño, aquella mañana llegó diez minutos tarde. Entró por la puerta casi sin aliento y se preparó para recibir la obligada reprimenda de su jefe, pero tras llamar a la puerta de su despacho y escuchar su invitación a entrar, Alessandro la recibió con una inesperada sonrisa, lo que la dejó un poco descolocada.

—Siento haber llegado tarde... —Se disculpó tras decirle el saludo de rigor.

—No te preocupes. Sé que estos días han sido complicados —Contestó él con una sonrisa, haciéndola pensar que debía de haberse vuelto loco o algo así, porque esa actitud no era propia de él en absoluto. Sin embargo, poco después se percató de que había una explicación más probable a su comportamiento, y tenía un nombre: Marco —No pasa nada, pero que no se vuelva a repetir. Ahora, hazme fotocopias de los archivos que hemos estado estudiando estos días, ¿de acuerdo? Y es urgente, así que te agradecería que empezaras cuanto antes.

—Por supuesto.

Nadia no pudo evitar sentirse un poco molesta cuando, antes de comenzar con sus tareas, cogió el smartphone de su bolso y escribió:

*Has hablado con tu hermano, ¿verdad?*

Marco contestó al instante:

*Vuelve a tu trabajo y no te preocupes por eso. Ya está arreglado. Por cierto, te quiero.*

Nadia quiso enfadarse con él, pero después de leer aquellas palabras que, curiosamente, tanto había echado de menos, no fue capaz, así que dejó escapar un suspiro y respondió:

*Yo también te quiero.*

Y entonces se concentró en su trabajo hasta que llegó su hora de salir, y Marco apareció por

la puerta para recogerla. Mientras terminaba de organizar su mesa para marcharse, fue a saludar a su hermano, y éste salió para despedirse de ambos. Por la gran sonrisa que tenía en el rostro, estaba claro que sabía que habían vuelto, y por mucho que la molestara que supiera tanto sobre su vida privada, no pudo negar que, en el fondo, estaba tan feliz que aquello carecía de importancia, así que se despidió de su jefe y, cogiendo la mano de Marco, se marchó al fin de allí.

La noche fue maravillosa, como siempre. Cenaron juntos y vieron un poco la tele mientras charlaban de temas banales y algunas anécdotas del trabajo y, antes de darse cuenta, estaba durmiendo con Marco en su cama mientras sentía cómo la rodeaba la cintura. Sin embargo, en mitad de la noche, algo la despertó sin su consentimiento. De repente, sintió sed y se levantó, tratando de evitar que Marco se despertara cuando apartó el brazo de su cuerpo. Se acercó a la ventana y fue entonces cuando lo vio. Estaba allí, observándola a través del cristal en el silencio de la noche oscura, protegido por las tinieblas para ocultar su identidad. Casi parecía una sombra inhumana, como un fantasma, y por un momento, Nadia creyó que estaba soñando, pero de alguna forma era consciente de que estaba despierta. Sus miradas se juntaron por un instante, y entonces él se dio la vuelta y comenzó a caminar de espaldas hasta que desapareció, y ella se quedó un momento confundida por lo que había ocurrido ¿Acaso estaba imaginando cosas? ¿Podía ser Renald, que tenía intención de vengarse de lo que le había hecho? ¿O, simplemente, seguía soñando y lo que había visto ni siquiera era real? Las preguntas se acumularon en su mente hasta colapsarla, así que se apartó de la ventana al fin y se sentó en una silla para tranquilizarse. Tras un rato reflexionando, Nadia decidió volver a la cama, temiendo que no iba a poder volver a dormirse. Sin embargo, en cuanto sintió el brazo de Marco rodeando su cintura de nuevo el sosiego la embargó y todos sus miedos se disiparon al momento, de modo que, antes de darse cuenta, se sumergió en un plácido sueño con el que perdió el conocimiento.

## CAPÍTULO 34

Cuando Nadia se despertó aquella mañana, aún podía ver la imagen de aquel hombre observándola desde la oscuridad a través del cristal de su ventana. Sin embargo, seguía sin estar segura de que de verdad fuera real y no fruto de un oscuro sueño... Por un instante, pensó que el recuerdo era tan borroso que parecía irreal, así que aparcó sus miedos y se puso en pie, decidida a superar aquella extraña pesadilla cuanto antes. Al fin y al cabo, aunque hacía tiempo parecía que alguien la acechaba, últimamente se había convencido de que ya no era así, de modo que no había razones para asustarse. Seguro que sólo había sido una pesadilla, no tenía porqué preocuparse. Y aquella idea se reforzó cuando, de repente, Marco apareció frente a ella en la cocina, liberando su mente de toda angustia, como hacía sin darse cuenta en todo momento con su sola presencia. Aún se sorprendía al ver lo grande que parecía en su minúscula casa. Era como si no estuviera hecha para él, aunque por suerte nunca se quejaba de su hogar, por muy humilde y pequeño que fuera. Tenía los ojos entrecerrados y se rascaba la cabeza. Cuando la dio un beso de buenos días, su mejilla raspaba por la incipiente barba, pero no se quejó. De hecho, la gustaba. Era uno de los detalles que más había echado de menos cuando se alejaron, y no podía negar que estaba pletórica de felicidad por haberlo recuperado.

—Me voy a la ducha... —Comentó Marco después de besarla. Nadia lo observó confundida.

—Vaya... Así que hoy tienes que ir a trabajar... —Bromeó recordando la forma en que el día anterior se había reído de ella porque llegaba tarde al trabajo mientras él la observaba divertido entre carcajadas. Marco se rió y luego negó con la cabeza.

—Todos los días tengo que trabajar... Sólo que hoy tengo una reunión a primera hora y no puedo llegar tarde, eso es todo...

—Me alegro —Nadia acarició su mejillas mientras se fingía enfadada —Así sufrirás igual que yo...

Marco se incorporó y empezó a caminar hacia el baño.

—De eso nada. Yo no sufro en absoluto. De hecho, me encanta mi trabajo —Gritó Marco antes de desaparecer al fin de su vista. Nadia se concentró en sus tostadas y, más pronto de lo que esperaba, ambos se fueron juntos para que Paolo los llevara al trabajo.

El día pasó mucho más rápido de lo que Nadia hubiera podido imaginar. Su trabajo la absorbía y, aunque quizá no la apasionara tanto como a Marco o a su jefe, no podía negar que disfrutaba con él, así que sin apenas ser consciente de la forma en que transcurría el tiempo, pronto llegó su hora de marcharse, y cuando estaba a punto de ponerse en pie para recoger e irse, vio que Marco aparecía por la puerta.

—¡Vaya, qué sorpresa! —Exclamó impresionada —Así que vienes a recogerme hasta la puerta... Qué afortunada soy...

—Sí que lo eres —Admitió Marco con una sonrisa antes de darla un dulce beso en los labios. Luego su gesto cambió y se quedó muy serio —Y por eso ahora mismo te llevaré a casa, pero antes tengo que hablar con mi hermano ¿Te importa esperar aquí un momento, preciosa?

—No, por supuesto que no —Marco sonrió cuando vio su gesto alegre, y asintió con la cabeza.

—Vale. No tardaré.

Nadia vio como se marchaba hacia la oficina de Alessandro y se sentó en la silla

observándolo. A pesar de que había dicho que no había ningún problema, aquello aún la molestaba... sólo un poco. Y era porque demostraba, una vez más, que seguía habiendo secretos entre ellos, algo que no la gustaba nada. Sin embargo, sabía que, por el momento, no tenía otro remedio más que aceptarlo, así que se quedó esperando paciente en silencio hasta que Marco salió por la puerta. La sonrisa que tenía dibujada en sus labios la calmó por un momento, sobre todo cuando cogió su mano sin decir palabra y, tras besarla una vez más, la acompañó fuera.

—No le he dicho a Alessandro que me marchaba —Se quejó Nadia un poco molesta. Marco negó con la cabeza, quitando importancia a su comentario.

—No pasa nada. Ya lo he hecho yo.

Nadia trató de fingir que aquello no la molestaba, pero era complicado, porque, si algo sabía con seguridad era que no era cierto. Le había advertido varias veces a Marco que no se interpusiera en su trabajo, pero él seguía haciéndolo. El problema era que, en realidad, suponía que de algún modo era inevitable, dado que trabajaba para su hermano, así que decidió que lo mejor era aceptarlo y dejarlo atrás.

—Bueno, entonces supongo que no pasa nada.

—Supones bien —Confirmó Marco con alegría antes de montarse en el coche a su lado. Nadia miró por la ventana un momento, tratando de apartar de su mente las preguntas que, una vez más, habían surgido en su mente. Lo último que deseaba en ese momento era discutir con Marco, pero estaba cansada de que la ocultara cosas, y después de todo lo que había ocurrido entre ellos, después de incluso haber confesado que se amaban, seguía decidido a hacerlo. Eso la despertó al fin de su letargo, y decidió que debía afrontarlo de una vez por todas. Si realmente estaban juntos, si aquello era una relación seria y real, debía poder preguntarle lo que necesitara saber, y eso era precisamente lo que iba a hacer en ese momento.

—¿Por qué has tenido que hablar con Alessandro... a solas? —Preguntó al fin con un tono de voz algo menos firme de lo que le habría gustado. Marco la miró con ojos brillantes, sin percatarse de su incomodidad.

—Él me lo ha pedido... —Contestó sin darle importancia —Necesitaba contarme algo...

—¿El qué? —Insistió Nadia, cada vez más molesta. Sin embargo, Marco amplió su sonrisa al escucharla, se volvió para mirarla a los ojos con fijeza, y dijo:

—La verdad es que me alegra que me hagas esa pregunta. Porque tengo algo que preguntarte y no sabía cómo hacerlo... —Marco se mojó los labios con la lengua muy despacio y, de repente, Nadia olvidó lo que estaban hablando y sólo deseó morder su perfecto labio inferior, pero cuando retomó la conversación consiguió concentrarse de nuevo —Al parecer, Ales y Emma van a casarse. Eso es lo que quería decirte antes.

Nadia no pudo evitar que, de repente, todo su resentimiento se evaporara al momento, y su gesto tenso dio paso a una agradable sonrisa tan rápido que apenas fue consciente de lo que ocurría hasta que exclamó:

—¿En serio? —De repente, Nadia se dio cuenta de que, en realidad, en aquella ocasión se había equivocado. Marco no estaba guardando secretos con ella, simplemente su jefe había necesitado mantener una conversación privada con su hermano, y eso era totalmente comprensible para ella. Sin embargo, recordando lo que acababa de decir, una nueva duda surgió en su mente de nuevo: —Espera... ¿Y eso que tiene que ver conmigo? Porque has dicho que tienes que preguntarme algo...

—Sí... así es —Nadia se sintió calmada de nuevo, así que no tuvo problemas para esperar pacientemente a que continuase hablando, consciente de que no podía ser nada preocupante después de una noticia tan maravillosa —¿Te gustaría ser mi acompañante en la boda?

Nadia observó a Marco perpleja. Aquella pregunta fue totalmente inesperada, pero muy bienvenida, por lo adecuada que parecía. No podía creerse que no se hubiera dado cuenta de que eso era lo que quería averiguar, tenía todo el sentido, aunque no explicaba por qué parecía tan nervioso al pronunciar aquellas palabras.

—Claro... Sería perfecto ¿Por qué no iba a querer? —Preguntó Nadia, confundida.

—No sé... —Marco la observó reír y acarició su pelo, feliz al escuchar su respuesta positiva —Supongo que es porque es un gran paso... Y quizá es un poco pronto para que conozcas a toda mi familia...

—Yo no lo creo —Confirmó Nadia con seguridad —De hecho, me apetece mucho conocerlos. Será perfecto.

Marco abrazó a Nadia mientras ella se apoyaba en su hombro y le dio un beso en la frente, aliviado al saber que ella deseaba avanzar en su relación tanto como él.

—Entonces, está decidido. Sólo tengo una advertencia.

Nadia levantó la mirada sin incorporarse, todavía apoyada en su pecho.

—¿Cuál? —Preguntó intrigada.

—Eres la primera novia que van a conocer por mi parte, así que no te alarmes si alucinan un poco... ¿Vale?

Nadia se sintió tan feliz al oír aquello que no pudo evitar que su sonrisa se ampliara aún más, antes de contestar:

—De acuerdo.

## CAPÍTULO 35

Nadia levantó la mirada de repente y no pudo evitar sonreír. Allí, frente a ella, Emma, la futura esposa de su jefe, estaba tomándose un chupito más mientras otras chicas del trabajo y algunas amigas la animaban, a pesar de que ella no parecía demasiado interesada en terminárselo.

—No, en serio. Yo creo que ya he bebido demasiado...

—De eso nada —Le animó una preciosa chica pelirroja que no conocía —Dentro de nada estarás casada y hay que celebrarlo, así que vamos a brindar por eso.

Entonces, cogió la mano de Emma y la obligó a chocar las copas antes de beberse el chupito de whisky que tenían en la mano. Nadia se rió al ver el rostro de Emma arrugado por el mal sabor antes de negar con la cabeza. Aún con toda su resistencia, lo estaba pasando bien, estaba segura. Y eso era lo único que importaba.

En realidad, no podía evitar envidiarla... un poco. Era realmente hermosa, con su cabello dorado y aquellos ojos grises brillantes que destacaban en su perfecto rostro angelical, y un cuerpo que podía obsesionar a cualquier hombre que se acercase a ella... pero no la envidiaba por eso, sino porque iba a contraer matrimonio con el hombre al que amaba. A pesar de que sabía que era demasiado pronto, no podía negar que ya fantaseaba con el día que Marco la pidiera matrimonio y celebraran su amor eterno juntos, como en pocos días iba a hacer Emma, que se tocaba a cada instante el mini tocado de novia que le habían puesto en la cabeza, mostrando su incomodidad al respecto.

—Eres una pesada... Al final me voy a desmayar... —Se quejó cuando vio cuando volvían a llenar su copa una vez más.

—De eso nada, exagerada. Sabes de sobra que me debes esta borrachera —Se quejó la pelirroja mientras los ojos se la llenaban de lágrimas —Es la última vez que vamos a beber estando tú soltera...

Los ojos de Emma también empezaron a empañarse en ese momento, y Nadia vio la escena con curiosidad. Podía sentir el cariño que había entre aquellas dos mujeres, que debían ser buenas amigas, dado que físicamente no se parecían demasiado... Aunque eso no era ninguna seguridad. Al fin y al cabo, Marco y Alessandro eran hermanos y físicamente no se parecían en nada. Entonces, ambas se abrazaron mientras todo el mundo a su alrededor jaleaba, y cuando se separaron, Emma se secó las mejillas, y dijo:

—Pero beberemos juntas muchas veces como mujer casada...

Y ambas brindaron por ello y siguieron bebiendo, aunque a partir de ese momento Emma dejó de quejarse por hacerlo.

En realidad, no podía negar que, aunque apenas conocía a Emma, lo estaba pasando muy bien en aquel festejo. Habían alquilado un local para hacer una fiesta de despedida, mientras Alessandro se había marchado con Marco y otros amigos a algún lugar para celebrar la suya propia. No podía negar que suponía que la fiesta de Alessandro debía de ser mucho más excesiva que en la que ellas se encontraban, pero prefería no pensarlo demasiado. Al fin y al cabo, su jefe era un buen hombre, estaba segura, y por las pocas veces que había sido testigo de su relación con Emma podría jurar que estaba loco por ella como ningún hombre lo había estado nunca por ninguna otra mujer, así que no tardó en convencerse de que no había peligro, fuera como fuera.

Emma le dijo algo al oído a la mujer pelirroja que había a su lado, y ella asintió con la cabeza

apoyada sobre la barra que tenía frente a ella. Estaba claro que estaba muy bebida, y Emma también, a juzgar por la forma en que fue tambaleándose hacia los baños. En una ocasión, incluso pareció que iba a caerse al suelo, así que, sin pensarlo demasiado, se puso en pie y salió corriendo a ayudarla, observando que todas las demás mujeres estaban demasiado ocupadas bailando o, en ocasiones, haciéndose cargo de su propia embriaguez para darse cuenta.

Nadia dobló la esquina que llevaba a los baños y pudo observar que Emma estaba a punto de caerse cuando Nadia corrió para llegar a su lado y la sujetó del brazo.

—Ya te tengo —Dijo sin pensar, mientras Nadia la dedicaba una extraña mirada ebria.

—Gracias... —Emma volvió la mirada al frente y trató de seguir caminando, aunque la resultó mucho más difícil de lo que pensaba —Creo que he bebido demasiado...

—No te preocupes. Es tu despedida de soltera... Es lo normal —La apoyó guiñando un ojo, lo que provocó que Emma asintiera con la cabeza mientras continuaba avanzando.

—Sí, eso me han dicho, aunque creo que no es lo mío... —Entonces, llegó al baño y cerró la puerta tras ella. Nadia pensó que quizá debía marcharse, pero finalmente decidió quedarse con ella. Si había necesitado ayuda para llegar, lo más probable era que también la necesitara al volver, así que la pareció lo más adecuado. Por suerte, un poco después Emma apareció de nuevo frente a ella. Tenía la cara mojada y, aún así, habiendo perdido todo el maquillaje, era la mujer más guapa que había visto jamás. La cogió de nuevo y la acompañó hasta su asiento. Cuando iba a volver a su sitio, Emma se lo impidió, diciendo:

—Muchas gracias... Ven, siéntate aquí a mi lado —Por suerte, parecía mucho más lúcida que hacía un momento, y ella obedeció al instante. No podía negar que Emma le caía bien, a pesar de que no la conocía demasiado —Eres Nadia, ¿verdad?

—Sí... Ese es mi nombre —Admitió perpleja por que la reconociera, sobre todo en su estado.

—Y eres la novia de Marco... —Nadia asintió de nuevo y Emma esbozó una gran sonrisa al confirmar sus sospechas —Bien, me alegra poder hablar contigo al fin. La verdad es que tenía muchas ganas de tener una pequeña charla contigo...

Nadia la miró confundida.

—¿Por qué? —Preguntó antes de pensar que quizá podía parecer una pregunta inadecuada. Por suerte, por la forma en que Emma se rió, estaba claro que ella no se lo había tomado a mal, así que no había problema.

—Porque haces muy feliz a Marco, y él se merece a alguien como tú. Es un gran hombre... —Confesó después de terminar de reír —Estoy segura de que todo va a ir muy bien entre vosotros, de verdad. Se os ve muy enamorados... Sólo... —Nadia vio como Emma se acercó a ella, como si fuera a contarle un gran secreto, y pensó que aquella conversación era, sin duda, muy extraña, pero aún así la escuchó con interés —Quiero darte un consejo para el futuro.

—Vale —Aceptó Nadia al fin, tratando de ignorar el hecho de que Emma aún seguía estando borracha y, por lo tanto, no debía hacerla demasiado caso en lo que dijera.

—Lucha por él. Pase lo que pase, ¿de acuerdo? —Nadia frunció el ceño, confusa, antes de que Emma se decidiera a continuar. Su habla era más lenta de lo habitual debido al alcohol, pero aún así ella escuchó con atención cuando la dijo: —No cometas el mismo error que cometí yo. No te rindas a la primera. El amor es más fuerte que nada de lo que pueda ocurrir o cualquier cosa que puedas averiguar. Te lo digo por experiencia ¿Me has entendido bien?

Y, en ese momento, un par de compañeras vinieron corriendo y levantaron a Emma de su sitio antes de obligarla a empezar a bailar, mientras Nadia se quedaba atónita reflexionando sobre lo que la había dicho ¿Acaso tenía alguna lógica aquel consejo? ¿Qué podía averiguar sobre Marco que pudiera llegar a alejarla del hombre que amaba? Aquello no tenía sentido, pero pronto se dio

cuenta de que, en realidad, era lógico, porque Emma, aunque pareciera un poco más lúcida que antes, seguía estando borracha, de modo que no debía hacer demasiado caso a sus desconcertantes palabras, y con esa idea en mente, ignoró su recomendación, y volvió a concentrarse en la alegre fiesta de nuevo.

## CAPÍTULO 36

Cuando Nadia recibió aquel críptico mensaje de Marco aquella mañana, aún no podía olvidar la maravillosa noche que había pasado a su lado. Sin duda, había sido la mejor que recordaba, y había unas cuantas que podían considerarse cerca de la perfección, pero esa fue especial, por algún motivo que no lograba comprender. Había venido a recogerla a la despedida de soltera de Emma, y le había dicho que la de su hermano era demasiado aburrida, y lo único en lo que podía pensar era en ella, así que se había ofrecido a recogerla y ella, por supuesto, había aceptado. Después la había hecho el amor de la forma más dulce que recordaba, aunque no podía negar que también había habido mucha pasión. Por un instante, pensó que quizá había ido a buscarla porque sentía que iba a perder a su hermano al casarse con Emma, y eso le molestaba, pero no había mencionado aquel tema en ningún momento. De hecho, no solía hablar demasiado de su hermano, ni tampoco de nadie de su familia con ella, lo que suponía que no debía ser una señal positiva, pero lo conocía lo suficiente como para saber que estaba muy unido a su hermano desde que era muy pequeño, así que supuso que simplemente no era de los que hablaban demasiado de sus sentimientos, tal como siempre la había demostrado, incluso en su propia relación, donde hasta que finalmente la confesó que la amaba ella no estaba segura de nada, ni siquiera de que le importara ella en serio. Era un hombre muy reservado, pero aún así iba a llevarla como su acompañante a la boda de su hermano. Iba a ser la primera mujer que presentara a sus padres como su novia, y eso la hacía tan feliz que apenas podía asimilarlo. Sin embargo, era totalmente consciente de que, si de verdad quería conocer al hombre que amaba, debía empezar por saber un poco de su vida, así que decidió que, si él no le contaba nada por su propia voluntad, iba a tener que esforzarse para averiguarlo. Y la forma más sencilla era preguntándole directamente lo que quisiera saber, así que esperaba que eso funcionara. Nadia fue a la oficina de Marco aquella tarde en la limusina de Paolo y cuando llegó, estaba decidida a conseguir su objetivo. Marco no iba a poder seguir ocultando sus secretos por mucho tiempo. De una forma u otra iba a conocerlo a fondo. Y ya no tenía escapatoria, porque sabía que estaba enamorado de ella y eso suponía que la daba cierta ventaja que antes no tenía.

Con aquella idea en mente, lo saludó en cuanto entró en su despacho y se lo encontró hundido en papeles, decidida a comenzar su interrogatorio en cuanto tuviera oportunidad.

—Sólo será un momento —La advirtió terminando de teclear algo en el ordenador de su escritorio —No quiero hacerte esperar, pero este caso es muy urgente, y no puedo dejarlo a medias...

—No te preocupes, no me importa esperar —Confirmó ella sentándose en la silla frente a él mientras observaba cómo terminaba sus obligaciones concentrado. Nadia estudió entonces su increíble pelo brillante, sus hermosos ojos castaños, la perfección de su recta nariz y la forma en que fruncía los labios, lo suficientemente carnosos como para que ella deseara morderlos en ese mismo momento, cuando Marco levantó la mirada de repente y la sorprendió deseándolo, tal como hacía siempre. Una pícara sonrisa apareció en sus labios, como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, antes de negar con la cabeza.

—Bien, ya he terminado —Anunció orgulloso —Espero que no te hayas aburrido mucho... — Sus palabras escondían algo, estaba segura, pero prefería no pensar qué era. Sólo esperaba que no la hubiera leído la mente, porque se habría muerto de la vergüenza si supiera con seguridad que

sabía cómo anhelaba tocarlo,

—No, no te preocupes —Dijo ella aparentando calma, decidida a cambiar de tema. Sin embargo, Marco la interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—Claro que me preocupo ¿Qué estabas haciendo?

La forma en que la miró en ese momento no dejó lugar a las dudas. En efecto, Marco sabía lo que estaba pensando, y por un momento, toda su timidez desapareció de repente, y una tremenda excitación ocupó su lugar sin su consentimiento.

—Estaba... estudiándote —Confesó con seguridad.

—¿Estudiándome? —Preguntó Marco sin perder la sonrisa, poniéndose al fin en pie, mientras fruncía el ceño —¿Qué quieres decir con eso?

Nadia fue a hablar, pero antes de que las palabras escaparan de sus labios, cerró la boca de nuevo. No podía explicarle a Marco que estaba estudiando la perfección de su cuerpo porque lo único que deseaba era que la tomara allí mismo, en ese mismo instante. Probablemente iba a pensar que estaba enferma... y lo cierto era que no estaba segura de que quizá tuviera razón. Desde que estaba con Marco, no era capaz de pensar en otra cosa, no podía concentrarse, no podía negarse a él en ningún momento, y eso no la hacía sentir demasiado cuerda...

—Nada... ¿Nos vamos ya? —Preguntó Nadia con la clara intención de huir de aquel lugar. Sin embargo, cuando se puso en pie, Marco cogió su mano y la detuvo al momento.

—No, dime qué estabas pensando... —Ordenó en su tono autoritario habitual. Nadia se quedó observando como la atraía hacia su cuerpo sin esfuerzo y la abrazaba por la cintura, mientras sentía que, una vez más, la había hipnotizado. Era extraño, porque siempre había creído que controlar mentalmente a alguien requería mucho trabajo y concentración, pero Marco podía controlar su cuerpo sin ni siquiera ser consciente de ello. Había momentos, como aquel, que incluso sentía que había sido suya desde el primer día que lo vio, aunque era probable que él no se hubiera dado cuenta aún de ello.

—En ti, por supuesto ¿En qué más iba a pensar? —Nadia se dio cuenta de que, con aquella sencilla frase, había evadido la pregunta de Marco. En realidad, no le había mentado, aunque tampoco había dicho toda la verdad, y eso parecía suficiente. Marco amplió su sonrisa al escucharla y, eso la hizo sentir que, por suerte, su estrategia había funcionado, así que poco a poco consiguió calmar sus nervios.

—Bien, eso me gusta, porque yo también pienso en ti cada segundo del día, ¿sabes?

Por la forma en que la besó tras decir aquellas palabras, supo al instante a qué se refería, y ya no pudo aguantar más. Era como si su cuerpo se hubiera puesto en erupción, como si fuera un volcán a punto de estallar, y no soportaba más la presión. Ni siquiera se molestó en confirmar si la puerta estaba cerrada cuando alargó la mano hacia los pantalones de Marco para quitarle el cinturón y desabrocharlos, mientras él se concentraba en lamer y besar su cuello. Sin embargo, antes de que fuera capaz de terminar, Marco la cogió de la mano y apoyó las palmas sobre la mesa.

—No te muevas, ¿me has oído?

Nadia asintió sin dudar, dispuesta a obedecer lo que la pidiera, convencida de que aquel hombre era el definitivo, y que nunca iba a volver a separarse de él. De hecho, en aquel instante estuvo segura de que no podría. Simplemente, lo amaba y lo deseaba demasiado como para alejarse de él, y dudaba mucho que algún día fuera a ser capaz de volver a hacerlo. Estaba destinada a estar a su lado para siempre, y ese sentimiento de permanencia era lo mejor que había sentido en toda su vida, porque al fin estaba segura de que Marco era el hombre adecuado.

Nadia sintió como Marco la quitaba la ropa lentamente hasta que su cuerpo acabó desnudo

frente a sus ojos, y tal como la había ordenado, no se movió en ningún momento. Luego notó cómo sus manos la acariciaban cada rincón de su cuerpo mientras besaba su espalda, y de repente, escuchó cómo se desabrochó la cremallera y la penetró de repente, sin avisar, tan profundo que no pudo evitar que un jadeo ahogado escapara de sus labios, mientras Marco sujetaba sus pechos para seguir embistiendo con fuerza.

—Marco... —Gimió cuando él buscó su boca para besarla, sin permitir que se moviera de la posición en la que la había colocado.

—Shhhhh No tan alto. No querrás que Margarita nos oiga, ¿verdad?

Nadia sonrió, pero en realidad, en aquel momento estaba tan excitada que no le importaba nada. Sólo quería disfrutar del momento, así que siguió deleitándose con cada movimiento de Marco hasta que, finalmente, ambos estallaron en un gran orgasmo que los dejó exhaustos.

Nadia siguió con su respiración acelerada un rato, carente de ganas de incorporarse, al sentir a Marco rodeándola mientras jadeaba contra su cuello. Su piel estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor, y se sentía tan feliz, tan plena, que por un momento incluso pensó que, si su vida terminara en ese momento, no iba a echar nada de menos. Había conseguido al hombre que amaba, y los instantes que pasaba junto a él eran tan insuperables, que nunca iba a arrepentirse de haberse enamorado de él, porque era el único hombre al que iba a amar en su vida, y eso, sin duda, era lo correcto.

## CAPÍTULO 37

—Venga, no estés nerviosa. Todo va a ir bien... —Escuchó decir a Marco a su lado, mientras Paolo les conducía por la ciudad hasta sus más oscuros pensamientos. Nadia se retorció las manos y no paraba de atusarse el pelo, pero no podía evitarlo. Llevaba el vestido negro de raso más caro que había visto en su vida, lo que, según Marco, era lo más apropiado para la fiesta a la que se dirigían: al fin, había llegado el momento de acudir a la boda de Alessandro. Iba a conocer a toda la familia de su novio, que, casualmente, también era la de su jefe, y por un instante pensó en cómo había podido pensar que eso podía ser una buena idea, cuando todo apuntaba a lo contrario ¿Y si no les gustaba ella? ¿Y si le decían que no era suficiente para él? ¿Y si trataban de separarlos? ¿Y si, simplemente, no estaba a la altura? En realidad, no sabía nada de ellos, porque Marco no le había contado nada. Ni siquiera sabía sus nombres, y eso, unido a lo nerviosa que estaba, no auguraba nada bueno —Deja quietas las manos. Estás preciosa, y vamos a una boda, Nadia, no a la guerra...

—Lo sé, pero no estoy cómoda —Nadia se alisó el vestido antes de que Marco cogiera su mano para evitarlo, y entonces ella levantó la mirada hacia él y, viendo su sonrisa, recuperó la calma, al menos un poco, aunque no fuera del todo, por desgracia.

—¿Por qué? —Preguntó Marco confundido.

—Porque... —Nadia lo miró un instante, tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicarse —¿Y si no les gusto?

—Eso no es posible, Nadia.

—Yo no estoy tan segura...

—Sólo porque estás nerviosa —Rebatió Marco con su calma habitual —Es imposible que haya alguien en el mundo a quien tú no le gustes, hazme caso. Eres perfecta.

—Me encantaría que fuera así, pero eso no es cierto —Nadia no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa antes de volver a quedarse seria de nuevo.

—Estás desquiciada... —Bromeó Marco negando con la cabeza.

—Es posible... Pero... Es que ni siquiera sé nada de ellos... No me has dicho ni sus nombres...

—Eso se puede arreglar —Marco perdió entonces la sonrisa y la miró con fijeza mientras acariciaba sus labios con la yema de sus dedos. Nadia quiso quejarse, dado que iba a destrozar su maquillaje, pero siempre anhelaba su tacto, y en ese momento más que nunca, así que se mantuvo en silencio —Mi padre se llama Estefano, y mi madrastra Daia. Además de Alessandro, también tengo una hermana pequeña que se llama Bianca, y todos han oído hablar mucho de ti, así que están deseando conocerte. No tienes de qué preocuparte. Confía en mí, Nadia.

En ese momento, Marco apartó la mano de su rostro y Nadia se sintió confusa al pensar en lo que acababa de escuchar. Marco nunca la contaba nada de su vida, así que, tras su escueta explicación, tenía muchas preguntas que hacer, y, por desgracia, poco tiempo para hacerlo.

—¿Madrastra? —Dijo al fin, cada vez más desconcertada.

—Sí, Daia es mi madrastra ¿Por qué te sorprende tanto?

—No es que me sorprenda, es sólo que... Nunca me habías contado que tu padre se había vuelto a casar —Nadia tragó saliva, armándose de valor antes de preguntar: —¿Y tu madre?

Marco mantuvo la mirada fija en la ventanilla que había a su lado, casi dándole la espalda,

mientras contestaba indiferente:

—Está muerta —Entonces, tragó saliva, y apartó la mano cuando ella intentó cogérsela, tratando de infundirle ánimo ante su pérdida —Fue hace mucho tiempo, cuando yo era muy pequeño, así que ya está superado. Ahora, ¿te importa que dejemos el tema?

—Claro —Nadia observó a Marco un momento, tratando de encontrar en él la comprensión y apoyo que había visto unos minutos antes. Sin embargo, la sola mención de su madre lo había alejado de ella a una velocidad tal que ni siquiera había tenido tiempo de asimilarlo. Por una parte, no podía negar que lo comprendía. Por mucho que él dijera que era parte del pasado, estaba segura de que perder a tu madre no debía ser algo fácil de superar, por mucho tiempo que pasara, así que entendía que le afectara hablar de ello. Lo que no comprendía tanto era ver que, una vez más, se había cerrado a ella por completo en cuanto uno de sus secretos había salido a la luz, lo que vaticinaba que, por mucho que ella hubiera querido convencerse de lo contrario al enterarse de que la amaba, él no había cambiado nada, y tampoco lo había hecho su relación. Seguían estando separados por todos los misterios que siempre había habido entre ellos, y Marco no parecía demasiado interesado en desvelar nada, por lo que su plan de conocerlo iba a ser más difícil de conseguir de lo que imaginaba. Y eso, por desgracia, suponía un problema, y grave, porque, tal como siempre había pensado, no podía compartir su vida con un hombre que no era capaz de confiar en ella. Sin embargo, en ese momento no podía seguir pensando en aquello, dado que tenían otros asuntos de los que ocuparse. Iban a asistir a la boda de Alessandro y Emma y tenían que olvidar todo aquello para concentrarse en lo más urgente. Por desgracia, Nadia empezaba a tener dudas sobre su relación, así que no fue tan fácil como la hubiera gustado. Mientras volvía el rostro hacia la ventana que tenía al lado, empezó a pensar que, una vez más, había claudicado demasiado pronto. Había decidido dar otra oportunidad a Marco porque, en realidad, lo necesitaba, pero él no había cedido en nada, aunque a ella se lo hubiera parecido en algún momento. Su relación volvía a tambalearse, y ya empezaba a dudar si podría arreglarse, por mucho que ella se esforzara. Sin embargo, al menos había algo positivo en todo aquello. Después de darse cuenta de que aquella relación no estaba tan bien encaminada como ella pensaba, al fin sus nervios se calmaron, y el terror que poco antes sentía por conocer a la familia de Marco desapareció por completo.

## CAPÍTULO 38

Cuando Nadia puso el primer pie en aquella fiesta, de forma instintiva supo que algo no encajaba. En realidad, todo parecía correcto. Aquella era la fiesta más elegante a la que había asistido jamás, los invitados iban vestidos de etiqueta y todo estaba decorado de forma exquisita, pero algo la llamó la atención desde el primer momento, y no era algo que se pasara por alto con facilidad. En la puerta donde se recibía a los invitados había un hombre corpulento vestido con traje confirmando la asistencia de los invitados... Eso era parte de lo esperado, por supuesto, excepto que en cuanto se dio la vuelta para confirmar los nombres de dos asistentes pudo ver que llevaba un arma en la parte interior de la chaqueta, algo poco usual en una boda según su experiencia. Marco, en cambio, ni siquiera se inmutó al percatarse de su presencia. Era como si diera por sentado algo que para ella era desconcertante. Al fin y al cabo, iban a asistir a una boda, no a la guerra civil. En cualquier caso, al darse cuenta de que Marco actuaba con normalidad, se forzó a hacer lo mismo, y permaneció a su lado, admitiendo que apenas la mirara, mientras saludaba al hombre, que no necesitó confirmar su nombre como con el resto de los invitados para saludarlo con cordialidad, y ambos entraron al fin en el evento sin demasiados problemas.

Nadia esperaba ver a la familia de Marco pronto, pero no fue así, y no estaba segura de que eso fuera una buena señal, aunque se sentía tan perdida en ese lugar que, en un principio, tampoco estuvo demasiado preocupada por ese tema. Marco se fue a hablar con unos conocidos en cuanto llegaron y ella se quedó allí sola, en medio de aquella gran sala, tratando de comprender qué hacía allí, mientras dudaba que hubiera sido una buena idea asistir sabiendo que, en el fondo, su relación con Marco había estado condenada desde el primer momento. En realidad, poco a poco empezaba a dudar de todo. Quizá no debería haberse acercado a Marco, ni siquiera debería haberle hablado... Lo único que había hecho fue cometer un error tras otro, y ya empezaba a pagar las consecuencias de esforzarse para llegar a un hombre que no le permitía acercarse a él demasiado, y en cuanto conseguía rozar su interior, salía huyendo de ella.

Aún estaba pensando en eso cuando escuchó una voz a su lado que, en ese momento, no fue bienvenida.

—¿Qué estás haciendo? —Nadia se volvió para encontrarse con un gesto molesto en el hermoso rostro de Marco, lo que la confirmó una vez más que todos sus presentimientos habían sido acertados. Marco no la quería allí, ni siquiera quería estar a su lado, aunque tampoco parecía dispuesto a echarla. Sin duda, eso no tenía ningún sentido, y además empezaba a enfadarla.

—No entiendo qué quieres decir... —Respondió ella con calma a pesar de que empezaba a sentirse cada vez más molesta con la injusta actitud de Marco. Por suerte para él, no estaba dispuesta a montar una escena en plena celebración. Desde luego, no era así como quería que su familia la conociera y recordara durante el resto de su vida, porque a cada segundo que pasaba más se convencía de que era muy probable que, después de aquel día, no volviera a verlos.

—Bien, entonces supongo que tendré que explicártelo —Dijo Marco con un tono irritado que a Nadia no le gustó nada —Acabamos de llegar, he ido a saludar a algunos conocidos y tú no estabas a mi lado... Creí que eras mi acompañante en la boda... ¿O acaso me he equivocado?

Nadia observó a Marco luchando para aplacar la furia que empezaba a crecer en su interior, pero finalmente perdió la batalla, y una mirada de profundo odio surgió de sus ojos sin que ella pudiera evitarlo.

—Pues la verdad es que es posible que te hayas equivocado, Marco —Concluyó ella al fin, mirándolo con fijeza.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó frunciendo el ceño, confundido por sus palabras.

—Pues quiero decir que, desde que hemos hablado en el coche, te estás portando como si no te conociera. No me hablas, no me tocas, y, por si eso fuera poco, nada más llegar aquí has desaparecido sin pronunciar palabra, aun sabiendo que yo no conozco a nadie aquí, y sólo has vuelto para soltarme reproches que no me merezco —Nadia ni siquiera parpadeó mientras añadía: —¿De verdad querías que viniera?

Marco se quedó un instante en silencio, tratando de asimilar las palabras de Nadia, hasta que, finalmente, la cogió de la mano y la arrastró por la fiesta hasta llegar a una gran cocina, donde un montón de camareros parecían obsesionados para que la cena fuera perfecta. Sin embargo, Marco no se detuvo allí, pasó como un terremoto a través de los sirvientes hasta llegar a una pequeña despensa, y la obligó a entrar antes de cerrar tras él dando una vuelta a la pequeña llave que había en ella. Entonces, la soltó al fin y fijó la mirada en sus ojos. Durante unos segundos, Nadia esperó que dijera algo, que se explicara o que al menos la dijera qué estaba ocurriendo, pero Marco se mantuvo en silencio antes de acercarse a ella de repente y tomar posesión de sus labios con dureza mientras sujetaba su rostro entre las manos. Nadia quiso protestar, apartarlo de ella, pero su agarre era firme y ella no tenía fuerzas para conseguirlo. Además, por mucho que la doliera aceptarlo, no quería alejarse de él, no cuando al fin había decidido estrechar lazos con ella. Quizá eran lazos más fríos de lo que le hubiera gustado, lazos de dolor, lazos de hielo, pero sus besos cálidos podían llegar a derretirlos, estaba segura de ello. Sólo tenía que permitir que se acercara a ella de nuevo, permitir que se convenciera de una vez de que de verdad lo amaba, de que nunca lo traicionaría y, por lo tanto, podía confiar en ella. Tenía que conseguirlo, y cuanto antes, porque por desgracia, por mucho que lo amara, por mucho que lo deseara su paciencia se había acabado, y no iba a seguir esperando por algo que ni siquiera pensaba que fuera posible llegados al punto en el que estaban. Sin embargo, en cuanto sintió que las manos de Marco acariciaban su espalda y, tras finalizar, seguían bajando, provocando que su cuerpo se encendiera al momento, supo que ya no podía seguir pensando en eso. No sabía lo que iba a depararle la noche, pero si de algo estaba segura era de que, en ese mismo instante, lo deseaba con toda su alma, igual que siempre, así que permitió que bajara la cremallera de su vestido sin apartar la mirada de sus ojos, y luego dejó que tomara sus labios de nuevo.

—Mierda, me vuelves loco... —Murmuró Marco antes de bajar su vestido mientras sus labios rodaban por su pecho. Nadia sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor por el miedo que sintió en ese momento a perderlo, mientras la apoyaba en un sucio mueble que había tras ella junto a la pared, obligándola a sentarse, para finalmente desabrochar sus pantalones y penetrarla con fuerza en el mismo momento en que sus brazos se aferraban con fuerza a su cintura. Las embestidas fueron cada vez más enérgicas mientras Marco besaba su cuello, hasta que, finalmente, se derramó en su interior, llenándola por dentro como si ese fuera su derecho, ese que ella le había concedido debido a que, por desgracia, no creía ser capaz de negarse a él, quizá porque su cuerpo le pertenecía desde el mismo instante en que lo tocó por primera vez. Su cuerpo se quedó entonces lacio mientras Marco la sujetaba para que no se apartara de su piel. Podía sentir la respiración de Marco en su hombro, y, por un instante, dudó si iba a poder vivir sin él cuando llegara el momento de alejarse de su lado. Por mucho dolor que sintiera, por mucho que la hiriera, lo necesitaba, y no podía evitarlo, y en ese momento comprendió que, pasara lo que pasara, no podía alejarse de aquel hombre si él deseaba seguir a su lado, por mucho daño que la hiciera, aunque era posible que aún no estuviera preparada para aceptarlo.

## CAPÍTULO 39

Después de un tiempo que no fue capaz de cuantificar sintiendo cómo Marco jadeaba contra su cuello, Nadia observó como se apartaba de ella al fin. Nadia se quedó mirándolo un instante, esperando ver sus ojos, aguardando a que dijera algo que tranquilizara su mente inquieta. Desde que había mencionado a su madre en el coche, su actitud había sido tan fría con ella que apenas podía soportarlo, pero en ese momento sabía que no era ella quien debía hablar. Tenía que ser él, y era preciso que dijera algo que la serenase, aunque de algún modo suponía que no iba a hacerlo, y no estaba segura de cómo iba a afrontar aquella situación, por mucho que lo amara. Estaba segura de que quería seguir a su lado por encima de todo, pero no podía evitar la idea de que, si él no ponía también de su parte, su relación no iba a llegar demasiado lejos por mucho que ella se esforzara, y eso la estaba devorando por dentro.

Marco levantó entonces la vista hacia sus ojos al fin, ignorando su cuerpo desnudo, y luego apartó su mirada de nuevo para ponerse en pie. Empezó a abrocharse los pantalones sin hacerla el menor caso hasta que, finalmente, la vio allí parada, aún sentada con la ropa tirada en el suelo, observándolo expectante, y entonces fue capaz de reaccionar. Levantó la mano y se la tendió para ayudarla a levantarse. Después frunció el ceño de nuevo.

—¿Te pasa algo? —Preguntó al fin, viendo que ella no reaccionaba, aunque sí tomó su mano para ponerse en pie junto a él.

—Quizá —Admitió Nadia al fin, decidiéndose a coger su ropa del suelo para empezar a sacudir el polvo que había en ella. De repente, sintió que la esperaba una gran discusión y no la apetecía mantenerla desnuda.

—¿Qué significa eso? —Marco parecía molesto de nuevo, pero Nadia no quiso darle importancia. En realidad, ella estaba mucho más cabreada que él, aunque no se dignase a demostrárselo, así que supuso que no habría problema.

—Significa que... Sí, claro —Admitió al fin, furiosa —Claro que me pasa algo... En realidad, me pasa lo mismo que hace un momento, porque no hemos arreglado nada. No hemos hablado de lo que ocurre, Marco. Sólo nos hemos acostado, y eso no sirve de nada.

—Bien, entonces hablemos —Marco la miró con fijeza mientras cruzaba los brazos frente al pecho, esperando a que se explicase —¿Cuál es el problema?

Nadia lo miró cada vez más molesta.

—Dímelo tú —Marco la observó confundido, y ella se cerró con rabia el broche de la cremallera, bufando al comprobar que, tal como imaginaba, no era capaz de conseguirlo del todo —Eres tú quien ha estado raro desde que hemos hablado en el coche... Eres tú quien, una vez más, se ha cerrado a mí, y la verdad es que cada vez estoy más cansada... No puedo estar con un hombre que me oculta cosas, ya te lo he dicho muchas veces, y no soporto que te alejes de mí cuando intento conocerte...

—Entiendo —Marco dio un paso hacia ella y, con un gesto sencillo, la cerró el broche por completo —Es posible que mi actitud no haya sido correcta, pero te aseguro que no era mi intención cerrarme a ti. Es sólo que... tenía la mente en otro sitio, eso es todo.

—¿Dónde? —Preguntó Nadia, confusa. En realidad, después de escuchar aquellas palabras, su furia desapareció por completo, y la esperanza volvió a resurgir en su interior, aunque no estaba segura de que claudicar tan pronto fuera buena idea.

—No sé, supongo que en el trabajo... Tengo un caso un poco complicado y no sé muy bien como abordarlo. Pero no te preocupes, te prometo que durante el resto del día dejaré a un lado el trabajo y seré sólo tuyo, ¿de acuerdo?

Nadia lo observó un instante, dudando cómo debía responder a aquello. En el fondo, sabía que la estaba mintiendo. Su actitud no había cambiado por el trabajo, sino por la mención de la muerte de su madre, un tema del que no deseaba hablar, pero pronto se decidió a asentir, tomando una decisión que suponía era la acertada. Al fin y al cabo, aquel día había acompañado a Marco a la boda de su hermano, no era momento ni lugar para hablar de defunciones, sino de alegrarse por la suerte de su familia. Además, debía conocer a sus padres y a su hermana, y aún se sentía un poco nerviosa por eso, así que supuso que podía aparcar sus dudas para otro día y concentrarse en lo importante en ese momento. Ya tendría luego tiempo para el resto.

—Vale, de acuerdo —Aceptó al fin —Pero sólo si dejas de estar tan gruñón... —Añadió con una sonrisa que, rápidamente, Marco correspondió.

—No estoy gruñón, pero intentaré animarme, ¿eh?

Nadia asintió de nuevo.

—Entonces, perfecto.

No tardó más que unos minutos en arreglarse el pelo, aunque se sintió un poco molesta por la forma en que se había estropeado su vestido, con lo hermoso que era. Sus cabellos también habían perdido ese aire de perfección que tanto la había gustado, con la raya a un lado y aquellas ondas cobrizas que caían sobre su rostro, dándole un toque de otro tiempo, pero fuera como fuera, si había algo que tenía claro era que había merecido la pena.

Aún seguía pensando en aquello cuando volvieron a la fiesta y Nadia empezó a sonreír mientras Marco saludaba a los invitados antes de presentarla. Poco a poco, iba temiendo el esperado momento en que vieran a sus padres, y cuando al fin éste llegó, no le cupo duda de a quien se acercaban. Marco era la viva imagen de su padre, no cabía duda de ello, y por un momento los nervios volvieron a instalarse en su cuerpo una vez más, por mucho que ella intentaba evitar que así fuera. Nadia esperó a que su padre relajara su gesto rígido mientras se acercaba a ellos, pero no fue así, al menos hasta que llegó al fin frente a ella. Entonces, alargó la mano para saludar a su hijo y su nueva mujer la dedicó una forzada sonrisa.

—Me alegro de verte, hijo. Espero que lo estéis pasando bien —Comentó al fin, asumiendo su presencia, mientras en su rostro se dibujaba una pequeña sonrisa que ella recibió con alegría.

—Sí, muy bien. Padre, quería presentaros a Nadia López.

—La secretaria de Alessandro, supongo —Confirmó su padre mientras tendía la mano para estrechársela también. Por desgracia, Nadia sintió su desaprobación en ese mismo momento, aunque no comprendía el motivo de su instantáneo rechazo sin apenas conocerla.

—Sí, pero no soy sólo eso...

—Nadia se ha graduado hace unos meses, padre. Este es su primer trabajo serio —Explicó decidido Marco, antes de volverse hacia ella una vez más —Estos son mi padre, Estefano, y Daia.

—Encantada de conocerlos —Dijo con una gran sonrisa, esperando que eso ayudara. Por la forma en que su padre la observó con curiosidad, pareció que lo estaba consiguiendo, aunque algo la decía que la batalla no estaba ganada.

—Entonces, por lo que me ha contado mi hijo no llevas mucho tiempo en la empresa.

—No, señor Bassetti. Pero me gustaría quedarme todo lo que fuera posible. La verdad es que estoy muy a gusto en este trabajo.

La madrastra de Marco cogió su brazo y le dio una pequeña palmada, como si tratara de infundirle ánimos.

—Estoy segura de ello —Explicó con dulzura —Alessandro ya nos ha explicado que eres muy eficaz y está muy contento contigo, así que supongo que te quedarás mucho tiempo con nosotros.

—Eso espero.

Daia miró entonces a Marco con tal adoración que, si no fuera porque él mismo le había confesado lo contrario, nunca hubiera imaginado que no era su verdadera madre.

—Sí, también lo esperamos nosotros, querida —Admitió al fin dedicándole una sonrisa cómplice a Marco, que asintió como respuesta. En ese momento, vio como a lo lejos una mujer joven se acercaba a ellos y, antes de darse cuenta, estaba frente a ella, abalanzándose para darla un fuerte abrazo.

—No me lo puedo creer... Es alucinante —Exclamó la joven sin explicar su comportamiento, ignorando la confusión que sentía Nadia —Nunca hubiera imaginado que iba a llegar este momento. Al fin tienes novia, hermanito...

—Tú siempre tan discreta, Bianca —Marco miró a Nadia y se encogió de hombros en una silenciosa disculpa antes de continuar: —Y ésta es mi hermana, pequeña, Bianca, y su marido Silvano... Bueno... Ya la irás conociendo...

Nadia no pudo evitar sonreír al ver la forma en que Marco se resignaba al comportamiento fogoso de Bianca, aunque no pudo evitar que la gustara nada más conocerla.

—Sí, ya veo...

—Por supuesto, porque te aseguro que vamos a pasar mucho tiempo juntas —Declaró Bianca sin dudar antes de mirarla a los ojos con fijeza —Tienes que contarme como es como novio, porque siempre he tenido mucha curiosidad... —Añadió en voz baja, como si fuera un secreto.

—¡Bianca! —Le reprendió su hermano, molesto.

—Tranquilo, tranquilo. Sólo era una broma... —Dijo volviéndose para guiñarle un ojo a Nadia, que no pudo evitar reír al verlo —Nos vamos a hacer muy buenas amigas, en serio.

Y, en ese momento, el maestro de ceremonia apareció en lo alto del escenario, y llamó la atención de todos los asistentes, decidido a presentar el oficio de la ceremonia. Acto seguido, apareció Alessandro, tan feliz que era imposible no darse cuenta de su alegría nada más verlo caminando hacia el altar con aquel traje azul oscuro que realzaba sus ojos, para finalmente quedarse quieto esperando la llegada de su pareja. La emoción latía en su rostro de forma evidente, y Nadia no pudo evitar sentir que, aunque apenas lo conocía fuera del ambiente laboral, podía ver con claridad que amaba a Emma con toda su alma, y hubiera hecho cualquier cosa por ella. Por desgracia, cuando miró a su lado y vio a Marco, tuvo la absoluta certeza de que, aunque la había confesado que estaba enamorado de ella, su fuego no ardía del mismo modo. No era capaz de contarle nada de su vida íntima, aún no estaba dispuesto a desvelarle sus secretos, y no podía confiar en él, pero lo amaba, lo amaba del mismo modo que Alessandro quería a Emma: sin condiciones, sin dudas y con toda su alma, aunque por desgracia seguía sin estar segura de que eso fuera suficiente para que su relación funcionara.

Aún seguía pensando en eso cuando de repente la música paró y toda la sala quedó en silencio. Entonces, una dulce melodía que reconoció al instante empezó a sonar con dulzura, recreando el himno a la alegría que siempre la había apasionado, y Emma, enfundada en su hermoso vestido blanco estilo sirena con bordados que parecían de plata y un velo que caía de su recogido hasta arrastrar por el suelo comenzó a caminar hacia el que pronto sería su esposo con los ojos rojos y llenos de lágrimas, probando al fin que había encontrado al amor de su vida al fin e iba a consumir el acto sagrado del matrimonio, tal como hicieron pronunciando sus votos con la música de fondo que ella siempre había deseado oír en sus mejores sueños. Nadia sintió un escalofrío cuando vio como, al terminar su juramento, a Emma se le escaparon un par de lágrimas

y Alessandro se las limpió con un gesto delicado justo antes de acercarse para darle un tierno beso, y entonces todo el mundo empezó a aplaudir y la sala resonó de felicidad como nunca antes, mientras ella se concentraba en aquel hermoso acto que, sin duda, iba a ser eterno. Marco fue el primero en acercarse a ellos para felicitarlos, y Nadia estuvo a su lado, emocionada, haciendo lo propio junto a él, observando como ambos hermanos se daban un fuerte abrazo mientras ella felicitaba a Emma cogiendo sus manos.

—Estoy seguro de que será para siempre, hermano —Escuchó murmurar a Marco, antes de darle una fuerte palmada en la espalda.

—Eso espero... —Bromeó Alessandro antes de dirigirse a ella para darle también un abrazo.

—Gracias por venir.

—Ha sido un placer.

Aquel día, por primera vez, sintió que había algo que le unía a Alessandro más allá de su relación como empleada en su empresa, y no pudo negar que aquello le gustaba. Después, cenaron entre risas y besos y, cuando la feliz pareja empezó su primer baile juntos, Nadia vio como otras personas se les unían, esperando que Marco hiciera lo mismo, pero no fue así. Aunque estuvo muy atento con ella, aquella noche no bailaron, y por mucho que eso la doliera, lo aceptó gustosa porque, en el fondo, lo único que de verdad la importaba era que estaba allí, a su lado, en la boda de su hermano, y eso no tenía precio.

## CAPÍTULO 40

Nadia levantó la mirada de los papeles de su mesa en el momento exacto en que Marco entraba por la puerta, y una gran sonrisa se dibujó en sus labios al instante. Hacía ya dos semanas desde que acudieron a la boda de Alessandro y ese mismo día su jefe se había reincorporado de su luna de miel. Estaba claro que estaba más feliz que nunca. Podía verlo en sus ojos cada vez que la miraba, y no pudo más que alegrarse por ello. Si algo sabía de su jefe, era que era un buen hombre, por lo tanto merecía ser feliz, y Emma parecía la mujer perfecta para conseguir que así fuera.

—Hola, preciosa —Le saludó Marco antes de darla un dulce beso en los labios. Por suerte, siempre era muy discreto en el trabajo, algo que ella agradecía.

—Hola, precioso —Bromeó ella con una gran sonrisa. A pesar de los problemas que hubiera habido entre ellos en el pasado, los últimos días habían sido de ensueño, y eso la convencía de que estaba haciendo lo correcto —Ya casi estoy lista. Sólo tengo que guardar estos documentos... —Explicó. Marco negó con la cabeza antes de acariciar su pelo con delicadeza.

—No te preocupes. Tienes tiempo. Tengo que hablar un momento con mi hermano, ¿vale?

Marco se estaba esforzando por parecer tranquilo, pero Nadia se dio cuenta al instante de que ocurría algo, aunque no sabía qué podía ser. Sin embargo, era obvio que no tenía intención de explicarle más de lo que ya había dicho, así que lo mejor era dejarlo pasar.

—Bien. Te espero entonces.

—Perfecto. Sólo será un segundo.

Nadia vio como entraba en la oficina de Alessandro y cerraba la puerta tras él y se quedó esperando mientras terminaba de guardar los documentos. Sin embargo, después de terminar, no pudo evitar pensar en qué estarían hablando que era tan secreto, y la curiosidad pudo más que ella, obligándola a ponerse en pie al fin. Sus pies la guiaron hacia la puerta y, sigilosamente, apoyó la oreja en la madera, esperando escuchar algo, pero no hubo suerte. Tan sólo podía percibir un leve murmullo, aunque no entendía nada. Sin embargo, necesitaba averiguar lo que Marco ocultaba, y no encontraba otra forma de hacerlo que husmeando sin que él lo supiera, dado que él no estaba dispuesto a contarle nada por propia voluntad. Estaba segura de que hablaban de algo privado, dado que de otro modo no hubieran cerrado la puerta para hablar a solas durante tanto rato, así que era el momento perfecto para descubrir lo que escondía, y no iba a desaprovechar esa oportunidad. En ese segundo exacto, decidió ir un paso más allá. Cogió el pomo de la puerta y lo movió muy despacio, asegurándose de no hacer ningún ruido, y luego abrió lo suficiente como para poder escuchar lo que hablaban, aunque apenas podía verlos por el hilillo de imagen que tenía frente a sus ojos. Y, al fin, pudo oír lo que decían, aunque, en un principio, no parecía tener demasiado sentido.

—Claro que lo he intentado, joder ¿Te crees que soy nuevo en esto? Lo he intentado todo, pero es lo único que he podido averiguar —Exclamó Marco, enfadado.

—Pues no es suficiente —Se quejó Alessandro, también molesto —Esto no arregla nada, sólo nos pone en una situación imposible... ¿Qué quieres que le diga ahora a Emma? Le hice una promesa...

—Lo sé, y vas a mantenerla. Esto no cambia nada...

—Lo cambia todo, Marco —Rebatió Alessandro, cada vez más furioso, pero controlando su

temperamento —Si no soy capaz de controlarlo, nos va a acabar estallando en la cara...

—Tú no tienes que controlar nada. Esto es cosa mía. Sólo quería que lo tuvieras en cuenta porque, al no estar seguro de cuál es la amenaza, no puedo saber si puede llegar a afectarnos, y necesito que lo tengáis en cuenta.

Nadia se tapó la boca con la mano para evitar que un jadeo ahogado escapara de sus labios debido a la sorpresa de lo que estaba escuchando ¿Amenaza? ¿A qué amenaza se refería? ¿Qué estaba ocurriendo? De repente, los secretos de Marco dejaron de ser una simple anécdota sobre su difícil carácter para convertirse en algo más serio, algo que incluso podía llegar a ser peligroso, aunque aún no estaba segura de qué era.

—Pues eso no sirve de nada. Ya te dije que yo no quiero saber nada más de todo esto, así que averigua quién lo ha hecho de una puta vez y dime qué coño está pasando ya, Marco. No puedo ir a Emma con esta mierda... Acabamos de casarnos... ¿Quieres que me abandone?

—Sabes igual que yo que no va a hacerlo...

—Quizá debería... —Y, en ese momento, la mirada de Alessandro se detuvo junto a la puerta, y, a pesar de que Nadia no podía verlo bien, sabía lo que había ocurrido antes de que pasara. No había duda: la habían descubierto, así que aguantó la respiración y cerró los ojos mientras escuchaba cómo unos pasos se acercaban a donde se encontraba hasta que, finalmente la puerta se abrió por completo y la figura de Marco apareció frente a ella, con un gesto tan furioso que incluso la dio miedo.

—¿Qué coño haces aquí? —Preguntó con la mirada inyectada en fuego.

—Nada... Yo... Sólo venía a decirle a Alessandro que ya he terminado... y...

—¡No me mientas! —Exclamó Marco fuera de sí ignorando sus titubeos mientras la cogía con fuerza del brazo —¿Qué has oído, Nadia?

Marco la sujetó entonces de los dos brazos hasta hacerla daño, y entonces apareció Alessandro junto a ellos y apartó con violencia a su hermano, obligándolo a soltarla, mientras ella los observaba perpleja.

—¿Qué cojones haces, Marco? ¿Te has vuelto loco? —Le reprendió Alessandro, más alterado de lo que Nadia lo había visto antes. Marco no contestó, sólo se dio la vuelta, y trató de tranquilizarse, mientras Nadia se acariciaba los brazos, tratando de comprender lo que acababa de pasar. Lo único que podía hacer era mirar a Marco, el hombre al que amaba, el hombre que la había confesado que también la quería, después de haberse convertido en una bestia que ella no conocía, y, lo que era peor, no creía que quisiera conocer más allá de lo que ya la había mostrado hacía un momento. Marco no era el hombre que ella pensaba. Ocultaba algo, algo mucho más oscuro de lo que nunca hubiera podido imaginar, y, aunque no había podido averiguar qué era, al menos estaba segura de que era mucho más perturbador de lo que le hubiera gustado. Cada vez estaba más claro que debía huir de su lado, por mucho que la costara. El problema era, una vez más, que era muy difícil para ella hacerlo.

—Nadia, ¿estás bien? —Preguntó Alessandro observándola preocupado —¿Te ha hecho daño?

Nadia observó a Alessandro un instante, tratando de ver en él lo mismo que siempre había deseado ver en Marco. Él era un hombre bueno y atento, aunque en un principio no se lo hubiera parecido. Era delicado y amable, y estaba segura de que siempre había sido sincero con Emma, por duro que hubiera sido. Sin embargo, Marco no dejaba de engañarla y ocultar secretos, y, lo que era peor, ahora incluso se había puesto agresivo, aunque, por suerte, no la hubiera hecho daño de verdad, gracias a la interrupción de su jefe, por supuesto.

—No, no pasa nada. Estoy bien...

—Vale —Alessandro dedicó una mirada iracunda a su hermano, que se la devolvió del mismo modo, sin molestarse en mirarla a ella —En ese caso puedes irte.

Nadia asintió resignada. Después de lo que había ocurrido, ni siquiera sabía si iba a marcharse con Marco o no, y, lo que era peor, no estaba segura de si deseaba hacerlo. Sin embargo, en cuanto Marco escuchó aquellas palabras, se volvió al fin y la miró con fijeza.

—Sí. Es verdad. Supongo que es una buena idea... —Admitió mientras la cogía de la mano sin su ternura habitual para llevarla con él hacia la puerta —De hecho, tenemos que hablar, así que será mejor que nos vayamos cuanto antes.

Y, tras aquellas palabras, arrastró a Nadia por el edificio hasta que, finalmente, salieron a la calle.

## CAPÍTULO 41

Nadia se sentía tan desconcertada por la actitud de Marco que, al no ser capaz de reaccionar, permitió que tirase de ella hasta que salieron a la calle, pero en cuanto la luz del sol cegó sus ojos, recuperó al fin su voluntad, y, de un tirón, soltó su mano, enfadada.

—¿Qué coño haces? —Preguntó Marco. Nadia lo observó un instante confundida, tratando de reconocer al hombre del que se había enamorado en el individuo frío y ruin que tenía frente a ella, sin éxito, y finalmente dio un paso hacia él, decidida a enfrentar de una vez lo que estaba ocurriendo, fuera lo que fuera. En aquella ocasión no iba a salir huyendo. Quería saber la verdad, y tenía que ser ya. No iba a esperar ni un solo segundo más.

—Soltarme —Confirmó Nadia, cada vez más furiosa —¿Quién te crees que eres para tratarme así, Marco? ¿Te crees que soy tu muñeca?

Marco se quedó un instante sorprendido por la valentía de Nadia, pero finalmente esbozó una sonrisa irónica antes de negar con la cabeza.

—Veo que tienes agallas... —Soltó al fin con sequedad, controlando su tono de voz aunque la ira se escapaba en cada sílaba que pronunciaba —Me has decepcionado. Nunca pensé que llegarías a este extremo para...

—¿Para conocerte? —Gritó Nadia al fin, fuera de sí, ganándose unas cuantas miradas extrañas de los viandantes —¿Para averiguar todo lo que me ocultas? ¿Tan grave es lo que he hecho?

—Lo que yo oculte no es tu problema... ¿Qué has oído antes?

—Nada... —Respondió Nadia sin dudar, mintiendo con descaro —Acababa de abrir la oficina cuando me habéis descubierto...

—No mientas.

—No lo hago.

Marco se acercó hacia ella hasta que su cuerpo casi rozó el suyo y negó con la cabeza.

—¿Crees que puedes engañarme? —Dijo al fin, desafiándola con la mirada —No sabes dónde te estás metiendo...

—Entonces, dímelo.

Marco esbozó una sonrisa petulante que a Nadia no le gustó nada, y luego negó con la cabeza.

—Sabes igual que yo que no voy a hacerlo.

—Entonces, no tenemos nada más que hablar. Se acabó.

Marco abrió mucho los ojos, como si aquello le sorprendiera.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Marco era mucho más suave de repente, aunque Nadia ni siquiera se dio cuenta del detalle debido a lo ofuscada que estaba.

—Quiero decir que lo nuestro se ha acabado —Confirmó al fin —Me voy a mi casa.

Y, con aquellas palabras, se dio la vuelta, decidida a evitar que Marco viera la forma en que sus ojos se habían humedecido, cuando sintió que la sujetaba de la mano, impidiendo que avanzara. Levantó la mirada y lo vio allí, a su lado, con el gesto preocupado.

—Entonces, te llevo.

—No hace falta... —Dijo ella decidida a huir de allí antes de empezar a sollozar, pero Marco negó con la cabeza, y Nadia pudo ver a través de sus ojos cómo luchaba por calmar su enfado antes de volver a dirigirse a ella.

—No digas eso. No puedes terminar con lo nuestro así. Tenemos que hablar antes... Lo sabes

igual que yo, pero sería mejor en un lugar un poco más íntimo ¿No te parece? —Preguntó Marco mirando alrededor, donde la gente los observaba y empezaba a cuchichear por el espectáculo que estaban dando. Si Nadia no lo conociera mejor, incluso hubiera dicho que estaba asustado, pero por desgracia sabía lo suficiente sobre él como para saber que no era cierto.

—Bien, como prefieras.

Marco asintió antes de abrir la puerta del copiloto del precioso coche negro que había frente a ellos. Luego, habló con Paolo para que le permitiera conducir y él se bajó del coche sin rechistar, y acto seguido encendió el motor y el coche salió como una exhalación para incorporarse a la carretera.

El camino fue incómodo debido al silencio, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a decir una sola palabra, así que siguieron con la boca cerrada hasta que Marco empezó a mirar por el espejo retrovisor más de lo habitual, y Nadia se dio cuenta. Al principio, prefirió no decir nada, pero después de ver cómo Marco aceleraba de repente sin darle ninguna explicación, decidió que lo mejor era preguntar qué estaba pasando, aunque no estaba segura de que sirviera de nada.

—¿Ocurre algo?

—No —La respuesta de Marco fue tan rápida como falsa, y Nadia se dio cuenta enseguida de que, una vez más, escondía algo. Sin embargo, ya no iba a seguir callándose. Merecía una explicación, y necesitaba que se la diera cuanto antes. De lo contrario, estaba dispuesta a salir de aquel coche aunque aún estuviera en marcha.

—Marco, dime qué ocurre. Vas a casi doscientos por hora... Eso no es normal... ¿Hay algún problema? —Lo único que recibió como respuesta en aquella ocasión fue un gesto de negación con la cabeza, lo que la enfureció más de lo que ya estaba —Marco, dime qué pasa o te juro que me bajo del coche ahora mismo... Hablo en serio.

Al escuchar aquellas palabras, Marco apartó al fin la mirada de la carretera un instante para volverse hacia ella, y vio claramente en sus ojos que era sincera, porque su arrogancia se evaporó antes de contestar:

—Ese coche... El azul oscuro que tenemos detrás, nos ha estado siguiendo desde que hemos salido de la empresa de mi hermano —Aclaró al fin. Nadia se dio la vuelta y miró el coche, pero no le pareció que hubiera nada sospechoso en él.

—¿Estás seguro?

—Sí, totalmente. He dado un pequeño rodeo y no se ha separado de mí ni un instante, así que estoy intentando perderlo...

Nadia miró a Marco como si tratara de comprender lo que estaba diciendo, pero no era capaz.

—¿Y por qué iba alguien a seguirnos...? No tiene sentido.

—No lo sé, pero te aseguro que voy a averiguarlo.

—¿Cómo? —Nadia sintió que sus manos temblaban. Marco iba a sincerarse con ella al fin, estaba segura. Podía sentirlo de alguna forma, pero finalmente cerró la boca y negó con la cabeza de nuevo.

—No sé, ya buscaré la forma. Se puede conseguir casi cualquier cosa que te propongas con dinero...

Nadia iba a seguir preguntando, pero aprovechando que con la conversación Marco se había distraído, el coche azul que según Marco les perseguía se colocó de repente a su lado y les dio un golpe, tratando de sacarlos de la carretera. Nadia dio un pequeño grito por la sorpresa, pero Marco no tardó en controlar el coche de nuevo, y antes de pensarlo demasiado, dio un nuevo volantazo y el vehículo que les perseguía perdió el control hasta salirse de la carretera y estrellarse con un árbol que había a su derecha. Nadia vio perpleja cómo Marco sonreía al

confirmar el accidente y empezaba a acelerar una vez más para escapar de allí cuanto antes. Con los nervios controlando todo su cuerpo, trató de mantenerse en silencio, pero no fue capaz.

—¿Qué haces? Tenemos que ir a ver si están bien... ¿No lo has visto? Han chocado... —Le recriminó asustada.

—Sí... Eso sería exactamente lo que yo haría si tú no estuvieras aquí, Nadia. Iría a ver quiénes son, aunque no me importe una mierda cómo están. Eso podría ayudarme a averiguar de una puta vez lo que está pasando, pero no puedo porque no voy a arriesgarme a que te hagan daño ¿Entiendes? —Nadia se quedó un instante en silencio, tratando de asimilar aquellas palabras, pero no fue capaz —Una vez más, me estás complicando la vida, así que ahora quédate calladita hasta que llegemos a tu casa ¿De acuerdo?

Nadia quiso discutir, pero no lo hizo, porque sin duda eso era justamente lo que necesitaba. Después de lo que acababa de escuchar, después de lo que acababa de vivir, se sentía tan confundida que sólo precisaba un momento en calma para digerir todo aquello. Y eso fue, justamente lo que obtuvo durante el resto del viaje de regreso.

## CAPÍTULO 42

Aquel día Marco y Nadia subieron las escaleras hasta llegar a su casa en el más absoluto silencio por primera vez. No se escucharon las risas habituales, ni las palabras cariñosas, ni los abrazos o besos que solían dedicarse. Todo eso se había terminado en un instante, y ya sólo quedaba el temor de lo que iba a ocurrir, que era lo único que ambos tenían en mente.

En realidad, ninguno albergaba dudas sobre lo que iba a pasar. Iban a romper, y ambos eran conscientes de ello. Por un instante, Marco pensó que era absurdo subir a su casa, perdiendo el tiempo, si ya sabía que no había salida a la situación que enfrentaba, pero no fue capaz de decir nada. Sólo continuó su camino resignado, esperando que ocurriera algún tipo de milagro que pudiera cambiar el desenlace de los hechos, aunque en el fondo sabía de sobra que eso no era posible. Nada podría nunca cambiar su destino. Aquella relación estaba condenada a terminar desde su inicio, y él siempre lo había sabido, aunque, presa de la desesperación, hubiera tratado de engañarse para continuar junto a Nadia durante todo el tiempo que pudiera.

Nadia no sabía qué debía hacer, no sabía qué decir cuando al fin entró en su casa seguida por Marco de cerca y cerró la puerta. Entonces, se dio la vuelta y lo miró a los ojos, esperando ver algo de esperanza, pero por desgracia no encontró lo que buscaba. Al contrario, pudo percibir en su mirada con claridad que él estaba seguro de que habían terminado antes de empezar a hablar, por mucho que la doliera.

Sin embargo, debían aclarar algo antes, y en aquella ocasión Nadia no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Ya había ignorado demasiadas señales, y su tristeza estaba anulada por la curiosidad de saber qué le estaba ocultando Marco, así que decidió que lo mejor era aclarar las cosas antes de tomar la decisión definitiva que ambos temían.

—Bueno, ya estamos aquí —Nadia no apartó la mirada de los ojos de Marco ni un instante antes de añadir: —Ahora, ¿vas a explicarme lo que está pasando?

Marco bajó la cabeza, vencido, antes de dar un par de pasos y sentarse en el sillón. Era como si le hubieran abandonado las fuerzas, pero sabía que tenía que afrontar aquello, fuera como fuera.

—Me encantaría, Nadia, pero no lo sé —Explicó Marco al fin —No tengo ni puta idea de quienes eran los tipos del coche, ni qué buscaban. Hablo en serio.

—Pero sabes más de lo que me cuentas... —Nadia no formuló aquella frase como una pregunta, sino como una afirmación, puesto que estaba segura de ello, y no estaba dispuesta a permitir que Marco la engañara de nuevo. Aquello ya había ido demasiado lejos. No había salida, tenía que averiguar la verdad, y ese era el momento.

—Sí, hay más, pero no creo que este sea el momento ni el lugar de discutir ese tema.

—Pues vas a tener que hacerlo, porque yo ya me he cansado de tus evasivas...

Marco la miró un instante, tratando de encontrar en su rostro la paciencia que necesitaba, la que siempre había visto hasta ese momento, pero no fue así. Nadia se mostró por primera vez convencida, fría e implacable, y eso le comunicó mucho más de lo que podían decir sus palabras, lo que le aclaró todas las dudas que pudiera tener sobre lo que debía hacer, lo que provocó su ira de nuevo.

—¿Para qué, eh? ¿Para qué voy a explicar nada? Los dos sabemos lo que vas a decirme a continuación.

—¿De verdad lo sabemos? —Marco mantuvo su mirada, enfadado —¿Y qué es, si puede

saberse?

—No me vengas con gilipolleces. Sabes de sobra que has venido hasta aquí para romper conmigo. Así que, si estás tan segura, hazlo de una puta vez y no alargues más esto.

Nadia miró a Marco unos segundos, tratando de armarse de valor para hacer lo que debía. En el fondo, no podía negar que tenía razón. Su intención, llegados a ese punto, era romper con él, pero algo en su interior la decía que no iba a tener valor suficiente para hacerlo. No si antes no aclaraba la situación, que cada vez parecía más complicada, por desgracia.

—No te entiendo, de verdad —Declaró al fin —¿Por qué no eres capaz de ser sincero, al menos por una vez? Intentas jugar a las adivinanzas porque no quieres afrontar lo que tienes que decirme, pero ya no tienes otro remedio.

—No, soy yo el que no te entiendo. Se supone que estamos manteniendo una relación, pero siempre sales huyendo al primer problema que se presenta, y eso no es sano...

—¿Problema? —Preguntó Nadia a voz en grito —¿Lo que acaba de pasar te parece un simple problema? Marco, quienquiera que fuera esa gente nos ha perseguido con un coche, han intentado matarnos, y al final han tenido un accidente en el que es posible que hayan perdido la vida y nosotros nos hemos marchado sin auxiliarlos... ¿Eso te parece un problema? Porque a mí me parece una catástrofe...

—Sí, ya lo sé. Suponía que ibas a decir algo así...

—¿Qué quiere decir eso?

Marco levantó la mirada y se quedó observando a Nadia con fijeza antes de negar con la cabeza y ponerse en pie. No le había hecho falta demasiado tiempo para darse cuenta de lo que debía hacer, así que la decisión estaba tomada. Su relación estaba ya muerta, pero por algún motivo ella no parecía dispuesta a romper con él, así que, si ella no tenía el valor suficiente para dejarlo, lo haría él. Aquello no iba a funcionar, ambos lo sabían, y en ese momento estaba más claro que nunca. Aunque ella no lo supiera, aunque no fueran capaces de aceptarlo, vivían en mundos diferentes, y eso significaba que nunca podrían estar juntos, así que no tenía sentido alargar lo inevitable.

—Creo que lo nuestro se ha acabado —Aseveró al fin, convencido.

—¿Qué? —Nadia chilló muy a su pesar, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo.

—Me has oído perfectamente. Esto no funciona. No voy a continuar con algo que deberíamos haber roto hace tiempo...

—¿Eso es lo que crees?

—Eso es lo que sé, y tú, por mucho que te duela admitirlo, también lo sabes, Nadia. Esto no tiene sentido —Nadia observó su rostro vencido mientras los ojos se la llenaban de lágrimas, y aunque sabía que debía decir algo no fue capaz, lo que Marco entendió como una señal de acuerdo, a pesar de que no lo era —Bien, me alegra que lo comprendas...

—Pues no te alegres, porque no lo entiendo —Nadia sintió que sus lágrimas resbalaban al fin por sus mejillas sin que ella pudiera contenerlas más. Aquel hombre era increíble. No sólo la había herido en lo más profundo, había permitido que se enamorara de él y ahora se marchaba sin mirar atrás ni dar explicaciones. Una vez más, tenía ante sus ojos la prueba inequívoca de que había cometido un grave error al acercarse a él. Debería haber hecho caso a su instinto desde el primer momento —Y es sólo porque tú no quieres explicármelo. Una vez más, prefieres huir a confesarme la verdad.

—Eso no es cierto —Le interrumpió Marco, con los ojos inyectados en la ira que lo estaba devorando por dentro —Simplemente, no tiene sentido que sigamos hablando si tú vas a dejarme igual al final.

—No, no te equivoques. Yo no te he dejado. Eres tú quien está dispuesto a dejarme en lugar de ser sincero...

—¡Porque no tengo otro remedio! —Marco se acercó a Nadia, desesperado. No sabía cómo explicarle que no podía hacer nada más que dejarla, que ni siquiera debería haberse acercado a ella jamás. La había puesto en peligro al estar a su lado, y mucho más al enamorarse de ella, y si algo la ocurría por su culpa nunca iba a ser capaz de perdonárselo, pero no podía explicarle todo aquello, así que concluyó: —No te cabrees conmigo, joder. Estoy haciendo lo que debo, lo que debí haber hecho el día que te conocí... Es lo mejor para ti...

—Soy yo quien debe decidir eso.

Marco negó con la cabeza, cada vez más bloqueado.

—Vale. Entonces, ¿estás dispuesta a arriesgar tu vida por mí? ¿Por nosotros? ¿Es eso lo que deseas? —Nadia negó con la cabeza, frustrando todas sus posibilidades —Pues, ¿qué quieres que haga? ¿Qué cojones quieres de mí?

—La verdad —Nadia ahogó un sollozo —Sólo eso.

En ese momento, Marco se sintió acorralado. En el fondo, Nadia tenía razón. Después de todo lo que había ocurrido, después del peligro al que estaba expuesta por su culpa, tenía todo el derecho a saber lo que estaba ocurriendo, aunque eso la apartara de su lado para siempre, así que decidió que iba a ser sincero, aunque eso destrozara su vida por completo.

—Bien ¿Quieres toda la verdad? —Preguntó esperando que Nadia cambiara de opinión, pero Nadia asintió con la cabeza, demostrando que se equivocaba —Entonces, siéntate y te lo contaré todo.

Y, en ese momento, Nadia se limpió las lágrimas y, fingiendo una fortaleza que en realidad, no sentía, se sentó a su lado en el sillón, impaciente por averiguar al fin lo que la había ocultado durante tanto tiempo.

## CAPÍTULO 43

Cuando Nadia tomó asiento a su lado, pensó en cómo empezar una conversación que había deseado a la vez que temido desde el momento en que había rozado la piel de Marco por primera vez. Por un instante, pensó que le hubiera gustado equivocarse con su primera impresión sobre el hombre que tenía frente a ella. Sabía que escondía algo desde la primera vez que lo vio, sabía que debía alejarse de él, y, llegados a ese punto, lo único que tenía claro era que desde el primer instante había estado en lo cierto. Sin embargo, su deseo pudo más que sus instintos y, contra todo su buen juicio, había empezado una relación con él que la había llevado a un punto de no retorno, donde se encontraba en ese momento. Sabía lo que la esperaba y quizá por eso no sabía qué decir, así que al final decidió quedarse en silencio, esperando que fuera Marco quien hablara, y aunque tardó, al final lo hizo, aunque sus palabras no fueron exactamente las que ella esperaba.

—Bien. Ya estamos aquí. Ahora, pregunta lo que quieras. Esta vez no te voy a ocultar nada. Tienes mi palabra.

Nadia asintió y se mojó los labios con la lengua. Marco parecía tranquilo, pero no estaba segura de que en realidad lo estuviera, pues lo conocía lo suficiente para saber que era un experto en ocultar sus sentimientos, al igual que sus más oscuros secretos.

—¿Quiénes eran los tipos del coche?

—No lo sé. Ya te lo he dicho antes.

—Entonces, ¿por qué has sabido cómo reaccionar cuando nos perseguían? —Preguntó Nadia, decidida —¿Por qué no has llamado a la policía cuando nos han acechado? ¿Por qué no has llamado a una ambulancia cuando se han estrellado?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Marco la miró confundido —Ellos son quienes han intentado matarnos... ¿Por qué iba yo ahora a preocuparme por ellos?

—Porque eso es lo que hace la gente normal...

—Entonces, será que yo no soy normal, Nadia.

—¿En qué sentido consideras que no eres normal? —Preguntó Nadia, sintiendo que estaban acercándose al momento álgido de la conversación —¿Qué te hace tan diferente al resto?

Marco la miró a los ojos antes de pasarse los dedos por el pelo. Luego volvió a clavar los ojos en su mirada expectante, y supo que era el momento de hablar, por mucho que le aterrara, así que, sin pensarlo más, se lanzó de lleno, esperando que la reacción de Nadia fuera diferente a la que imaginaba.

—Muchas cosas, pero supongo que una de las más importantes es que pertenezco a una de las mafias más peligrosas de Italia —La voz de Marco no sonó tan firme como le hubiera gustado, pero al menos fue suficientemente clara para que no quedara duda de lo que había dicho. Nadia escuchó aquellas palabras y, tras quedarse un momento perpleja, abrió mucho los ojos, asombrada. Por supuesto eso era algo que él ya esperaba. Luego abrió la boca, como si fuera a decir algo más, pero antes de que ningún sonido escapara de sus labios la cerró de nuevo, y acto seguido la tapó con su mano. Entonces, se puso en pie, y le dio la espalda durante unos segundos mientras cerraba los ojos con fuerza. En todo aquel tiempo, había imaginado muchas cosas, incluso que era un policía de incógnito, o alguien que había huido de su tierra por algún problema menor con la justicia, arrastrando a su hermano con él, pero nunca había imaginado nada parecido a eso. Si algo se desprendía de sus palabras, si lo que acababa de decir era cierto, significaba que

él no era uno de los buenos, sino de los malos, aunque a ella nunca se lo había parecido, y eso complicaba mucho las cosas, porque ella no creía ser capaz de apoyarlo por primera vez desde que lo había conocido. Sin embargo, en medio de todo el remolino que se había construido en su mente, de repente empezó a pensar que quizá estaba exagerando. Marco no era un atracador, ni mucho menos un asesino. Ella lo conocía lo suficiente como para saber que eso era imposible. Aquello sólo era un malentendido que tenía que aclarar cuanto antes, así que se dio la vuelta y lo miró al fin, sorprendiéndose al comprobar que aún seguía sentado, esperando su reacción con el rostro petrificado por el miedo.

—Pero... No lo entiendo ¿Qué quieres decir con eso? No tiene ningún sentido...

—Quiero decir que mi familia y yo somos parte de un organismo de crimen organizado...

—No, no necesito que me definas la palabra, sé lo que quiere decir. He visto muchas películas sobre mafias... —Aclaró Nadia, aún conmocionada —Lo que quiero es que me expliques a qué te refieres exactamente... Porque no creo que me hables de la mafia de verdad... Eso no es posible...

—¿Qué te hace pensar que no lo es? —Preguntó Marco, confundido.

—Que te conozco —Concluyó ella, convencida —Sé que tú no serías capaz de matar a nadie a sangre fría, y tampoco Alessandro...

—Entonces, estás muy equivocada con nosotros, Nadia —Explicó Marco aún sentado, mirándola con fijeza —Para tu información, yo he quitado la vida a muchos hombres con mis propias manos desde hace más tiempo del que soy capaz de recordar, y también lo ha hecho Alessandro.

—Pero... ¿Y Emma? ¿Y tu hermana? No irás a decirme que ellas también son parte de todo esto...

—No —Confirmó Marco al fin —Emma no. Y Ales ha decidido dejar nuestro mundo por ella. Pero Bianca sí es parte de esto, y también lo soy yo, igual que mi padre...

—Pero... ¡Eso no es posible! —Gritó Nadia bloqueada —Yo los conocí, todos son personas normales...

—Sí, y también son parte de la mafia, igual que yo. Eso no quita que seamos normales, más o menos... Una cosa no tiene que ver con la otra, créeme...

Nadia pensó entonces en las imágenes que había visto en las películas. Todas las escenas relativas a mafias eran violentas e ilógicas, y por un momento pensó que estaba teniendo una pesadilla. Sin embargo, mientras algunas imágenes de la realidad se unían a las de la ficción que acudían a su cerebro, poco a poco todo pareció empezar a encajar: la persecución de aquel día, el empeño de Marco de que llevara protección, las supuestas persecuciones de un desconocido durante los últimos meses que ella se había negado a creer reales, o incluso las palabras que Emma le había dicho en su despedida de soltera mientras estaba ebria tenían más sentido de lo que la hubiera gustado de repente. Emma la había aconsejado que le diera una oportunidad y luchara por él, porque merecía la pena, seguramente sabiendo lo que iba a pensar en cuanto averiguara la verdad, pero, aunque no quería apartarse de Marco por voluntad propia, después de lo que acababa de oír, las dudas empezaron a inundar su mente. Lo que la ofrecía, si es que aún existía alguna posibilidad de seguir juntos, era algo insólito, y si algo tenía claro era que no era vida para ella. Por un instante pensó si quizá Emma había sentido lo mismo al enterarse, aunque para ella seguro que fue más sencillo superarlo, porque Alessandro estaba dispuesto a dejarlo todo para hacerla feliz, algo que Marco nunca la había propuesto, y en ese momento supo lo que debía hacer para no perderlo. No tenían porqué alejarse si Marco tomaba la decisión correcta. Sólo tenían que arreglar las cosas cuanto antes y todo saldría bien. En cuanto se percató de

aquello, dio un par de pasos y se sentó frente al hombre de su vida en el sillón de nuevo.

—Pero, entonces, no hay porqué preocuparse... Quiero decir que... hay una solución... ¿no?  
Marco la miró confuso.

—¿Qué solución? —Preguntó descolocado.

—¿De verdad no lo ves? —Nadia esperó hasta que, finalmente, ante el silencio de Marco, se decidió a continuar, comprendiendo que él no parecía ver algo que ella distinguía con claridad — Sólo tienes que dejarlo, igual que ha hecho tu hermano...

—No, no lo entiendes... Eso no es una opción. Yo no voy a dejarlo.

Nadia se sintió desconcertada ante sus decisivas palabras.

—¿Por qué?

—Porque no quiero —Explicó al fin, levantando un poco la voz —Esta es mi vida, así ha sido siempre, y así deseo que continúe. Mi hermano es muy diferente a mí. Yo no voy a renunciar a mis responsabilidades. Me encanta sentir la adrenalina a diario... Siempre me ha gustado. Lo he vivido desde niño y es parte mí. Es algo nuestro, mío y de mi familia, y soy fiel a mis obligaciones, así que no voy a renunciar a ello, Nadia. No te engañes. Si me quieres, tendrás que aceptarlo. Si de verdad me quieres, debes quererme así. No puedo dejar de ser quien soy...

—¿Aunque eso suponga perderme? —Preguntó Nadia al fin, destruida. Por desgracia, empezaba a comprender mejor de lo que la hubiera gustado lo que Marco la estaba explicando, y eso no auguraba nada bueno.

Marco se quedó un momento en silencio con la mirada clavada en sus ojos, como si recapacitara con calma antes de contestar, pero finalmente asintió con la cabeza, rompiendo el corazón de Nadia en añicos al hacerlo.

—Sí, aunque suponga perderte, Nadia —Confirmó al fin —Si no puedes aceptar esta parte de mí, no podremos seguir viéndonos.

Nadia quiso hablar, pero su cerebro no la obedecía. Había llegado el momento. Sabía lo que debía hacer, pero no estaba segura de ser capaz. Tenía que romper con Marco, y él estaba allí, mirándola expectante, esperando que lo hiciera. Ambos sabían cuál iba a ser su destino, pero hacerlo no era tan fácil como a Nadia le hubiera gustado, sobre todo porque aún quedaba una pregunta por hacer, y Nadia no estaba dispuesta a tomar una decisión antes de cerciorarse de que no tenía otro remedio.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de que te plantees dejarlo?

—No, no la hay —Contestó Marco al instante. Y fue entonces cuando Nadia supo que, en efecto, su relación era imposible, por muy difícil que fuera para ella asumirlo. Marco vivía en un mundo ajeno al de ella, en un mundo repleto de muerte y dolor, rodeado de sangre y pérdidas. Un mundo en el que ella no deseaba vivir, y si algo tenía claro, era que nunca iba a querer hacerlo, aunque fuera al lado del hombre al que amaba. Era capaz de llegar muy lejos por Marco, pero eso era demasiado.

—Entonces, cuando me dijiste que tu madre murió siendo tú muy pequeño, el motivo fue...

—Sí, exacto. Fue por una pelea entre mafias rivales, y también murió uno de mis hermanos, aunque fue antes de nacer yo... Pero la verdad es que no me apetece hablar demasiado de eso.

—Lo entiendo —Y, en ese momento, Nadia lo vio todo claro. Marco estaba dispuesto a arriesgar cualquier cosa, a su propia familia, a su propio hermano, a su padre, a su madre... e incluso a ella misma por seguir en una mafia que sólo podía hacerle daño. Aquello no tenía sentido para ella, pero sí despejaba todas sus dudas sobre lo que debía hacer. Debía alejarse de Marco lo antes posible o, cuando menos, acabaría muerta, y él, al igual que hizo su padre, sentiría su pérdida hasta que pudiera reemplazarla, y después seguiría con su vida como si nada hubiera

pasado. Ese no era el tipo de amor que ella buscaba, estaba claro. De hecho, ni siquiera pensaba que eso fuera amor. De ser así, Marco no sería capaz de arriesgarse a perderla. En cambio, tenía asumidos los riesgos que acarrearía el mundo en el que había elegido vivir y no le daba importancia, de lo contrario pondría medios para evitarlo a toda costa, aunque eso significara alejarse de la vida que había llevado hasta ese momento, al igual que lo había hecho su hermano —Entonces, ¿lo de ser abogado no es más que una tapadera?

—No. No es ninguna tapadera. Yo soy abogado, y también soy parte de la mafia. Las dos cosas son parte de mí, y no estoy dispuesto a renunciar a ninguna de ellas.

—Pero sí renunciarías a mí...

Marco la observó un instante reflejando el mismo dolor que ella transmitía en su mirada, pero finalmente bajó la vista al suelo y se encogió de hombros.

—Si quieres verlo así...

—No hay ninguna otra forma de verlo —Nadia respiró hondo y se puso en pie antes de que él tuviera oportunidad de contestar, decidida a hacer lo correcto. En realidad, ya no la hacía falta, puesto que después de aquella conversación todas sus dudas se habían aclarado por completo —Bien, en ese caso, supongo que ya no queda nada más que hablar, así que deberías marcharte.

Marco se mantuvo un momento en silencio antes de asentir con la cabeza, resignado. Luego se puso en pie y alargó la mano para coger la de ella, pero en el último momento se arrepintió y la dejó caer de nuevo.

—Sí, supongo que tienes razón. Es lo mejor —Entonces, observó su rostro como si intentara memorizarlo —Me voy, y puedes estar segura de que no volverás a verme, pero antes necesito que me prometas algo.

Nadia levantó la vista con las mejillas llenas de lágrimas, tratando de mostrar algo de dignidad en su maltrecho cuerpo.

—¿El qué? —Dijo con la voz ahogada.

—Necesito que aceptes que Paolo siga acompañándote —Explicó Marco —Supongo que ahora ya entiendes por qué.

Nadia no dudó en asentir con la cabeza.

—Sí, ahora lo entiendo —Dijo con convicción —Y lo aceptaré encantada mientras sea necesario, siempre que no vuelvas a acercarte a mí nunca más —Añadió herida. En realidad, quería decirle que había arriesgado su vida al desearla, que ella había arriesgado su propia vida por amarlo, y no podía soportar la idea de que no estuviera dispuesto a darle nada a cambio del tal hazaña, pero no fue capaz. Las palabras ya no salían de sus labios. Sólo algunos sollozos quemaban su garganta a cada momento, al saber que iba a perder al hombre que más había amado en su vida, porque él la había engañado: la había dicho que la quería, pero no era cierto. Para él ella era un ser reemplazable, y no le importaba lo más mínimo perderla si podía seguir con su peligrosa vida después de eso.

Marco se quedó desconcertado al escuchar sus duras palabras, pero pronto se recompuso y asintió con la cabeza. Después de todo aquel tiempo, había ocasiones, como aquella, en que aún la desconcertaba su frialdad. Nadia no podía creer que no se hubiera dado cuenta antes de que, tras aquella extraña indiferencia, debía haber algo más de lo que se mostraba, cuando en ese momento lo veía con tal claridad que parecía iluminado por una lámpara.

—De acuerdo. Gracias —Marco abrió la boca para añadir algo más, pero finalmente la cerró de nuevo sin decir nada, apretó los ojos con fuerza y, sin mirarla, añadió: —Adiós, Nadia.

Y, antes de que ella pudiera contestar, salió por la puerta tan rápido como le fue posible, dejándola a solas con su tristeza.

## CAPÍTULO 44

Nadia dejó escapar un suspiro mientras caminaba de forma automática por la calle, sabiendo que Paolo la seguía de cerca. Aún no podía creerse que hubiera accedido a tomar algo aquella tarde con Miriam. En realidad, llevaba prácticamente un mes sin salir, desde que Marco y ella habían roto, y aún no tenía ganas de hacerlo, pero Miriam, que la había ido a visitar a menudo durante aquellas semanas la había insistido tanto en aquella ocasión que no había podido negarse. Además, había argumentado con sensatez que un rato fuera de su casa no iba a hacerla daño, y en eso estaba de acuerdo. No iba a hacerla daño, pero tampoco era lo que deseaba. Sólo le apetecía irse a su casa y acurrucarse en la cama, soñando que todo lo que había averiguado de Marco era una pesadilla y pronto iría a verla y la abrazaría como siempre. Eso era lo que anhelaba, pero no era posible, y mientras seguía caminando hacia el lugar en donde habían quedado, no tuvo más remedio que aceptarlo al fin.

En todo aquel tiempo, Marco había cumplido su palabra. No había vuelto a verla desde aquella fatídica tarde en que le confesó todo y ella rompió con él, y en cierto modo lo agradecía. Ni siquiera se había pasado por la oficina cuando estaba ella para ver a su hermano. Tenía que aguantar las miradas preocupadas de Alessandro en numerosas ocasiones, pero salvo ese pequeño detalle todo iba bastante bien en el trabajo. El problema era que había perdido la ilusión por la vida, y cualquiera que viera su cara podía atestiguarlo. Sólo deseaba volver con Marco, pero aquello no era posible, porque estaba inmerso en una trama que la sobrepasaba, y por mucho que lo amase, por mucho que siempre hubiera pensado que nada podría nunca separarla de él, al menos en aquella ocasión el amor no era suficiente. Ella necesitaba una vida normal, no una repleta de sangre, amenazas y muerte. Eso no era para ella, pero además eso no constituía todo el problema. Lo peor era haber visto con claridad que Marco no la tenía como su prioridad. De hecho, era capaz de arriesgarse a perderla para continuar en una mafia que sólo podía provocarle dolor. Aquello no tenía sentido, así que lo mejor era alejarse, por mucho que eso la hiriera.

Aún estaba pensando en eso cuando entró en el bar donde había quedado con Miriam, y por algún motivo no pudo evitar sonreír cuando la divisó tomando una copa en una de las mesas del fondo y se puso en pie mientras la saludaba con la mano, tan feliz que parecía que no se habían visto en años. Sin pensarlo demasiado, avanzó hacia ella y se sentó a su lado.

—Bien... Al fin has llegado —Exclamó con alegría mientras la observaba preocupada —Ya empezaba a pensar que te habías arrepentido...

—No... Sólo es que... He salido un poco más tarde del trabajo —Explicó Nadia justo cuando un apuesto camarero con el pelo largo y rubio y los ojos azules más brillantes que había visto jamás aparecía a su lado.

—¿Qué quiere tomar? —Preguntó con profesionalidad.

—Ron con coca cola —Dijo Miriam antes de que ella pudiera abrir la boca. El camarero asintió con la cabeza mientras tomaba nota del pedido, como si no le diera importancia al hecho de que no había tenido oportunidad de contestar por sí misma, y luego se fue por donde había venido.

—En realidad no me apetece mucho el ron, Miriam...

—Ya, pero es lo que necesitas, así que no me discutas más y acéptalo. Al fin y al cabo, hoy te invito yo, así que es un regalo... —Nadia dudó un momento, pero finalmente asintió —¿Cómo

estás?

—Mejor... —Dijo rápidamente, como si no deseara pensar la respuesta demasiado. Miriam miró al suelo para no tener que rebatir sus palabras, que claramente no eran ciertas —Ya he vuelto a dormir de un tirón... así que estoy segura de que en pocos días volveré a ser yo misma de nuevo.

—¿Tú crees? —Miriam decidió entonces que no iba a callarse más, entre otras cosas porque no era lo suyo, y volvió a su esencia de ser sincera —Porque, sinceramente, Nadia, no lo parece. En serio... Esto no tiene sentido. Le dejaste tú... ¿Por qué lo hiciste si estar lejos de él te duele tanto?

—Es una larga historia —En efecto, Nadia había preferido mantener oculto el secreto de Marco, segura de que él así lo hubiera querido. Al fin y al cabo, aunque no pudieran seguir juntos, tampoco podía traicionarle, y rebelar un secreto como aquel sería demasiado para ella —Pero no me apetece hablar de eso ahora. Lo importante es que ya está hecho...

—Pero podrías pensártelo mejor y volver con él si eres tan desgraciada...

—No, no puedo.

Miriam chasqueó la lengua, frustrada.

—¡Pero eso no tiene sentido! —Se quejó al fin —Él te quiere, y tú también a él ¿Qué puede haber pasado para que sigas siendo tan testaruda con esto? ¿Es que, de repente, te da miedo cambiar de opinión?

—No, no es eso...

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Miriam parecía impaciente por averiguar lo que ocurría, pero Nadia sabía que no iba a averiguarlo jamás, al menos no por ella.

—Eso ya da igual...

—Vale, como quieras... No lo entiendo, pero bueno... Supongo que es decisión tuya, ¿no?

Nadia quiso decir que, en realidad, no lo era. Aunque fuera ella quien había roto la relación, la decisión de que se alejara había sido de Marco, y de su absurda negativa a apartarse de un mundo que no podía hacer nada más que daño a todo el que se le acercara, pero eso implicaría dar muchas más explicaciones imposibles, así que decidió que lo mejor era dejar el tema.

—Sí, supongo que en cierto modo, pero no creo que me hayas hecho venir hasta aquí para hablar de este tema... Para eso podría seguir en mi casa...

—Sí, tienes razón —Admitió Miriam, resignada —Es sólo que te veo siempre tan triste que me da rabia... Pero mi intención al hacerte venir era animarte, así que supongo que mejor vamos a brindar y empecemos de nuevo.

Nadia vio como el camarero dejaba su copa en la mesa y se iba sin decir palabra y la cogió con la mano antes de chocarla contra la de Miriam, que volvía a estar sonriente de nuevo.

—Por nosotras... Sin tíos que nos engañen —Dijo Nadia levantando su copa en alto, decidida a pasarlo bien al fin, suponiendo que si Marco podía olvidarla sin mirar atrás, ella tenía todo el derecho a hacer lo mismo. Miriam la observó extrañada, dudando de si debía preguntar, pero finalmente asintió y brindó con ella. Por mucha curiosidad que sintiera por lo que acababa de decir Nadia, había prometido que iba a dejar de hablar del tema para conseguir que se divirtiera, y eso era, precisamente, lo que iba a hacer durante el resto de la noche, si ella se lo permitía, por supuesto, así que sonrió y se preparó para disfrutar junto a su mejor amiga.

—Brindo por eso.

## CAPÍTULO 45

Marco estaba tumbado en su cama mirando el techo, tratando de imaginar qué debía hacer a continuación. Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de cómo debía reaccionar. Lo único que tenía claro era que, después de todo un mes, no podía olvidar a Nadia, y eso empezaba a constituir un problema. Sabía que debía superar el pasado, así que había accedido a encontrarse con una de sus amigas más íntimas, Claudia, para que aliviara su dolor, pero mientras esperaba allí, reflexionando sobre todo lo que había pasado, empezó a pensar que quizá no había sido buena idea. Y el motivo estaba claro: sólo la deseaba a ella. No quería a ninguna otra mujer, no quería tocarla, ni hablar con ella. Sólo deseaba a Nadia, y a ella no podía tenerla, así que su cita parecía una especie de premio de consolación que no iba a llenar el hueco de la mujer a la que amaba, aunque probablemente le diera algo de placer, y eso aliviara un poco su herida.

Aún estaba pensando en eso cuando escuchó el timbre de la puerta. Estaba dispuesto a salir y decirle a Claudia que podía marcharse porque había cambiado de opinión, cuando, de repente, abrió y su hermosa silueta se dibujó frente a él, vestida con ropa interior roja transparente debajo de una fina gabardina. Incluso se había puesto las ligas que le gustaban, y, de repente, un sentimiento que ya creía dormido se despertó en un instante. Ni siquiera se molestó en saludarla. Simplemente, se abalanzó sobre ella, poseyendo sus labios mientras sus manos la arrastraban hacia dentro, para, tras cerrar la puerta con el pie, despojarla de la poca ropa que llevaba y tumbarla en el suelo. No se molestó en ser delicado, con ella nunca lo hacía. De hecho, nunca lo había hecho con ninguna mujer salvo con... Nadia. Pero a ella la había perdido para siempre mientras que las demás siempre volvían a él. No quiso pararse a pensar en lo irónico de la situación, así que penetró a Claudia con violencia mientras la sujetaba por el pelo. Sus embestidas eran duras, pero ella disfrutaba con cada uno de sus movimientos, al igual que lo había hecho siempre en el pasado. Aquello no le sorprendió, porque nunca había dudado que era buena amante ni lo mucho que lo deseaba, aunque mientras había estado con Nadia no la había echado de menos. Su mano se dirigió a uno de sus pechos y, tras acariciarlo, lo sujetó con fuerza antes de que su boca lo succionara, y sus embestidas empezaron a acelerarse, hasta que finalmente se derramó en su interior. No podía creerse que hubiera estado un mes sin ver a ninguna otra mujer. Nunca había pasado tanto tiempo sin sexo, pero en aquella ocasión estaba tan deprimido que, hasta ese momento, apenas había sido capaz de pensar en ello. Entonces, se alejó de Claudia al fin y se tumbó a su lado en el suelo.

—Te he echado de menos... —La escuchó murmurar después de un rato entre jadeos. Marco asintió con la cabeza, aceptando sus palabras, aunque en el fondo esperaba de verdad que no creyera que iba a corresponder su gesto. Nunca lo había hecho y estaba totalmente seguro de que nunca iba a hacerlo. Cuando volvió la cara para mirarla, tuvo que aceptar que Claudia era preciosa, mucho más bonita de lo que recordaba. Su pelo rubio parecía de oro, y sus labios eran tan apetecibles como sus grandes senos, que por suerte ya había tenido oportunidad de comprobar en diversas ocasiones que no estaban operados, cosa que agradecía. Nunca le había gustado la silicona. Era algo que aborrecía por completo —¿Por qué has tardado tanto en cogerme el teléfono esta vez? Empezaba a pensar que te había pasado algo...

—He estado ocupado —Explicó Marco sin más justo antes de levantarse al fin del suelo. Luego, tendió su mano para que Claudia la tomara y la ayudó a unirse a él mientras ella lo miraba

con cautela —Ahora tengo cosas que hacer, pero te llamaré muy pronto... ¿De acuerdo?

Claudia se quedó petrificada allí, desnuda, frente a Marco mientras lo observaba abrocharse los pantalones con su calma habitual.

—¿En serio? ¿Después de todo este tiempo eso es lo único que tienes que decirme?

—¿Y qué más te iba a decir? —Claudia fue a decir algo, pero finalmente negó con la cabeza, resignada.

—No sé... La verdad es que no sé qué esperaba, pero en realidad da igual... Debería haber supuesto que no habías cambiado en nada...

—Exacto, y nunca voy a hacerlo. Ahora, ¿puedes vestirte? Tengo algo de prisa...

Claudia cogió su ropa interior del suelo y se cubrió una vez más con la gabardina.

—Sí, tú siempre tienes prisa...

—Es lo malo de ser un abogado de éxito.

Marco la acompañó hasta la puerta y la dio un rápido beso en los labios para despedirla.

—Llámame pronto, ¿vale?

Marco asintió, aunque no tenía intención de hacerlo, y cerró la puerta tras ella. Luego se fue a la cocina y sacó una botella de vodka para tomarse un trago. Sin embargo, aquello le supo a poco y pronto se sirvió otro, y otro más... y así hasta que, finalmente, perdió la cuenta. Cuando empezó a percatarse de que, si seguía así, iba a acabar emborrachándose para ahogar su dolor, algo que jamás le había ocurrido antes, decidió que debía marcharse, y no había mejor lugar al que ir que a ver a su hermano. Tal y como había ocurrido siempre, eso podría calmar sus nervios.

Cuando llamó a la puerta, sin embargo, se dio cuenta de que quizá estaban cenando. Al fin y al cabo, no era una hora muy adecuada para las visitas, y mucho menos con una pareja casada, así que estaba a punto de huir de allí, cuando, de repente, se abrió la puerta y Emma apareció ante él, observándolo perpleja con sus hermosos ojos grises mientras una gran sonrisa se dibujaba en sus labios para recibirle.

—Hola, Marco ¿Qué tal estás? No te esperábamos... —Dijo sin un ápice de ira, sino a título de comentario —Pasa, Ales estará encantado de verte, estoy segura ¿Quieres beber algo?

—No, gracias —Marco prefirió no responder que ya había bebido demasiado aquella noche, y siguió a Emma por la casa hasta que llegaron a la oficina de Alessandro, donde él estaba preparando unos papeles que tenía que llevarse al día siguiente al trabajo. Sin embargo, en cuanto vio que su hermano había ido a visitarlo, dejó todo atrás, tal como hacía siempre, y se levantó para darle un fuerte abrazo.

—Cariño, tu hermano ha venido a hacernos una visita —Ales miró a su hermano, que no sonreía como era esperable, y asintió con la cabeza.

—Sí, ya veo... ¿Va todo bien?

Marco no dudó en asentir con la cabeza.

—Sí, por supuesto... Sólo... Estaba aburrido en casa y... pensé en venir a hacerte una visita... Espero no molestarte...

—Claro que no... —Ales miró a su esposa, tratando de decir sin palabras que su hermano jamás había ido a visitarlo por simple aburrimiento, así que aquello era muy extraño, y ella captó el mensaje a través del silencio.

—Bueno, yo voy a terminar la cena. Espero que te quedes a cenar con nosotros, Marco...

—Desde luego... —Confirmó él forzando una sonrisa complaciente. Emma le correspondió el gesto, y, con una despedida fugaz, desapareció al fin por la puerta.

—Bueno... Ahora, dime la verdad ¿Qué haces aquí? ¿Has averiguado algo?

Marco negó con la cabeza, vencido. Aquel mes estaba siendo terrible. No sólo había perdido

a Nadia, sino que, además, no era capaz de encontrar una sola pista sobre quién le estaba acechando. Fuera quien fuera, había cubierto muy bien sus huellas, y eso constituía un gran problema. Era la primera vez en toda su vida que alguien se acercaba tanto a su familia y él no tenía idea de quién era.

—Por desgracia, no. Pero no te preocupes, sigo investigando.

—Vale, entonces supongo que tu visita es agradable... ¿De verdad te aburrías y has venido a verme, hermano? Creo que estás perdiendo facultades...

—Es posible que tengas razón... —Admitió Marco mientras se dejaba caer en el sillón que había en un rincón de la sala antes de taparse la cara con las manos. Alessandro entendió aquello al instante y su sonrisa desapareció al momento.

—Por cierto, Emma y yo habíamos pensado... que quizá te apetecía venir este sábado para tomar un poco de tarta... —Marco lo miró perplejo, y su hermano dejó escapar unas cuantas carcajadas —Venga, ¿no te acuerdas? Es tu cumpleaños...

—Ah, sí... —Admitió Marco. Lo cierto era que, con todos los problemas que había tenido, se le había olvidado por completo —No sé, no me gusta mucho celebrar nada...

—Ya, pero no te hablo de una celebración. Es más bien... venir para estar un rato con tu hermano y tu cuñada, eso suena bastante mejor... ¿no crees?

Marco se encogió de hombros.

—Supongo —Y, en ese momento, viendo la tristeza en cada gesto de su hermano, Alessandro no tuvo más remedio que admitir que tenía un problema, aunque no quisiera aceptarlo.

—No puedes olvidarla, ¿verdad?

Marco apartó las manos de su rostro y observó a su hermano atónito por lo bien que lo conocía. Estuvo a punto de mentir y quitarle importancia al asunto, pero después de todas aquellas semanas sufriendo, ya no le quedaban fuerzas.

—No, no puedo —Admitió sin más antes de retirar la mirada.

—Entonces, ¿qué coño estás haciendo aquí? Ve y habla con ella.

—Ya te dije lo que hablamos, Ales. No iba a servir de nada... Además, me dijo explícitamente que no quería volver a verme...

—Sí, pero sólo porque estaba cabreada. Había recibido una noticia inesperada y necesitaba tiempo para asimilarla... Eso es todo —Alessandro se sentó a su lado antes de negar con la cabeza. Durante todos aquellos días, había decidido no meterse en su relación, pero aquello era cada vez más complicado, porque veía como ambos sufrían por separado, y cada vez encontraba menos lógica a lo que estaba ocurriendo —Mira, sé que quizá esto no es asunto mío y no debería meterme, pero en realidad da igual lo que te haya dicho, porque desde que lo dejasteis ella está destrozada, tanto que ya ni siquiera la reconozco. Hablo en serio...

Marco asintió con la cabeza mientras mantenía la vista fija en el frente.

—Da igual, lo superará.

—Yo no lo veo tan claro. Ha pasado un mes, y los dos estáis igual de jodidos que antes, quizá incluso más... ¿Por qué no hablas con ella y llegáis a un acuerdo?

Marco miró a su hermano, pensando que aquella idea era tan atractiva como imposible. Nadia no quería llegar a ningún acuerdo con él. Sólo quería apartarle de lo que siempre había constituido una parte esencial de su vida, y, a diferencia de su hermano, no estaba seguro de que él fuera capaz de hacerlo, así que, antes de pensarlo demasiado, contestó:

—No puedo llegar a ningún acuerdo con ella. No razona, Ales...

—Ni tú tampoco —Marco miró a su hermano desconcertado, y él asintió con calma, mostrándole que estaba decidido a animarlo —Venga, no te lo tomes tan a pecho. Todo se

arreglará, estoy seguro. Sólo necesitáis un poco más de tiempo y llenar el estómago. Supongo que Emma ha terminado ya la cena, así que, ¿qué te parece si ponemos la mesa?

Marco asintió mientras seguía a su hermano por el pasillo que conducía a la cocina, donde se encontraba su esposa.

—Así que ahora pones tú la mesa... ¿Dónde está tu criada?

—La hemos mandado a casa. A Emma le apetecía cocinar, y últimamente nos gusta cenar a solas... Así que todos contentos.

La sonrisa de Alessandro fue contagiosa y, antes de darse cuenta, Marco estaba también sonriendo para finalmente sentarse a cenar con su hermano y su cuñada. No podía negar que, a pesar de todas las dificultades que habían pasado, Alessandro parecía feliz con Emma, y mientras comía la exquisita lasaña que Emma había preparado para la ocasión, tuvo que admitir que, aunque el amor no lo puede, en algunas ocasiones, como en la de su hermano, era el mejor de los remedios. Era una lástima que aquel no fuera su caso.

Cuando al fin llegó la hora de irse, aún seguía pensando sobre aquello. No podía evitar pensar que quizá había alguna forma de arreglarlo, algo que se le escapaba, pero antes de llegar a ninguna conclusión, decidió que lo mejor era irse a un bar a terminar lo que poco antes había empezado, y sólo necesitó un par de tragos para tomar una decisión irrevocable: su vida sin Nadia estaba vacía. Lo único que veía a su alrededor sin ella era soledad, alcohol y violencia, así que, antes de pensarlo demasiado, se puso en pie y se marchó a toda prisa para ir a su casa a verla. No estaba del todo seguro de lo que iba a decir, pero por algún motivo sentía que tenía que hablar con ella con urgencia, si no quería que algo en su interior estallara en mil pedazos.

## CAPÍTULO 46

Aún no sabía cómo había llegado, pero ya estaba allí. De algún modo, había subido la escalera, aunque apenas era consciente de ello, y estaba frente a su puerta. Era posible que las copas que se había tomado de más hubieran contribuido a hacer aquel camino más sencillo, pero todo eso ya daba igual. Lo único que importaba era que estaba allí, y, aunque su respiración era cada vez más trabajosa, estaba dispuesto a hacer lo correcto, por difícil que fuera.

Levantó la mano y se decidió al fin a llamar a la puerta, pero cuando estaba a punto de hacerlo, algo le detuvo de repente. En realidad, Nadia le había advertido que no quería volver a verlo, y él la había dado su palabra de que así sería, así que ¿qué le hacía pensar que ir a verla aquella noche era buena idea? Estaba claro que estaba cometiendo un error, pero su mente alcoholizada no era capaz de darse cuenta, así que se dio la vuelta para volver a su casa, resignado a obedecer su orden de mantenerse lejos de ella, cuando sus pies se paralizaron de nuevo. De alguna forma, no podía hacerlo. Necesitaba verla. Había pasado demasiado tiempo, y los brazos, las piernas, la boca le dolían por su ausencia. Además, las palabras de Alessandro informándole de que ella también estaba destrozada, al igual que él, resonaban en su mente a cada momento ¿Era posible que también ella estuviera viviendo un infierno apartada de él? ¿Era posible que, a pesar de todo, la echara de menos tanto como él a ella? ¿Era posible que, a pesar de todo, aún tuviera alguna oportunidad de recuperarla? De ser así debía intentarlo con todas sus fuerzas, y, con esa idea en mente, se dio la vuelta una vez más y, antes de pensar en lo que estaba haciendo para evitar arrepentirse, llamó con los nudillos en la puerta. Esperó un instante, pero sólo escuchó silencio. Volvió a llamar, pero, una vez más, no oyó ningún movimiento dentro de la casa. En realidad, era normal. Era muy tarde, y lo más probable era que estuviera durmiendo y no lo escuchara... o que hubiera salido con sus amigas aquella noche. En ambos casos, no tendría más remedio que esperar, así que dio un paso atrás y se preparó para marcharse, cuando la puerta se abrió de repente ante sus ojos y Nadia, con el pelo revuelto y un camisón blanco que nunca la había visto antes, lo miró perpleja, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. Entonces, Marco dio un paso hacia ella, pero antes de llegar a tocarla como deseaba hacer para estrecharla entre sus brazos hasta que la dejara sin aliento, se detuvo, sabiendo que no podía hacerlo. Dejó escapar un suspiro y apoyó las manos a cada lado de la puerta, mientras trataba de pensar qué podía decir para conseguir que volviera a su lado. Sin embargo no era capaz de pensar con claridad, y eso le impidió intervenir antes de que ella lo hiciera primero:

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó atónita. Después, se frotó los ojos, como si creyera que aquello no era más que un sueño.

—He venido a verte ¿Estabas durmiendo?

El rostro de Nadia se contrajo mientras fruncía el ceño, mostrando que no tenía intención de ponérselo fácil a su inesperado visitante, que cada vez estaba más desesperado por tocar su hermosa piel y sentir los suaves mechones de su cobrizo cabello entre sus dedos después de todo el tiempo que habían pasado separados.

—No, no estaba durmiendo, pero no deberías estar aquí. Hicimos un trato, no íbamos a volver a vernos, ¿recuerdas?

Marco observó a Nadia con fijeza antes de contestar:

—Sí, lo recuerdo.

Y, entonces, Nadia respiró hondo y, supo lo que debía hacer a continuación, por mucho que la doliera. Su relación estaba condenada desde el principio, no podía estar con un hombre que iba a encadenarla a la tristeza y, posiblemente, a la muerte, al riesgo continuo y la violencia durante el resto de su vida, eso no era sano, y no sería capaz de sobrellevarlo, así que, antes de darse cuenta, negó con la cabeza.

—Entonces, supongo que no hay más que hablar... —Concluyó antes de empezar a cerrar la puerta, pero la voz de Marco la detuvo al momento.

—Pues te equivocas, Nadia. Tenemos mucho de lo que hablar, y necesito que me escuches, porque no puedo soportar más todo esto...

Nadia lo miró confundida.

—¿Qué es lo que no puedes soportar?

Marco tragó saliva, dispuesto a confesar toda la verdad, a abrirse en canal y sincerarse por completo con una mujer por primera vez en su vida, por difícil que fuera. Si eso era lo que debía hacer para no perderla, lo haría.

—Estar lejos de ti —Respondió Marco sin pestañear. Nadia le mantuvo la mirada, pero negó con la cabeza.

—No, eso no tiene sentido... Creo que deberías irte.

—¿Por qué no iba a tener sentido? —Preguntó Marco confuso.

—Porque tú no eres así... Simplemente, estás borracho. Vete a tu casa... Mañana te arrepentirás de todo esto.

—No, no voy a arrepentirme —Marco la miró con ojos vidriosos, y ella sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo —Sí, vale, he bebido un poco, no voy a negarlo, pero sé bien lo que hago, créeme, y necesito hablar contigo ahora mismo.

Nadia lo miró indecisa.

—No creo que sea buena idea... —Contestó al fin —Tú y yo no podemos estar juntos, esto no puede salir bien. El mundo que tú me ofreces dista mucho del que yo deseo...

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué haces aquí? No tiene sentido...

Marco clavó sus ojos castaños en los de ella, y por un instante sintió que la había hipnotizado.

—Si no me dejas entrar, no podré explicarte nada... ¿No crees? —Nadia vaciló un instante, y él agachó la cabeza, vencido, antes de volver a mirarla de nuevo —Por favor... Te juro que sólo será un momento...

Llegados a ese punto, Nadia no estaba segura de nada, pero ver a Marco suplicar en su puerta, tan afectado por su ruptura como lo estaba ella, fue suficiente para que ella no fuera capaz de negarse. Al fin y al cabo, ¿qué mal podía hacer que hablaran? Incluso si no llegaban a ningún acuerdo, no habría ningún riesgo más que el que ya corría por haberse relacionado con él en el pasado, y su insistencia la hizo sentir curiosidad sobre qué podía querer decirle... Así que, antes de poder arrepentirse, asintió con la cabeza y abrió un poco más la puerta para permitirle entrar.

—Vale, como quieras. Pero sólo un momento.

Marco asintió y, con una pequeña y fugaz sonrisa, atravesó su puerta, esperando que todo se solucionase al fin, por difícil que fuera.

## CAPÍTULO 47

Marco traspasó su puerta y escuchó como Nadia cerraba tras él, pero luego no supo qué hacer, así que se quedó de pie sin saber cómo comportarse mientras la observaba preocupado. Estaba tan hermosa que lo único en lo que podía pensar era en abrazarla y besarla. La había echado tanto de menos aquellas semanas que habían estado separados... pero no podía acercarse a ella, porque ella no iba a permitirselo, si no conseguía convencerla de alguna forma de que debían estar juntos porque se pertenecían el uno al otro y era inútil luchar por mantenerse separados si ambos iban a ser desgraciados haciéndolo. Sin embargo, no era tan fácil, porque había algo que se interponía entre ellos, y ninguno de los dos tenía intención de ceder, así que la conversación de aquella noche prometía ser complicada. Sólo esperó que no fuera imposible, porque no podría soportar perderla de nuevo.

—Bueno, ¿no vas a sentarte? —Preguntó Nadia extrañada al verlo allí de pie sin moverse en silencio. Marco asintió con la cabeza como respuesta a su pregunta, y la siguió hasta que tomaron asiento. El sillón de Nadia era incómodo, era demasiado blando y se hundía en algunas zonas, pero no podía negar que, a pesar de todo, lo había echado de menos —Bien. Ya estamos aquí. Ahora, di lo que necesites...

Marco respiró hondo y se armó de valor para pronunciar las palabras que necesitaba. Por difícil que fuera, no iba a andarse con rodeos. Iba a ser sincero y directo como nunca en su vida, e iba a hacerlo cuanto antes, decidido a conseguir su objetivo.

—Quiero que volvamos.

Nadia lo miró un instante perpleja antes de negar con la cabeza de forma insistente.

—No, sabes que eso no es posible...

—¿Por qué? —Preguntó Marco, como si mantuvieran esa conversación por primera vez.

—Lo sabes tan bien como yo... Tú y yo pertenecemos a mundos distintos...

—Sólo hay un mundo, Nadia, y ahora mismo yo estoy aquí contigo... No pongas excusas absurdas para tratar de justificarte...

Nadia frunció el ceño, molesta por sus palabras.

—No tengo porqué justificarme. Sé muy bien lo que estoy haciendo...

—¿Estás segura? —Preguntó Marco, dispuesto a todo para recuperarla —¿Me vas a decir que no me estás echando de menos? ¿Que no estás sufriendo lejos de mí...?

—¿Eso qué más da? —Soltó Nadia a la defensiva, cada vez más irritada.

—A mí me importa, y a ti debería importarte también...

—Pues no es así —Nadia se puso en pie y le dio la espalda, y él fue consciente al instante de que estaba enfocando mal la situación. Estaba concentrándose en ella cuando debía hacerlo en él, así que decidió cambiar de táctica, pues de lo contrario aquella conversación no iba a durar tanto como esperaba.

—Bien. Quizá tengas razón. En realidad, soy yo quien te echa de menos —Confesó al fin. Nadia se dio la vuelta y lo miró perpleja.

—¿De verdad? —Preguntó sorprendida. Marco asintió mientras fruncía el ceño.

—Claro. Sabes que nunca te he mentado. Ya te dije lo que siento por ti, no es ningún secreto.

—Sí, por eso te acercaste a mí sabiendo que eso me ponía en peligro y no me explicaste nada de tu pasado... ¿No es así?

—Una cosa no tiene que ver con la otra, Nadia.

—Esa es tu opinión, pero yo tengo una teoría algo diferente...

Marco se puso en pie frente a ella, consiguiendo con su proximidad que su seguridad se debilitara, antes de preguntar:

—¿Y puedo saber cuál es?

Nadia sintió que su mente se nublaba cuando su cuerpo se acercó a ella hasta casi rozarla, pero sin llegar a hacerlo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que debía pensar con claridad si quería que su plan de mantenerse alejada de Marco funcionara, así que dejó su mente en blanco y se concentró en sus firmes argumentos.

—Yo creo que, si amas a alguien, no le pones en peligro. Creo que le cuidas y le alejas de cualquier cosa que pueda herirle o dañarle...

—Y eso es lo que he hecho —Confirmó Marco, decidido —Te recuerdo que te puse protección. Te he asignado a uno de mis mejores hombres...

—Pero eso no es infalible, Marco... —Nadia miró su rostro con curiosidad —¿Es que no lo ves? Podría morir por haberme acercado a ti, y a ti te da igual... No te importa perderme. Igual que tu padre, me olvidarías y te buscarías a otra...

—Pero, ¿qué estás diciendo? —La voz de Marco se elevó más de lo que esperaba, mientras la cogía los brazos, perplejo —No tienes derecho a hablarme así. Está claro que no entiendes nada, joder. Llevo un puto mes sin mirar a otra mujer. Hasta esta noche, no he tocado a ninguna otra, y ni siquiera sé por qué lo he hecho al final, porque ya ni me apetece. No puedo concentrarme en el trabajo, no puedo pensar, no me apetece hacer nada... Lo único que hago durante todo el día es acordarme de ti ¿De verdad crees que podría superar tu muerte? Jamás lo haría, ¿me has entendido? Eres la única mujer que me interesa, y te juro que daría todo lo que tengo para mantenerte a salvo y a mi lado... ¿Qué coño puedo hacer para que lo veas?

Nadia miró los ojos brillantes de Marco y, por un momento, pensó en lo fácil sería volver a su lado. Aquellas palabras eran mucho más hermosas de lo que esperaba, pero, por desgracia, no eran suficientes, y no podía hacer nada para arreglarlo.

—Nada. No puedes hacer nada, Marco —Dijo con la voz temblorosa mientras se apartaba de su agarre —Lo nuestro no tiene solución, lo sabes igual que yo, y esto no ayuda en nada. De hecho, lo pone todo más difícil. Acordamos que no volveríamos a vernos, y tú has faltado a tu palabra...

—Esa es tu opinión, pero yo no estoy de acuerdo. Yo estoy luchando por ti.

—Pues no deberías, porque no va a servir de nada...

Marco miró a Nadia desesperado mientras la angustia de sentir que iba a perderla por segunda vez empezaba a quemarle por dentro.

Y, en ese momento, fue cuando lo sintió. No soportaba la idea de perderla, pero ya lo había hecho. No había forma de convencerla, estaba claro, pero la necesitaba, y la posibilidad de no volver a tenerla era tan dolorosa que incluso estuvo a punto de perder el conocimiento. Con esa única idea en la cabeza, sin apenas ser consciente de lo que hacía, se abalanzó sobre ella y, sin mediar palabra, tomó sus labios como si fueran de su posesión, a pesar de que en el fondo ambos sabían que ya no lo eran. Para su sorpresa, Nadia correspondió el beso unos segundos, permitiéndole estar en el paraíso hasta que, de repente, su mente se volvió racional de nuevo, y, dándose cuenta de que, por mucho que ambos lo desearan, aquello era un error, puso la mano sobre el pecho de Marco y lo apartó con sutileza. Marco permitió que le alejara aunque se dio cuenta de que no era lo que deseaba, y apoyó la frente sobre la de ella.

—No, Nadia. Por favor, no... —Suplicó en un susurro ahogado —Lo necesito...

—Es lo mejor. Sabes igual que yo que no es buena idea —Concluyó Nadia, fingiendo una

seguridad que no sentía —Lo nuestro no funciona, así que es mejor que paremos antes de que cometamos otro error...

—Para mí nunca podría ser un error estar contigo... —Confesó Marco con sinceridad. Nadia negó con la cabeza, y, en ese momento, desesperado, unas inesperadas palabras surgieron de sus labios de repente, sin que él supiera del todo lo que estaba diciendo. Nadia fue a darse la vuelta para irse a la cama, cuando escuchó tras ella la voz de Marco —Mierda, no te vayas, por favor. No sé qué más puedo decir... No sé qué hacer... —Marco se detuvo, cada vez más desesperado, y entonces unas palabras inesperadas sugieron al fin de sus labios: —Lo siento —Al escuchar aquellas palabras, Nadia se dio la vuelta para mirarlo, y entonces vio sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo. Lo que soy, lo que fui, lo que siempre seré. Todo lo que ha provocado que te haya perdido. Todo lo que te hace sentir que no puedo hacerte feliz, cuando eso es lo único que deseo. No soporto la idea de volver a perderte porque no puedo vivir sin ti. Te necesito para respirar... Así que, por favor, dime qué hace falta para que vuelvas conmigo y lo haré, te lo juro. Haré lo que quieras, Nadia, porque eres toda mi vida y te quiero.

Nadia vio entonces como las lágrimas de Marco se derramaban al fin por sus mejillas y, de repente, algo se iluminó en su mente como si lo hubieran enfocado con una linterna. En efecto, Marco la quería de verdad, mucho más de lo que nunca hubiera imaginado, y por eso estaba dispuesto a renunciar a lo que ella quisiera para seguir a su lado. Eso demostraba que había estado equivocada todo aquel tiempo. Él no consideraba que ella fuera reemplazable, igual que él no lo era para ella. La amaba de verdad, y por eso estaba allí luchando para recuperarla. Eso ya estaba aclarado... Pero, ¿qué venía después? ¿Acaso tenía ella derecho a pedirle que renunciara a algo que, según sus propias palabras, era parte de él, por difícil o peligroso que fuera? ¿No era eso un acto de egoísmo? Siempre había pensado que el amor era lo más importante, y por ello podía con todo, y que si amabas a alguien debías quererlo tal como era, no intentar cambiarlo. Pero, ¿no era eso lo que estaba intentando hacer ella? Eso no era amor, y él la acababa de demostrar que la quería de forma incondicional, así que, como mínimo, se merecía lo mismo por parte de ella. Ya pensaría después cómo iba a afrontar su decisión, pero ya estaba tomada, y debía asimilarlo.

Con aquella idea en mente, se abalanzó al fin sobre él y le dio un fuerte abrazo, tal como había deseado hacer desde que lo había visto parado frente a su puerta, aunque no se hubiera atrevido a hacerlo hasta ese momento. Él tardó unos segundos, pero finalmente la estrechó también entre sus brazos mientras sollozaba contra su cuello y ella le acariciaba el pelo.

—De acuerdo. Volveré contigo —Susurró en su oído mientras lo calmaba —Pero con una condición.

—La que quieras... —Aceptó Marco incluso antes de oírla.

—Que entre tú y yo nunca habrá condiciones ni secretos... —Marco se apartó un poco para observarla sorprendido antes de comprender lo que decía, pero cuando al fin lo consiguió, asintió con la cabeza, satisfecho.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo.

Y los dos se fundieron en un fuerte abrazo mientras Marco trataba de convencerse de que, al fin, había conseguido recuperar a la mujer de su vida y aquello no había sido sólo un sueño.

## CAPÍTULO 48

Marco no tardó en apartarse para observar a la mujer de su vida de nuevo. Aún no podía creerse que la hubiera recuperado, aunque, en el fondo, no estaba seguro de qué iba a tener que hacer para mantenerla a su lado. La condición de Nadia había sido que no iba a haber condiciones, pero eso no es lo que él esperaba, así que, tras coger su mano y sentarse en el sillón juntos, decidió que lo mejor era aclararlo cuanto antes.

—Entonces... —Marco titubeó por primera vez en su vida —¿Debo entender que todo está arreglado?

—Sí, mientras cumplas tu promesa.

—Genial... —Marco la observó preocupado —Ahora, sólo falta que definas un poco más en qué consiste la promesa que te he hecho... aunque sólo sea para que yo lo tenga un poco más claro...

Nadia no pudo evitar sonreír ante la forma en que Marco había explicado la situación en que se encontraban. En efecto, ella tenía muy claro lo que quería decir, pero para él todo era demasiado abstracto, algo que no era recomendable si querían que todo fuera bien en su relación.

—Buena idea... —Nadia lo miró y dejó que su mano dibujara los contornos de su rostro mientras reflexionaba sobre cómo explicarse. No podía expresar cuánto había echado de menos tocarle, o lo difícil que había sido apartarlo de su lado poco antes cuando lo único que deseaba era sentir su piel, pero, hasta que había oído sus palabras demostrando cuánto la amaba, no había tenido claro que, fuera como fuera, no podían estar separados. Sin embargo, después de eso, la decisión estaba tomada, y era irrevocable.

—Pues... Verás, lo que quería decir es que... No quiero que vuelvas a ocultarme nada nunca.

—Eso está hecho ¿Qué más?

Nadia tragó saliva.

—Nada más —Admitió al fin —No hay más condiciones, y no las va a haber nunca. No me gusta que me ocultes cosas porque siento que es como si me engañaras. No me gusta sentir que me mienten, y menos si lo haces tú... Pero por lo demás, no me parece justo empezar una relación poniendo condiciones. Creo que las relaciones no se basan en condiciones, sino en sentimientos ¿Entiendes? Y, si de verdad quieres a alguien, no puedes coartar su libertad. Así que... simplemente, no hay más que decir, salvo que yo acepto tus decisiones y tú aceptarás las mías, sean las que sean.

Marco la observó un instante perplejo, antes de ser capaz de reaccionar. Creía haber comprendido sus palabras, pero era imposible que fuera así. En ese caso, no iba a obligarle a renunciar a nada, había aceptado su pasado y su presente, su pertenencia a la mafia y todo el riesgo que implicaba, sin dudar, después de haberle dejado por ello.

—Entonces, ¿aceptas todo de mí? ¿Aceptas mi pasado, que sea parte de la mafia de mi familia y todo lo que eso conlleva?

—Sí —Respondió Nadia sin dudar —Acepto todo lo que sea necesario para estar a tu lado, aunque no te niego que me da miedo, pero ahora estoy segura de que juntos podremos superarlo.

—Vale, pero... No entiendo nada —Marco estaba tan confundido que apenas le salían las palabras —Hace un mes me dejaste de forma definitiva por eso... ¿Y ahora dices que te da igual?

—No... No me da igual, no te equivoques —Aclaró Nadia convencida —Me asusta, y no aún

sigo sin estar segura de que sea el mundo apropiado para mí... pero...

—¿Pero qué?

Nadia miró a Marco a los ojos con fijeza antes de confesar:

—Pero me he dado cuenta de que yo tampoco puedo vivir si ti —Aceptó al fin —Llevo semanas sintiendo que estoy muerta por dentro. Te amo, siempre te he amado y siempre lo haré, y hace un momento me has dicho las palabras indicadas para que me de cuenta al fin de que mi lugar está a tu lado... Así me has demostrado que tú también me quieres, más de lo que pensaba, y que además estás dispuesto a luchar por mí, por lo nuestro, sean cuales sean las consecuencias. Yo quiero hacer lo mismo. No quiero ser quien se rinda cuando hay impedimentos, no quiero ser la responsable del fin de nuestra relación. Quiero que mi mundo y el tuyo sean uno solo, por difícil que sea. Y quiero ser parte de todo lo que eres. Sólo así podré ser feliz... Si hay algo que tengo claro en este momento, es eso.

Marco se quedó un momento pensativo antes de ser capaz de reaccionar. Luego asintió con la cabeza.

—Bien... —Se mojó los labios con la lengua, aliviado —En ese caso, perfecto. La verdad es que había esperado unas condiciones mucho más complicadas... pero me lo has puesto muy fácil... —Dijo mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Vaya... Pues deja de burlarte de mí o haré que te arrepientas...

—¿En serio? —Marco vio cómo Nadia se subió a su regazo a horcajadas, y disfrutó observando la forma en que sus ojos le transmitían el mismo anhelo por su cuerpo que él mismo sentía en ese momento. Sin embargo, estaba decidido a no ser él quien diera el primer paso. Acababan de volver y no estaba dispuesto a poner en peligro lo que, al fin, había conseguido con tanto esfuerzo, y mucho menos con sexo.

—Sí. De hecho, si sigues con esa sonrisa burlona, creo que voy a ponértelo mucho más difícil...

Marco bajó sus manos por la espalda de Emma hasta llegar a su costado, y entonces apretó un poco, consiguiendo así que también ella se riera.

—¿Y qué vas a hacer?

Nadia trataba de contestar, pero no era capaz al haberse quedado sin aliento por las carcajadas.

—No sé, pero...

—¿Pero qué? —Insistió Marco instensificando su ataque, hasta que consiguió que Nadia cayera tumbada sobre su espalda en un intento desesperado por huir de él. En ese momento, los dos se quedaron quietos mientras sus jadeos llenaban la sala en la que se encontraban. Marco acarició los cabellos de Nadia, sintiendo como sus mechones suaves se deslizaban entre sus dedos, y, antes de darse cuenta, Nadia se acercó a él y le dio un dulce beso que a Marco le supo a poco. Después, ambos se apartaron y Nadia se sentó a su lado de nuevo, aunque su rostro no estaba tan feliz como esperaba.

—¿Qué pasa? —Preguntó Marco, extrañado, frunciendo el ceño.

—Nada...

Marco la observó un instante pensando que le mentía, pero después de la larga charla que le había soltado sobre la sinceridad y no ocultar nada, pensó que su respuesta debía ser sincera, y quizá lo único que ocurría era que quería ir despacio, así que aceptó su premisa sin dudar un momento. Sin embargo, después de unos minutos más en silencio, empezó a pensar que se equivocaba.

—Nadia, sé que te pasa algo. Tú nunca estás tan callada... Y creo que eres tú la que has

exigido sinceridad, así que... ¿Vas a decirme ya lo que te pasa?

Nadia negó con la cabeza.

—No es nada... Sólo... Una tontería...

—También me interesan tus tonterías —Declaró Marco. Entonces, Nadia se dio cuenta de que no tenía escapatoria y decidió que lo mejor era confesar la verdad.

—Vale... De acuerdo —Aceptó vencida mientras sentía cómo sus mejillas se sonrojaban —Es sólo que... hace un momento te he deseado como nunca, pero tú te has apartado de mí otra vez sin ni siquiera tocarme, y entonces me he acordado de algo que has dicho antes...

—¿El qué? —Preguntó Marco a pesar de que suponía a qué se refería, y no le gustaba nada.

—De que me has dicho que en todos estos días no has tocado a ninguna otra mujer... hasta esta noche.

Marco la miró esperando que aquello no supusiera un problema, porque, al menos desde su punto de vista, no debía serlo.

—¿Y eso te molesta? —Cuestionó al fin.

—Sí, aunque sé que no debería... Al fin y al cabo, tú eras libre, lo habíamos dejado... — Nadia tragó saliva mientras fijaba la vista en el suelo —Pero he pensado que... quizá por eso no me deseas tanto en este momento, porque has estado con ella...

—No, Nadia —La voz de Marco sonó firme mientras cogía sus mejillas entre las manos, obligándola a levantar la mirada —Si eso es lo que piensas, estás muy equivocada.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Que después de todo lo que ha ocurrido, creí que querías ir despacio, y no quiero presionarte. Eso es todo.

Nadia se quedó perpleja ante aquellas palabras tan consideradas y quiso darse un puntapié a sí misma como castigo por su grave error. De todo lo que se la había pasado por la cabeza, eso era lo único en lo que no había pensado.

—Entonces, ¿me deseas?

Marco la miró con fijeza.

—Desde que te conocí, eres la única mujer a la que deseo, Nadia.

Y, en ese momento, se abalanzó sobre sus labios y los saboreó con tal fuerza que Nadia no pudo evitar que un jadeo escapara contra su boca. Estaba tan excitada que ni siquiera necesitó una señal para desnudarse mientras Marco la observaba maravillado. Mientras él mismo se quitaba la camisa y el pantalón que llevaba, mostrándose ante ella, tuvo que admitir que no podía esperar para tenerla de nuevo entre sus brazos. Ninguna mujer podría compararse nunca con ella, ninguna mujer podía hacerle sentir como ella, y quizá por ese motivo, ella era la única que le interesaba. Nunca hubiera imaginado que iba a terminar sintiendo algo tan poderoso por Nadia, pero así era.

Antes de pensarlo demasiado, se tumbó sobre su cuerpo y la penetró con fuerza mientras sujetaba su pelo para mantenerla inmóvil. En aquella ocasión quería ver su rostro mientras la hacía suya, y no iba a darle la oportunidad de negarle ese placer después de todo aquel tiempo en que se había visto obligado a estar separado de ella.

—Mírame... —Ordenó entre jadeos, deleitándose con los gemidos de placer que Nadia emitía —No apartes la vista de mí ni un momento —Añadió antes de abrazarla con fuerza derramándose en su interior mientras ella sentía que el mundo se hacía pedazos a su alrededor. Y, en ese momento, todo cobró sentido al fin y los problemas se evaporaron al instante, mientras Marco se acercaba para besar a Nadia en los labios.

## CAPÍTULO 49

Aquel día, Nadia se había levantado tan feliz que ni siquiera podía creérselo. Aunque Marco le había dicho que tenía cosas que hacer, y por lo tanto no iba a poder dormir a su lado, el solo hecho de saber que volvían a estar juntos era suficiente para que su despertar fuera perfecto. No podía negar que, después de todos aquellos días tan tristes, su vida se había encauzado de nuevo. Marco la había demostrado que la amaba más de lo que nunca había imaginado, y de repente se sentía como si estuviera viviendo un sueño.

La mañana en el trabajo fue tan frenética como siempre, pero aún así a cada momento se quedaba pensativa recordando la forma en que Marco la había acariciado la noche anterior, como si la considerase un tesoro que no quería volver a perder, cómo la había hecho el amor, rozando la perfección, como sólo él sabía, y el modo en que la había abrazado después, mostrando que lo que había entre ellos era mucho más que sexo, aunque el sexo fuera también extraordinario.

Eso la llevó a recordar lo que la había confesado justo antes de que volviera con él. Había estado con otra aquella noche, aunque nunca lo hubiera imaginado. Había pasado todo el mes sin mirar a otra mujer, algo difícil de creer en un hombre como Marco, pero finalmente había sucumbido a una mujer ¿Quién era? Debía de ser increíble, si no había podido negarse a ella... y de repente aquella idea la provocó tal seguridad que no pudo evitar coger el móvil para escribirle un mensaje, pero antes de mandarlo lo dejó de nuevo sobre la mesa ¿En qué estaba pensando? No podía montarle una escena de celos. Al fin y al cabo, cuando aquello ocurrió él era libre. Podía estar con quien quisiera, y ella no tenía ningún derecho a pedirle explicaciones, así que, antes de hacer algo de lo que, sin duda, iba a acabar arrepintiéndose, decidió volver a concentrarse en los documentos que tenía frente a ella. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que Alessandro salía de su oficina hasta que pronunció su nombre, y entonces levantó la mirada de repente y lo vio allí, mirándola con gesto burlón, mientras se colocaba la corbata.

—Nadia, me voy a comer, pero antes... —Nadia se dio cuenta de que la actitud de Alessandro era extraña. Sin embargo, decidió no decir nada —Quería decirte que me gustaría que este sábado vinieras con Marco a casa —Por supuesto, Alessandro se había percatado de la sonrisa que tenía en los labios nada más llegar a la oficina aquella mañana, y la había preguntado al respecto, y por primera vez Nadia había sentido la confianza suficiente para confesarle que Marco y ella habían arreglado sus diferencias y estaban juntos de nuevo. A pesar de que no le gustaba demasiado mezclar su vida personal con su trabajo, cada vez se sentía más unida a Alessandro, no sólo como su jefe, sino como su propia familia, y estaba tan feliz que necesitaba gritarlo a los cuatro vientos, así que no dudó un instante en hacerlo en cuanto tuvo la oportunidad. No pudo evitar percatarse de que había hecho lo correcto cuando vio como Alessandro sonreía, confirmando que se alegraba por ambos.

Nadia asintió con la cabeza.

—Por supuesto, no hay problema, aunque Marco no me ha dicho nada...

—Lo sé. En realidad... —Alessandro respiró hondo antes de continuar —Verás, es que es su cumpleaños —Dijo sentándose sobre su mesa —Sé que no le gusta mucho celebrarlo, pero le he preparado una fiesta sorpresa... a Emma le hace mucha ilusión, y estoy seguro de que lo pasaréis bien... Así que te agradecería que te asegurases de que viene, porque si no va a ser un desastre...

Nadia no pudo evitar la sonrisa que apareció en sus labios al comprender lo que pasaba, pero

pronto asintió sin dudar.

—Claro. Entonces, me aseguraré de que vaya. No tienes de qué preocuparte —Confirmó guiñándole un ojo. Alessandro dejó escapar un suspiro aliviado y se puso en pie de nuevo mientras se alisaba las mangas del traje.

—Vale, entonces arreglado —Dijo mientras se encaminaba hacia la puerta —No tardaré mucho, pero mantenme informado si hay algún problema.

—¡Por supuesto!

Y, con aquellas palabras, Nadia volvió a concentrarse en su trabajo. Sin embargo, según pasaban los minutos, y por mucho que ella tratara de evitarlo, la idea de Marco acariciando y besando a otra mujer como lo había hecho unas horas después con ella aplacó su buen humor y empezó a angustiarse cada vez más, de modo que pronto cogió el móvil de nuevo y envió el mensaje que poco antes había ignorado. Aunque suponía que iba a ser un error, no pudo evitarlo.

*¿Quién es la mujer con la que estuviste ayer?*

Después, dejó su smartphone sobre la mesa, suponiendo que Marco estaría muy ocupado y no iba a poder contestar tan pronto como la hubiera gustado, pero al momento escuchó el pitido de su móvil demostrando que se equivocaba.

*No la conoces ¿Por qué?*

Nadia frunció los labios, frustrada.

*Simple curiosidad*

Nadia quiso terminar la conversación, pero no fue capaz, sobre todo cuando escuchó que había recibido un nuevo mensaje.

*¿Estás celosa?*

Nadia se sintió molesta al leer aquello, quizá porque Marco se había dado cuenta de cuál era el problema real, aunque ni siquiera ella quisiera admitirlo.

*Por supuesto que no. Tú podías estar con quien quisieras. Eras libre.*

Después, dejó el smartphone sobre la mesa y se concentró en los documentos que debía corregir antes de entregárselos a su jefe, decidida a dar por finalizada la conversación. Sin embargo, cuando escuchó un nuevo pitido, no pudo evitar la curiosidad y cogió el móvil de nuevo.

*Lo sé, pero fue decisión tuya. Yo no quería serlo, y ahora tampoco quiero. No lo olvides ;)*

En cuanto leyó aquella frase, Nadia no pudo evitar sonreír, y al instante su mal humor se disipó por completo. ¿Cuándo había aprendido Marco a enviar guiños? No era muy propio de él, pero le encantaba aquel cambio. Sin duda, a pesar de todos los inconvenientes, era el hombre perfecto.

Aún estaba pensando en eso cuando escuchó un ruido tras ella. Tardó un momento en darse cuenta de que era la puerta, y se dio la vuelta pensando que Alessandro había vuelto de comer aunque fuera mucho antes de lo que esperaba, pero era tan trabajador que ni siquiera la sorprendía. Sin embargo, cuando se volvió al fin, se encontró con un hombre desconocido que la miraba con fijeza.

—¿Puedo ayudarle? —Preguntó al fin, confundida por su extraña actitud. El hombre miró alrededor un instante antes de clavar la mirada en ella de nuevo.

—Espero que sí —Respondió al fin —Quería ver al señor Bassetti.

—¿Tenía cita? —Preguntó Nadia, cada vez más confundida. Aquel hombre no se comportaba como uno de los clientes de Alessandro, y aquella hora no era la habitual para una reunión... Además, su pelo estaba algo despeinado, algo no muy común en la gente que frecuentaba aquella oficina, y todo aquello, unido a su actitud, empezaban a intranquilizarla.

—No, pero supuse que podría hacerme un hueco ¿Es posible?

—No, lo siento —Nadia negó con la cabeza, tratando de comportarse con la educación que la caracterizaba —Ahora mismo ha salido, pero estaré encantada de concertarle una cita cuanto antes, si lo que tiene que hablar con él es tan urgente...

En ese momento, aquel tipo le dedicó una sonrisa tan siniestra mientras la estudiaba con la mirada que incluso sintió un escalofrío, pero trató de mantenerse firme mientras esperaba su respuesta, mostrando la profesionalidad que requería su puesto. El hombre la mantuvo la mirada un instante, y luego negó con la cabeza.

—No, no hace falta, gracias. Ya vendré en otro momento —Empezó a caminar hacia la puerta y, justo antes de llegar, se volvió hacia ella —Que tenga un buen día.

Y, con aquellas extrañas palabras, se marchó al fin, dejándola boquiabierta.

Nadia no pudo evitar sentirse inquieta hasta que volvió Alessandro y le contó lo que había ocurrido, pero él no pareció darle demasiada importancia, así que supuso que estaba exagerando. Al fin y al cabo, no era la primera vez que pasaba algo así... Y Nadia no tuvo más remedio que admitir que, en el fondo, era muy probable que tuviera razón, así que supuso que la noticia de la extraña mafia a la que Marco y su jefe pertenecían debía de haberla afectado, y continuó con su trabajo ignorando la alerta que la había enviado su cerebro.

## CAPÍTULO 50

Cuando Nadia tocó el timbre de la puerta de casa de su hermano aquella noche y sonrió, Marco supo lo que se avecinaba al instante. Aquello no era una visita sin más, estaba claro, lo que quedó patente cuando entraron y, de repente, un grupo numeroso de gente apareció de la nada y gritó: «¡Sorpresa!». Ales miró a su hermano, que lo observaba risueño, y negó con la cabeza mientras todos se acercaban para felicitarlo. Cuando llegó el turno de Alessandro, lo abrazó con fuerza.

—¿No crees que ya somos un poco mayorcitos para esto, hermano? —Murmuró antes de alejarse, pero Ales, contra todo pronóstico, negó con la cabeza convencido de que su decisión había sido certera.

—No. La verdad es que no lo creo —Admitió sin dudar —A veces hay que disfrutar un poco, Marco, y qué mejor forma se te ocurre para conseguirlo que una fiesta...

Marco asintió, aunque no estaba del todo de acuerdo. En ese momento, sin embargo, lo único que le importaba era que su hermano había montado aquella velada con su mejor ilusión junto a Emma, y por tanto se merecía su gratitud.

—Supongo que tienes razón...

—Por supuesto que la tengo.

Marco pasó la noche hablando con gente con la que llevaba tiempo sin verse, y no pudo evitar percatarse de que, a pesar de que Ales y Emma siempre parecían muy enamorados, aquella noche incluso estaban más acaramelados de lo habitual, y eso era preocupante. Por un momento, pensó si él acabaría sintiéndose así con Nadia. Por el momento, no podía negar que era así, pero el futuro era muy incierto todavía. Ella había aceptado seguir a su lado sin condiciones, pero no sabía durante cuanto tiempo. Aún no había vivido en su mundo, no sabía lo que la esperaba, y por ese motivo temía que en cuanto lo viera no pudiera aceptarlo y huyera de nuevo, aunque ver a Emma junto a Ales en ese momento, dándole tarta mientras se aseguraba de mancharle bien los labios con nata entre risas, le daba esperanzas de que, al igual que a su hermano, su historia pudiera tener un final feliz, a pesar de que por el momento todo pareciera pronosticar lo contrario.

—¿Qué pasa? ¿Te aburres? —Preguntó Nadia, de repente a su lado.

—No, claro que no... Sólo... Estaba mirando a mi hermano —Confesó al fin mientras señalaba a Alessandro con la cabeza —Nunca imaginé que acabaría así... Nunca le había visto tan feliz... Es... extraño...

—Yo no lo creo —Contestó Nadia con sinceridad —Simplemente, está enamorado. Como yo... y nada puede hacerte sentir más feliz que eso. Está claro.

Marco apartó entonces la mirada de Alessandro y la centró en Nadia, que lo observaba con ojos hambrientos. Estaba claro lo que deseaba, y no podía negar que él anhelaba su cuerpo del mismo modo, así que no tuvo que pensar demasiado para decidir lo que iban a hacer a continuación.

—Creo que ya ha llegado la hora de irse... —Declaró al fin. Nadia sonrió y negó con la cabeza.

—Sí, ya sé a qué te refieres, pero no puede ser. Sólo hemos estado aquí un par de horas...

—Me da igual. Estoy impaciente por marcharme... —Confirmó Marco convencido antes de acercarse al oído de Nadia para murmurar: —A no ser que quieras que te lleve al baño y lo

hagamos aquí mismo.

Nadia dejó escapar un jadeo ahogado mientras cerraba los ojos. La mano de Marco abrazó su cintura y, por un instante, estuvo a punto de responder que hiciera lo que quisiera, porque se sentía tan impaciente como él, pero finalmente se forzó a negar con la cabeza, aunque como aún no había abierto los ojos no pareció demasiado segura de su respuesta.

—No... Aquí no... Es la casa de tu hermano... No podría ni mirarle a la cara luego...

—Entonces, nos vamos —Marco no esperó a escuchar su contestación, sino que se dio la vuelta y fue a hablar con Ales para explicarle que se marchaban. Esperaba un poco más de discusión, pero Ales se limitó a sonreír y asintió con la cabeza.

—Veo que os habéis reconciliado en serio... —Dijo mientras miraba a Nadia, que lo esperaba junto a la puerta. Marco asintió y él le dio una palmada en la espalda —Me alegro mucho por ti, de verdad.

—Gracias.

Y, entonces, cuando Marco iba a marcharse, de repente escuchó a su hermano de nuevo, deteniendo sus pasos al momento.

—Oye, tengo que hablarte de algo. No sabía si decírselo a alguien todavía, pero creo que si no voy a estallar así que...

—Suéltalo de una vez —Le apremió Marco con curiosidad. Alessandro amplió su sonrisa y confesó al fin:

—Emma está embarazada.

Marco sintió como una gran sonrisa se contagiaba a sus labios al momento.

—Joder, tío ¿En serio? Entonces, creo que soy yo quien debería felicitarte... Veo que no habéis querido esperar demasiado...

—No, no demasiado, aunque tampoco pensábamos que iba a ser tan rápido... —Ales miró a Marco con fijeza un instante antes de añadir: —Pero no se lo digas a nadie todavía. No queremos que lo sepa nadie aún, ni siquiera la familia...

—Entiendo —Aceptó al darse cuenta de que su tono de voz prometía una muerte segura si desobedecía. Estaba claro que Ales nunca iba a cambiar —No te preocupes, tu secreto estará a salvo conmigo —Dijo mientras le daba una palmada en la espalda con una fuerza similar a la que había recibido de él poco antes —Ahora, tengo que marcharme. Si necesitas algo, no dudes en decírmelo.

—Por supuesto.

Y, en ese momento, se dio la vuelta para marcharse y vio que Nadia no estaba allí, junto a la puerta, donde la había dejado. Por un instante, se sintió confundido mientras avanzaba hacia donde la había visto por última vez, pero no quedaba rastro de ella. Cogió su smartphone del bolsillo y la llamó, pero nadie contestaba, así que, sin pensarlo un momento más, salió corriendo a la calle para buscarla, esperando que la angustia que empezaba a crecer en su interior por su ausencia no fuera por una amenaza real, aunque no estaba del todo seguro de que así fuera.

## CAPÍTULO 51

Nadia miró cómo Marco se despedía de su hermano y sintió como se le enternecía el corazón. Sin embargo, estaba ansiosa por marcharse de allí al fin, y parecía que tardaban más de lo que esperaba, así que decidió salir por su cuenta para buscar a Paolo, que probablemente les estaba esperando. No tenía su teléfono, pero supuso que no tardaría en encontrarlo.

Mientras bajaba por las escaleras, empezó a pensar en cómo Marco iba a acariciarla, con suavidad y dureza a la vez. Nunca nadie la había tocado de esa manera, era único, y sintió un escalofrío por todo el cuerpo sólo de imaginarlo.

La noche no era muy fría, por suerte, pero sí lo suficiente como para que se arrepintiera de llevar un vestido de manga corta. Lo había elegido porque era realmente hermoso, y realzaba cada una de sus curvas con maestría, lo que parecía haber funcionado con Marco, tal como ella deseaba, pero cuando la oscuridad de la noche la recibió con su frescura habitual, se dio cuenta de que quizá había sido un error elegirlo. Por suerte, sólo tendría que aguantar un momento hasta divisar el coche de Paolo, así que empezó a buscarlo cuando, de repente, sintió que alguien se abalanzaba sobre ella. Le hubiera gustado que fuera Marco, que la había encontrado al fin, pero el hombre que la abrazaba por la espalda lo hacía con demasiada fuerza. Estaba claro que no era Marco, aunque no tenía ni idea de quién era.

Trató de gritar por instinto, pero su agresor pareció leer su mente y, antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, tapó su boca con la mano, impidiéndoselo. Entonces, la angustia se apoderó de ella mientras la aprisionaba contra su cuerpo ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué la había sujetado? Y, lo que era peor, ¿qué tenía pensado hacer con ella?

Antes de que todas aquellas preguntas colapsaran su mente, Nadia escuchó su voz, aunque por desgracia no la conocía de nada:

—Mantente callada y todo irá bien —Dijo con un tono tan bajo que la aterró al instante. Si algo tenía claro después de escucharlo, era que esa no era la primera vez que ese hombre hacía algo parecido, y eso la produjo tal temor que no supo como reaccionar. Su pulso era firme y su voz controlada, por lo que sus posibilidades de escapar se debilitaban con tal rapidez que incluso empezó a costarla respirar —Vas a venirte conmigo muy despacio, y te vas a meter en este coche —Continuó mientras la obligaba a caminar hacia atrás —Si haces lo que te digo, no tendrás ningún problema.

Nadia dudaba de verdad que aquellas palabras fueran certeras, pero, por otro lado, ¿qué otra opción tenía? Lo único que podía hacer era obedecer, de lo contrario podría salirle muy caro. Al fin y al cabo, aquel hombre era demasiado fuerte como para enfrentarse a él. Estaría muerta antes de levantar un brazo.

En su desesperación, decidió asentir, y el tipo lo tomó como un triunfo. Empezó a caminar hacia su espalda, llevándola a ella con él, cuando de repente sintió que algo lo empujaba con fuerza y caía al suelo. Sin tener idea de qué había podido ocurrir, miró hacia arriba y vio frente a él a Marco, que lo observaba con furia mientras cogía a Nadia entre sus brazos. Después, la colocó tras él, advirtiéndola de que no debía moverse de allí bajo ningún concepto. Paolo apareció con el coche de repente, mientras ella observaba la forma en que Marco se acercaba a su agresor, y, antes de mediar palabra, empezó a golpearle con tanta fuerza que, poco después, totalmente ensangrentado, perdió el conocimiento. Nadia empezó a asustarse al ver que ni al

percatarse de que se había desmayado dejó de golpearle con fuerza. Los puñetazos se alternaban con las patadas cuando, de repente, Paolo apareció a su lado y la cogió para llevarla hacia el coche a la fuerza.

—No... No pienso irme de aquí sin Marco ¿Qué haces? —Preguntó confundida.

—Lo que Marco me ha ordenado. Vamos... —Explicó Paolo con paciencia.

—¡No! —Repitió Nadia, zafándose de su débil agarre —No voy a irme... Va a matarlo...

—Ese no es nuestro problema.

Nadia levantó la mirada hacia Paolo y, en un momento, recordó todo lo que había olvidado. Estaba en manos del chófer de uno de los líderes de una mafia italiana, aunque nunca lo hubiera pensado. Ellos estaban acostumbrados a todo aquello, aunque para ella fuera algo aterrador. Sin embargo, aquella reflexión no ayudó a que dejara de sentir miedo. Tenía que detener a Marco o iba a acabar en la cárcel.

—¡No! Marco, basta ya, vas a matarlo...

Y, en ese momento, contra todo pronóstico, Marco se detuvo al fin. Estaba sentado sobre el cuerpo de aquel tipo mientras continuaba dándole puñetazos, y no pudo evitar mirar a Nadia después de oír sus gritos. Por desgracia, su rostro le comunicó mucho más de lo que necesitaba. Seguía estando atemorizada, lo que era comprensible después de lo que había vivido. El problema era que ya no tenía claro si el motivo era el hombre que había intentado secuestrarla o... él mismo. Y eso le amedrentó al momento.

—Mierda... —Murmuró antes de bajar la mirada al suelo. Luego cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza, aún en la misma posición en que se encontraba. Aquello no había sido apropiado. Nadia no estaba acostumbrada a ese tipo de violencia, y verlo así no debía haber sido agradable para ella. Debía haberse controlado, pero cuando había visto a aquel hombre tratando de raptarla, había perdido la cabeza por completo. Por suerte, pronto volvió en sí y se dio cuenta de lo que debía hacer con urgencia —Paolo, métela en el coche —Ordenó una vez más, antes de coger el pasamontañas que ocultaba el rostro del agresor para poder identificarlo. Por desgracia, su rostro no le era conocido, y eso empeoraba aún más las cosas. Fue entonces cuando escuchó el grito de Nadia.

—¡No! No pienso irme de aquí...

Y, entonces, supo lo que debía hacer al fin. Estaban en medio de la calle, y, aunque él tenía carta blanca para hacer lo que quisiera en Italia, ya no estaban allí. En España no era tan sencillo, y había pegado una paliza de muerte al hombre que aún sangraba inconsciente en el suelo. Eso significaba, como mínimo, que debía huir cuanto antes. De lo contrario iba a tener que dar muchas explicaciones a la policía cuando apareciera, y, aunque eso no le importaba demasiado, la posibilidad de que Nadia se viera envuelta en un conflicto similar sí le preocupaba, así que, antes de dudar un instante más, se puso en pie de un salto, se dirigió hacia Nadia y la cogió de la mano para arrastrarla hacia el coche, obcecado por protegerla. Por suerte, ella no opuso ninguna resistencia, pero justo cuando iban a entrar, escucharon el ruido de las sirenas, y Marco cerró los ojos derrotado. Su plan no había funcionado, y, al parecer, era Nadia quien iba a pagar las consecuencias.

## CAPÍTULO 52

En cuanto pararon los coches, Marco se quedó en silencio, esperando paciente lo que sabía que se avecinaba. El inspector Hernández salió de su coche mientras las sirenas seguían iluminando el lugar con sus estridentes colores, y, bajo la atenta mirada de Nadia, que seguía sujeta por Paolo para que no pudiera moverse, Marco vio como se acercaba hacia él negando con la cabeza.

—Otra vez tú... —Dijo mostrándose resignado —Es extraño que te encuentre tan a menudo metido en problemas, ¿no te parece, Marco?

—No, no lo creo —Contestó él sin dudar, tratando de mostrarse calmado, aunque la presencia de aquel tipo en ese momento le crispaba los nervios —Yo no puedo controlar quien me ataca, ni cuándo... No creo que se me pueda responsabilizar de eso.

—Es posible... —Admitió el agente sin mostrarse convencido. Luego, su mirada se desvió hacia el hombre que yacía ensangrentado y aún inconsciente en el suelo —¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Ese hombre, al que no conozco de nada, nos atacó cuando salíamos de la fiesta que me había preparado esta noche mi hermano...

—¿Os atacó? —Preguntó el inspector, confundido —¿A ambos?

—Sí. Exactamente. Nos atacó y yo me he defendido. Eso no es ningún delito, según creo... — Marco seguía decidido a no involucrar a Nadia más de lo necesario, y si tenía que modificar un poco la realidad para conseguirlo, no iba a dudar en hacerlo. Sin embargo, el inspector no parecía demasiado convencido por sus palabras, por desgracia.

—No. La verdad es que eso no es ningún delito —Admitió al fin, muy serio —Matar a un hombre, en cambio, sí lo es...

—No está muerto —Marco no quiso añadir que el único motivo por el que le había dejado vivir era Nadia. Si no hubiera sido por ella y el miedo que había visto en sus ojos cuando había gritado aterrada, sin duda no podría decir lo mismo, pero eso no era de su incumbencia.

—Por muy poco...

—Eso entra dentro de seguir vivo, ¿no es así?

El inspector lo miró un instante, tratando de pensar en cómo contestarle, hasta que finalmente, viendo su actitud desafiante, se vio obligado a asentir con la cabeza.

—Sí, supongo que sí —Entonces, apuntó algo en su libreta y reflexionó unos segundos antes de continuar con su interrogatorio —Entonces, si lo he entendido bien, tú mantienes que ese hombre se abalanzó sobre vosotros sin mediar palabra, y no lo conoces de nada.

—Así es.

El hombre se acarició la barbilla, pensativo.

—No tiene demasiado sentido...

—Es posible. Pero es la verdad —Insistió una vez más —¿Tiene alguna otra pregunta o podemos irnos? Porque mi novia está muy nerviosa, y no creo que seguir aquí mucho tiempo vaya a ayudar demasiado...

—Sí, lo comprendo —Entonces, su mirada se concentró en Nadia, que parecía aterrada a su lado, y no dudó un momento sobre lo que debía hacer —Pero, antes de irse, me gustaría hacerle unas preguntas también a ella...

—No. Nada de eso. No va a molestarla —Negó en rotundo, decidido a no permitir que

importunase a Nadia con sus insolencias en ese momento. Él estaba acostumbrado a escenas como aquella, a la sangre y la violencia, pero para Nadia era algo nuevo e impactante, y no estaba dispuesto a permitir que lo empeorara con sus absurdas teorías. Por una vez, estaba diciendo la verdad, e iba a proteger a Nadia de aquel hombre, al igual que la había protegido del que había tratado de raptarla poco antes.

—Pero hay cosas que necesito aclarar...

—Sí pero yo ya he contestado todas sus dudas. No es necesario que mi novia pase por esto — Marco se mostró rotundo en su decisión, pero el inspector no parecía tener intención de aceptar su respuesta.

—Te recuerdo que podría deteneros y obligarla a responder a mis preguntas...

Marco lo observó con fijeza antes de contestar.

—Sí, podría, pero no se lo aconsejo — Su frase sonó como una auténtica amenaza, y Marco no pudo más que alegrarse por ello, dado que era justo lo que quería. Si obligaba a Nadia a pasar por una experiencia tan terrible como un interrogatorio innecesario después de lo que acababa de vivir, conseguiría que le expulsaran del cuerpo fuera como fuera. Eso o acabaría muerto. No iba a permitir que nadie la hiriese, y ese hombre parecía dispuesto a hacerlo — En realidad, creo que lo más aconsejable es que se concentre en el delincuente que ha intentado secuestrar a mi novia, y averigüe por qué lo ha hecho antes de que me vea obligado a hacerlo yo mismo, porque de ser así será peor para él y también para usted mismo... Se lo aseguro.

El inspector Hernández frunció el ceño al escuchar aquellas palabras.

—¿Sabe cuáles son las consecuencias de amenazar a un inspector de policía?

—No, y tampoco me interesan... Yo no le he amenazado. Sólo le he explicado qué va a pasar si no hace su trabajo, así que espero que lo haga porque, de esa forma, todo saldrá bien. Sólo tiene que investigar a los malos en vez de a los buenos... No lo veo tan complicado...

El inspector lo observó un instante de arriba abajo. Su mirada transmitía tal furia que apenas era capaz de controlarse, pero poco después le demostró que estaba bien entrenado. Poco a poco, se fue calmando hasta que, finalmente, asintió con la cabeza, a pesar de que la furia no había abandonado del todo sus ojos.

—Bien. Le llamaré si necesito algo más.

—Por supuesto.

Y, con aquellas palabras, se puso en pie y se marchó del lugar tan rápido como le fue posible, mientras otros agentes seguían recogiendo pruebas y la ambulancia empezaba a tratar al enfermo. Marco no esperó demasiado para coger a Nadia del brazo y dirigirla hacia el coche con urgencia.

—Paolo, sácanos de aquí ahora mismo — Ordenó con dureza. Paolo asintió y tomó asiento en el coche, mientras Marco y Nadia ocupaban su lugar en la parte de atrás. El coche se puso en marcha, y, antes de que se dieran cuenta, se incorporó a la carretera.

Nadia se mantuvo en silencio todo el camino a casa, y hacia la mitad Marco empezó a sentirse incómodo por la forma en que lo evitaba. Ni siquiera lo miraba, y eso no prometía nada bueno. Intentaba pensar que era lógico, que estaba asustada, pero lo único que sentía según avanzaban era que se estaba alejando de él de nuevo, así que, poco después, no tuvo más remedio que hablar al fin. De lo contrario, su corazón iba a acabar estallando dentro de su pecho.

—¿Estás bien?

Nadia abrió al fin los ojos y se incorporó un poco, antes de mirarlo a la cara. Marco estaba tan aterrado que la sorprendió, a pesar de que aún seguía mirándola con el rostro sereno. Sin embargo, sus ojos transmitían miedo. Lo sabía porque ya había aprendido a percibirlo por mucho que él se esforzara para ocultarlo. Lo conocía demasiado bien, por desgracia, y por eso sabía

cuándo estaba asustado, y también era consciente de cuál era el motivo: no podía ser por el hombre que les había asaltado. Estaba segura de que él se había visto envuelto en problemas mucho peores, así que sólo quedaba una opción para su miedo: temía perderla otra vez, y ella debía esforzarse para convencerlo de que eso no era posible, fuera como fuera.

—Sí. No te preocupes por mí. Estoy bien —Contestó al fin forzando una pequeña sonrisa.

—Pues, sinceramente, Nadia, no lo parece... —Marco negó con la cabeza, confuso —Mira, sé que lo que has vivido ha sido muy intenso y no estás acostumbrada, pero...

—No te preocupes por eso —Le cortó ella, convencida —Todo va bien. Ha sido algo inesperado, pero no ha pasado nada. Sólo ha sido un susto, y estoy segura de que lo superaré en cuanto lleguemos a casa.

—Bien... —Nadia lo miró con curiosidad unos segundos mientras él clavaba la vista al frente —Entonces, dime, ¿en qué estás pensando?

Nadia no quería responder esa pregunta, pero si le había exigido sinceridad, convencida como estaba de que era imprescindible si quería que su relación funcionara, debía ofrecerle lo mismo, así que, antes de arrepentirse, decidió ser sincera.

—En que... nunca te había visto así —Admitió al fin apartando la mirada de Marco mientras él la clavaba en sus ojos de nuevo.

—¿Así cómo?

—Así... como antes... tan... violento... —Titubeó, odiándose a sí misma por pensar aquello. Marco no había hecho otra cosa que defenderla. De hecho, no era la primera vez, pero en aquella ocasión había sido mucho más agresivo, hasta el punto de haberla asustado con su comportamiento, y supuso que Marco tenía derecho a saberlo.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Marco, implacable —¿Que ahora me tienes miedo?

—No, claro que no... —Respondió Nadia con rapidez —No te tengo miedo... Sólo, me ha sorprendido... Nada más...

Marco fue a contestar que eso no era cierto y ella era quien siempre estaba exigiendo sinceridad, pero en el último momento decidió no hacerlo.

—Bien... Me alegro —Contestó sin más.

Marco sabía que aquella conversación no había terminado, pero decidió permanecer en silencio hasta que llegaron a casa. Al fin y al cabo, aquel coche no era el lugar adecuado para mantener una charla tan complicada como aquella. Llegados a ese punto, sabía lo que debía hacer, aunque no estaba seguro de si iba a tener valor de llevarlo a cabo, así que trató de organizar sus ideas antes de alejarse de Nadia para siempre, por mucho que le doliera. Porque si algo le había quedado claro aquella noche era que eso era lo mejor para ella.

## CAPÍTULO 53

Nadia empezó a ponerse nerviosa cuando, al traspasar la puerta de la casa de Marco, él siguió callado. No era propio de él ser tan reservado, y eso no auguraba nada bueno. Sin embargo, viendo la forma en que la miró antes de preguntar: « ¿Tienes hambre? » con el móvil en la mano, de repente supo que debía decir algo, porque en ese mismo instante tuvo la seguridad de que algo iba muy mal, y era preciso que lo aclarase antes de que fuera demasiado tarde.

—No mucha, la verdad —Contestó con sinceridad. Marco no cambió el frío gesto de su rostro antes de asentir con la cabeza.

—Bien, como quieras —Dijo antes de tomar asiento en el sillón, tirando el móvil a su lado. Luego, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos un momento. Nadia se quedó quieta observándolo, sin saber qué hacer, hasta que, finalmente, decidió sentarse a su lado.

—¿Qué estás pensando?

Marco abrió los ojos pero no la miró, sino que se quedó observando con fijeza el techo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Por eso te lo he preguntado... —Confirmó Nadia, decidida —Ya sabes que, si queremos que esto funcione, tenemos que ser sinceros...

—Pues en ese caso, te diré la verdad —Aceptó Marco al fin —Estoy pensando que... deberíamos dejarlo.

—¿Cómo dices? —Nadia se quedó perpleja al escuchar aquellas palabras. Sabía que algo iba mal, pero nunca pensó que fuera aquello. Después de todo lo que habían pasado juntos, después de haber vivido aquella noche uno de los momentos más traumáticos de su vida, ¿estaba dispuesto a dejarla sin más? Eso no tenía sentido —No te entiendo...

—Pues yo creo que sí me entiendes —Rebatió Marco —Tú tenías razón. Yo no puedo hacerte feliz. Mi mundo no es lugar para alguien como tú...

—Eso no es verdad —Nadia se sintió molesta —Después de lo que ha pasado, sigo aquí, ¿no es así?

—Sí, pero, ¿de qué modo? —Preguntó Marco al fin, mostrando la desesperación que sentía —Nadia, esto no tiene sentido. Tú tenías razón. Debí haberte dejado marchar, he sido un egoísta y no podemos seguir así...

—¿Así cómo? —Preguntó Nadia, confundida.

—Así, de esta manera... —Marco se pasó los dedos por el pelo antes de continuar —No quiero verte así, triste y asustada. No te mereces esto. Te mereces a un hombre que pueda entregarte el mundo entero, y creo que los dos sabemos que yo no soy ese hombre...

Nadia dudó un instante. No podía negar que creía que tenía razón... pero sólo en parte. Ella misma dudaba si estaba hecha para todo aquello, y en ocasiones, como en ese momento, dudaba muy en serio que así fuera. Pero había un factor con el que no estaba contando: le amaba, incluso más que a sí misma, y le necesitaba a su lado. Y por ello, alejarse de él no era una opción, ocurriera lo que ocurriera. Sin embargo, él parecía muy decidido, y eso la aterró más que lo que acababa de vivir con aquel desconocido.

—Así que... ¿Vas a dejarme sin más?

Marco la miró de repente, enfadado.

—¿Sin más? —Preguntó perplejo —¿De verdad te crees que ha sido sin más? Eso no es justo,

joder. Creí que estaba claro que lo he intentado, con todas mis fuerzas... Pero los dos sabemos que lo nuestro no va bien, maldita sea... Esto es demasiado complicado...

—Y, como es más difícil de lo que esperabas, ahora eres tú quien ha decidido rendirse como un cobarde... Lo entiendo, pero después de recriminarme que huyera de ti en el pasado cuando empezamos a tener problemas, no me esperaba algo así. Supongo que creía que eras más valiente que eso...

—Mierda... —Marco escondió la cara entre sus manos y negó con la cabeza —Mira, piensa lo que quieras... Pero de verdad te digo que tienes que irte... No tengo otra opción.

—Pues yo creo que sí la hay. Hay muchas otras opciones, pero tú no quieres verlas.

—No... Me parece que no lo entiendes —Marco levantó la mirada y, furioso la clavó en sus ojos desesperados —Tú no me conoces. No sabes nada de mí. Yo no soy como crees, Nadia. No soy tierno ni delicado. No puedo darte la vida que tú mereces... Yo soy como me has visto antes, violento y duro, es imposible permanecer a mi lado mucho tiempo si no quieres que acabe haciéndote daño...

—No, estás equivocado —Nadia trató de mostrarse calmada a pesar de que sus ojos empezaban a rebosar por las lágrimas que había acumulado en ellos —En realidad, eres mucho mejor hombre de lo que crees, de lo que tú mismo imaginas, pero ahora mismo estás demasiado asustado para verlo...

—¿Asustado? —Preguntó Marco en tono burlón —¿De verdad crees que estoy asustado? Yo no he estado asustado en toda mi vida...

—Pero siempre hay una primera vez... —Confirmó Nadia convencida. Marco la miró un momento con curiosidad antes de continuar.

—Mira, Nadia. No sabes de lo que estás hablando. Yo he pasado por cosas mucho peores que esta sin inmutarme, así que, ¿por qué iba a estar ahora asustado?

—Tú eres el único que puede saberlo. Pero estoy segura de que eso es lo que sientes. Por eso huyes de mí, por eso has empezado a dudar de lo nuestro después de demostrarme que me quieres de verdad —Nadia sintió como un sollozo la atragantaba y las lágrimas empezaban a resbalar al fin por sus mejillas. Marco también lo vio, pero, a pesar de que no lo esperaba, ni se inmutó por ello, y eso le hizo perder toda la fe que tenía en su relación de repente, así que se secó las lágrimas de la cara, y se decidió a aceptar la verdad al fin, por mucho que la doliera —Pero, de todos modos, es tu decisión, así que, si es lo que quieres, de acuerdo. Me iré y habremos acabado para siempre —Se puso en pie y añadió: —Sólo espero que no te arrepientas de lo que has hecho —Su tono fue mucho más amenazante de lo que esperaba, pero ni aún así Marco reaccionó a sus palabras, así que, derrotada, se dio la vuelta y se encaminó a la puerta para marcharse de allí una vez más, aunque en aquella ocasión todo era distinto, porque era para siempre. Ya había cogido el pomo cuando, de repente, la voz de Marco la detuvo al momento.

—Espera, no te vayas —Dijo aún de espaldas y con los ojos cerrados. Después, se forzó a levantarse y la miró con fijeza mientras ella se percataba de que, por suerte, sus ojos ya no transmitían ira, sólo miedo —Sí, de acuerdo, tienes razón. Tengo miedo, pero no de lo que tú crees.

—Entonces, ¿de qué? —Preguntó Nadia confundida.

—Tengo miedo de perderte, tengo miedo de que alguien te haga daño por mi culpa, al igual que le ocurrió a mi madre, tengo miedo de... de no estar haciendo lo correcto, porque en el fondo soy demasiado cobarde para...

—...Dejarme —Nadia finalizó la frase antes de que él lo hiciera, comprendiendo al fin lo que le ocurría y la forma en que abrió los ojos, sorprendidos, fue toda la respuesta que necesitaba para

saber que estaba en lo cierto. Lo único que quería era salvarla de su destino, del destino que podía aguardarla a su lado, pero se equivocaba. En el pasado ella misma había albergado dudas, pero en ese momento ya sólo deseaba estar a su lado, y le daban igual las consecuencias —Ahora lo entiendo todo, pero tengo que decirte que te estás equivocando —Explicó Nadia con paciencia, acercándose a Marco antes de coger su rostro entre las manos —No puede pasarme nada malo mientras esté contigo, Marco. Estoy segura de eso ¿Me has oído? Así que no es necesario que rompamos. Sólo necesito que no te separes de mí, y todo irá bien... ¿De acuerdo?

Marco dudó un instante pero al final asintió con la cabeza.

—Vale. Entonces, será como tú quieras —Y, acto seguido, se sentó sobre el sillón, destruido. Nadia avanzó un par de pasos hacia él mientras la seguía con la mirada y, en cuanto llegó adonde se encontraba, se lanzó sobre ella y la abrazó con fuerza por la cintura, como si tuviera miedo de que se escapase, hasta que la dejó sin aliento. Luego ocultó la cara en su estómago antes de añadir: —Tranquila, no puedo vivir sin ti, así que no voy a ser capaz de dejarte —En ese momento, se detuvo y dejó escapar un suspiro antes de concluir: —Sólo espero que no tengamos que arrepentirnos de esto.

## CAPÍTULO 54

Al día siguiente, Marco se encaminó hacia la casa de su hermano, a pesar de que, en el fondo, lo conocía lo suficiente como para saber que iba a ser en vano. Sin embargo, se sentía tan desesperado que no creía tener otro remedio, y así lo decidió cuando, al fin, llegó frente a la puerta y la golpeó levemente un par de veces, antes de que se abriera rápidamente y la figura de Emma apareciera frente a él.

—Hola, Marco —Le saludó muy seria antes de acercarse a él para abrazarlo —¿Qué tal estás? ¿Y cómo está Nadia?

—Bien... —Contestó Marco de forma instintiva. En realidad, él no estaba nada bien, por eso había acudido aquel día a su hermano, y no quería imaginar cómo se sentía Nadia en realidad, aunque delante de él estuviera luchando por parecer fuerte para no perderlo. No podía negar que aquella hazaña tan valerosa era innecesaria. Él no valía la pena, y por mucho que no pudiera vivir sin ella, por una vez hubiera deseado que le hubiera dejado de forma definitiva, pues sin duda era lo mejor para ella, aunque él no tuviera el valor de hacerlo —Venía a hablar con Ales ¿Está...?

—Sí, está dentro. En su despacho —Le explicó sin más. Marco se limitó a asentir y luego se encaminó hacia su destino.

Alessandro levantó la mirada de la pantalla del ordenador en cuanto lo escuchó entrar, pero en cuanto vio que quien había abierto la puerta era su hermano en lugar de Emma, frunció el ceño. Acto seguido se levantó y le abrazó con fuerza.

—¿Hay alguna novedad sobre lo que pasó anoche? —Preguntó preocupado.

—No, todavía no. Pero tengo a todos mis hombres trabajando en ello —Admitió —Espero saber más dentro de poco. Por ahora, lo único que tengo claro es que, sea quien sea, no es ningún aficionado, sabe bien lo que está haciendo...

—Y eso es peligroso —Concluyó Alessandro por él. Marco se limitó a asentir con la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Exacto. Por eso había pensado que...

—No, no lo digas, Marco —Le interrumpió Alessandro antes de permitir que finalizase la frase —No merece la pena. Sabes de sobra cuál va a ser mi respuesta.

Marco sintió como la angustia crecía en su interior, y no pudo evitar que la ira avanzara con ella.

—Pero... Ales, tienes que ayudarme. Sé que decidiste dejar todo esto, y sabes que lo respeto, pero esto es peligroso, joder. Y podría llegar a afectarte... No sabemos a lo que nos estamos enfrentando...

—Sí, pero mi decisión está tomada y no hay vuelta atrás —Ales miró a Marco con fijeza —Ya lo estaba hace meses, y con más razón ahora. Emma está embarazada, y no voy a arriesgarme a que pueda pasarle algo a ella, o al bebé...

—Pero no tienes problema en arriesgarme a mí, o a Nadia... —Se quejó al fin, Marco, cada vez más molesto por la actitud de su hermano —Ales, sabes de sobra que aquí estoy solo, no tengo apenas apoyos. Si, como me temo, esto no es obra de un puto chiflado, sino de una organización con poder y medios suficientes, estoy jodido... Padre está en Italia, y no puedo pedirle que vuelva por esto... Lo sabes igual que yo, así que eres lo único que tengo... Por eso he venido a pedirte...

—Pues no lo hagas, porque la respuesta va a ser no.

Marco no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa antes de negar con la cabeza. En realidad, el rotundo rechazo de su hermano no le sorprendía, dado que lo conocía bien. Lo que no se esperaba era la crueldad e indiferencia con que lo estaba haciendo.

—¿Sabes que, si esto va en serio, como me temo, puede acabar salpicándote de todas formas, verdad? —Preguntó implacable, empezando a enfurecerse —¿Sabes que eso es posible y, de ser así, sería mucho más peligroso para ti o para Emma si no estáis prevenidos, no es cierto?

Ales observó a su hermano un instante antes de bajar la mirada al suelo y negar con la cabeza.

—Sí, lo sé. Sé que lo que dices es posible... pero... No se trata de eso —Admitió al fin, resignado.

—Entonces, ¿de qué cojones se trata? —Preguntó Marco, levantando la voz —¿Es que vas a permitir que nos asesinen a todos, incluso a tu propia familia, sin hacer nada...?

—¡No digas eso! —Gritó Alessandro al fin, mientras avanzaba hacia su hermano sin darse cuenta. Por suerte, en cuanto llegó frente a él, se detuvo y se limitó a mirarlo con dureza.

—Entonces dime qué coño pasa, Alessandro.

—Pues que hice una puta promesa —Confesó al fin —Y no voy a faltar a mi palabra bajo ningún concepto ¿No puedes entenderlo, joder? Estoy entre la espada y la pared ¿Qué harías tú en mi situación, Marco?

Alessandro miró a su hermano un instante, esperando que lo comprendiera, pero lo único que vio reflejado en sus ojos fue ira y dolor. Ni siquiera un ápice de comprensión, lo que acabó con sus esperanzas al momento.

—No, claro que no lo entiendo —Sentenció Marco al fin —¿Cómo voy a entender que no tienes intención de defenderte, ni a ti ni a tu propia familia, ante un peligro inminente? Nadie podría nunca entender eso...

—Siento que pienses así —Se quejó Alessandro. Marco lo observó con severidad antes de negar con la cabeza.

—Eres un puto cobarde. No vuelvas a acercarte a mí, hablo en serio —Le amenazó al fin antes de caminar con rapidez hacia la puerta antes de marcharse. Antes de que Alessandro tuviera oportunidad de reaccionar, escuchó cómo daba un portazo al irse y, sin energía, sintiendo como la culpabilidad le invadía por completo, tomó asiento y ocultó la cara entre las manos. En el fondo, no podía negar que Marco tenía parte de razón. A pesar de su promesa, si algo le ocurría a su hermano no iba a perdonárselo jamás, y continuar sin protección ante un riesgo como el que les estaba acechando, no parecía muy sensato en ese momento, pero le había prometido a Emma una vida feliz y tranquila, y no podía echarse atrás. Ella merecía, como mínimo, eso, y por lo tanto debía mantenerse firme en su decisión y no dudar sobre la decisión que había tomado, por muy difícil que fuera conseguirlo o por muy culpable que se pudiera llegar a sentir por haberse negado a ayudar a su hermano cuando más lo necesitaba.

De repente, en medio de aquellos pensamientos, una voz conocida interrumpió sus reflexiones, obligándolo a levantar la cabeza:

—Lo siento, pero no he podido evitar escucharos... —La voz de Emma era insegura, y Alessandro se percató enseguida de que, aunque trataba de ocultarlo, estaba asustada, así que levantó la mirada y le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven aquí —Ordenó con firmeza. Emma no dudó en obedecer, avanzando hasta llegar frente a él, y se quedó de pie junto a su mesa. Alessandro tomó su cintura y la miró con fijeza —No hagas caso a lo que ha dicho mi hermano. No tienes que hacer caso a nada más que a mí ¿Confías en mí? —Emma asintió con la cabeza, y no mentía. A pesar de todo lo que pudiera ocurrir, confiaba en Alessandro ciegamente, y siempre iba a hacerlo —No voy a permitir que nadie te haga daño.

Nunca dejaré que te pase nada. Tienes mi palabra, ¿de acuerdo?

Emma sonrió mientras sentía que aquellas palabras calmaban todos sus temores al instante. Ni siquiera pensó en cómo iba a protegerla si no estaba dispuesto a unirse a su hermano en su lucha. Sólo necesitaba confiar en sus palabras, y eso era lo que había hecho.

—De acuerdo.

## CAPÍTULO 55

Marco salió tan frustrado de casa de su hermano que apenas podía pensar con claridad. A cada paso que daba en la oscuridad de la noche, más perdido se sentía, sin saber qué podía hacer, cómo podía actuar, para evitar lo que sabía que le esperaba. Por desgracia, se enfrentaba a gente muy inteligente. De algún modo, habían conseguido que no pudiera encontrar un mínimo rastro sobre ellos, y eso no le gustaba nada. Además, estaba el problema de que, de repente, se encontraba solo. Su hermano no tenía intención de ayudarlo, y su padre estaba en Italia junto al resto de su familia, por lo que no había mucho que hacer para poder protegerse, salvo movilizar a todos sus hombres, algo que, sin duda, iba a hacer al momento. Sin embargo, al no saber contra qué se enfrentaban, tampoco tenía claro qué podía hacer, salvo mantenerlos alerta.

No podía negar que estaba enfadado con su hermano, aunque fuera capaz de comprenderlo en parte. Entendía que su mundo era muy complicado, y todo el dolor y la violencia que conllevaba era algo poco apropiado para la nueva familia que estaba construyendo. Sin embargo, no podía evitar el miedo que sentía por Nadia, o incluso por su propio hermano, al ver que un peligro inminente les acechaba y él no tenía intención de protegerse, pensando que al mantenerse lejos de la organización estaba a salvo. Él no creía que fuera así, y estaba seguro de que su hermano era consciente de que estaba cometiendo un error, a pesar de que, debido a su testarudez, se negara a rectificar su decisión, poniéndoles a todos en peligro, incluso a sí mismo.

Por un momento, recordó las últimas palabras que le había dedicado. Estaban tan llenas de odio que no pudo evitar arrepentirse de haberlas dicho, a pesar de lo enfadado que aún estaba. Debía llamarlo para arreglar las cosas, pero no era capaz. No podía evitar sentir que, si algo le ocurriera a Nadia, él iba a ser el único responsable por no haber querido ayudarlo a evitarlo, y eso le frenaba, así que decidió que lo mejor era llamar a Paolo para verlo cuanto antes en su despacho, decidido a enfrentar aquello con las pocas posibilidades que tuviera.

Antes de darse cuenta, ya estaba reunido con sus cinco mejores hombres en su oficina. Esperaba que le trajeran buenas noticias, pero por la forma en que lo miraron nada más llegar, tuvo que admitir que aquello no auguraba nada bueno.

—¿Qué habéis averiguado? —Le preguntó a Paolo directamente. Él bajó la mirada y le entregó unos documentos mientras negaba con la cabeza.

—No mucho. El hombre que intentó secuestrar a Nadia es nuestra única pista, y no tiene relación directa con ninguna de las mafias enemigas de su familia en Italia. Hemos investigado a fondo, pero no hemos encontrado nada destacable. Es padre de dos niñas, divorciado de su mujer hace un par de años... Parece un hombre ejemplar, si no fuera por este último incidente, claro. Por ahora, se ha negado a declarar, así que no tenemos nada. Parece un hecho aislado...

—Pero no puede serlo, Paolo. Lo sabes igual que yo —Discutió Marco convencido, enarcando las cejas —Hace tiempo que alguien está siguiendo a Nadia, y por lo que me ha contado empezó cuando entró en la empresa de Alessandro a trabajar y, poco después, me conoció a mí. Eso implica que el hecho tiene relación directa con mi hermano y conmigo.

—Estoy de acuerdo, señor —Admitió Paolo —Pero por ahora no tenemos forma de averiguar en qué sentido se relaciona con su familia, ni tampoco podemos saber cuáles son los planes de los agresores, en el caso de que tuvieran alguno...

—Lo tienen —Marco trató de reflexionar sobre ello un momento, pero no era capaz de

comprender nada ¿Quién iba a haberse molestado tanto como para venir desde Italia para acosarlos? No tenía ninguna lógica... A no ser... que su enemigo no hubiera tenido que viajar para enfrentarse a ellos —Tiene que ser alguien de Madrid, o, al menos, de España. No tiene otra explicación posible —Concluyó al fin —De lo contrario, no hubiera venido hasta aquí para luchar, lo hubiera hecho en Italia con mi padre...

—Es posible —Paolo se mostró de acuerdo con Marco, aunque sólo en parte —Aunque tiene que tener en cuenta que, aquí, lejos de los suyos, ustedes son mucho más vulnerables, y quizá su enemigo quiere aprovecharse de ello...

—Sí, también podría ser... —Marco ocultó la cara entre las manos, derrotado —Y eso, lamentablemente, nos sitúa otra vez en el principio de todo esto. No hemos avanzado nada. No tenemos nada, maldita sea. Podría ser cualquiera, y no tenemos ni puta idea de quién puede ser o qué debemos hacer para enfrentarnos a ellos...

Paolo no tuvo otro remedio más que asentir, mostrándose preocupado por la conclusión a la que habían llegado.

—Entonces, ¿qué propone hacer, señor?

Marco levantó la mirada y la clavó en su guardaespaldas al momento.

—Por el momento, quiero que tú y Ramón acompañéis a Nadia en todo momento. No os separéis de ella aunque os vaya la vida en ello, ¿de acuerdo?

Paolo no dudó un instante en asentir.

—Por supuesto ¿Algo más?

—Sí —Marco reflexionó un momento antes de continuar con sus órdenes —Quiero que dos de vosotros flanqueéis la puerta de entrada a mi edificio y otros dos la de la empresa de Ales.

—Perfecto.

Marco pensó unos segundos, pero no se le ocurría nada.

—Vale. Eso es todo por ahora. Podéis iros. Os daré más información a lo largo del día.

Todos se despidieron con rapidez y se marcharon juntos, decididos a cumplir sus mandatos, mientras Marco se quedaba en su despacho, reflexionando sobre lo poco que habían averiguado, decidido a impedir los planes de sus enemigos por mucho que le costaran, pero cuando empezó a dolerle la cabeza, decidió que no podía hacer demasiado, salvo una cosa, y no dudó un instante en llevarlo a cabo, por osado que pudiera parecer. Sabía que hacer lo que tenía en mente iba a traerle problemas en el futuro, pero la seguridad de Nadia le preocupaba mucho más que todo eso, así que se marchó para recogerla en el trabajo, aunque en aquella ocasión la esperó en el coche junto a Paolo, dado que no quería ver a su hermano todavía. Sabía que tendría que arreglar las cosas con él en algún momento, pero aún era demasiado pronto. No podía evitar sentir que le había dejado indefenso y no le había importado el riesgo que corría, y eso era difícil de asimilar, así que iba a necesitar tiempo.

Aún estaba pensando en aquello cuando Nadia llegó de repente y se acercó a él para darle un beso en la mejilla que, después de todo lo que había pasado aquel día, le supo a poco. Marco se forzó a sonreír y la observó tomar asiento a su lado.

—¿Te apetece cenar comida italiana?

—Por supuesto... —Aceptó Nadia sin dudar. Lo cierto era que, desde que había conocido a Marco, le encantaba todo lo relacionado con Italia, y especialmente la gastronomía. Nunca había comido platos tan deliciosos como aquellos —Ya sabes que me encanta.

Marco la rodeó con su brazo y la dio un beso en la frente.

—Dentro de poco, te llevaré a Italia. Estoy seguro de que, si te gusta la comida del restaurante, aún más te gustará la de nuestra cocinera.

—Estoy segura.

Marco esperó paciente mientras Nadia comía con calma, ajena a sus planes, mientras charlaban de temas intrascendentes hasta que, al fin, llegó la ocasión que esperaba.

—Tengo que ir al servicio —Le informó —Pero sólo será un momento mientras pagas la cuenta, y después nos iremos a casa... —La forma en que lo observó con ojos hambrientos no dejaban lugar a dudas sobre lo que tenía pensado, y Marco no pudo evitar sonreír, a pesar de que los nervios le habían atenazado la garganta.

—Entonces, será mejor que no tardes demasiado.

—De acuerdo.

Marco permaneció impasible mientras Nadia se marchaba, pero en cuanto se alejó de su visión, se levantó con rapidez y cogió su bolso. Después, tomó su móvil y lo desbloqueó. Estaba claro que haber mirado cuál era su contraseña cuando lo desbloqueaba en algunas ocasiones había sido una buena idea, aunque no hubiera necesitado acceder a su smartphone hasta ese momento. Rápidamente, descargó el localizador que tenía preparado, y esperó hasta que se completó la transacción. Y, en ese momento, respiró con tranquilidad de nuevo. Tomó asiento en su silla una vez más y observó como Nadia volvía ajena a lo que había hecho.

—¿Has pagado ya? —Preguntó mientras miraba su plato vacío.

—No, pero lo haré ahora mismo.

—Perfecto.

Marco no pudo evitar sentirse un poco culpable por lo que había hecho cuando se marchaban. Nadia no se merecía que la engañara, pero era esencial que pudiera tenerla localizada en todo momento aquellos días, y sabía que ella jamás hubiera aceptado que lo hiciera mediante un localizador, así que la única oportunidad que tenía era aquella. Había decidido que iba a hacer cualquier cosa que tuviera en su mano para protegerla, y eso era, precisamente, lo que estaba haciendo. Sólo esperaba que fuera suficiente para evitar la tragedia que vaticinaba, aunque cada día que pasaba se convencía más de que no era muy probable que así fuera.

## CAPÍTULO 56

Aquella mañana, Nadia salió de la reunión que tenían con uno de los mejores clientes de Alessandro tan satisfecha que apenas podía creérselo. Llevaba un tiempo ayudando a su jefe en las presentaciones, pero en aquella ocasión Ales la había permitido ser quien llevaba la iniciativa y eso la había dado la oportunidad de demostrar su valía en el trabajo más allá de ser una buena secretaria, lo que ya había demostrado con creces. El cliente se había marchado convencido de que su equipo era líder en su sector, y no dudaban de que llamaría pronto para aceptar su propuesta, porque era imposible de rechazar.

Alessandro, por su parte, sabía bien que Nadia era muy buena en su trabajo, pero nunca imaginó hasta que punto hasta que la vio aquella mañana dirigiendo toda la operación y dejando boquiabierto a su cliente a la vez que a él mismo, y eso le dio una idea.

—Nadia, espera un momento —Le advirtió cuando ella se disponía a tomar asiento en su mesa de nuevo —Sé que tienes que contestar los e-mails y corregir los documentos que te di ayer... Pero necesito hablar contigo en mi despacho un segundo ¿Podrías acompañarme ahora?

La alegría de Nadia se evaporó al instante al escuchar aquellas palabras ¿Qué podía haber ocurrido? Pensaba que lo había hecho todo bien, pero las palabras de su jefe no parecían implicar una felicitación, así que supuso que, probablemente, había cometido errores que ni ella misma comprendía e iba a darle algunas pautas a seguir para el futuro... En realidad, tenía sentido. Por mucho que ella se hubiera esforzado en aquel proyecto, era una novata, y era lógico que se equivocara, así que Alessandro lo habría tenido en cuenta, no había otra posibilidad. Porque la opción de que tuviera intención de echarla la parecía tan cruel que se negaba a contemplarla por el momento.

—Claro —Contestó ella asintiendo con la cabeza. Alessandro se dio cuenta de que su sonrisa desaparecía de su rostro, pero no le dio importancia, y caminó hacia su escritorio hasta que ella tomó asiento frente a él. Él, en cambio, se mantuvo de pie, ligeramente apoyado sobre el borde de su mesa —¿Hay algún problema? —Preguntó ella cuando al fin se había acomodado, frunciendo el ceño con gesto preocupado. Alessandro no dudó un instante en negar con la cabeza.

—No, en realidad, quería hablar contigo de todo lo contrario —Explicó paciente, mientras Nadia lo observaba perpleja —En primer lugar, quiero felicitarte por la presentación de hoy. Ha sido impecable, y te mereces el reconocimiento —Concluyó al fin, observando cómo Nadia relajaba el gesto al escucharlo.

—Gracias.

—No tienes porqué darlas —Alessandro respiró hondo antes de continuar —Y, debido a esto, tengo que informarte de que en los meses que llevas trabajando para mí, te he estado observando... estudiándote, por así decirlo...

—Ah... —Nadia no comprendía muy bien hacia dónde se dirigía la conversación, así que decidió mantenerse en silencio hasta que Alessandro lo aclarara.

—He estado poniéndote pruebas para saber hasta donde podías llegar. Y, si tengo que decir la verdad, has superado todas mis expectativas, y en un tiempo récord —Nadia aguardó para averiguar cuál era la conclusión de aquella extraña conversación que cada vez la tenía más intrigada —Así que, teniendo en cuenta tu excelente trabajo, he tomado una decisión.

Nadia se quedó sin respiración por un instante ¿Una decisión? Lo que la había explicado

parecía alentador, pero la forma en que la había comunicado que había tomado una decisión no parecía tan agradable ¿Acaso había decidido prescindir de sus servicios por ser demasiado buena? Eso no tenía demasiado sentido, pero no podía estar segura hasta que Alessandro se explicara.

—¿Y cuál es? —Preguntó Nadia al fin, cada vez más nerviosa por la reticencia de Alessandro a comunicarle la resolución que había tomado.

—Pues verás... —Su jefe titubeó un poco, pero finalmente retomó la frase de nuevo —Antes de nada, quiero dejar muy claro que esto no tiene nada que ver con tu relación con mi hermano. Desde el primer día te dije que tu relación con Marco no iba a influir en tu trabajo y lo he cumplido, así que no quiero que tengas dudas sobre ello. Lo que te voy a decir es sólo por tus dotes laborales, nada más, ¿de acuerdo? —Nadia asintió, esperando que continuase cuanto antes —Bien, pues aclarado esto, tengo que decirte que... He decidido ascenderte, y con el ascenso tendrás un buen aumento de sueldo.

Nadia se quedó un momento desconcertada al escuchar aquellas palabras ¿Un ascenso? ¿Para ella? ¿Ya? No podía creerlo... ¿Acaso era una broma?

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio —Confirmó Alessandro, viendo como la sonrisa volvía a dibujarse en los labios de Nadia —Es lo mínimo que te mereces...

—Pero... ¿Hablas en serio? ¿De verdad? —Repitió tan sorprendida que apenas podía asimilar las palabras.

—Sí —Alessandro no vaciló al ratificar su decisión, dado que la había pensado a fondo — Creo que es lo más adecuado, tanto para ti como para la empresa, Nadia. Aquí estás desaprovechada.

Nadia carraspeó un instante antes de asentir con la cabeza, tratando de mostrarse serena a pesar de que los nervios la atenazaban la garganta para salvaguardar su dignidad.

—Bien... Y, entonces, ¿dónde voy a trabajar?

—Al otro extremo de esta misma planta. Tendrás tu propio despacho —Contestó Alessandro —Tu trabajo será entretenido, aunque de más responsabilidad. Tendrás proyectos asignados y deberás desarrollarlos tú misma ¿Qué te parece?

Nadia se quedó unos segundos boquiabierta, tratando de reaccionar ¿Que qué la parecía? Iba a trabajar en su propio despacho en un puesto de responsabilidad en una de las mayores empresas de Madrid... ¿Podía haber algo mejor que eso?

—Pues, si tengo que decir la verdad... —Nadia dejó escapar un suspiro antes de continuar — Me parece que he cumplido un sueño.

Alessandro asintió con la cabeza, y se mostró feliz de escuchar aquellas palabras.

—Bien, me alegro. Entonces, creo que es mejor que hagamos el papeleo cuanto antes. Sólo necesito que hagas una cosa por mí...

Nadia lo miró con fijeza.

—Lo que quieras —Aceptó con sinceridad. Después de haberla ofrecido la oportunidad de su vida, no iba a negarse a nada... Incluso limpiaría la oficina con sus propias manos antes de marcharse, si se lo pidiera.

—Estos días estoy un poco liado, así que necesito que seas tú quien contrate a mi nueva secretaria. Ya sabes lo que busco, así que no debería suponerte ningún problema ¿Podrías hacerlo?

—Por supuesto —Nadia no dudó un instante en aceptar su propuesta, y antes de que se diera cuenta, se sentó en su silla y empezó a buscar en su ordenador para obedecer las órdenes de su

jefe cuanto antes —No te preocupes, yo me ocuparé de todo.

—Perfecto.

Alessandro echó un último vistazo a Nadia y su sonrisa se amplió al verla tan feliz. Eso era lo mínimo que se merecía, sin duda. Luego negó con la cabeza mientras ella se embebía en su último trabajo como ayudante y volvió a su despacho, dejándola a solas para que disfrutara de sus últimos días como secretaria.

## CAPÍTULO 57

Nadia dejó entrar a la décima persona aquella mañana, aunque no podía negar que se sentía agotada. Se había propuesto contratar a la mejor secretaria para Alessandro, y no tenía dudas de que iba a conseguirla por mucho que la costara, pero no podía negar que era un trabajo agotador. Sin embargo, teniendo en cuenta que en pocas horas tendría que abandonar su puesto, no pudo evitar concentrarse al máximo en aquello: no podía dejar a su jefe colgado. Debía ser implacable, y debía conseguir a la mejor ayudante con urgencia.

La mujer que entró a continuación era mucho más guapa de lo habitual, pero ella no tenía la apariencia física en cuenta, así que estudió la forma en que se movía con gracia hasta que se sentó frente a ella. Llevaba el pelo recogido en un moño muy profesional, y su maquillaje era sutil, suficiente para su rostro perfecto. Su traje era rosa pálido, algo más colorido de lo habitual, dado que todas las personas a las que había entrevistado hasta ese momento vestían oscuro. Eso la pareció un punto positivo para ella. Miró su currículum y asintió satisfecha.

—Bien... Lidia Gómez, ¿es así?

—Sí, exacto —Admitió la mujer con gesto sereno. Nadia leyó un poco y se maravilló con los numerosos trabajos de la mujer que tenía frente a ella. Debía de ser un poco mayor que ella, pero no demasiado. Miró su fecha de nacimiento y, en efecto, sólo la sacaba tres años, pero había llegado mucho más lejos de lo que ella hubiera podido imaginar.

—Veo que no le falta experiencia... Dos años como secretaria en Douglas and Ireland Inc., una de las mejores empresas de Madrid, licenciada en publicidad, un máster de tres años,... Parece un currículum bastante completo...

—Muchas gracias.

—De nada —Respondió Nadia distraída, mientras seguía leyendo hasta que vio algo que llamó su atención —Vaya... Siete años en un conservatorio de música... ¿Qué es lo que tocaba?

—El piano —Contestó la mujer, confundida por su interés —Es una de mis pasiones, aunque ahora mismo se ha quedado en un segundo plano...

—¿Por qué? —Preguntó Nadia, intrigada. A pesar de que podía parecer obvio, ella no comprendía el motivo por el que había olvidado su gran vocación, y tenía mucho interés en saberlo.

—Porque, por desgracia, a día de hoy, no da demasiado dinero...

Nadia se sintió un poco tonta por no haberse dado cuenta ella misma, pero pronto asintió con la cabeza. Simplemente, aquel hábito le parecía tan hermoso que la había maravillado.

—Claro...

Después, le hizo las típicas preguntas que siempre se hacen en una entrevista: cuáles son tus hobbies, qué te gusta hacer en tu tiempo libre, por qué crees que serías buena para la empresa, y en esta última, Lidia la sorprendió gratamente.

—Porque creo que tengo mucho que aportar. Es una gran empresa, y estoy deseando formar parte de algo grande. Creo que, por mi responsabilidad y talento, podría ser de ayuda, y eso me parece un desafío. Me gustan los trabajos que, además de enriquecerme laboralmente, suponen un reto.

Nadia asintió con la cabeza de nuevo. Para cuando terminó la entrevista, Nadia ya estaba convencida de que aquella mujer era perfecta para el puesto, así que, antes de darse cuenta, se

despidió de ella, dándole la mano, informándola de que se pondrían en contacto con ella por teléfono para darle una respuesta, a pesar de que ya tenía su decisión tomada. Iba a ser ella, no cabía duda. Era la opción perfecta para su puesto. Era eficiente, inteligente y, además de estar muy preparada, era trabajadora. No podía haber nadie mejor para ocupar su lugar. La vio marcharse por la puerta y anotó una estrella en su cuaderno, para que no se la olvidara. Estaba tan ensimismada en su labor que no se había dado cuenta de que Emma estaba acercándose hacia ella hasta que la tuvo delante, con una gran sonrisa, y la saludó con alegría.

—¿Quién era esa? —Preguntó frunciendo el ceño mientras sonreía, con una mueca muy graciosa, mientras observaba cómo Lidia se contoneaba hacia la puerta.

—Mi sustituta, aunque ella aún no lo sabe... —Confesó Nadia con sinceridad.

—Espero que estés de broma —Emma perdió la sonrisa al instante —¿Esa va a ser la nueva ayudante de Alessandro? No es posible...

—¿Por qué? —Preguntó Nadia, confundida...

—Porque es demasiado guapa... —Sentenció Emma preocupada —Elige otra, seguro que encuentras a alguien mejor... O incluso a un hombre, eso sería perfecto, excepto si es gay, claro...

Nadia no pudo evitar reír a carcajadas antes de negar con la cabeza.

—Lo intentaré, pero va a estar complicado. Esa mujer es perfecta para el puesto, estoy segura de que va a hacer mucho bien a la empresa...

Emma apretó los labios, molesta.

—Pues qué mala suerte... —Murmuró resignada —No me gusta que sus secretarias sean tan guapas, puede dar problemas... Contigo lo acepté porque sabía que Marco estaba loco por ti desde el primer día y Ales nunca le robaría una chica a su hermano, pero ahora que está pillado...

—No exageres... —Nadia se puso seria por un instante —Alessandro nunca haría nada que te hiciera daño, ya lo sabes... Ni siquiera es capaz de mirar a otra mujer. Está obsesionado contigo, Emma.

Una hermosa sonrisa creció en los labios de Emma al escuchar esas palabras. Por mucho que en el fondo supiera que Alessandro la amaba más que a su propia vida, tal como la había demostrado ya en varias ocasiones, la seguía encantando oírlo, y más de alguien ajeno a ellos.

—Eso espero —Bromeó en tono amenazante, pero con una gran sonrisa en el rostro, tan dulce como ella. Su mirada se desvió entonces hacia los guardaespaldas que Marco la había impuesto, que en aquella ocasión no estaban allí a su lado, sino detrás de las puertas de cristal que conducían a su mesa.

—Veo que hoy tu protección te ha dado un poco de espacio...

—Sí... Se lo he pedido yo —Explicó Nadia perdiendo la sonrisa al instante. No podía negar que estaba harta de aquellos hombres, por muy bien que la cayera Paolo. Permanecer en todo momento a su lado, viendo que estaban armados hasta los dientes, la creaba confusión y le daba la angustiada sensación de estar presa —Hoy tenía varias entrevistas que hacer y no quería que pensarán que en esta empresa estábamos en guerra... Además, desde allí pueden verme perfectamente.

Emma asintió, comprendiéndola mejor de lo que imaginaba, aunque por suerte aquel infierno ya había terminado para ella.

—Sí, tienes razón. Supongo que es mejor no asustar a las posibles candidatas a secretaria antes de tiempo... Ya se encargará Alessandro de intimidarlas en cuanto lo conozcan, ¿no crees?

Nadia volvió a reír una vez más antes de asentir. Aún podía recordar cómo la inquietaba los primeros días que trabajó para él, siempre tan serio e implacable. La hizo sentir como si fuera a despedirla en cualquier momento, pero se había equivocado por completo.

—Sí, tienes razón. Será mejor que no les estropee la sorpresa...

Ambas rieron felices antes de que Emma se percatara de que aún tenían mucho trabajo por delante, así que se incorporó, preparada para marcharse.

—Bueno, no hace falta que te diga que si necesitas algo, estoy a tu disposición...

—Gracias.

—Te dejo con tu trabajo...

—Vale...

Y, sin más dilación, Emma se marchó de allí al fin y se dirigió a su mesa. En cuanto llegó a su oficina le extrañó ver que su secretaria no estaba. Sin embargo, no pensó demasiado sobre ello. Lo más probable era que hubiera ido a buscar un café... o al baño. Y ella no tenía intención de comportarse como Alessandro, es decir, que no iba a pretender que la mujer permaneciera en todo momento inmóvil sentada en su mesa porque sabía lo duro que era, y no pensaba torturarla. Aún estaba pensando sobre eso con una pequeña sonrisa nostálgica en los labios cuando un hombre entró de repente y ella levantó la mirada sobresaltada. No lo conocía de nada, pero su gesto era amable, así que supuso que, simplemente, se había equivocado.

—Disculpe... Estaba buscando a Nadia López, ¿está aquí?

—No, lo siento... En la otra ala del pasillo —Explicó asumiendo que era otro aspirante al puesto de Nadia. Sin embargo, la actitud de aquel hombre tras escucharla la dejó perpleja.

—Vaya... Qué mala suerte... Yo creía que podríamos vernos aquí...

—Pues no es posible, tendrá que ir a la sala donde hace las entrevistas... Este es mi despacho...

—¿Tú crees? —El hombre sacó una pistola de la parte de atrás de su pantalón y la apuntó directamente a la cabeza —Porque yo no lo tengo tan claro... Emma.

## CAPÍTULO 58

Cuando Nadia terminó con la última entrevista aquella mañana, se sentía agotada, pero a la vez muy satisfecha de haber cumplido con su trabajo. Si iba a abandonar su puesto para aceptar el ascenso que tanto había deseado, estaba claro que no podía dejar a Alessandro en manos de cualquiera. Él merecía al mejor ayudante, e iba a proporcionárselo. Sin embargo, no podía negar que se sentía feliz por haber terminado. Estaba a punto de coger el teléfono para comunicarle a Alessandro que se iba a su casa, decidida a prepararse para empezar al día siguiente en su nuevo puesto, cuando el aparato empezó a sonar de repente, así que lo cogió al instante, decidida a terminar cuanto antes con lo que fuera que tuvieran que decirle para marcharse a descansar. Sin embargo, una voz que no esperaba la sorprendió al otro lado del auricular.

—¿Nadia? ¿Estás ahí? —Masculló Emma antes de que ella pudiera siquiera contestar. Su voz era más temblorosa de lo habitual, y parecía nerviosa, pero Nadia no le dio importancia. Aunque no fuera lo que la mayoría de gente suponía, su trabajo podía ser a menudo más estresante de lo esperado, así que supuso que tenía algún problema, y la necesitaba para arreglarlo.

—Sí, Emma. Estoy aquí, aunque ya me iba. Dime, ¿necesitas algo?

—En realidad, sí... —Admitió Emma en un murmullo —La verdad es que necesito que vengas a mi despacho...

—¿Ahora? —Preguntó Nadia perpleja —¿No puedes esperar a mañana...?

—No. En realidad, es muy urgente. Tiene que ser ahora... —Confirmó Emma sin dudar. Nadia esbozó un gesto de disgusto, pero no fue capaz de negarse. Emma era una mujer muy eficiente, y siempre se había portado muy bien con ella, así que si la necesitaba en ese momento por cualquier motivo, iría a ayudarla, por mucho que la molestara salir un poco más tarde aquel día.

—Bien. No te preocupes. Voy enseguida.

Emma se quedó un instante en silencio, lo que extrañó bastante a Nadia después de haber sido tan insistente en requerir su presencia, pero, finalmente, escuchó su voz ahogada una vez más.

—De acuerdo. Gracias.

Y, acto seguido, la llamada se cortó, y Nadia se quedó un instante mirando el teléfono desconcertada antes de ponerse en pie para dirigirse al despacho de Alessandro, quien, por supuesto, seguía inmerso en su ordenador tecleando sin parar, como siempre.

—Tengo que ir al despacho de Emma un momento, pero ya he elegido a mi reemplazo. Ahora te envío un informe con todos los datos, ¿de acuerdo?

Alessandro miró a Nadia y esbozó una pequeña sonrisa antes de asentir.

—Por supuesto. Gracias —Aceptó de buen grado —Entonces, ¿te vas ya?

—Sí, en cuanto ayude a Emma con lo que necesite, me voy a casa.

—Perfecto. Descansa.

Nadia asintió y se despidió contenta después de advertir a sus guardaespaldas de que volvía enseguida. En realidad, los primeros días habían insistido en acompañarla hasta al baño, pero era humillante, y al fin había conseguido convencerlos de que no aceptaba aquel trato, y aunque no les gustaba respetaban sus decisiones al momento.

Nadia se encaminó hacia el despacho de Emma, sabiendo que todo iba a cambiar al día siguiente, pero impaciente por que así fuera. No podía dejar de pensar en lo feliz que estaba por aquel ascenso. Había sido mucho más rápido de lo que imaginaba, y no podía esperar a llamar a

sus amigas para contárselo. Sin embargo, su prioridad en ese momento era ayudar a Emma. Sólo esperaba que no hubiera ningún problema con su embarazo... aunque suponía que no, porque entonces se lo habría dicho por teléfono, y hubiera sido mejor llamar a un médico... Debía ser algún problema de trabajo... Aún estaba pensando en eso cuando llegó a su despacho y la encontró sentada en su silla con la cabeza agachada fija en el suelo. Su cabello parecía algo despeinado y le tapaba el rostro, algo muy extraño en ella. En cuanto vio su figura en aquella posición tan extraña, caminó hacia ella preocupada, traspasando la puerta.

—Emma, ¿hay algún problema...? ¿Ocurre algo...? —Preguntó mientras aceleraba el paso. Emma levantó la mirada con tristeza, pero no dijo nada. Entonces, la puerta se cerró de repente por sí misma tras ella y fue entonces cuando se percató de que no estaban solas. Se dio la vuelta de repente y se encontró con un hombre que mantenía la mirada fija en ella con una sonrisa siniestra en la cara. Sin embargo, eso no fue lo que más la sorprendió de la escena, sino la pistola que tenía en la mano, y con la que la apuntaba con firmeza.

—Bien... Al fin estamos todos... —Comentó con calma, como si aquello fuera una reunión de trabajo habitual —Me alegro mucho de verte, Nadia. Siéntate ahí, junto a Emma. Creo que tenemos que hablar.

Nadia estuvo a punto de contestar que no entendía de qué le estaba hablando aquel extraño, que se dirigía a ella como si la conociera de toda la vida, pero un solo vistazo al arma que tenía en la mano silenció sus labios al momento. Sin pensarlo demasiado, obedeció sus órdenes y se quedó esperando, sin saber qué iba a ocurrir a continuación, o si quería saberlo. Por un momento, se arrepintió de no haber permitido que sus guardaespaldas la acompañaran a todas partes, como Marco había ordenado. No quería sentir que vivía encarcelada y vigilada todo el tiempo, pero en ese momento hubieran sido de gran ayuda. Marco tenía razón y ella había estado equivocada, pero ya no tenía sentido pensar en ello. Sólo debía pensar en la forma de salir de aquella situación cuanto antes, por difícil que fuera. Volvió la cabeza hacia Emma y vio que estaba aterrorizada. No la extrañó demasiado. Ella misma estaba aterrada, pero tenía que mantener la calma, de lo contrario no podría encontrar una salida, y ambas acabarían muertas. Sin embargo, entendió perfectamente que Emma estuviera aún más asustada que ella. Ella hubiera sentido lo mismo si, en ese momento, hubiera estado embarazada, porque no hubiera tenido que preocuparse sólo por ella.

—No, no la mires a ella, mírame a mí, Nadia. Aquí, soy yo quien tiene el mando —Ordenó el tipo con el rostro desencajado. Nadia desvió entonces la mirada hacia él y lo observó con fijeza, mostrando una valentía que ni ella misma hubiera imaginado en el pasado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Bien, veo que eres impaciente... Eso me gusta —El hombre se carcajeó a gusto mientras Nadia lo observaba al detalle —No te preocupes, te enterarás cuando llegue el momento. Ahora, pónelos en pie. Tenemos que seguir con el plan y no tenemos tiempo que perder...

Nadia quiso negarse, pero sabía que no podía hacerlo. Debía obedecer a ese hombre o tanto ella como Emma acabarían muertas, así que salió del despacho donde se encontraban y dejó que las guiara por los pasillos hasta que encontró una gran sala donde solían reunirse con los clientes algunas veces. Allí, entraron las dos bajo la atenta mirada del hombre, y luego vio como negaba con la cabeza.

—Dadme vuestros móviles —Exigió mientras pasaban a su lado, y ambas obedecieron sin rechistar, sabiendo que no tenían otro remedio, aunque ese era el único resquicio de ayuda que les quedaba —Bueno, tenéis que quedaros aquí un rato. Pero no os preocupéis, volveré para ocuparme de vosotras enseguida.

Y, después de aquellas palabras, cerró la puerta de un portazo y cerró con llave por fuera. Y

ambas se quedaron solas, sin saber que hacer, y muertas de miedo.

## CAPÍTULO 59

No pasó demasiado tiempo antes de que Nadia y Emma escucharan los disparos y golpes que desataron el infierno fuera de la sala donde se encontraban. Ambas se abrazaron y cerraron los ojos con fuerza hasta que el ruido empezó a cesar. Nadia miró a Emma, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y negó con la cabeza, decidida a calmarla.

—No tengas miedo. Vamos a salir de esta... —Murmuró tratando de tranquilizarla, pero Emma negó con la cabeza.

—No lo creo, pero de todos modos, no estoy así por eso.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Nadia la observó con fijeza mientras ella agachaba la cabeza.

—Deberías saberlo, Nadia. Yo te he metido en esto... Siento mucho haberte llamado para que vinieras, pero me apuntó con una pistola, y no sabía qué hacer... Debería haberme negado, pero...

—No. No digas eso —La interrumpió Nadia —Has hecho lo correcto. Así no estás sola. Además, si te hubieras negado ahora estarías muerta, y tu hijo también, así que no lo dudes, no tenías otra opción, y las dos lo sabemos —Nadia miró alrededor, buscando una salida, pero no encontró ninguna. La ventana que había en aquella sala era demasiado pequeña y se encontraba demasiado elevada, casi en el techo. Estaba claro que, quienes habían planeado aquella operación, fueran quienes fueran, conocían aquel lugar, y tenían todo bien calculado, y eso, por desgracia, no auguraba nada bueno.

—Tenemos que salir de aquí, pero no tengo idea de cómo... —Admitió al fin, pensando en voz alta.

—Ya, yo tampoco, pero si no escapamos cuando vuelvan van a matarnos...

—No lo sé —Nadia siguió observando los alrededores, esperando encontrar una fórmula secreta para huir de aquel lugar —Si hubieran querido asesinarlos, supongo que ya lo habrían hecho.

—Es posible, pero, entonces, ¿qué están buscando? Yo no conozco a ese tío de nada...

—Yo tampoco.

En ese momento, ambas vieron que la cerradura se movía una vez más, y, antes de que se dieran cuenta, el hombre que las había secuestrado estaba ante ellas de nuevo. Entró, cerró con llave y se la guardó en el bolsillo, donde, por el bulto que veían, seguía teniendo sus móviles a buen recaudo.

—Bien... Ya hemos asegurado los alrededores, y nos hemos asegurado de que Ales no va a ser un problema. Ahora viene lo bueno... —El hombre se acercó a Nadia y la cogió de la muñeca, haciéndola daño para obligarla a levantarse, mientras ella se resistía y Emma gritaba desesperada, con la vana intención de que alguien les oyera y fuera a socorrerlas. El hombre, lejos de ponerse nervioso por su comportamiento, se limitó a negar con la cabeza —No, este no es el camino para conseguir la libertad, Nadia. Si quieres salir de aquí con vida, tienes que hacerme caso, ¿me has oído?

Para su sorpresa, aquellas palabras silenciaron a las dos mujeres, que por el momento sólo aspiraban a seguir vivas, esperando que las advertencias de su secuestrador fueran ciertas y, por lo tanto, pudieran salvarse si colaboraban, de modo que Nadia permitió que la llevara con él sin oponer demasiada resistencia a partir de ese momento.

—Bien, así me gusta —Dijo mientras la sujetaba con más fuerza de la que la hubiera gustado —Ahora, me vas a hablar de los negocios de tu jefe —Nadia lo observó un instante, desconcertada, pero eso sólo sirvió para enfadarle —Venga, empieza a hablar. Has trabajado para Bassetti lo suficiente como para saber algo interesante, y eso es lo que necesito de momento, así que empieza a largar o vas a tener problemas... —Nadia se quedó mirándolo aterrada —¡Dilo ya si no quieres que esto empeore, hablo en serio! —Gritó con el rostro desencajado, provocando que diera un salto por la impresión.

—No... No puedo, no sé nada...

—¡No me mientas! —El hombre la sujetó del brazo con más fuerza y la acercó hacia él, mientras ella cerraba los ojos, sintiendo su aliento en el cuello mientras murmuraba —Mira, vamos a acabar con esta empresa juntos... Esa es la condición de uno de mis jefes para ayudarnos. Y, para eso, te necesitamos viva... Así que empieza a explicarme todo lo que sepas. Si no, tú serás la siguiente en morir, ¿entiendes?

Nadia se sintió pasmada al ver la forma en que aquel hombre era capaz de modificar su tono de voz, hasta el punto de parecer un amigo que pide un favor a pesar de tenerlas secuestradas, pero eso no la engañó ni por un momento. Sabía que era peligroso, sabía que no debía darle ninguna información, pasara lo que pasara, y, lo más importante, ahora sabía que tenía intención de matar, y lo más probable era que quisiera empezar por ellas en cuanto no las necesitara, de modo que debía ser cuidadosa si quería seguir viva y, sobre todo, si quería salvar la vida de Emma y el hijo de Alessandro.

—Vale, ya lo entiendo —Admitió ella al fin, fingiendo que le seguía el juego. Su voz, sin embargo, sonó tan temblorosa que apenas la reconocía —Entonces, ¿qué quieres que te diga?

—Quiero saber todo sobre la contabilidad de tu jefe.

Nadia levanta la mirada para clavarla en los ojos del secuestrador, confundida por sus palabras.

—¿Contabilidad? Yo soy su secretaria, no llevo su contabilidad...

—Mientes. Estoy seguro de que sabes más de lo que dices, así que habla

—No puedo, yo no sé nada sobre eso... —Nadia trató de mostrarse razonable, pero en cuanto vio cómo el gesto del hombre que la mantenía presa se ensombrecía, supo que no iba a ser tan sencillo como la hubiera gustado.

—Ya basta, Nadia. Deja de mentir o te arrepentirás... —Advirtió con tono amenazante.

—No miento.

Nadia se quedó un poco más tranquila cuando vio como le hombre la soltaba, pero acto seguido sintió que se quedaba sin respiración cuando vio como la apuntó directamente a la cabeza. Entonces, volvió a cerrar los ojos con fuerza mientras todo su cuerpo se tensaba. El lugar estaba de repente en el más absoluto silencio, salvo por el débil llanto de Emma, y el sonido del arma que el tipo cargó a su lado.

—Nadia dime de una vez la verdad. Si no, vas a pagarlo muy caro...

—Ya te la he dicho...

—¡Eso es mentira! —Gritó el hombre al fin, acercando la pistola a su sien. Nadia no pudo evitar empezar a sollozar en cuanto la sintió contra su piel, a pesar de que no quería hacerlo. Por un instante, estuvo segura de que había terminado su vida, y no podía soportarlo —Dime donde está la documentación o la caja fuerte ¡Explícamelo todo de una puta vez!

—¡Ya lo he hecho! —Gritó Nadia aterrorizada mientras se abrazaba los brazos —¡Yo no sé nada! ¡Te lo prometo!

El hombre se quedó un momento en silencio mientras mantenía su arma apuntando hacia su

cabeza. Su respiración era trabajosa, pero su pulso era firme mientras la encañonaba. Nadia esperó, tratando de fingir valor, mientras esperaba que disparara, pero finalmente, apartó la pistola con rapidez y la acercó hacia él, para susurrarla al oído:

—Bien. Has tenido tu oportunidad. Ahora, ya no tienes salida.

Y, en ese momento, la empujó para alejarla de él, luego la dio una bofetada que la tiró al suelo y la observó triunfante un momento antes de sacar unas esposas del bolsillo.

—No te preocupes. Esto va a acabar pronto. Antes de lo que crees, las dos estaréis muertas.

Y, entonces, le dio una patada en la cabeza tan fuerte que la dejó sin conocimiento.

## CAPÍTULO 60

Alessandro estaba inmerso en uno de sus negocios más importantes cuando escuchó los primeros ruidos. Por un momento, se sorprendió, pero pronto supuso que debía de ser algún problema técnico... hasta que distinguió con claridad los disparos. Sin pensarlo siquiera, se puso en pie de un salto y salió de su oficina. Los tiros se mezclaban con gritos y, por lo tanto, no le cupo ninguna duda de lo que estaba pasando. Alguien había venido a atacarle a su empresa, por extraño que pudiera parecer, y dado que los disparos se confundían unos con otros, supo que había varias personas allí preparadas para enfrentarlo, así que debía salir de allí cuanto antes si quería seguir vivo. Dio un par de pasos hacia la puerta que había tras su despacho y observó los alrededores. Nadia no estaba, así que supuso que se habría marchado. Tenía que huir, pero no sin antes asegurarse de que Emma estaba a salvo. Corrió escondiéndose en cada marco de las puertas que encontraba hasta que llegó a su oficina y la vio vacía, y, asumiendo que se había ido, decidió que era el momento de marcharse. Sin embargo, cuando estaba a punto de hacerlo, escuchó un gemido y su corazón se paró al instante. Antes de pensar siquiera en si alguien podía verlo, se dio la vuelta y dobló la esquina para encontrar a quien se había quejado, y fue entonces cuando la vio. Era Rosa, que estaba allí escondida, agazapada contra la pared, con un disparo en el hombro. Alessandro respiró aliviado al comprobar que no se trataba de Emma y, de forma automática, se agachó para examinarla.

—No te preocupes. No es nada. Sólo hay que llevarte al hospital y te pondrás bien... — Explicó tendiendo su mano para ayudarla, pero Rosa negó con la cabeza.

—No... No puedo moverme, lo siento...

—Claro que puedes... Sólo... Deja el brazo en cabestrillo y todo irá bien, ¿de acuerdo?

Rosa observó los ojos azules de Alessandro y no dudó en asentir con la cabeza. Siempre había sabido que aquel hombre era mucho más de lo que demostraba, pero en ese momento no le cupo la menor duda sobre ello. Escondía algo peligroso detrás de esos ojos angelicales, aunque lo más probable era que ella no fuera a saber lo que era jamás.

Sin pensarlo demasiado, Rosa tomó su mano y lo siguió, imitando cada uno de sus movimientos. La forma en que se escondía tras las paredes antes de traspasar las puertas parecía tan profesional que incluso la asustaba, pero en ese momento su prioridad era salir de allí, y él era el único que podía ayudarla.

—Están cerca, pero estamos frente a la salida, así que creo que lo mejor es correr hacia allí y arriesgarnos...

Rosa lo observó dudosa.

—¿Y si nos ven y nos disparan?

—No creo que les de tiempo, por muy cerca que estén, y si nos pillan aquí acorralados será mucho peor, créeme... No tendremos escapatoria y lo más probable es que acabemos muertos.

Rosa dudó un instante más antes de asentir con la cabeza. O su herida le había hecho perder demasiada sangre o aquello tenía bastante sentido...

—Vale, entonces vamos.

Ambos corrieron entonces hacia la salida y llegaron a la puerta sin problemas, aunque Rosa sentía que se había quedado sin respiración por un instante, sobre todo cuando escuchó la voz de uno de los agresores tras ellos.

—Eh, vosotros, ¿dónde vais...? —Pero, por suerte, antes de que finalizara la frase ya habían escapado, y sólo pudo escuchar a lo lejos su queja. Alessandro fue directo hacia uno de los coches de policía que había frente a la salida y observó al detalle como los enfermeros empezaban a analizar la herida de Rosa, mientras contestaba distraído las preguntas de los agentes, buscando a Emma con la mirada.

—Oiga, ¿podría hablar con Emma Garcés? —Le interrumpió al fin, decidido a encontrarla cuanto antes. Necesitaba verla y abrazarla para quedarse tranquilo, y no iba a conseguirlo si no le ayudaban —Ha debido salir hace un rato...

—Tiene que estar allí detrás, con los heridos —Le contestó el policía sin darle demasiada importancia. Alessandro miró adonde le señalaba pero no la encontraba, y fue entonces cuando sus nervios atenazaron su garganta.

—Pues no la veo... ¿Han ingresado a alguien en el hospital?

—A dos hombres por el momento...

Y, en ese mismo segundo, sus nervios le paralizaron. Si no veía a Emma era que porque no había salido, y, de ser así, significaba que seguía dentro.

—Mierda, tengo que volver a entrar... —Murmuró más para sí mismo que para que nadie le escuchara, sintiendo cómo el policía le sujetaba del brazo, impidiéndoselo.

—Lo siento, pero no puedo permitirlo. Tenemos órdenes al respecto...

—Pero usted no lo entiende. Mi mujer está aún dentro... Está embarazada y...

—Lo siento, pero no puedo hacer excepciones. Entiéndalo.

Y, entonces se quedó inmóvil por unos segundos hasta que fue capaz de reaccionar, pero al no saber bien cómo afrontar la situación, decidió que lo mejor era llamar a alguien que lo ayudara, y sabía quién debía ser esa persona. Su hermano vendría enseguida si lo llamaba aunque llevaran días sin hablarse. Seguramente estaba ya con Nadia y podrían calmarlo... Sin embargo, cuando Marco contestó al teléfono no se mostró tan tranquilo como esperaba.

—¿Un altercado? ¿En tu empresa? Eso no tiene sentido... Además, ¿cómo que no sabes dónde está Emma? ¿Qué quieres decir? ¿Quién cojones ha empezado el tiroteo?

—No tengo ni puta idea... Nadia me dijo que iba a hablar con ella antes de marcharse, así que seguramente sepa algo ¿Puedes preguntarla?

El silencio se hizo entonces en la línea durante tanto tiempo que Alessandro incluso pensó que se había cortado la conversación, hasta que escuchó de nuevo a su hermano, con la voz tan fría como el hielo.

—Nadia no está conmigo, Ales. Ni siquiera he hablado con ella desde esta mañana... — Ambos sabían lo que eso significaba. Si no había contactado con él, es que no había conseguido salir antes de que esa gente tomara el lugar, y eso no prometía nada bueno —Maldita sea... No te muevas de donde estás. Voy ahora mismo.

En efecto, no tardó más de veinte minutos en llegar, y cuando lo hizo, respiraba con dificultad. Un policía que parecía conocer y que se identificó como inspector Hernández fue directo hacia él, pero Marco ni siquiera le escuchó y se dirigió sin dudar a su hermano.

—Vale, ahora explícame qué coño ha pasado, porque no entiendo nada —Alessandro le explicó lo poco que sabía y Marco asintió con la cabeza, como si ya lo esperaba —Vale. Esto suena a ajuste de cuentas... —Afirmó sin dudar —Tengo que entrar dentro. Desde aquí no puedo hacer nada, joder.

—Lo sé, pero no permiten que entre nadie —Respondió Alessandro señalando con la cabeza a los agentes de policía que había frente a la puerta de entrada, y que ya habían acordonado la zona para evitar que nadie pudiera colarse sin su consentimiento. Marco levantó la mirada de su

smartphone y lo observó con fijeza.

—¿Y desde cuándo me importa una mierda lo que diga la policía?

—Marco, sé que esto es difícil, pero no te metas en más líos, joder... No va a servir de nada.

Marco dio un paso al frente y se encaró con su hermano.

—Ales, no sé de qué coño va esto, pero si algo sé seguro es que, si tienen a Emma y a Nadia, no es por casualidad. No tengo ni puta idea de cuáles son sus planes, pero lo que sí sé seguro es que, si no hacemos nada, van a matarlas, así que, ¿vas a quedarte aquí quieto, confiando en que van a tener piedad de ellas? ¿Es eso lo que quieres hacer? —Alessandro no tuvo más remedio que callarse para no negar la evidencia, y Marco asintió con la cabeza —Eso pensaba... —Entonces, volvió a bajar la mirada hacia su móvil e hizo un gesto de aprobación antes de ponerse en marcha.

—¿Qué pasa?

—Ya las he localizado. Están en la sala de reuniones que hay cerca del despacho de Emma. Voy para allá.

Alessandro miró a su hermano incrédulo.

—No vas a poder pasar tú solo...

—Entonces, tendrás que ayudarme.

Ales asintió sin dudar y fue a hablar con el policía que parecía a cargo del incidente, mientras Marco cogía aire y empezaba a correr hacia la parte trasera del edificio, donde había una entrada que la policía desconocía, y Alessandro no tuvo más remedio que sonreír cuando vio que, una vez más, su hermano había demostrado que era implacable, esperando que consiguiera su objetivo cuanto antes.

## CAPÍTULO 61

Marco no dudó un instante en correr hacia donde el localizador de su smartphone le había indicado, alegrándose de que hubiera menos gente asegurando el lugar de lo que esperaba. Por el camino se encontró a unos cuantos trabajadores que parecían muertos, aunque por suerte los heridos parecían haber conseguido escapar... salvo Nadia y Emma, por desgracia. Y eso sólo podía significar una cosa: las buscaban a ellas, pero ¿por qué? ¿Qué podían tener ellas que les interesara?

Sin pensarlo demasiado, llegó frente a la puerta donde debían tenerlas retenidas y trató de abrir, pero estaba cerrada con llave, así que respiró hondo y, sin dudar demasiado, la abrió de dos patadas. Allí encontró a Nadia inconsciente en el suelo y a Emma llorando en un rincón, pero antes de que pudiera llegar hasta ella o escuchar su advertencia, alguien le golpeó por la espalda y cayó al suelo al perder la consciencia.

Cuando despertó de nuevo, estaba atado junto a ellas sentado sobre el suelo y supo al instante que le habían quitado el arma que llevaba oculto en la chaqueta del traje. Nadia ya se había despertado, pero aún parecía muy asustada.

—¿Estás bien? ¿Os han hecho algo? —Preguntó Marco aterrado.

—No... Sólo un pequeño golpe, no es nada... —Explicó Nadia con voz temblorosa tratando de tranquilizarlo. Había tantas cosas que quería decirle, pero no podía, porque, por desgracia, no estaban solos, tal como Marco confirmó en cuanto una voz desconocida interrumpió de repente sus palabras.

—Interesante... ¿Sabes? Esto no me lo esperaba... Pero de todos modos es posible que nos pueda ser de utilidad... —Comentó el hombre, obligando a Marco a clavar la vista sobre él. Era un tipo de mediana edad, de buena complexión pero rasgos vulgares, y no lo conocía de nada.

—¿Qué coño quieres? ¿Por qué nos tienes aquí?

—No te preocupes, en seguida lo verás... —Dijo mientras caminaba hacia él, sin llegar demasiado cerca —Unos buenos amigos míos están deseando saludarte...

Y, en ese mismo instante, un hombre y una mujer entraron en la sala, y Marco empezó a comprenderlo todo. Eran Lía y su hermano, y estaba claro que no estaban contentos con la forma en que habían salido las cosas con Alessandro.

—Lía, ¿qué haces aquí? Deberías estar en la cárcel... ¿Y por qué has decidido meter a tu hermano en esto...?

La mujer se limitó a sonreír, satisfecha con lo que había conseguido hasta el momento.

—¿Eso es lo único que te interesa? —Preguntó ella desconcertada —Te recuerdo que estás a punto de morir, y antes de eso vas a ver morir a tu novia y a la mujer de tu hermano... Yo creo que deberías estar más preocupado por eso...

Marco se quedó mirando a Lía un instante, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. Por un momento, se sintió sorprendido al comprobar lo enferma que estaba, y dudó como había sido posible que hubieran crecido juntos sin darse cuenta de algo tan grave hasta ese momento.

—Así que lo que quieres es pasar más tiempo en la cárcel. El tiempo que has pasado allí ha debido gustarte por lo que veo...

—Nada de eso. Después de terminar con vosotros, me iré de aquí para siempre adonde nadie pueda encontrarme... Para eso sirve pagar la fianza... ¿O es que ya no recuerdas como funciona

esto?

El hombre desconocido que había raptado a Nadia en primer lugar le dijo a Lía algo al oído, y ella asintió con la cabeza.

—Sí, tienes razón. No deberíamos entretenernos. Vamos al grano... —Lía se acercó a Marco y le apuntó directamente a la cara —Lo primero será ocuparnos de Renald —Nadia no pudo evitar reconocer ese nombre, y no tuvo que pensar demasiado para darse cuenta de que aquel hombre había colaborado con ellos para vengarse de la forma en que lo despidieron después de tratar de propasarse con Nadia... Por desgracia, todo encajaba, pues eso explicaba que supieran tanto de su empresa —Ahora, necesito que me digas dónde guarda Alessandro toda la documentación de la empresa... Estoy segura de que tiene una caja fuerte que puede sernos útil... Si no lo haces, tendré que hablar con alguna de tus acompañantes, y será mucho más doloroso, así que habla.

—Nunca te diré nada de mi hermano, y lo sabes...

Lía esbozó una tétrica sonrisa y luego negó con la cabeza.

—No, esa no es la respuesta más inteligente, Marco... Piénsalo un poco o vas a tener que lamentarlo —Dijo antes de apuntar a Emma con su arma. Ella cerró los ojos y trató de evitar que las lágrimas que había en sus ojos se derramaran, tratando de ignorar el hecho de que, pasara lo que pasara, los tres iban a morir aquel día y no había nada que pudieran hacer para evitarlo —Tengo una deuda pendiente con Renald por todo lo que nos ha ayudado, y hasta que no la pague no podré ocuparme de mi propia venganza... Así que habla cuanto antes... De lo contrario me obligarás a hacer algo que no deseo hacer... todavía... —La forma en que sonrió fue tan enfermiza que Emma estuvo a punto de vomitar, pero por suerte al final se contuvo.

—Me das asco —Afirmó Marco con firmeza —No pienso decirte nada. Nos vas a matar igual... Así que, si quieres averiguar algo, tendrás que buscarlo tú misma.

—No... Lo siento, esa no es la respuesta correcta —Lía miró a su hermano y éste se dirigió hacia Nadia antes de apuntarla directamente a la cabeza. Marco no pudo evitar gritar para evitarlo, pero no podía moverse por más que lo intentaba, así que cerró los ojos, aterrado y apoyó la cabeza en la pared, tratando de calmarse.

—Basta. Basta, joder —Murmuró derrotado. Luego, abrió los ojos y los clavó en Lía, tratando de encontrar la manera de salir del problema en el que estaban metidos con los mínimos daños posibles —Vale, tú ganas. Te diré todo lo que quieras. Pero, antes, tienes que hacer algo por mí...

—No estás en disposición de exigir nada... —Dijo Lía con sarcasmo, negando con la cabeza.

—Eso es lo que tú crees, pero yo no estoy tan seguro de eso —Marco trató de mantener su voz firme a pesar de que sus nervios le atenazaron la garganta —Tú necesitas esa información para pagar a uno de tus cómplices, y yo no voy a dártela... a no ser que dejes que Nadia y Emma se vayan.

La forma en que Lía ríe a carcajadas al escucharle le dio una pista sobre cuáles eran sus intenciones, y sus esperanzas se desvanecieron al momento.

—Marco, no puedo hacer eso. Las necesito para llevar a cabo mi plan... Deberías saberlo...

—¿Y cuál es tu plan?

Lía se encogió de hombros sin soltar la pistola ni un solo instante.

—Castigaros a ti y a tu hermano por lo que me hicisteis —Su rostro perdió la sonrisa en ese momento mientras miraba al suelo con tristeza, pero pronto recuperó su gesto alegre de nuevo —Lo tengo todo muy bien pensado.

—¿Vas a matarnos?

—No, voy a matarlas a ellas —Confesó sin dudar un instante —Tú no entrabas en mis planes, así que supongo que voy a torturarte un rato, pero me vendrás bien para conseguir la información

que necesito. Al parecer tu novia no sabe tanto como yo pensaba... Sin embargo, no te quitaré la vida. Necesito que sintáis el dolor que yo sentí en la cárcel, y no me imagino mejor forma de conseguirlo que quitaros lo que más queréis ¿No te parece un acierto?

En efecto, Lía tenía todo muy bien planeado, estaba claro que se había tomado su tiempo, y por desgracia, eso dejaba a Marco muy poco espacio para negociar con ella. A él su vida le daba igual, y no estaba preocupado por si le torturaban... De hecho, no iba a ser la primera vez, pero necesitaba salvar a Nadia y a Emma, y, llegados a ese punto, no tenía idea de cómo hacerlo.

—No del todo —Mintió Marco, tratando de desconcertar a sus captores —Hay algo con lo que no has contado ¿Por qué iba a contarte los secretos de mi hermano si vas a matar a mi novia igual? No tiene sentido, Lía... —Discutió tratando de aparentar calma. Sin embargo, Lía se limitó a sonreír antes de negar con la cabeza de nuevo.

—Lo harás... Tenemos métodos muy eficaces para conseguirlo, Marco...

Y, en ese momento, miró a su hermano, que sacó una navaja de su mochila negra antes de acercarlo a su piel muy despacio, como si estuviera disfrutando del momento.

—Ahora verás lo que es bueno... —Advirtió antes de empezar a rajarle el brazo, deleitándose en la forma que Marco gritaba desesperado, hasta que decidió continuar por el resto de su cuerpo.

## CAPÍTULO 62

Marco gritó muy a su pesar cuando empezaron a torturarlo, pero no estaba dispuesto a decir una sola palabra a sus captores, así que, salvo los quejidos que no pudo evitar expresar, no dijo nada. Nadia y Emma, en cambio, empezaron a gritar aterradas en cuanto empezaron a castigarlo, pero no se movieron de donde estaban. En realidad, tampoco podían hacer nada para evitarlo. Bastaron diez minutos para que Marco sintiera que no podía más, pero ya había sufrido tormentos parecidos en el pasado, y era consciente de que podía manejarlo, por complicado que fuera.

El hermano de Lía siguió disfrutando con su dolor durante unos minutos eternos más, antes de que ella le mandara detenerse al fin, dejando a Marco casi inconsciente mientras jadeaba aterrado.

En ese momento, Lía se acercó a él muy sonriente y, acuclillándose a su lado, le susurró al oído:

—¿Estás dispuesto a hablar ya o necesitas que sigamos convenciéndote de que no tienes otro remedio?

Marco abrió entonces los ojos, observando como el hermano de Lía encendía un cigarro muy despacio y le daba una larga calada, mientras ella sonreía satisfecha con su sufrimiento. Marco forzó una sonrisa antes de decidirse a contestar:

—Prefiero morir a ayudarte en nada, puta psicópata —Y, tras aquellas palabras, reunió todas las fuerzas que le quedaban para escupirla en la cara.

Lía perdió la sonrisa al momento, antes de limpiarse el rostro y ponerse en pie de nuevo. Su hermano se acercó entonces a Marco y le dio una patada en el estómago que le dejó sin aliento.

—¿Es así como quieres jugar? —Lo retó, furioso —Bien, pues tú lo has querido. Juguemos —Añadió antes de empezar a patearle de nuevo, y no paró hasta que se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento. Entonces, se acuclilló a su lado y miró a Marco a los ojos. Era extraño verlo en ese momento, con el rostro desencajado por la ira, cuando siempre habían sido aliados. No podía creerse que la familia de Lía les hubiera engañado de un modo tan vil, haciéndoles creer que estaban juntos en sus luchas, cuando en realidad habían sido enemigos natos.

—¿En serio, Filippo? —Le preguntó al fin, desconcertado —¿Vas a seguir el juego a tu hermana en esto? ¿No te importa la amistad que siempre unió a nuestras familias? —Preguntó Marco, esperando que aquello le hiciera pensar, pero al ver como sonrió mientras negaba con la cabeza, se dio cuenta de que era en vano.

—Me importaba, hasta que traicionasteis a mi hermana, Marco. Ahora sois nuestros peores enemigos...

Marco frunció el ceño, entre jadeos ahogados.

—No, estás equivocado... Fue ella quien nos traicionó a nosotros...

—La metisteis en la cárcel —Le interrumpió enfadado —Eso, para mí, es una traición imperdonable... Y, ahora, vais a pagar por ello.

Y, sin más explicaciones, acercó su cigarro al brazo de Marco, obligándolo a chillar de nuevo cuando empezó a quemarle. Estuvo un par de segundos antes de apartarlo de su piel, pero Marco sabía que aquello no había terminado.

—Cuanto antes nos digas lo que necesitamos saber, antes terminará esto, Marco —Le advirtió Lía con tranquilidad —Eres tú quien está impidiendo que sigamos con nuestro plan, así que todo esto es culpa tuya...

—¡Vete a la mierda! —Gritó Marco con los ojos cerrados, preparándose para lo que sabía que venía a continuación. Por desgracia, no estaba equivocado. Antes de que le diera tiempo a respirar una vez más, Filippo acercó el cigarro a su estómago, provocándole tal dolor que, por un instante, creyó que iba a desmayarse.

—Tranquila, creo que él se está divirtiendo tanto como nosotros, por eso no quiere contarnos nada... Así que sigamos con ello.

Marco aguantó con estoicismo los minutos eternos que Filippo creyó conveniente martirizarlo de nuevo, y para cuando paró al fin, ni él mismo podía creerse que siguiera consciente. Filippo se levantó y lo miró prepotente, antes de desviar la mirada hacia su hermana.

—Creo que ya ha entendido que no tiene elección —Afirmó orgulloso. Entonces, Lía se acercó a Marco una vez más y le acarició el rostro mientras sonreía con sarcasmo, sorprendiéndose al ver que Marco aún tenía fuerzas suficientes para apartarse de su tacto a pesar de lo que había sufrido. Siempre había sabido que era un hombre fuerte y valiente, aunque nunca pensó hasta que punto. De hecho, se hubiera asombrado aún más si supiera que, en ese mismo momento, estaba pensando en cómo escapar de allí, aunque sólo fuera para salvar a Emma y Nadia. No podría soportar la idea de que Lía consiguiera su objetivo, y sabía que Ales nunca le perdonaría si permitía que algo le ocurriera a Emma y al hijo que llevaba dentro. Estaba convencido de que iba a culparle a él de lo que estaba ocurriendo por seguir involucrado en la mafia, aunque en ese caso él no había tenido nada que ver, puesto que aquello era algo del pasado, y se sentía aterrado al pensar que, en un solo instante, podía perder lo que más quería en el mundo: a Nadia y a su hermano. No podía consentirlo mientras siguiera despierto, así que debía buscar la forma de evitarlo.

—¿Es así? —Preguntó Lía, sintiéndose vencedora —¿Ya lo has entendido, Marco? ¿Vas a contarnos lo que queremos saber...?

—No... —Respondió sin dudar, fatigado. Después, levantó la mirada y la clavó en los ojos de aquella mujer que, en ese momento, por hermosa que fuera, sólo le producía náuseas —Nunca voy a deciros lo que queréis saber... Nunca voy a traicionar a mi hermano, así que mátame de una vez, porque es lo único que vas a sacar de mí, puta enferma.

Lía no perdió la compostura al escuchar aquellas palabras, sino que se puso en pie y negó con la cabeza.

—Creo que no lo has entendido, Marco. Eso no entra dentro de nuestros planes... —Comentó como si hablara más con ella misma que con él —La idea es que sufráis, y para eso os necesito vivos, tanto a ti como a tu hermano, pero la verdad es que esto está durando demasiado y no me conviene... Así que me parece que vamos a tener que cambiar de táctica para que funcione...

Y, en ese momento, caminó con rapidez hasta llegar junto a Nadia, poniéndole la pistola en la cabeza. No le dio tiempo a montarla cuando escuchó a Marco gritar:

—¡No! —En ese momento, empezó a luchar por liberarse, aunque parecía imposible conseguirlo, y trató de ponerse en pie, pero Filippo se lo impidió, obligándole a permanecer en el suelo observando la dura escena que habían preparado —No, por favor. Basta. Deja que se vaya...

—Sabes de sobra que no voy a hacerlo —Lía sonrió feliz al ver que la reacción de Marco era justo la que esperaba —Así que, si no quieres ver cómo empiezo a torturarla a ella igual que he hecho contigo hace un momento antes de matarla, creo que deberías empezar a hablar. Y te aconsejaría que lo hicieras cuanto antes, porque no creo que ella sea capaz de aguantar tanto como tú...

—No, por favor... ¡Para! —Marco miró alrededor, buscando alguna forma de escapar de

aquella situación, pero no encontró nada. Si al menos pudiera pensar en una distracción, tendría tiempo para proteger a Nadia, pero por el momento eso era algo imposible, así que debía pensar en otra opción, y debía hacerlo cuanto antes —Te diré lo que quieras, pero quita la puta pistola.

Lía no movió ni un músculo antes de asentir.

—Vale. Entonces, empieza.

Marco volvió a mirar alrededor, buscando una salida que seguía sin encontrar. Sus opciones en ese momento eran traicionar a su hermano o ver morir a la mujer que amaba entre torturas, y ninguna era una posibilidad, así que tenía que buscar otra solución cuanto antes, aunque fuera arriesgando su propia vida. Mientras reflexionaba sobre ello, escuchó un ruido fuera, y vio cómo Lía y Filippo se sobresaltaron y dejaron de prestarles atención por unos segundos, momento que él aprovechó para ponerse en pie con las pocas fuerzas que le quedaban y correr hacia Nadia. Por desgracia, Lía se dio cuenta de su hazaña y levantó la pistola al instante, antes de disparar en dirección a la mujer que amaba, aunque sin tener en cuenta que él ya había llegado adonde se encontraba, consiguiendo ponerse entre la pistola y Nadia, de modo que el disparo impactó sobre él y no en el objetivo que Lía había planeado.

Cuando se encontró tirado en el suelo con las manos aún atadas, Marco miró su pecho y lo encontró lleno de sangre, mientras luchaba por no perder el conocimiento, aunque estaba seguro de que no iba a ser capaz de conseguirlo durante mucho tiempo. Un policía apareció frente a ellos con una pistola, aunque en su estado no fue capaz de reconocer al agente que tantas veces le había acosado tratando de inculparle de todo lo que tenía oportunidad, el inspector Hernández, y se quedó perplejo frente a ellos al verlo herido, dado que había pensado en todo momento que él era el culpable de lo que estaba pasando, antes de correr tras Lía junto con uno de los dos agentes que lo acompañaban, mientras el otro continuaba apuntando a Filippo. Escuchó el eco de unos disparos a lo lejos y después pudo distinguir la imagen de Alessandro frente a él observándolo perplejo antes de correr a abrazarlo gritando algo indescifrable pero, por desgracia, eso y los gritos de Nadia fueron lo último que percibió antes de que la oscuridad lo llevara muy lejos de su lado.

## CAPÍTULO 63

Cuando despertó se sorprendió al encontrarse a gusto en un espacio cómodo y esponjoso. Apenas recordaba lo que había pasado, pero por algún motivo le extrañaba no sentir el dolor esperado. El lugar era silencioso y tranquilo, y tardó un rato en darse cuenta de que se encontraba en un hospital. Trató de moverse, pero no podía. Algo se lo impedía, aunque no estaba seguro de qué podía ser. Sin embargo, fue capaz de volver la cabeza para encontrarse a Nadia sentada a su lado, observándolo con paciencia.

—Bien... Al fin has despertado —Comentó con una débil sonrisa que desapareció al momento de sus labios —¿Cómo te sientes?

—No lo sé... —Marco frunció el ceño antes de preguntar —¿Qué ha pasado?

—Da igual. No pienses en eso ahora... —Nadia se mojó los labios antes de continuar —Nos has tenido muy preocupados...

Y, con esas sencillas palabras, los recuerdos volvieron al fin a su mente sin ser invitados. Ráfagas de tortura, quemaduras, golpes, amenazas y disparos colapsaron su mente al instante hasta que empezó a marearse y su piel se quedó pálida de nuevo, aunque, por suerte, Nadia no pareció percatarse de nada.

—Mierda... —Dijo tratando de ordenar sus ideas, mientras luchaba por que su cuerpo reaccionara — ¿Dónde está Ales?

—Fuera... Pero volverá enseguida, no te preocupes...

—Necesito hablar con él... —Se quejó Marco, desconcertado. Nadia, sin embargo, asintió, como si lo esperara.

—Lo sé —Admitió Nadia con paciencia, recordando la forma en que había llamado a su hermano con insistencia mientras permanecía inconsciente en la cama aquellos días —Pero ahora no puede ser... Tienes que calmarte. Ponerte así no te hace bien, así que no pienses más en eso...

Marco miró a Nadia de nuevo, y en ese momento consiguió verla de verdad. Estaba demacrada y tenía unas grandes ojeras que oscurecían la luz de su hermoso rostro. Y todo era por su culpa. Todo lo que la estaba ocurriendo, la tristeza que transmitía y el miedo que se esforzaba por ocultar. Todo era culpa suya, de su pasado y de las elecciones equivocadas que había tomado en la vida.

—Lo siento —Dijo al fin, más arrepentido que nunca —Sé que todo esto ha sido culpa mía...

—No hables así. No es verdad. Tú no tienes culpa de lo que ha pasado, Marco...

—¿Estás segura? —Preguntó Marco, obligándola a permanecer en silencio para no verse obligada a contestar lo que ambos sabían. En ese momento, aún convaleciente y destrozado, tomó una decisión definitiva que prevalecería para el resto de su vida, si con ello conseguía que Nadia lo perdonara y no huyera de él tan rápido como le fuera posible —¿Ves? Tú misma sabes que tengo razón, pero te juro que voy a arreglarlo...

—¿Qué vas a arreglar? —Preguntó Nadia, confundida.

—Todo esto —Confirmó Marco —No voy a permitir que nadie vuelva a hacerte daño, tienes mi palabra. Si hace falta, esta misma tarde llamaré a mi padre y hablaré con él. Voy a dejarlo ¿Me has oído? Voy a dejarlo todo para siempre.

—Marco, no sabes lo que dices... Aún no estás bien, y no puedes tomar decisiones...

—Sí que puedo. Esto ha ido demasiado lejos y ya no puedo más, así que no le des más vueltas.

Sé exactamente lo que he decidido, y es definitivo, si aún quieres seguir a mi lado...

Nadia no pudo evitar cerrar los ojos cuando escuchó aquellas palabras. Después, se acercó a Marco, inclinándose sobre su cama, y le acarició el pelo antes de murmurar:

—Claro que seguiré a tu lado ¿Por qué iba a dejarte? Me has salvado la vida, Marco. Nunca podré olvidar la forma en que te arriesgaste por mí, así que no debes tener miedo, no voy a alejarme de ti jamás. Además, aunque quisiera no podría hacerlo, nunca he podido, porque te quiero —Explicó con calma —Y por eso no deberías tomar decisiones desesperadas que no son necesarias...

—La decisión ya está tomada y los dos sabemos que es muy necesaria —Marco mantuvo la mirada de Nadia decidido —A partir de ahora, voy a protegerte. Te lo juro. Nunca volveré a permitir que te pase nada.

Nadia asintió con la cabeza, aceptando al fin su resolución, aquella que durante tanto tiempo había deseado, pero no podía forzarle a tomar, y, en ese momento, alguien llamó a la puerta. Acto seguido Alessandro entró con un café en la mano. Cuando vio que estaba consciente, se sentó junto a Nadia y asintió con la cabeza.

—Bien. Ya estás despierto... —Dijo con el gesto serio que esperaba.

—Ales, escúchame. Tengo que hablar contigo...

—Ahora no es el momento —Le reprendió con firmeza —El médico ha dicho que debemos dejarte descansar para que puedas reponerte...

—Lo que haya dicho el médico me importa una mierda. Ya me siento bien, y necesito que hablemos.

Nadia miró a los dos hermanos y, entendiendo que necesitaban un poco de intimidad, se puso en pie sin dudar un momento.

—Voy a por un café. Vuelvo enseguida —Se excusó antes de salir por la puerta. En cuanto cerró tras de sí, Marco se incorporó con dificultad hasta sentarse rechazando la ayuda de su hermano cuando se la ofreció y empezó la conversación que necesitaba. Si algo tenía claro después de lo que había pasado era que no podía perder a su hermano, y estaba seguro de que, si no aclaraba las cosas, iba a hacerlo.

—Ales, sé lo que estás pensando... —Comenzó al fin, tratando de serenarse.

—No lo creo... — Advirtió decidido.

—Pues yo creo que sí. Y quiero que sepas que entiendo que estés enfadado conmigo, pero...

—No estoy enfadado contigo, Marco... Lo estoy conmigo mismo. Soy yo quien ha provocado esto. Soy yo quien debería proteger a mi mujer y a mi hijo, pero, al parecer, no soy capaz...

—No digas tonterías. Sabes igual que yo que esto ha sido culpa mía.

—Esa es tu opinión, pero yo no estoy de acuerdo. Yo soy el único responsable de mi familia, y por lo tanto debería protegerlos. Sin embargo, mi mujer embarazada ha estado en peligro y yo no he hecho nada para evitarlo...

—Creí que yo también era tu familia... —Ales lo observó un instante desconcertado, y Marco respiró hondo tratando de calmarse —Mira, Ales, es mejor que nos dejemos de gilipolces. Entre nosotros nunca nos hemos andado con rodeos. Entiendo que estés cabreado, pero sabes igual que yo que no importa lo que haya pasado entre nosotros, porque pase lo que pase yo nunca te traicionaría. Tendrían que haberme matado y aún así me habría negado a hacerlo, así que sólo te pido que no me traiciones tú.

Alessandro no pudo evitar que sus ojos se concentraran en las heridas que Marco tenía sobre la piel, aparte del balazo junto al pecho que aún llevaba vendado. Aquel disparo les había hecho temer que incluso llegara a morir durante semanas de acuerdo con la información que habían

recibido de los médicos, pues aunque por suerte no había llegado a ningún órgano vital, había sido más profundo de lo esperado y había perdido mucha sangre... y, recordando aquellos momentos de angustia, por un momento se sintió destrozado. Estaba claro que su hermano lo necesitaba, pero ahora que estaba bien, había tomado una decisión y no iba a pensar en nadie más que en sí mismo para llevarla a cabo, aunque fuera demasiado pronto para confesársela a Marco por el débil estado en que se encontraba, así que negó con la cabeza.

—No sé por qué dices eso. Yo tampoco te traicionaría, Marco...

—No te creo —Marco respiró hondo mientras Alessandro lo observaba con fijeza y luego se decidió a continuar —Hay muchas formas de traicionar, y tú estás a punto de cometer una de las peores... ¿Crees que puedes engañarme? Te conozco demasiado bien... —Marco vio cómo su hermano se quedaba perplejo tras escuchar sus palabras, pero no se detuvo por su silencio — Escúchame, sé que esto ha sido duro para ti, pero necesito que confíes en mí y me des un poco de tiempo para arreglarlo, y para eso te necesito cerca —Marco se detuvo de repente, sin aliento, obviando el hecho de que su voz no sonaba tan firme como le hubiera gustado mientras se esforzaba para que las lágrimas que había en sus ojos no se derramasen. Sentía a su hermano cada vez más lejos, y sabía bien cuáles eran sus intenciones. Por eso, lo único en lo que podía pensar era en hacerle cambiar de opinión. De lo contrario iba a perderlo, y no soportaba la idea.

—No quiero hablar de eso ahora, así que déjalo de una puta vez. Además, tú mismo me dijiste que no volviera a acercarme a ti, ¿recuerdas?

—Sí, joder, sé lo que dije y me equivoqué. Lo siento. Aquel día me pasé mucho porque estaba muy jodido y... acojonado, ¿vale? No sabía cómo manejar la situación y supongo que lo pagué contigo.

—Mierda, eso ya da igual... Después de lo que ha pasado, no puedo quedarme... —Aseveró Alessandro con voz temblorosa.

—Eso no es verdad. Puedes y debes quedarte. Ya sé que la he jodido bien esta vez, pero no voy a volver a fallarte. Tienes mi palabra. A partir de ahora voy a asegurarme de que tengas la vida que siempre has buscado, así que, por favor, no te alejes de nosotros... de mí —Alessandro bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza, pero Marco no tenía intención de detenerse ahí —No puedes irte, Ales. Sé que piensas que mientras estés a mi lado voy a seguir metiéndote en líos, pero te juro que no es así. Después de lo que ha pasado, yo también voy a dejar la mafia —Marco se detuvo un instante, esperando que Alessandro reaccionara a sus palabras, pero al ver que no era así, decidió continuar —Necesito que me perdones y te quedes conmigo —Ales observó a su hermano perplejo. Lo cierto era que empezaba a dudar, aunque no quería aceptarlo.

—Marco, no lo entiendes... Esta no es la vida que yo he elegido, lo sabes igual que yo, así que mi decisión está tomada. Simplemente, no puede ser... Y además tú no me quieres aquí, tú mismo dijiste que querías que me fuera...

Marco bajó la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, empezando a comprender lo que ocurría en realidad. Había dicho las palabras equivocadas en el peor momento, y tenía frente a él las consecuencias: su hermano se sentía rechazado por él, algo que nunca habría imaginado, y por ese motivo no quería volver a verlo. No podía negar que lo comprendía, pues había sido muy injusto, pero aún así tenía que encontrar la forma de enmendarlo.

—Vale, maldita sea, cometí un error, pero tienes que dejar de echarme eso en cara. Ya te he dicho que lo siento... ¿Qué más quieres que haga? Olvida lo que dije, estaba fuera de mí. Sabes como soy, el control no es uno de mis fuertes y hablé más de la cuenta, pero ahora te estoy pidiendo que te quedes. Es más, te lo estoy suplicando... —Marco esperó paciente a que su hermano contestara, pero no lo hizo, y de repente empezó a desesperarse —Ales, hablo en serio.

No puedes irte, por favor, no puedes hacerme esto. Ahora mismo no creo que pudiera soportarlo... —Su voz se quebró en el mismo instante en que Alessandro levantó la mirada hacia él, y entonces vio su rostro lleno de lágrimas. En ese momento todos sus planes se anularon al comprender que no podía dejar atrás a los suyos, por mucho que se hubiera sentido rechazado por su hermano o, después de lo que había ocurrido, sintiera la urgencia de hacerlo. Después de su discusión, había pensado que su hermano intentaba echarlo de su vida, pero llegados a ese punto ya sabía que no era así, sino que todo había sido un gran malentendido y no podía dejar atrás a quienes habían constituido una parte tan importante de su existencia, hasta el punto de ser parte de él mismo. Sabía de sobra que, a pesar de todos los problemas, también él necesitaba a su hermano. Además, si Marco dejaba la mafia, vivirían lo suficientemente lejos del resto de su familia como para poder mantenerse al margen de sus asuntos más turbios. En medio de su reflexión, Marco bajó la mirada y se tapó la cara con las manos, dejando a Ales perplejo. Nunca lo había visto derrumbarse así, y eso le convenció de lo equivocado que había estado. En los últimos días, no había pensado más que en sí mismo y en Emma, hasta el punto de haberse olvidado de que su hermano también lo necesitaba, y por ese motivo se encontraba en ese momento frente a él tras haber estado al borde de la muerte. En realidad, sólo había cometido un error tras otro. Marco no era responsable de nada de lo que había pasado. Lía y Filippo eran parte del pasado de ambos, pero Marco se había enfrentado a ellos solo, mientras él se había escondido como un cobarde, para después decidir huir de sus problemas cuando Marco más lo necesitaba. En el fondo, todo había sido culpa suya, no de Marco. Con esa idea en la cabeza, se acercó hacia él y le dio un fuerte abrazo, con cuidado de evitar sus heridas, decidido a calmarlo.

—Vale, tranquilo. Todo está olvidado. En realidad, tenías razón. Me he comportado como un puto cobarde. Perdóname —Se disculpó al fin —Debería haberte apoyado cuando me lo pediste, he sido un egoísta, pero de todos modos sigo aquí, y sigo siendo tu hermano. Te aseguro que no tienes de qué preocuparte. No voy a marcharme. Pase lo que pase, nunca me perderás, Marco. Te lo prometo.

## CAPÍTULO 64

Cuando Marco al fin recibió el alta médica, estaba tan asqueado del hospital que no pudo evitar marcharse despotricando sobre su terrible estancia, a pesar de que le habían tratado muy bien y le habían cuidado con esmero hasta que se había recuperado por completo. Durante el camino en coche, reflexionó hasta llegar a la conclusión de que el problema era que no le habían dejado pasar los últimos días de su recuperación en casa, como él deseaba, y eso había constituido un dolor de cabeza permanente, hasta el punto de que incluso intentó conseguir el alta voluntaria. Sin embargo, su hermano le pidió que no lo hiciera. Aún estaba preocupado por su salud, y eso le sorprendía más de lo que esperaba. En realidad, había salido de problemas mayores y nunca había necesitado estar hospitalizado para recuperarse, pero al parecer Ales se había olvidado de todo su pasado cuando dejó la mafia, y, de repente, parecía confiar de nuevo en los médicos de la salud pública, algo que le desconcertaba por completo. No podía evitar pensar que se había vuelto un blando... ¿Le pasaría a él lo mismo cuando hubiera dejado atrás su pasado violento? No. Estaba seguro de que no iba a ser así, porque Alessandro tenía lo que siempre había deseado, pero él iba a echar de menos aquel peligro, la subida de adrenalina que sentía cada vez que se activaba en su mente la ansiada alerta. Le gustaba demasiado para olvidarlo, pero, después de lo que había ocurrido en aquella última ocasión, ya no le merecía la pena, no si existía la posibilidad de perder a su hermano o a Nadia, lo que más amaba en el mundo. Eso no era una opción, y, por tanto, haría lo que fuera necesario para mantener a salvo a la mujer que le daba la vida a cada momento, al precio que fuera.

Cuando salió del coche y Alessandro se dirigió hacia él, no pudo evitar resoplar molesto al ver que le cogía para ayudarlo a caminar hacia casa.

—Ales... Estoy bien... Esto no hace falta...

—A callar —Bromeó Ales con una pequeña sonrisa —Ya sabes que yo soy aquí la autoridad... Así que, silencio.

Marco quiso protestar, pero Ales estaba de tan buen humor que decidió que era mejor dejarlo. En realidad, podía caminar sin problema, aunque por desgracia aún no se sentía tan fuerte como antes, pero supuso que, según le explicó el médico, sólo era cuestión de tiempo, y decidió no arriesgarse.

Cuando llegaron a casa, Ales le dejó sentado en el sillón y se fue a la cocina para ayudar a Nadia a preparar algo de comer. Por supuesto, ellos estaban invitados, e iban a estarlo durante una temporada, porque tanto Nadia como Marco sabían que, después de lo que había pasado, Ales no tenía intención de separarse de su hermano durante un tiempo prolongado. No quería reconocerlo, pero los días que había estado inconsciente todos habían pasado mucho miedo. El médico no les aseguró que Marco fuera a salir vivo de aquella hazaña, y la idea de perder a su hermano para salvarlo a él, a Nadia y a Emma era mucho más dura de lo que nunca habían pensado.

Emma se sentó junto a Marco y lo miró preocupada, mientras él trataba de acomodarse en el sillón, algo que, por algún motivo que se le escapaba, nunca le había resultado tan complicado.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó de repente, con voz dulce, obligándole a levantar la mirada hacia sus ojos grises. Aunque no era su tipo, podía comprender el motivo por el que su hermano se había enamorado locamente de ella. Era hermosa e inteligente, y además tenía un brillo especial en el rostro que atraía a cualquiera. Su energía era incuestionable, y amaba a Ales

con locura. Estaba seguro de que su futuro sería brillante, y casarse con su hermano era lo mejor que habían podido hacer, porque los dos iban a ser muy felices, lo que le dio una idea — ¿Necesitas algo? —Insistió Emma al ver que él no respondía.

—No, no te preocupes. Estoy bien...

—Me alegro —Emma bajó entonces la mirada al suelo, y Marco dio por terminada la conversación, hasta que la escuchó hablar de nuevo —Marco, la verdad es que... no he podido hablar contigo antes porque quería esperar a que te recuperases, pero ahora que estás mejor quiero darte las gracias.

—¿Qué? —Marco la miró desconcertado un instante, mientras ella bajaba la mirada una vez más, mostrándose tímida por un momento —Emma, no tienes que darme las gracias por nada...

—Yo no estoy de acuerdo —Marco quiso discutir, pero ella se adelantó a sus palabras —Me has salvado la vida. A mí, y a mi hijo... Si tú no hubieras entrado, ahora mismo estaría muerta... Y eso es algo que no voy a olvidar mientras viva...

Marco negó con la cabeza.

—Ales te hubiera salvado...

—No sé si hubiera podido encontrarme a tiempo... —Emma sacó al fin un tema que Marco prefería ignorar por el momento: el localizador que había puesto a Nadia en su móvil y del que, con el miedo que había pasado, parecía haberse olvidado por completo. Sin embargo, Emma no parecía tan ingenua —Has sido muy precavido, y muy valiente, y es algo por lo que siempre estaré en deuda contigo, así que te aseguro que no lo voy a olvidar nunca.

Marco se pasó los dedos por el pelo, incómodo. No sabía como reaccionar a las palabras de Emma, y, además, no las veía necesarias.

—Pues yo creo que no es para tanto... Deberías olvidarlo... —Murmuró tratando de dejar la conversación. Emma, sin embargo, no parecía dispuesta a hacerlo, porque negó con la cabeza y se abalanzó sobre él para estrecharlo entre sus brazos.

—Sabía que eras increíble porque Ales me lo ha dicho muchas veces, pero eres aún mejor de lo que esperaba. Gracias por salvarme. Eres como un hermano para mí, y te quiero.

Marco se quedó perplejo tras escuchar aquellas palabras, sobre todo al sentir como se abrazaba a él hasta dejarlo sin aliento, y, aunque no era demasiado habitual en él rendirse a sus sentimientos, no tuvo otro remedio que devolverla el abrazo, tratando de consolarla por lo que había vivido. Emma era una mujer muy valiente, mucho más de lo que ella misma creía, pero todo el mundo, incluido él mismo, sentía miedo a veces, y eso era inevitable, así que decidió que lo mejor era darle tiempo para que se calmase a su lado, si eso era lo que necesitaba.

—Oye... ¿Me doy la vuelta y empezáis a meteros mano? —Bromeó Alessandro de repente a su lado, sonriendo mientras dejaba unos vasos llenos de bebida sobre la mesa —Voy a empezar a ponerme celoso...

Emma se apartó de Marco al instante y se secó los ojos antes de cogerle de la mano.

—Sabes que no tienes porqué, idiota...

En ese momento, Nadia apareció por la puerta cargada con varios platos y negó con la cabeza.

—La que me voy a poner celosa soy yo... Que tengo que traer la mesa y nadie me está ayudando...

Entonces, todos empezaron a reír y, mientras Emma y Alessandro se ponían en pie para traer cosas, Marco sintió que, al fin, todo parecía volver a la normalidad a la vez que se involucraban en una conversación amena.

## CAPÍTULO 65

Después de la comida, escucharon una llamada inesperada en la puerta. Alessandro se puso en pie para ver quién era, pero en cuanto abrió su gesto alegre desapareció al momento.

—Lo siento, pero mi hermano no está en condiciones de atenderlo ahora mismo —Le espetó al inspector Hernández, que se había quedado perplejo con aquella contestación tan directa —Ya sabe que está convaleciente...

—Sí, lo sé. Pero necesito verlo, si es posible... —Insistió el inspector con voz calmada.

Alessandro dudó un instante antes de asentir con la cabeza.

—Bien, le preguntaré. Pero no creo que esté dispuesto a verlo, así que no le prometo nada.

Después, se dirigió al salón y le preguntó a Marco directamente si quería que le echara, pero Marco, que estaba mucho más centrado, le dijo que no era necesario, y que le permitiera pasar. Al fin y al cabo, no tenía nada que esconder, y si podía ayudar dando testimonio para que aquellos psicópatas acabaran en la cárcel durante el resto de su vida, iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para conseguirlo.

Alessandro no estaba demasiado de acuerdo con su decisión, pero aunque frunció el ceño, terminó asintiendo con la cabeza, respetando la resolución de su hermano.

El inspector entró muy despacio, y su gesto era muy diferente a lo que Marco recordaba del pasado. Ya no había arrogancia en su mirada, y su forma de hablar no era tan petulante como había sido desde que lo conoció hacía ya años.

—Marco está muy cansado, y el médico le ha aconsejado reposo, así que le agradeceríamos mucho que fuera breve en lo que tenga que decir y se marchara cuanto antes.

El inspector Hernández asintió con la cabeza, aceptando las premisas de Alessandro, y luego volvió la mirada hacia Marco.

—No voy a molestarle demasiado. Sólo quería decirle, señor Bassetti, que sé que me he equivocado con usted y, a partir de ahora, no voy a seguir investigándolo —Explicó afectado, como si le doliera en el alma tener que admitir su error, pero dispuesto a enmendarlo —Al contrario, su audacia ha salvado la vida de muchas personas inocentes. Yo nunca había confundido a la víctima de un caso con el culpable hasta ahora... Así que si puedo ayudarle en algo, le agradeceré que me lo haga saber.

—Bien. Agradezco su ofrecimiento y lo tendré en cuenta —Marco estaba tan confundido por aquel repentino arrepentimiento que apenas era capaz de reaccionar, y menos cuando vio cómo el inspector se acercaba hasta él y le tendía la mano.

—Muchas gracias por su heroicidad, señor Bassetti. Es usted un ejemplo a seguir, y le aseguro que, a partir de ahora, lo tendré en cuenta.

Marco estrechó su mano, aunque no estaba seguro de que fuera una buena idea. Después de todo lo que había ocurrido, le costaba bastante confiar en el inspector Hernández, pero sus ojos reflejaban sinceridad, así que no tuvo más remedio que hacerlo, sobre todo, cuando vio cómo asentía antes de continuar.

—También tengo que informarle de que los detenidos serán procesados con la mayor agilidad, y el juez ha decretado prisión sin fianza para ellos dados los actos que se les imputan, así que no debe preocuparse. Pagarán por lo que han hecho.

Marco asintió mientras veía como el inspector se despedía y salía de su casa tan rápido como

le era posible, y entonces cayó en algo que nunca antes había pensado ¿Qué había pasado cuando perdió el conocimiento? Alessandro estaba allí, era lo último que recordaba, junto a la policía, pero no sabía qué habían hecho.

—Ales, ¿puedo hacerte una pregunta? —Cuestionó cuando su hermano volvió después de acompañar al inspector a la puerta y sentarse una vez más a su lado.

—Claro —Dijo antes de dar un trago a su cerveza, sin dar importancia a sus palabras.

—¿Qué pasó cuando me desmayé en la sala? —Ales negó con la cabeza.

—Eso da igual...

Marco lo miró y frunció el ceño.

—Lo sé... Pero de todos modos quiero saberlo.

Ales no parecía demasiado dispuesto a decírselo, pero finalmente clavó la mirada en sus ojos y las palabras empezaron a brotar de sus labios.

—Que casi mato a Filippo —Confesó al fin muy serio —Empecé a golpearlo hasta que se desmayó, y los polis tuvieron que separarnos. Por suerte, Lía no opuso ninguna resistencia a su detención cuando, después de intentar huir disparando un par de veces, se vio rodeada por polis armados... Así que pudieron llevárselos rápidamente. De lo contrario no sé qué hubiera sido de ellos.

Marco asintió, mostrándose de acuerdo. Sabía que eso no era lo más adecuado a la ley, pero él comprendía a su hermano perfectamente, porque hubiera actuado de la misma forma si hubiera estado en su situación.

—Bueno... Parece que eso significa que, al final, el inspector nos entiende... Igual incluso acaba siendo un buen aliado...

Alessandro asintió antes de recuperar su sonrisa.

—Sí, eso parece. Pero habrá que verlo.

Y ambos empezaron a reír despreocupados, dándose cuenta de que, al parecer, lejos de su tierra natal, iban a empezar una nueva vida mucho más feliz de lo que nunca podrían haber imaginado, apartados de la violencia y los conflictos policiales y, por encima de todo, junto a las mujeres de sus sueños.

## EPÍLOGO

Nadia no paraba de retorcerse las manos durante el viaje en avión, y no fue capaz de dejar de hacerlo tampoco durante el camino en coche, por mucho que Marco la reprendiera por ello.

—Venga, déjalo ya —Insistió una vez más mientras la cogía la mano —Esto no es para tanto... En serio...

—¿Cómo que no? —Preguntó ella, desconcertada —Es algo muy grave. Vamos a visitar a tus padres y vas a decirles que dejas la mafia por mi culpa... Van a odiarme...

—Eso no es verdad —Discutió Marco calmado —Ales lo dejó todo antes que yo y no le ha pasado nada, ni a Emma tampoco...

—Pero él siempre quiso hacerlo —Se quejó Nadia, cada vez más nerviosa —Esto va a acabar muy mal... Tu padre va a renegar de mí, y entonces...

—No, claro que no. Él nunca haría eso.

Nadia lo miró preocupada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque conozco a mi padre, y sé que sabe que soy un hombre adulto que toma sus propias decisiones, y eso es, ni más ni menos, lo que he hecho.

Nadia apartó la mirada antes de asentir.

—Eso espero.

En ese momento, el coche donde Paolo los conducía por las calles más hermosas de Italia se detuvo frente a la gran mansión que constituía la casa de los padres de Marco, y Nadia no pudo evitar ahogar un jadeo por la sorpresa mientras se bajaba del coche con cuidado de no estropear el hermoso vestido de seda largo que Marco la había comprado para la ocasión. Entonces, le tendió la mano y ella la tomó sin dudar, aunque cuando sólo habían caminado unos pocos pasos, Marco se detuvo de repente, decidido a no esperar más para llevar a cabo sus planes inesperados.

—Mierda, me he olvidado una cosa en el coche, ¿podrías acompañarme?

Nadia resopló indignada.

—Espero que no sea algo que pesa, porque no voy vestida para eso...

—No, no te preocupes. No pesa nada.

Nadia se sorprendió al ver que Paolo seguía montado en el coche pero no se había movido desde que se habían marchado. Entonces, Marco abrió el maletero y sacó una caja muy pequeña de él, dejándola asombrada.

—Es un regalo para ti —Le explicó con naturalidad, como si fuera lo más habitual del mundo —Creo que irá bien con el vestido...

Nadia no reparó en que Marco parecía demasiado nervioso para haberla dado una simple joya, y abrió la cajita sin pensarlo mucho más, antes de perder la sonrisa por un momento. Dentro de aquella caja oscura había un anillo con un gran diamante en el centro, de los típicos que se utilizaban para comprometerse, pero ella no podía creer que esa fuera la intención de Marco al regalárselo, puesto que en ningún momento se había declarado, así que lo miró confundida esperando a que se explicase, suponiendo que, simplemente, se había equivocado. Cuando vio que no le ofrecía ninguna explicación, frunció el ceño.

—¿Qué significa esto? —Preguntó al fin.

—Vaya... Yo creí que estaría bastante claro...

—Pues, como ves, no lo está, Marco...

Marco se pasó las manos por el pelo y negó con la cabeza, frustrado.

—Joder... Pensé que así sería más romántico, pero está claro que me he equivocado... — Nadia lo observó tratando de comprender sus palabras, sin ser capaz de hacerlo —Quiero que nos casemos.

—¿Qué? —Preguntó Nadia a voz en grito, desconcertada.

—Me has oído perfectamente —Añadió Marco decidido a hacer lo correcto —Llevo tiempo pensando en hablar contigo de este tema, pero no quería hacerlo mientras siguiera enfermo, y después pensé que debía hablar con mi padre antes de dar el paso... Pero la verdad es que ya no puedo esperar más. Nadia, eres la mujer de mi vida y, por encima de todo, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Por eso quiero que seas mi esposa, si me aceptas, por supuesto.

Nadia se quedó en silencio unos segundos, tratando de reaccionar, lo que puso a Marco más nervioso de lo que nunca hubiera pensado. Por un momento, empezó a dudar si ella deseaba casarse con él, o si quizá era demasiado pronto y había cometido un error, así que estaba a punto de echarse atrás y pedirle que olvidara su proposición, cuando vio que una pequeña sonrisa aparecía en sus labios.

—Vale, ahora lo entiendo —Explicó Nadia —Pero, si quieres que te conteste, tendrás que pedírmelo según dicta la tradición... Y aún no lo has hecho.

Marco no pudo evitar sonreír también antes de negar con la cabeza, resignado.

—Bien... Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Que te arrodilles en el suelo y me lo pidas como un buen caballero.

Marco no dudó un instante en hincar la rodilla en la arena antes de preguntar de nuevo:

—Nadia López... Eres la mujer más increíble que puedo imaginar, la más valiente y preciosa, y te amo como nunca nadie podrá hacerlo, así que, ¿me concederías el honor de aceptar ser mi esposa?

Nadia no dudó un momento antes de asentir con la cabeza.

—Sí, claro. Por supuesto —Admitió antes de permitir que Marco se pusiera en pie de nuevo y la abrazara con fuerza, y Nadia se sintió tan feliz por un instante que incluso se le olvidó adonde se dirigían mientras sentía las lágrimas calientes que se habían escapado de sus ojos resbalar por sus mejillas, pero pronto Marco se apartó de ella y la cogió de la mano para recordárselo.

—Pues entonces, ya estamos preparados para entrar. Adelante.

Nadia se sintió increíble aquella tarde cuando vio cómo los padres de Marco la aceptaron con los brazos abiertos, y no se sorprendieron en absoluto cuando les informaron de su próximo enlace. De hecho, incluso parecía que se lo esperaban, y los dos fueron muy amables con ella mientras cenaban para celebrarlo en uno de sus grandes salones cubiertos de oro y diamantes, como los de los palacios que recordaba haber leído en los cuentos.

Cuando terminaron, todos se dirigieron a los jardines para dar un paseo, pero Marco se quedó un poco más atrasado con su padre, decidido a informarle de lo que consideraba prioritario en su vida, esperando que lo comprendiera, igual que lo había hecho con su hermano.

—Padre, ahora que voy a casarme, tengo que contarte algo...

—No hace falta, ya lo sé —Le interrumpió su padre, decidido —Vas a dejar la mafia.

Marco se quedó perplejo un instante al darse cuenta de que su padre le había leído el pensamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco, hijo —Le explicó con calma —Y, en cuanto vi que te habías enamorado de esa mujer, supe que no ibas a cometer el mismo error que cometí yo, e ibas a protegerla por

encima de todo.

Una vez más, Marco se dio cuenta de que las palabras de su padre eran sabias. Sabía exactamente lo que había pensado, lo que había pensado Nadia, y lo que le había llevado a tomar la dura decisión que, finalmente, había elegido de forma voluntaria.

—¿Y estás de acuerdo?

—Por supuesto —Admitió sin dudar —Has meditado tu decisión, y tienes tus motivos para tomarla, así que mi deber como padre es respetarlo... —Marco asintió mientras su padre miraba al frente, donde Nadia caminaba con Daia y Bianca, y clavó la mirada en su hermana —Además, mi imperio no va a terminarse por tu renuncia, ni tampoco la de tu hermano. Tengo una buena heredera, en el caso de que lo hayas olvidado.

Marco siguió la mirada de su padre y vio a su hermana caminando con paso firme enfundada en su vestido beige de gala. Así ataviada, nadie diría que iba a ser la heredera de la mafia de su padre, pero si algo sabía con seguridad era que le sobraba valentía para ello, y su marido pertenecía a su mundo, por lo que sería mucho más fácil de sobrellevar para ellos, y, en ese momento, Marco no pudo evitar sonreír antes de asentir con la cabeza.

—Sí, tienes razón. Tienes una buena heredera, y estoy seguro de que te hará sentir orgulloso, padre.

Estefano amplió su sonrisa, orgulloso, antes de confirmar.

—Sí, tienes razón. No me cabe duda de eso.

**FIN**

**Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado, recuerda que tienes disponibles en amazon otras novelas de María C. García. ¡¡Feliz lectura!!**

**Lazos de fuego (no te pierdas la primera parte de la serie Lazos y conoce a Alessandro, el hermano de Marco... ¡¡No puedes perdértela!!)**

*¿Podrás controlar tu deseo?*

*Alessandro es un empresario triunfador que sólo vive para su trabajo.*

*Emma es una estudiante recién licenciada que se siente feliz con una vida sencilla y sin riesgos. Sin embargo, cuando Alessandro le ofrece la increíble oportunidad de trabajar para él poco sabe de lo que encierra en su interior ese hombre tan frío y enigmático... Poco a poco ambos se verán inmersos en una relación dominada por el erotismo que les coducirá a lugares inesperados mientras terribles amenazas les acechan en la sombra, truncando al fin su destino soñado.*

### **Sobre los campos dorados**

*Siglo XV. Beatrice es feliz en su mundo de riquezas y comodidades, pero su futuro se trunca con los planes que su padre tiene para ella. Es entonces cuando empezará a conocer la sociedad como es en realidad y, sin darse cuenta, encontrará el amor en el lugar menos esperado. La pasión, la lealtad, la venganza y la fortaleza de sus protagonistas se entrecruzan en esta novela histórica donde averiguarás si los sueños pueden llegar a cumplirse aunque sea en los lugares más insospechados.*

### **Mi vida entre sombras**

*Adéntrate en una historia repleta de pasión, amor e intriga.*

*Eric es un rico empresario adicto al trabajo que hace tiempo renegó del amor.*

*Sheyla es una secretaria trabajadora e inteligente que se siente feliz con una vida monótona y controlada, alejada por fin de su doloroso pasado.*

*Cuando sus caminos se cruzan ella siente que algo la atrae hacia ese hombre tan frío y complicado como irresistible, a pesar de que el estilo de vida que la ofrece constituye un desafío en sí mismo. Pronto descubre que sus demonios lo consumen por dentro, impidiendo que se comprometa. Ajena al peligro que acecha en la lejanía, Sheyla se sumergirá en un nuevo mundo que la llevará a lugares inesperados protagonizados por la pasión y el deseo ¿Te atreves a ir con ella?*

### **Yo velaré tu sueño**

*Sara, una estudiante de sobresaliente que nunca desobedece a sus padres y ha crecido en un hogar lleno de amor, tiene que enfrentarse a una nueva escuela donde la gente parece muy diferente a lo que ella está acostumbrada.*

*David, a quien le acechan desde pequeño unas extrañas pesadillas, es un chico violento y complicado, que suele meterse en problemas a menudo y no se lleva bien con su familia.*

*Cuando se conocen entre ellos surge un amor sin igual, que parece terminar con el fin del instituto... Pero el destino les reúne años después cuando todo ha cambiado y la sombra del peligro acecha la vida de Sara. Una historia de pasión, amor, celos, intriga y, sobre todo, segundas oportunidades ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para recuperar a tu verdadero amor?*

### **Soñando a tu lado**

*Álex siempre ha sido maduro y responsable, al contrario que su hermano David, quien siempre ha sido*

*imprevisible y rebelde. Sin embargo, cuando conoce a Sonia, nada impedirá que comience una tortuosa relación con ella, ni siquiera el hecho de que tiene una novia a la que adora. Poco a poco y sin apenas darse cuenta, Alex se verá involucrado en un complejo triángulo amoroso del que no sabrá cómo salir. Mientras todo a su alrededor parece derrumbarse, Alex tendrá que luchar contra sí mismo para tomar la decisión más importante de su vida, ajeno a la cruel amenaza que acecha entre las sombras...*

### ***La luz de una estrella***

*Susanna nunca imaginó que la vida pudiera cambiar tanto en un momento. Ser la novia de una estrella del rock empezó siendo un sueño que acabó convirtiéndose en una pesadilla de la que no sabía cómo despertar. Su amor por Jared la embaucaba tanto como la consumía, hasta el punto de hacerla dudar de su propia cordura. Pero la vida la conduce a un inminente destino para acabar arrebatándole todo lo que siempre había deseado ¿Existirá la posibilidad de salvar un amor que siempre había considerado indestructible? ¿Qué se puede hacer cuando lo único que tienes para luchar es amor?*

### ***Solo sueño contigo***

*Incluso con los inconvenientes derivados de su diferencia de edad y el rechazo de su familia, Laura lo es todo para Daniel. Sin embargo, a causa de un accidente de coche del que se cree responsable, ella cae en un coma profundo del que se ignora si despertará algún día. Como consecuencia de esto Daniel se verá obligado a enfrentarse a los problemas de su presente y a los conflictos de su pasado...*

*Tal vez entonces será capaz de convertirse en el hombre que todos esperan que sea.*

### ***Un murmullo en el silencio***

*En la noche, cuando todo está en calma, Dámaris suele escuchar un murmullo en el silencio, que le susurra un sueño... Con diecisiete años, tiene que abandonar Madrid, dejando atrás todo lo que ella consideraba su vida. En París conocerá nuevos amigos y un nuevo lugar que le ayudará a ir abandonando poco a poco su oscuro pasado y a darse cuenta de que existe un mundo muy diferente de todo lo que ella hasta ese momento conocía...*

### ***Un ángel en tu mirada***

*Samantha es feliz en su mundo ideal, donde tiene un novio perfecto, una buena amiga y está estudiando la carrera de sus sueños. César es un hombre frío, duro y rígido que dirige una de las empresas de publicidad de más éxito de Madrid.*

*El destino hará que sus caminos se crucen cuando Samantha es contratada para ser la secretaria de César. En él encontrará a un hombre difícil que oculta un pasado doloroso, y conocerá lo que es la pasión incontrolable en estado puro.*

*Si siempre has tenido claro tu camino, ¿puede el verdadero amor cambiarlo todo en un instante?*

### ***Corazón de cristal***

*Después de su último desengaño amoroso y un pasado complicado, Natalia toma la firme decisión de renegar de los hombres... hasta que Iván se cruza en su vida.*

*Él aparece como huracán y arrolla todo a su paso, provocando en ella unos sentimientos que, por primera vez desde hace mucho tiempo, no puede ignorar. Ante la imposibilidad de alejarse de él, decide comenzar una relación a su lado marcada por el amor y el deseo que ambos parecen sentir. Sin embargo, su camino juntos no será tan fácil como parece. Pronto ella se dará cuenta de que él oculta algo...*

*¿Será ese secreto algo tan terrible que pueda incluso separarles?*

*¿Puede el amor ser peligroso para alguien que tiene el corazón tan frágil como el cristal?*

### ***Lágrimas en la nieve***

*Cristina es una joven dependiente a la que no le interesa demasiado el amor... Hasta que su camino se cruza con el de Raúl, un policía con un terrible pasado que le ha marcado en cuerpo y alma. En cuanto conoce a ese hombre tan atractivo de mirada triste no puede evitar sentir que el deseo la invade por completo.*

*Raúl, en cambio, trata de resistirse a sus propios sentimientos, pero al final tiene que sucumbir a la belleza serena de la muchacha, que con su espíritu alegre empieza a despertar algo en su interior que ya creía dormido. Mientras él continúa tratando de luchar contra sus demonios para no perder a la mujer que le está devolviendo la vida, el destino les conducirá sin remedio hacia una cruel amenaza.*

*Si la pasión es tan fuerte que incluso llega a cegarte, ¿puede el amor llegar a ser peligroso?*

### ***El mundo en tus ojos***

*Clara es la hija perfecta: una estudiante de sobresaliente que siempre se ha sentido plenamente feliz y ha vivido rodeada de amor, dinero y alegría.*

*Hugo es violento y complicado, suele verse envuelto en problemas y toda su vida ha sentido que está viviendo en el infierno.*

*Cuando se conocen, un amor puro e incondicional surge entre ellos, pero el destino les conducirá a un trágico desenlace que les hará dudar de si, de verdad, el amor es suficiente para vencer a los demonios que les acechan... o si, por el contrario, tienen que aceptar que el fin está cerca.*